

EL PASADO SIEMPRE VUELVE

SABINA ROGADO



EL PASADO SIEMPRE VUELVE

SABINA ROGADO



EL PASADO SIEMPRE VUELVE

Sabina Rogado

©Autora: Sabina Rogado
©Autor de la portada: Javi
©Fecha: Diciembre 2017

La novela EL PASADO SIEMPRE VUELVE es una historia inventada.
Cualquier parecido con los personajes, contenido, lugares etc que se citan,
son fruto de la casualidad.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier tipo de procedimiento.

A las seis estrellas que me cuidan desde el cielo...

Y a mí cuñada Ana...

TABLA DE CONTENIDOS

ÍNDICE

[ÍNDICE](#)

[PRIMERA PARTE](#)

[CAPITULO I](#)

[CAPITULO II](#)

[CAPITULO III](#)

[CAPITULO IV](#)

[CAPITULO V](#)

[CAPITULO VI](#)

[CAPITULO VII](#)

[SEGUNDA PARTE](#)

[CAPTULO VIII](#)

[CAPITULO IX](#)

[CAPITULO X](#)

[CAPITULO XI](#)

[TERCERA PARTE](#)

[CAPITULO XII](#)

[CAPITULO XIII](#)

[CAPITULO XIV](#)

[CAPITULO XV](#)

[EPÍLOGO](#)

[OTROS TÍTULOS](#)

[NOTA DE LA AUTORA](#)

PRIMERA PARTE

NO TE VOY A QUERER

CAPITULO I

A 2 millas de Kansas 1870

Jennifer se despertó sobresaltada y se incorporó sobre la cama. Al hacerlo miró a su querida amiga acostada a su lado y sonrió.

¡¡¡Por fin había llegado el gran día!!!

Y con los nervios a flor de piel cogió la bata para ponérsela y se levantó. Seguidamente fue hasta la ventana.

¿Qué tiempo haría?

Apartó apresurada las cortinas con ribetes floreados a un lado y volvió a sonreír. Viendo a través de los cristales un amanecer precioso acompañado de un cielo completamente despejado.

¿Se podía pedir más?

A simple vista incluso la mañana quería contribuir a que todo saliera bien en tan esperado día para la bella novia...

—Buenos días Jenny —escuchó decir a su amiga.

—¡Oh Laura! —exclamó la muchacha pletórica—. Mira, mira que amanecer tan bonito.

Su amiga Laura la acompañó y la envolvió entre sus brazos.

—Vas a ser la novia más bonita que ha visto este pueblo.

—¿Tú crees?

—Si lo creo Jenny. Claro que lo creo. —Y añadió en un tono preocupado—: Ahora solo falta que tú casi esposo deje atrás su vida anterior y sepa ver lo que yo veo.

A Jenny se le borró la sonrisa de la cara.

—Laura, ¿y si nos equivocamos? Sé perfectamente lo que me ha pedido pero estoy segura que cambiará de parecer.

—¿Lo estás?

—Lo estoy. A menos yo lo voy a intentar con todas mis fuerzas. No pararé hasta que lo consiga.

Laura la volvió a abrazar para que no viera su cara, la cual delataba que no opinaba lo mismo que ella, y le hizo una pregunta trascendental:

—Jennifer... ¿Estás segura de que quieres seguir adelante con esta boda?

A Jenny le dolió que se atreviera a preguntárselo cuando la respuesta era evidente.

—Claro que quiero seguir adelante, ¿es qué no lo sabes ya? —le respondió con cierto reproche alejándose de ella—. Tú mejor que nadie sabe lo enamorada que estoy de Jim. Y todavía no me puedo creer que me haya pedido ser su esposa.

Jenny se apartó de la ventana y miró el sencillo vestido que luciría esa misma tarde. Durante la ceremonia. Afianzándose en la decisión que había tomado ante la seguridad de que era lo que deseaba por encima de cualquier otro asunto.

Y añadió:

—No voy a dejar escapar la oportunidad de contraer matrimonio con el hombre a quien amo Laura —respondió llena de coraje—. No. No lo voy a hacer.

Su amiga la miró unos segundos a la vez que pensaba que ojalá no se estuviera equivocando en la decisión que había tomado.

La quería demasiado para verla sufrir.

—Está bien, perdona —terminó disculpándose.

—Estás perdonada —rio Jenny dejando atrás lo que acababa de suceder con una rapidez sorprendente.

Y volvió a mostrar la felicidad que la embargaba. Convencida de que iba a ser uno de los días más felices de su vida...

Olvidándose de lo que no le convenía y abocándose, ella misma, a lo que con toda probabilidad sucedería una vez terminada la boda. Porque la evidencia de que el cuento que se había creado ella misma en su cabeza podría acabar mal era, a esas horas, la comidilla de todos y cada uno de los vecinos.

—¿Sabes? Se me va a hacer eterna la mañana —le dijo a su amiga.

—Lo sé. Por eso estoy aquí.

Laura volvió a disimular, y en ese preciso momento, se giró en busca de su ropa para ocultar la contrariedad que reflejaba, nuevamente, su rostro.

¡No podía evitarlo!

Y lo hizo porque no estaba dispuesta a ser ella la que le estropease su gran día. Pasándole por la cabeza la disparatada idea que bien podría ser cierto lo que su amiga decía y que por lo tanto terminaría consiguiendo su propósito...

¿No?

Pero no pudo evitar hacerse, nuevamente, la pregunta que la seguía consumiéndola y atormentando desde que se enterara de los detalles del enlace. Unos días antes:

¿Por qué Jenny había consentido que se celebrara la ceremonia un miércoles cualquiera y encima por la tarde?

Jamás ninguna celebración se había celebrado así.

¡Nunca!

Otro detalle que auguraba que la boda que se iba a celebrar no estaba orquestada ni con el mismo entusiasmo, ni desde luego con la misma emoción.

La evidencia estaba allí.

Y aunque trató de hacerlo no pudo quedarse callada:

—Todavía sigo sin entender que te hayas sometido a la voluntad de Jim y hayas elegido este día. De verdad que no lo entiendo.

—Ya te lo expliqué Laura —repitió serena pronunciándose a favor del que sería su esposo—. Sabes que él no quiere gran notoriedad. Y también sabes que para evitarlo precisamente hay que hacerlo así. Nada más.

Mentía.

Y lo peor era que lo sabía.

¿Por qué lo hacía entonces?

La respuesta era bien sencilla.

¡Estaba profundamente enamorada! Tanto que parecía haberse olvidado de los verdaderos motivos que existían para que la boda fuese orquestada de aquella manera... Y es que precisamente el novio había sido el encargado de proclamar, a los cuatro vientos, la afirmación de que nunca podría olvidar a su anterior esposa.

¡Nunca!

Jenny abrió la ventana y respiró con tranquilidad. Nadie podría desbaratarle sus ilusiones.

Nadie.

—¿Preparamos el desayuno?

—Vamos.

No había empezado a amanecer cuando Jim se ocupaba de cargar la leña que necesitaría para encender la chimenea. Limitándose a hacer sus quehaceres diarios como si se tratase de un día normal.

Porque para él lo era.

Y no quiso ahondar mucho en lo que podría depararles una nueva vida. ¿Para qué?

Lo que de verdad importaban eran sus hijos. Por ellos, y solo por ellos, se había decidido finalmente.

Ahí estaba el verdadero motivo por el que accediera a casarse. Y ese era, también, el verdadero motivo del porqué no quería ningún tipo de festejo. Pretendiendo una boda simple y a poder ser con una iglesia vacía.

¡No había nada que celebrar!

La simplicidad del plan ideado por Jim le convenció de que el matrimonio que iba a tener lugar era un simple matrimonio de conveniencia. Un matrimonio que convenía a las dos partes. Y era lo que necesitaba saber.

¡Nada más!

Encendió la chimenea, encendió la cocina, y se dispuso a preparar el desayuno.

Después continuó con la rutina y despertó a los niños para llevarlos al colegio... igual que hacía cada mañana.

Y llegó la hora de la ceremonia.

La pequeña iglesia del pueblo se había convertido, sin lugar a dudas, en el centro de atención para los curiosos vecinos que la abarrotaban. Desoyendo el deseo del novio a que fuese una ceremonia íntima y convirtiendo aquel miércoles en un domingo.

Aunque claro, no era para menos, pues el que contraería matrimonio a continuación no era otro sino el mismísimo Jim Montgomery.

Un hombre maduro...

Trabajador...

Con buena posición económica...

Y bastante atractivo...

Sin duda atributos no le faltaban para que más de una mujer envidiase a la joven por estar en su lugar.

Todo, absolutamente todo, parecía ser un cuento...

“Por desgracia no lo era”.

Las personas que verdaderamente le conocían aún se preguntaban si realmente estaba preparado para contraer matrimonio con aquella muchacha. Aceptando que lo hacía por el bienestar de sus hijos porque, como él había manifestado siempre, no había olvidado a su anterior esposa.

¡¡Fallecida en circunstancias extrañas!!

Karen, como muy bien sabían los del pueblo, fue su gran amor, y la madre de sus hijos... entonces, ¿por qué esa boda si hasta hace unos días seguía diciendo que no volvería a amar a ninguna otra mujer?

Todo cuanto estaba aconteciendo resultaba muy extraño.

Jenny entró en la iglesia del brazo de su amiga Laura con los nervios a flor de piel, y fue recibida por las miradas de los vecinos y vecinas que analizaban su sencillo vestido. Despertando el interés absoluto e incluso las envidias de muchas de las muchachas que la inspeccionaban por encima del hombro, tratándose de una simple camarera de cantina, soltando las malas lenguas.

A saber qué tretas habría utilizado para conseguir llevar al altar a uno de los hombres más atractivos de la comarca... llegando incluso a correr el rumor de que muy posiblemente la rapidez del enlace sería a consecuencia de que la novia estuviese ya embarazada.

Un pecado convertido en un cotilleo sabroso del que tendrían para mal hablar durante la temporada.

Continuó avanzando y miró detenidamente al hombre que la esperaba en el altar, a medida que pensaba en el futuro tan bonito que tenía al alcance

de la mano.

¡Todavía le parecía mentira!

Y una lágrima de felicidad apareció en su rostro joven y bello iluminando sus bonitos ojos color canela. Ruborizándose considerablemente en el instante en que sus miradas se cruzaron.

“—¡Qué guapo es! —se dijo a la vez que apartaba la mirada nerviosa”.

Y recordó la primera vez que lo vio. En la cantina. Hacía unos meses... cuando se afanaba en su nuevo trabajo para agradar al hombre que le había dado una oportunidad.

Su querido Harry.

Continuó pisando la alfombra que lo llevaría hasta Jim y volvió a mirarle. Esta vez él parecía distante y serio. Como si le molestase estar perdiendo el tiempo allí.

Y Jenny sintió un vacío desolador.

¿Por qué no se molestaba en mirarla?

¿Acaso no se daba cuenta de lo feliz que estaba por el paso que iban a dar?

Y los nervios le jugaron una mala pasada. Parándose en mitad entre el murmullo de la gente que tenía a su alrededor.

—¿Estás bien? —preguntó Laura en voz baja delatando su preocupación ante la evidencia de que algo sucedía.

Jenny no contestó a la pregunta. Y no lo hizo porque se había quedado bloqueada.

¿Y si realmente se estaba equivocando?

¿Y si Jim cumplía a raja tabla lo que le dijo cuando habló con ella acerca de sus verdaderos propósitos?

¿Qué se suponía que haría ella entonces?

Jennifer notó que se indisponía y que incluso le empezaba a faltar el aire. Bloqueándose más todavía.

—¿Jenny? ¿Qué te ocurre? —insistió Laura alarmada dado a la perturbación que veía en su cara.

¿Qué le ocurría?

Jim alzó la mirada distraído, ante el murmullo general que se produjo a continuación, y se encontró con lo que parecía una muchacha acobardada e insegura. Siendo capaz de leer entre líneas lo que probablemente le sucedía.

¡Y supo lo que tenía que hacer!

La ocasión de echarse para atrás se había convertido en una opción que

ya no era válida. E incomprensiblemente actuó como era debido en una situación tan delicada como aquella. Limitándose a mirarla a medida que cambiaba la expresión de su rostro. Suavizando el gesto contrariado de hace un momento, para en cambio llegar incluso a mostrar una sonrisa.

“¿Podría ser cierto lo que veía? —se preguntó una novia tímida al verle cambiar de actitud, ejerciendo sobre ella el poder de que volviera a caminar”.

La visión de su futuro esposo obró que sus ilusiones volvieran a renacer, permitiéndose admirar lo que veía a través de sus ojos de enamorada, mientras que irremediablemente volvía a ruborizarse.

Contemplándole ensimismada.

Complexión alta y fuerte de un hombre hermoso...

Tez morena sobre su rostro...

Mandíbula marcada...

Color oscuro de unos ojos expresivos...

Pelo negro peinado hacia atrás y un poco largo...

Facciones fuertes de la cara...

Y una boca y unos labios que...

“Oh Dios mío. ¿Qué sentiría si la besaba con ellos? —pensó desviando la mirada otra vez para que no viese el rubor sobre sus mejillas”.

Y llegó al lugar en el que su futuro esposo la estaba esperando.

—¿Todo bien? —le preguntó Jim queriendo mostrar normalidad.

Jenny se limitó a asentir.

—Entonces empecemos.

Laura la dejó y se sentó junto a Harry.

La sencilla ceremonia, (a petición expresa de Jim) comenzó a la hora acordada.

En el primer banco se encontraban los allegados del novio, que no eran otros que los hijos de éste y Emma, una antigua amiga de la familia.

Por parte de la novia, las únicas personas con las que tenía confianza en aquel lugar, su amiga Laura y Harry.

Los demás conocidos y vecinos del pueblo.

Una vez puesto el anillo en su dedo el sacerdote les dio la bendición.

—Yo os declaro marido y mujer —sentenció el hombre mayor mirándolos de forma diferente.

A Jim con gesto serio e interrogante.

Y a la muchacha con templanza.

E hizo oídos sordos a la petición que el novio le había hecho unos días antes, añadiendo:

—Jim, puedes besar a la novia.

La mirada escrutadora de Jim atravesó al sacerdote de una manera poco amigable.

—Mejor nos saltamos esa parte Padre —soltó con la particularidad de hacerlo en voz baja. Enfrentándose cabreado a él—. ¿No se acuerda que se lo dije?

Jenny, tras aquel comentario, se quedó helada.

—Sí. Claro que me acuerdo, pero es el procedimiento habitual y lo va a seguir siendo. —Contraatacó el sacerdote dejando bien claro que no le gustaba nada que le dijeran lo que tenía que hacer—. ¿Tienes algún problema para no hacerlo?

Jim tensó la mandíbula y permaneció derecho como una vara.

—No Padre. No lo tengo.

Y sin que le quedara otro remedio se giró y la besó.

Si esa mañana a Jenny le hubiesen dicho lo ridícula que se iba a encontrar en su soñada ceremonia de bodas, no se lo hubiese creído... En cambio allí estaba, sintiéndose ridícula y observada por decenas de personas que, una vez más, comenzaban a cuchichear a su alrededor acerca del escueto beso que le acababa de dar...

¡En la mejilla!

—Venga, vámonos —fue cuanto dijo su ya esposo evidenciando la prisa que tenía por salir de la iglesia de una buena vez.

Jenny se limitó a seguirle.

En la calle fueron recibidos por una gran cantidad de gritos y felicitaciones de los que entre risas les esperaban ansiosos.

—¡Vivan los novios! —coreaban entre sí, llenos de júbilo.

La primera en felicitarla, cómo no, fue su querida Laura. Abrazándose con fuerza entre emociones encontradas.

—Cariño, qué guapa estás.

—Gracias —susurró sin poder contener las lágrimas que se agolpaban en sus ojos debido al enorme vacío que tenía alojado en su interior.

—Te deseo lo mejor, lo sabes ¿verdad?

Jenny asintió con la cabeza a la vez que volvía a abrazarse a su querida

amiga.

—¿Estás bien?

—Sí. Es que estoy muy emocionada —mintió mientras procuraba no pensar en la frialdad de cada uno de los gestos y en cada una de las palabras de su ya esposo.

¡Y resultaba tan difícil!

Uno a uno, le dieron la enhorabuena hasta que finalmente se quedaron casi solos.

Entonces la novia echó un vistazo a Emma y a los niños que estaban a su lado.

Jim la acercó a ellos.

—Bien niños, espero que os portéis bien en casa de Emma, no quisiera tener que enfadarme —terminó diciendo serio.

—No te preocupes, —le tranquilizó la anciana— son unos niños excelentes, no me causarán ningún problema.

—Eso espero, vamos, darle un beso a Jennifer que nos marchamos.

Los pequeños obedecieron de mala gana, y es que si había alguien que se oponía a esa boda, precisamente eran ellos.

Ni que decir tiene que Jenny se dio cuenta. Pero de momento prefirió ignorarlo.

—Adiós chicos.

Los niños corrieron hacia la anciana y no la miraron siquiera.

Jim no le dio importancia.

—¿Preparada? Es la hora de marcharse.

Jenny no sabía si lo estaba porque aún continuaba con el malestar general que se había instalado dentro de lo que creía sus ilusiones.

¡Desbaratándolas completamente!

—Sí. Estoy preparada. —Volvió a mentir.

Jim empezó a caminar y Jenny lo siguió. Conduciéndola a la carreta que había dejado junto a la iglesia. Una vez allí la ayudó a subir y, sin intercambiar palabra alguna, se alejaron en dirección a la que desde ese momento sería su nueva casa.

¿Sería tonta?

Los nervios no la dejaban ni hablar, limitándose a contemplar el paisaje,

a medida que la carreta avanzaba entre baches colina arriba. Soñando despierta cómo sería su nueva casa...

Y volvió a mirarle de reojo, igual que las anteriores veces, dejando atrás las inseguridades mientras pensaba en lo afortunada que era.

—Salió todo bien, ¿verdad? —Logró preguntar con valentía.

Jim se limitó a asentir.

—Siempre pensé que sería Laura la que se casaría antes que yo y fíjate —dijo levantando la mano para ver más de cerca la alianza, esforzándose por entablar una conversación del tipo que fuera—, este día no lo olvidaré nunca.

En ningún momento a Jenny se le pudo pasar por la cabeza que tenía razón, y que efectivamente sería un día que no se le olvidaría fácilmente... Solo que se equivocaba en cuanto a lo que ella esperaba de, “ese día en concreto”, por la sencilla razón de que las perspectivas de la muchacha eran bien diferentes a las de Jim.

Y aunque era conocedora de la situación, prefirió ignorarlo para continuar ideándose un cuento que nada tenía que ver con la realidad, mientras que Jim continuaba impasible acerca del comentario que ella acababa de hacer, (no tenía ganas de conversación) azuzando a los caballos para que avanzaran con algo de brío entre los caminos que se conocían al dedillo. Envuelto en la sensación extraña de encaminarse a su cabaña en compañía de la que para él seguía siendo una auténtica desconocida.

Seguidamente un nuevo silencio se apoderó de ambos...

Jenny, en cualquier otra circunstancia, sí que hubiese podido deparar en la naturaleza que la rodeaba.

Las hojas de los árboles cayendo...

El sonido del viento...

Los pajarillos cantando...

Un sinfín de mariposas...

La magnitud de las montañas...

Pero los sentimientos encontrados no la dejaban. La combinación de nervios, ilusiones, y esperanzas, no eran una mezcla fácil de digerir. Manteniéndose atenta a cualquier movimiento de él, y molestándole el silencio reinante que parecía engullirles.

¡Y se estaba volviendo loca!

E igual que antes aprovechó que él seguía dirigiendo a los caballos para volver a mirarle, a hurtadillas, pero haciéndolo detenidamente al tener el convencimiento de que sería discreta y que por lo tanto él no se daría ni cuenta.

Entonces giró el cuello lo suficiente para ver el efecto que provocaba el viento sobre su pelo, despeinándolo y dándole un aire despreocupado, propiciando a que la muchacha se quedara ensimismada por aquella visión. Sintiendo la atracción que la había condenado a unirse con él en matrimonio. Y dejó vagar su imaginación:

“¿Qué sentiría si acariciaba sus cabellos? —se preguntó turbada—. Seguro que algo glorioso”.

Y tan ensimismada estaba en sus pensamientos que no se dio cuenta que en ese instante su esposo la miraba. Encontrándose con una expresión soñadora y que le hizo suponer lo que posiblemente estaba pensando.

—¿Todo bien?

Una sorprendida Jenny apartó la mirada rápidamente, y esta vez fue ella la que se limitó a asentir.

“—Por todos los santos. Espero que no haya visto mi cara”.

Pero lo había hecho. Descubriendo cómo se ruborizaba sin llegar a entender su reacción.

La muchacha tardó bastante en recuperar la compostura, por lo que decidió permanecer en silencio.

¡El trayecto se le hizo demasiado largo y tenso!

Al divisar una casita a lo lejos sonrió.

¡Por fin su casa!

Y su estado de ánimo cambió drásticamente. Hasta el extremo de dejarse llevar complacida ante lo que veía, pasándole a Jim el brazo por sus anchas espaldas.

¡Era tal la alegría de encontrarse allí que no pudo contener el impulso de tocarlo! Actuando con lo que se suponía una normalidad absoluta y sin que le diera tiempo a razonar si estaría bien o mal.

La otra parte en cambio no entendió a qué venía aquel gesto. Sorprendiéndose y continuando en su afán de mantener la vista al frente. Mostrándose distante porque por supuesto se negaba a entablar ninguna

conversación.

Y Jenny, aunque lo hubiese querido, no pudo ver las señales que él se afanaba en mostrar.

No en ese instante casi mágico para ella. Sincerándose y diciendo a continuación:

—Jimmy soy tan feliz.

Lo que parecía una simple frase terminó desatando una tormenta inesperada. Y es que si Jenny lo hubiese mirado, se habría dado cuenta de cómo se tensaban cada uno de los músculos de su cara... dando paso a que la despreocupación de él se esfumara para en cambio mostrarle una definición que le iba como anillo al dedo.

Dejando ver el evidente cabreo que lo reemplazó.

—No me llames así —advirtió con la voz demasiado seria.

Jenny se quedó desconcertada.

—¿Así cómo? —preguntó sin entender.

No tenía ni pajolera idea de a lo que se estaba refiriendo. A lo que él contestó de malos modos.

—Jimmy —aclaró furioso enfrentándose a sus ojos sin ningún tipo de delicadeza. Rematando—: Ella me llamaba así.

—Perdona, no volverá a suceder —pudo decir con dificultad a pesar del nudo que se le empezó a formar en la garganta.

Y bajó el brazo avergonzada mientras que luchaba contra unas lágrimas que parecían querer desbordarse.

Poco después Jim paró a los caballos delante del establo. La ayudó a bajar, todavía con el rostro implacable, y la hizo esperar para seguidamente ocuparse de los animales.

Parecieron pasar horas hasta que volvió a prestarle atención una vez acababa la faena.

—Como te imaginarás aquí es donde vivo.

—Es muy bonito, me adaptaré rápidamente —le contestó pretendiendo agradarle y esforzándose por dejar atrás el malentendido de antes.

—Eso espero. —Fue su escueta respuesta.

Jenny, que había conseguido serenarse un poco después del mal trago pasado, se decidió a mirar lo que la rodeaba y pudo ver la hermosura en cada

rincón. Admirando la cabaña (enorme en comparación a cualquiera de las que había en el pueblo), y quedándose ensimismada con las maravillosas vistas que le ofrecía aquel privilegiado lugar.

¡La primera impresión fue fascinante!

Una apreciación que Jim supo ver desde el primer momento. Observándola en profundidad debido a la importancia de que le gustara el que se acababa de convertir en su nuevo hogar. Descubriendo la ilusión que se podía leer con una claridad sorprendente a través de su mirada.

Y se quedó tranquilo, incluso podría decirse que satisfecho.

—Espero que te guste, bienvenida a tu hogar.

Aquella bienvenida a ella le supo a acercamiento.

¿Quizás era una tregua después de la forma tan ruda en la que se había dirigido a ella?

No estaría nada... pero que nada mal.

—Me gustará ya que te tendré a mi lado —volvió a sincerarse creyendo lo que no era.

Necesitaba hacerlo.

Pero la respuesta de Jim, una vez más, no fue la esperada. Mirándola con unos ojos fríos como el hielo a la vez que le daba a entender que no le había gustado nada lo que acababa de decir.

—Ven, te enseñaré la casa —dijo apurado. Afanado en terminar cuanto antes con aquella ridícula escena.

Y en un arrebato de acabar lo antes posible con la incómoda situación, la cogió de la mano. Una acción que no habría desempeñado en el caso de que hubiese sido consciente de lo mucho que a su esposa le iba a suponer aquel simple contacto, puesto que Jenny se olvidó de la incomodidad que le provocaba aquella frialdad rápidamente, al tiempo que le daba un vuelco el corazón en cuanto sintió el tacto de su piel contra la suya.

Desafortunadamente, y para su desagrado, la soltó demasiado deprisa una vez que entraron en el interior de la cabaña.

Miró a su alrededor y volvió a sonreír. Era incluso mejor de lo que había imaginado durante los últimos días. El aspecto acogedor y limpio se impregnaba en cada esquina.

“¡Todo un detalle por su parte! —Pensó agradecida”.

—Tardé mucho en arreglarlo, ¿te gusta?

—¡Oh sí! Claro que me gusta.

—Serás perfecta en tus quehaceres de la casa —le dijo mirándola

durante un tiempo determinado.

El suficiente como para desear acabar de una vez porque la situación no tardó en convertirse en algo sumamente incómodo.

Ninguno de los dos sabía qué decirse ni de qué hablar... Así que, ante la incomodidad de la situación, decidió poner fin lo antes posible.

—¿Tienes hambre?

—No.

—Entonces te enseñaré tu alcoba.

—¿Mi alcoba? —preguntó extrañada. Atreviéndose a preguntar—: Pero, ¿no dormiremos juntos?

Semejante insinuación lo obligó a girarse para poder mirarla.

¿Dormir juntos?

La desafortunada pregunta se empezó a repetir una y otra vez en la mente de Jim. Golpeándole duramente y provocando (por su reacción), que una Jenny atónita retrocediese un paso asustada y acobardada ante la mirada fría que le dedicaba.

—No, no dormiremos juntos —contestó de malos modos.

—Pero yo pensé...

Y ahí terminó cualquier tipo de dudas. Interrumpiéndola sin piedad.

—¿Acaso has olvidado los motivos por los que me he casado contigo? Porque si es así tendré que recordártelos.

—Yo... —titubeó angustiada.

—Mira Jennifer. —La volvió a cortar señalándola con el dedo en un gesto amenazador que evidentemente hablaba por sí solo—. Ya te advertí que la única causa por la que me casaba contigo era por mis hijos, quiero que cuides de la casa y sobre todo de ellos, nada más.

Las palabras de Jim parecían puñales afilados. No importaba que ella supiera la verdad porque dolían extremadamente.

Algo que él debería de saber...

Bajando de las nubes y enfrentándose a la realidad que había tratado de ignorar.

Pero sin darse por vencida.

—Eso lo sé pero, ¿qué pasa con nosotros? Ni siquiera hemos tenido un noviazgo.

—Nunca podré amar a otra mujer, ¿es que no lo entiendes? NO TE VOY A QUERER. Ya te lo expliqué. Y desde luego debes de estar loca si por un momento has llegado a pensar lo que no era. —Sentenció cruelmente

añadiendo el toque final—: No permitiré que nadie ocupe su cama. ¡Nunca!

—Jim... —susurró con un hilo de voz dispuesta a luchar y mostrándole su coraje.

No la dejó.

—Te hice un favor sacándote de ese lugar en el que trabajabas —añadió enfrentándose a ella—. Estamos casados ante la iglesia pero eso es todo. Este matrimonio no se consumará ni esta noche ni nunca. Te lo dije el día que fui a hablar contigo, y puedes estar segura de que no voy a cambiar de parecer. Buenas noches. Tu cuarto está al subir, la primera puerta a la derecha.

Dicho lo cual se apresuró a subir las escaleras envuelto en un cabreo de mil demonios. A continuación se escuchó el sonoro portazo de la puerta al cerrarla.

¡Dando por terminada la discusión!

La perpleja recién casada procesó lo que acababa de suceder... y evidentemente se puso furiosa por las palabras de aquel engreído.

¿Es que no podía tener al menos algo de delicadeza?

Por Dios... ¡qué arrogancia!

Cogió malhumorada la bolsa en la que llevaba sus escasas pertenencias y subió a la maldita alcoba que le había asignado.

¿Sería posible lo que estaba sucediendo?

—Pues claro que es posible —empezó a hablar sola a la vez que deshacía la maleta—. Mira que me advirtió, pero no, me tuve que ilusionar como una idiota creyendo que todo quedaría en el olvido tras la boda y así me ha pasado, ¿cómo pude ser tan estúpida?

La rabia interior, inimaginable, hizo que no pudiera soportar llevar encima el simple vestido con el que se había casado. Odiándolo con todas sus fuerzas y quitandoselo de un tirón.

Seguidamente lo tiró sin contemplaciones y en un arrebato de furia lo pisoteó.

¡Desahogándose como buenamente pudo!

Desde luego que su noche de bodas no iba a ser lo que cualquier muchacha hubiese esperado.

¡Vaya que no!

Comprendiendo que no la iba a olvidar fácilmente...

Y recordó las palabras exactas que le dijo el día que fue a hablar con ella. Unas palabras duras pero que ella interpretó a su manera. Convencida de que no hablaba completamente en serio. Y convencida al cien por cien que cambiaría de parecer... al menos en la noche de bodas.

¡Dándose de bruces con la amarga realidad!

Unos meses antes...

El destino quiso, que la diligencia en la que viajaba Jenny, sufriese un pequeño percance precisamente en aquel lugar. Y ella, que se había aventurado en busca de trabajo, de pronto se vio en aquel pueblecito preguntándose cuánto tardarían en solucionar el problema para reanudar el viaje con destino a Kansas City.

Tenía el presentimiento de que en una ciudad grande encontraría trabajo enseguida y quién sabe, quizás también la felicidad que le fue robada tras el fallecimiento de sus queridos padres.

Estuvo sentada en aquel banco hasta casi anochecer, y cuando su estómago empezó a quejarse por falta de alimento, no le quedó otra alternativa que adentrarse en la cantina para saciar su apetito.

Al entrar, todas las miradas se posaron sobre ella, actuando muerta de la vergüenza y con las mejillas como la grana. Sentándose en una mesa lo más apartada posible.

Aquellos hombres no estaban acostumbrados a ver a una mujer sola en semejante lugar a no ser que fuera la camarera, pero claro, ¿qué otro remedio le quedaba si era el único establecimiento que daba comidas?

¡Tragándose su malestar y por supuesto su pudor!

La casualidad quiso que ese mismo día la muchacha del lugar se despidiera, dejando al pobre dueño en un verdadero apuro... La suerte en cambio quiso que Jennifer se enterara de la situación, y sin pensárselo dos veces, se ofreció a ocupar la nueva vacante.

Esa misma noche fue contratada para empezar al día siguiente...

¡Y allí fue donde le conoció! Sintiéndose atraída desde la primera vez que le vio.

No fue por su apellido, que era uno de los más ricos del lugar...

Tampoco por sus palabras, pues nunca habló con él...

Pero aquella mirada...

Sus gestos de un auténtico caballero...

Y aquel cuerpo tan bien definido...

¡Provocó que terminara enamorándose perdidamente de él!

De nada le sirvió saber que estaba felizmente casado y con dos hijos maravillosos.

De absolutamente nada. Silenciando lo que era un amor imposible y conformándose viéndole las pocas veces que iba a la cantina.

A Karen la vio en dos contadas ocasiones, y ambas veces la envidió. Tenía lo más preciado de esta vida, una familia, lo que quizás ella nunca llegase a tener. ¿Quién se podía imaginar que ella terminaría en su lugar?

En aquel entonces nadie.

Pero un día sucedió. Karen murió y él estuvo a punto de volverse loco. Propiciando a que el caballero que ella creyó conocer en su día se transformase en un hombre completamente diferente.

Frío...

Serio...

Sin ganas de vivir...

Y, casualidades del destino, a raíz de ahí lo empezó a conocer un poco mejor debido a que la mayor parte del tiempo se dedicaba a consolar las penas con ayuda del alcohol.

¡En la cantina!

A Jenny le dolía en el alma verle en aquel estado. Solo que ella no podía ayudarle.

¡No aceptaba la compañía de nadie!

Por fortuna estaban sus hijos, por ellos y solo por ellos, poco a poco empezó a levantar cabeza. Entonces se dio cuenta de que un niño de 12 años y una niña de 5, necesitaban a una mujer en casa para que les cuidara.

Y en esa parte concreta es en la que entraba ella... pues fue en la que pensó.

El día que supo del interés de Jim Montgomery por desposarla fue uno de los más dichosos de su vida. Por ello no prestó demasiado interés a lo que él proponía; que era justo lo que acababa de recalcar hace unos instantes, cuidar de la casa y de los niños.

¡Nada más!

Y ella... ¿qué iba a hacer?

Tenía la oportunidad de convertirse en una dama y salir de aquel lugar en el que trabajaba hasta desfallecer a cambio de unas cuantas monedas.

Y aceptó encantada.

El terrible error que cometió entonces fue apartarse de la realidad para en su lugar crear una apasionada historia en su mente. Una historia donde se besaban en cada rincón prometiéndole amor eterno. En vez de convencerse de que la razón de que la eligiese a ella no era otra que porque sabía cocinar, coser, y todo lo que conllevaba llevar una casa. Añadiendo que a cualquier otra muchacha del pueblo no podría decirle sus verdaderas intenciones.

Y estuvo segura de que le haría cambiar de idea, que le haría olvidar a su difunta esposa, y que serían un matrimonio feliz.

En cambio ahora se daba cuenta de lo equivocada que estaba.

Jim siempre querría a Karen y ella permanecería en segundo lugar toda la vida.

Sin ni siquiera darle la oportunidad para quererlo y amarlo.

Dejó a un lado sus recuerdos y volvió la vista hacia el sencillo vestido de novia tirado en el suelo. Cogió el camisón para ponérselo, pero en el último momento prefirió dejarlo sobre la silla. Se acostó desnuda y se tapó con las mantas.

Bonita forma de celebrar su noche de bodas. En un cuarto desconocido y además completamente sola.

Y con esa sensación de vacío se durmió.

CAPITULO II

—Vamos despierta.

Jenny abrió los ojos lentamente y le costó saber el lugar en el que estaba. Nada le resultaba conocido.

Pestañeó y se encontró a Jim delante de la cama. Propiciando a que se acordase de lo sucedido el día anterior.

“¿Qué hacía en su alcoba?”

Y lo miró confusa al recordar el comportamiento frío y distante que tuvo con ella. Comportándose como un ser sin escrúpulos y sin delicadeza alguna. Entendiendo, menos si cabe, qué es lo que hacía exactamente.

“Anoche mismo le decía que se limitara a sus obligaciones de la casa y los niños, dejando bien claro que por lo demás como si no la veía, y en cambio se lo encontraba allí mismo, invadiendo su espacio sin molestarse ni en llamar a la puerta como si tuviese todo el derecho del mundo”.

¿Cómo demonios debía interpretarle si ni él mismo parecía saber lo que quería?

—¿Has dormido bien? —le preguntó Jim un tanto atormentado.

—Sí —mintió.

¿Qué esperaba que le dijera?

¿Que no había hecho otra cosa en toda la noche que dar vueltas y vueltas en la desconocida cama?

Pues no.

¡No le iba a dar el gusto!

Jim echó un vistazo a la alcoba con curiosidad y se dio cuenta de que su vestido estaba tirado sobre el suelo. También vio el camisón encima de la silla.

Y frunció el ceño.

—¿Por qué no te lo has puesto? —Terminó preguntando con interés para satisfacer su curiosidad.

Jenny se encogió de hombros, puesto que no le entendía, hasta que le señaló la prenda interior.

—Normalmente acostumbro a dormir... así —le respondió bajando la mirada ruborizada.

Jim pareció ponerse nervioso de repente.

“Lo tenía más que merecido —se dijo a sí mismo—. ¡Por preguntar lo que no debía!

—Bueno... —habló atropelladamente. Y es que de repente parecía tener una prisa inusitada—. Vístete, tenemos que ir al pueblo.

A Jenny le pareció que su esposo estaba algo intranquilo y nervioso.

¿Sería a consecuencia de la respuesta que le había dado?

Pero aquella idea se desvaneció rápidamente ante lo absurdo de la situación.

—¿Para qué tenemos que ir al pueblo? —preguntó apoyándose sobre los codos (olvidándose de su desnudez), y avergonzándose en el momento que Jim, a tiempo, la tapaba con las mantas.

¡Vaya situación embarazosa!

—Tengo que recoger a los niños y comprar algunas cosas en la tienda —aclaró él al tiempo que farfullaba un escueto—: Te espero abajo.

—Como quieras, no tardaré.

Y rápidamente se marchó dejándola a solas.

Jenny no le dio importancia a lo sucedido y aprovechó para acercarse a la jofaina. Derramó agua sobre la palancana, después se aseó con tranquilidad y abrió el armario para elegir vestido. Desilusionándose por la verdad de que no había mucho donde elegir. Así que cogió el vestido nuevo que tantos esfuerzos le costó ganar y se lo puso.

Al fin y al cabo era la señora de Montgomery y como tal quería estar deslumbrante en aquel primer día de su nueva vida.

Abrochó uno a uno la fila de botones y se puso los botines de piel negros. Seguidamente se acercó hasta el espejo y comprobó satisfactoriamente que el vestido además del color le sentaba muy bien. A continuación pasó a recogerse el largo pelo que le caía por la espalda hasta llegar a su cintura. Cepillándolo con fuerza para desenredarlo.

Sus cabellos no eran nada típicos para fascinación de muchas envidiosas. Solo que Jenny estaba acostumbrada y no le daba importancia a lo que otras sí. Observando a través del espejo las ondulaciones y aquel color rojizo tan característico. Un color y una forma que se afanaba en ocultar, llevándolo siempre recogido, por la sencilla razón de que le daba un aspecto infantil. A menos es lo que a ella le parecía.

“Aunque si lo pensaba bien... quizás a Jim le gustase así, ¿no?”

—¿Y por qué iba a gustarle? —Se dijo a través del espejo—, seguro que

ni se daría cuenta, qué más da, él se lo pierde.

Y sin demorarse ni un segundo se lo trenzó a toda velocidad y bajó a su encuentro.

Jim daba de comer a los caballos cuando la vio aparecer.

Y se quedó mirándola al ver cómo se desperezaba respirando aquel aire, comportándose de una manera tan natural, y sin que pareciera importarle que pudiese verla.

Entonces no pudo evitar sonreír.

Y continuó observándola entre los caballos hasta que empezó a acercarse, entonces siguió con lo que estaba haciendo, como si no la hubiese visto.

—¿Sabes? Me encantan los caballos, quizás pueda echarte una mano con ellos.

—¿Tú? —preguntó divertido.

—Sí, no creo que sea muy difícil.

—Si tú lo dices...

—Quién sabe, incluso un día puede que llegue a tener uno propio —añadió con la naturalidad que la caracterizaba y a la que Jim se iba acostumbrando poco a poco.

¡Qué remedio!

—¿Y quién te enseñará a montar?

—Tú, por ejemplo.

Jim la miró perplejo.

¿Estaba hablando en serio?

Aquella jovencita lo sorprendía por momentos con su espontaneidad y sinceridad. Aceptando que parecía hablar de manera sincera, y él no había visto nunca a ninguna mujer sobre su propia montura.

Un pequeño detalle que por lo visto a ella no le debía de importar mucho. La verdad.

—No lo creo, no quisiera que en el pueblo se crean que eres tú la que llevas los pantalones en casa —bromeó, queriendo apaciguar un poco los ánimos entre ellos, después de lo tenso que resultó ser el primer día que estuvieron juntos tras la boda.

—¿Y por qué han de enterarse?

Pero bueno...

¿Qué pretendía con aquellas insinuaciones? Realmente lo tenía desconcertado.

—El lugar de una dama no es precisamente en la montura de un caballo.

—¿Tú crees? —le debatió—. ¿Qué hay de malo en ello? Incluso podría llegar a ser útil.

—Bobadas, ¿estás lista?

Jenny asintió. La ayudó a subir a la carreta y esperó a que se pusiera el sombrero.

Al rato se alejaban entre las colinas rumbo a su destino.

—Espero que no se me arrugue mucho el vestido, es nuevo ¿sabes?

¡Por Dios, qué mujer!

¿Acaso no sabía hacer otra cosa que parlotear? Si seguía así lo iba a volver loco.

Y apresuró un poco la marcha.

—Jim...

Otra vez no, si seguía así la amordazaría, sí, eso es lo que haría. Estaba decidido.

—¿Sí?

—Tengo miedo de que tus hijos no me acepten —confesó la muchacha con temor.

—Tranquila eso no sucederá —le contestó mirándola con un aire comprensivo en un deseo de calmarla—, quizás con Johnny sea un poco difícil, ya sabes, está en una mala edad y todo lo entiende a su manera, pero con paciencia terminará aceptándote.

“Qué bien —pensó abatida—. Una complicación añadida a aquel embrollo en el que se había metido ella solita”.

—¿Y Sandy? —Era mejor saber de antemano a lo que tendría que enfrentarse.

—Te cogerá aprecio enseguida, es una niña muy cariñosa.

—¿Tú crees?

Jim dejó de mirar el camino y volvió la vista hacia ella.

—Tranquila, te ayudaré.

—Eso espero —suspiró Jenny aliviada y un poco temerosa—. Te

prometo que haré lo que esté en mis manos para ser una buena madre.

¡Oh, oh!

Y de repente volvió a desatarse la tormenta debido a lo que acababa de decir.

Jim tiró de las bridas bruscamente hasta forzar a que los doloridos caballos pararan al instante. Y la paz surgida entre ellos voló por los aires.

—¿Madre? —gritó furioso, como si se tratara de un energúmeno, y mirándola con rabia—. Eres mi esposa pero eso no te da ningún derecho para creerte la madre de mis hijos, es algo que no voy a admitir. Espero que lo comprendas desde este mismo momento.

El nudo en la garganta de Jenny se intensificó considerablemente. Agachando la cabeza para que no la viese en el estado de vulnerabilidad en que la acababa de dejar.

—No quise... —titubeó.

—No quisiste pero lo has dicho —la cortó sin contemplaciones—, espero que no vuelva a suceder.

Dicho esto emprendió la marcha y la ignoró por completo, al mismo tiempo que la joven muchacha intentaba respirar con normalidad después de la escena tan desagradable. Sumiéndose en una profunda tristeza al no saber cómo reaccionar ante él.

Lo único que Jenny pretendía era ayudar, pero su esposo no se lo hacía nada pero que nada fácil.

¿No se daba cuenta?

¿Acaso estaba esperando a que dijese algo que no le pareciera bien para echársele encima como un animal salvaje?

¡Desde luego era lo que parecía!

Y no pudo evitar que los recuerdos de la noche pasada, en la soledad de su alcoba, acudieran a ella.

Jenny entonces cerró los ojos y quiso olvidar el contacto tan frío de su cuerpo desnudo contra las mantas.

¡No pudo hacerlo!

¿Por qué la trataba así?

Si ya era difícil saber que no quería ni tocarla... ¿Cómo iba a hacer para aceptar aquel comportamiento en su día a día?

Doliéndole el alma a medida que trataba de encontrar una solución para evitar que la hiriera de esa forma...

Pero ¿cómo?

Llegaron al pueblo y, para consternación suya, los vecinos a los que se iban cruzando los saludaban sonrientes.

—Buenos días Señora Montgomery.

—Qué tal Señora Montgomery.

—Bonito día, ¿verdad Señora Montgomery?

A cada paso la saludaba un hombre diferente. Devolviendo el saludo a cada uno de ellos con una sonrisa forzada cuando lo que más deseaba era lo contrario. Y suspiró aliviada cuando llegaron a casa de Emma.

A menos tendría unos minutos para calmarse o terminaría derrumbándose.

—¡Soo...!

Paró a los caballos, atándolos para que no se alejaran, y se bajó de un salto. Alejándose sin más.

Y para sorpresa de la recién casada comprobó cómo seguía ignorándola de manera insolente. Dirigiéndose a la casa sin molestarse en ayudarla a bajar.

¡Aquel comportamiento era inaceptable!

La joven, indignada, se recogió el vestido y bajó como pudo. Tragándose su herido orgullo y siguiendo sus pasos.

—Buenos días Emma.

—Hola muchachos, ¿cómo es que estáis aquí tan temprano? —preguntó la sorprendida mujer mirando a uno y a otro.

—Tengo que hacer unas compras.

—Pasad, ¿queréis tomar algo?

—Si no es mucha molestia... —habló Jenny por primera vez. Esa mañana no había desayunado y su estómago empezaba a quejarse.

—No, gracias —cortó tajante— vamos con prisa.

Emma los miró extrañada, sin embargo optó por no insistir ante la contrariedad de él.

—He venido a por los niños, ¿dónde están?

“¡He venido a por los niños! ¡Tengo que comprar! Estaba claro que la excluía de todo cuanto a ellos se refería”.

—¿A por los niños? Ni hablar —protestó la anciana—, sabes de sobra que no me importa que se queden unos días más, acabáis de casaros y

necesitáis intimidad.

“—¿Para qué? —se preguntó a sí misma”.

—No insistas Emma, ya sé que lo haces de buena fe, pero es mejor que se enfrenten a la situación lo antes posible.

—Tú sabrás, aunque sigo diciendo...

Los niños, al darse cuenta de la presencia del padre, fueron hacia él.

—Padre, padre —gritaba Sandy a la vez que se abrazaba a su pierna.

—Hola pequeña —sonrió Jim—. ¿Te has portado bien?

Movió la cabecita en gesto afirmativo y le echó los brazos para que la cogiera. Algo que Jim hizo rápidamente puesto que no quería que esperara.

—Te he echado de menos.

—Y yo a ti pequeña.

Jenny observó la escena sin dar crédito al cambio de personalidad de su esposo. Descubriendo a otro hombre que en ese momento era feliz con su hijita en brazos.

¿Cómo era posible que esa cosita tan pequeña tuviese el privilegio de poder cambiar la expresión atormentada de sus ojos, para en su lugar reemplazarla por una mirada llena de ternura?

Y no sólo era eso, sino que además, por primera vez, se daba a cuenta de que su rostro duro e implacable era una simple máscara que exhibía ante los demás... pero no ante sus hijos.

Evidentemente no pudo evitar sentir una punzada en su interior al saber que a ella jamás la llegaría a mirar así.

—Venga chicos, despediros de Emma.

—Adiós niños, volved cuando queráis.

Jim, con la niña en brazos, salió de la casa seguido de Johnny. Y mientras lo hacía le iba preguntando a su padre el por qué se tuvo que quedar allí a dormir cuando él había vivido desde siempre en casa.

Dando a entender que si alguien sobraba no era otra que la camarera de cantina.

—Ten paciencia hija —la animó la pobre anciana que había escuchado el lamentable comentario.

Jenny les vio alejarse y susurró:

—La tendré —respondió convencida.

Y se tragó su amor propio porque no estaba dispuesta a mostrar su debilidad. Seguidamente se despidió de la señora y los siguió calle abajo.

Desde luego que no se iba a dejar vencer así como así, no la rechazarían

sin ni siquiera molestarse en saber el tipo de persona que era.
¡Vaya que no!

Los encontró dentro de la tienda de la señora Thomas. Y antes de entrar se alisó bien el vestido y respiró un par de veces con calma porque resultaría muy difícil aparentar estar tranquila cuando la realidad era bien distinta.

Cogió aire y entró.

Inmediatamente después, las miradas indiscretas que estaban esa mañana en la tienda, se posaron sobre ella sin piedad.

—Buenos días —saludó a la dueña.

—Hola Jennifer —contestó la señora Thomas con cierta ironía—.
¿Cómo te encuentras?

“—¡Será cotilla!”

—Bien, gracias.

La señora Thomas se molestó al darse cuenta de que sucedía algo raro y ella no podía enterarse. La cara de aquella muchacha de cantina así lo reflejaba.

¿De qué hablaría si no sabía de manera cierta lo que ocurría?

Jenny sonrió al ver la expresión que ponía. Después miró el interior de la tienda y los encontró en el apartado de los terrones de azúcar, el lugar en el que Sandy intentaba persuadir al padre para que le comprara algunos. Entonces, decidida, avanzó hasta ellos y habló con la pequeña.

—No Sandy, si comes esto, después te quedarás sin apetito.

La niña la miró por primera vez y además lo hizo enfadada.

¿Quién era ella para decirle lo que su padre le tenía que comprar o no?

Y tiró de la manga de su padre con fuerza hasta conseguir lo que quería.

¡Llamar su atención!

—Quiero esto, Johnny me dijo que mi madre siempre me los compraba.

—Está bien hijita, coge los que quieras.

Desde luego que Sandy se salió con la suya, y por lo tanto sonrió, y le sacó la lengua.

Así aprendería a no meterse en lo que no la incumbía.

Lo que acababa de suceder era el colmo, poniéndola en evidencia delante de los vecinos que murmuraban entre sí.

¿Cómo se atrevía a menospreciarla de aquella forma?

—Está bien Jim, como tú quieras.

Y la pobre muchacha a duras penas controló las lágrimas que se agolpaban por salir.

A continuación dio media vuelta, (para que no la viesen llorar), y quiso marcharse bien lejos.

Jim se dio cuenta.

—¿A dónde vas?

—A casa —susurró.

—Déjala que se vaya padre —remató Johnny— así estaremos mejor.

No hacía falta escuchar ninguna palabra más, así que se recogió las faldas y salió apresuradamente de aquel lugar en el que no pintaba nada, a la vez que Jim se acercaba a una de las ventanas.

Buscándola.

Una vez que la encontró la miró pensativo y vio cómo se alejaba entre la gente.

También llegó a darse cuenta de que muchos de los hombres con los que se cruzaba se paraban, quitándose el sombrero, para saludarla. Continuando mirándola y eso que ella seguía su camino. Un hecho que no le agradó en absoluto.

—Venga niños, terminemos de comprar para ir a buscar a Jennifer —les dijo a sus hijos con el propósito de acallar los murmullos de los metomentodos vecinos.

Rápidamente cogió lo que había ido a comprar y poco después salieron a la calle. Se dirigieron a la carreta, esperando encontrarla allí, y menuda sorpresa que se llevó al comprobar que se había equivocado.

¿Entonces era verdad lo de su intención de irse a casa?

Y si era así...

¿Cómo diablos lo había hecho?

Jim entró en la cabaña malhumorado y cerró la puerta al verla trajinar en la cocina, prefiriendo dejar a los niños fuera.

—Jennifer —la llamó de forma autoritaria. Mostrando lo furioso que volvía a estar con ella.

¡Otra vez!

Jenny respiró en profundidad. A continuación se limpió las manos y se

giró. Encontrándose de frente con el Jim al que, desafortunadamente, se iba acostumbrando.

¡Para su tormento!

—¿Cómo has venido?

—Le pedí a Laura su calesa.

—¿Cómo has sido capaz de hacer tal cosa?

La arrogancia mostrada en la pregunta que acababa de hacer dejaba bien clara su posición.

Y ella supo que una nueva discusión se produciría a continuación... porque por supuestísimo no iba a quedarse esperando la reprimenda que sabía él le terminaría echando.

¡Vaya que no!

—¿Y qué iba a hacer? —contraatacó de malos modos enfrentándose a él—. No estoy dispuesta a pasar por la escena de la tienda otra vez. Para que lo sepas si le dije a tu hija que no comiera azúcar era por su bien, no hacía falta que me ridiculizaras de la forma en que lo has hecho. —Explotó ante el asombro de su esposo.

No iba a quedarse callada. Demasiadas cosas le había dicho como para permanecer en silencio durante más tiempo.

—Jennifer —la llamó de manera insolente tras atreverse a hablarle así—, escucha lo que tengo que decirte porque no te lo repetiré. No eres quién para decir lo que le conviene o no a mis hijos, ¿lo has entendido?

Jennifer volvió a tomar la palabra ante aquella insensatez que le acababa de decir.

—Tú me dijiste que te casabas conmigo por tus hijos —le reprochó un poco harta a esas alturas—, ¿en qué quedamos?

A lo que Jim, acercándose por el atrevimiento a debatirle, terminó perdiendo la paciencia y le gritó:

—¡A mis hijos nunca les faltará de nada! Y no estoy dispuesto a que te interpongas entre nosotros.

Jennifer escuchó sus palabras dolida. Muy, muy dolida. Pero si él pensaba que con aquella actitud agresiva iba a conseguir que ella se quedase callada, no sabía lo equivocado que estaba, puesto que la pobre muchacha se armó de una valentía ejemplar para terminar soltando con el corazón encogido:

—Entonces, ¿qué hago yo aquí? Si me querías para limpiar y cocinar no era necesario llegar tan lejos. Desde luego no hasta donde lo hemos hecho.

Jim se quedó pasmado ante aquella revelación.

—¿Qué insinúas? —dijo de pronto bajando la voz.

Y Jenny se limitó a sincerarse... otra vez.

—Que me equivoqué. Me arrepiento de haberme casado contigo. Para ti únicamente existe el recuerdo de Karen, pero ¿qué pasa conmigo? Te quiero con toda mi alma y en cambio tú ni siquiera has tenido el detalle de darme un beso. Ni siquiera he tenido una noche de bodas, y por si fuera poco parece que te afanas en gritarme en cuanto abro la boca. Y ya no sé qué hacer o decir... —Terminó susurrando apartándose un poco para mantener cierta distancia.

Jim la miró con pesar.

—Te advertí lo que buscaba en ti —le recordó algo afligido. Reconociendo que su sinceridad había conseguido traspasar la furia que lo había carcomido desde el instante en que supo que efectivamente se había marchado sola, para en cambio hablarle con algo de delicadeza debido a la confesión que le acababa de hacer—. Nunca te engañé ni te hice ver algo que te diera esperanzas de otro tipo Jennifer. Nunca.

Y Jenny continuó:

—Lo sé. Pero tonta de mí creí que lograría hacerte cambiar de opinión, ahora en cambio me doy cuenta de lo equivocada que estaba. —Le dijo angustiada mientras que él pudo ver el tormento asolador que llevaba dentro a través de aquella mirada suplicante.

Entonces Jim se volvió a acercarse a ella susurrándole:

—Lo siento Jennifer. —Se disculpó. Verla así a él no le gustaba nada. Debía de reconocerlo—. Pero ya nada podemos hacer. Pensé que cuando hablé contigo quedó todo lo suficientemente claro. Ya veo que no es así y siento que no tengas una buena opinión sobre mí.

—Más lo siento yo. —Seguidamente se quitó el delantal y lo dejó encima de una silla. Después dijo—: Ahí tenéis la comida.

—¿Dónde vas? —preguntó con pesar.

—A mi alcoba, no tengo mucho apetito y aún debo terminar de colocar unas cosas. ¡Ah! dile a Sandy que le he hecho una tarta de chocolate.

Jim la siguió con la mirada a medida que se alejaba, y se sintió culpable por todas y cada una de las palabras que le había dicho.

¡Dios sabía que nunca quiso herirla! Precisamente era la razón de que aclarara sus intenciones desde el primer día... aunque sin mucho éxito por lo que estaba comprobando.

Jenny cerró la puerta tras de sí e irremediablemente se vino abajo...

Ni siquiera pensó en el vestido y se dejó caer sobre la cama llorando desconsoladamente.

¿Qué es lo que había hecho?

Si se hubiese quedado en la cantina seguro que no habría sufrido tanto.

¿Por qué tuvo que ser tan ingenua al permitir enamorarse de él?

Pasó bastante tiempo hasta que los sollozos cesaron, fue entonces, cuando al levantarse, descubrió con horror las arrugas de su lindo vestido. Se lo quitó y en su lugar se envolvió en la bata y comenzó a ordenar la alcoba.

Encima de la cómoda dejó el agua de rosas que guardaba para ocasiones muy especiales, el cepillo del pelo y una cajita con polvos de diversos colores que compró con el último sueldo. No estaba segura de querer comprarlas pero al saber que era la última moda en Kansas pareció animarse y terminaron en el fondo de su bolso, eso sí, por el momento no tuvo la oportunidad de probarlas.

Dos faldas, dos camisas, y su maltrecho vestido, eran las pertenencias que llevó consigo.

¿Sería prudente decirle a su marido de la necesidad de un guardarropa nuevo?

Quién sabe...

¿Y si le parecía mal iniciando así una nueva pelea?

Y por el momento prefirió olvidar el tema.

Seguía colocando sus cosas... ahora le tocaba el turno a la ropa interior, cuando escuchó unos golpes contra la puerta.

Su sorpresa no pudo ser mayor al encontrarse a la pequeña de la casa con un plato lleno de tarta de chocolate.

—Hola Jennifer.

—Hola tesoro —Y abrió la puerta para que entrara—. ¿Para quién es ese trozo de pastel?

—Para ti, está muy buena y como no has bajado a comer mi padre me ha dicho que viniera.

—No me encontraba bien pero te agradezco mucho el que te hayas acordado de mí.

—¿Te dolía la tripa? —preguntó la pequeña preocupada.

—Bueno, podría decirse que sí pero ya estoy bien.

—A mí también me duele alguna vez, entonces mi padre me coge en brazos y me da cremita para aliviarme.

—Seguro que lo consigue.

—Si —rio—, y después me hace cosquillas.

—Tienes un padre muy bueno.

—Yo lo quiero mucho, ¿sabes? Bueno Johnny también lo quiere pero prefiere no decirlo, como quiere ser mayor...

Ante semejante descubrimiento estalló en carcajadas.

¡Que niña tan graciosa y buena!

—Sandy, ¿sabes lo que creo?

—No —Y la miró con los ojos muy abiertos para no despistarse.

—Creo que seremos grandes amigas.

—Pero yo nunca he tenido una amiga tan mayor —contestó de la manera más normal.

Volvió a reír divertida ante el calificativo que acababa de asignarle.

—Muy bien señorita, siempre tiene que haber una primera vez, ¿dónde está tu padre?

—Se ha ido al pueblo, estaba muy serio.

—No te preocupes ya se le pasará.

—¿Por qué os habéis peleado? Johnny y yo os oímos esta mañana.

—¡Oh cariño! ha sido una simple pelea, todo está bien. —Pero sabía que una niña tan pequeña no entendería ciertas cosas, por ello, ante aquella expresión de confusión decidió cambiar de tema, entonces se le ocurrió algo —. Ya sé lo que vamos a hacer, somos amigas ¿verdad?

—No sé.

—Sí, yo creo que sí, y ¿sabes lo que hacen las amigas?

Sandy negó con la cabeza.

—Comparten las cosas y es precisamente lo que voy a hacer con esta rica tarta, anda ve a por una cuchara y comamos esta delicia entre las dos, ¿qué te parece?

—¡Yupi!

Y salió corriendo de la habitación.

Bueno, no todo iba a ser malo.

Y sonrió, dando gracias a Dios por este primer acercamiento con tan magníficos resultados.

En cuanto terminaron de comer la tarta se puso una vez más manos a la obra para terminar de colocar sus enseres.

Por supuesto que Sandy se quedó para ayudarla.

—¿Qué es esto?

—Agua de rosas, huele muy bien.

—¿Podré tener uno como el tuyo?

Jenny sonrió.

—Pues claro tesoro, cuando seas un poco mayor, hasta entonces si te portas bien quizás también lo compartas contigo.

—¿De veras? —preguntó sin llegar a creérselo.

—Claro que sí.

—Oye Jenny, si un hombre y una mujer se casan como tú y mi padre, ¿no duermen en el mismo cuarto?

“—¡Oh Dios! Y ahora... ¿qué se suponía que debía contestar?”

—¿Quién te ha dicho eso? —preguntó a la desesperada procurando ganar tiempo.

—Mis amigas dicen que sus padres y madres duermen juntos, que es algo normal, y mi padre y mi madre también lo hacían.

¿Cómo podían saber unas niñas de 5 años lo que era normal y lo que no?

—¿Por qué no dormís juntos?

—No lo entenderías. —Y ante el temor de una nueva pregunta cambió de tema de forma radical—. Sandy ¿dónde está tu hermano?

—Abajo.

—Se me acaba de ocurrir una idea, ¿qué te parece si vamos a buscarle para que nos ayude a preparar un bizcocho?

—No creo que nos ayude, se cree tan mayor que a veces es bobo.

—Al menos lo intentaremos, ¿qué te parece?

—No es buena idea, no le caes muy bien ¿sabes?

Eso ya lo sabía pero en algún momento tendría que acercarse.

Salieron de la casa y lo vieron a lo lejos tratando de ensillar un caballo. Al verlas acercándose lo dejó por imposible.

—Tesoro, venimos a hablar contigo.

—¿Tesoro? —Escupió ofendido—, mire señora mi nombre no es ése, no soy ningún niño, ¿sabe?

—¡Oh! No sabes lo que lo siento. —Vaya, vaya, tan orgulloso como su padre—, pues bien, tu hermana y yo hemos pensado en hacer un bizcocho y...

—¿Qué me importa a mí?

—Quizás necesitemos ayuda.

—Eso son cosas de mujeres.

“—Está bien —pensó Jenny— lo intentaré otra vez”.

—Ya sabemos que te estás haciendo mayor pero nadie ha dicho que los hombres nunca hayan ayudado a preparar un simple pastel.

—Mire señora, si lo que quiere decir es que me meta en la cocina como si fuese una niña es que está loca, llévese a Sandy pero a mi déjeme en paz.

Y se quedó tan ancho. Ciertamente tenía doce años pero desde luego que con esa edad sabía lo duras que acababan de ser sus palabras.

Unas palabras que pronunció sin importarle lo más mínimo. Dejando a Jenny muerta de la sorpresa a medida que le veía dándose media vuelta y marchándose.

—Te dije que no era una buena idea, se va a enterar, cuando venga mi padre se lo pienso decir.

—No cariño, necesita tiempo y se lo voy a dar, venga, no nos va a estropear nuestros planes.

Empezaba a anochecer cuando Jim llegó a casa. Abrió la puerta y se encontró con una escena tan hogareña que no pudo evitar quedarse donde estaba. Cruzado de brazos y sin hacer ruido para que no se dieran cuenta de su presencia. Disfrutando de lo que veía.

Su hijita mientras iba y venía colocando lo que Jenny le daba.

—Eso es cariño, la cuchara a la derecha junto al cuchillo, y el tenedor a la izquierda.

—Nunca lo había hecho así.

—Recuerda lo que te dije antes, siempre hay una primera vez. —Y le entregó los vasos para que los pusiera—. Bien, el estofado está listo, ahora solo falta que aparezcan los hombres de la casa.

—Uno está aquí —dijo Jim finalmente. Examinándola sin perderla de vista en un deseo de ver su reacción. Y sonriendo al verla ruborizarse tras pillarla por sorpresa.

—Padre, ¿has visto cómo he puesto la mesa? Jenny me ha enseñado.

—¿Ah sí?

—Sí, y también me ha dejado ayudar a hacer un bizcocho y me ha dicho que si me porto bien compartirá conmigo su agua de rosas. ¿A qué es muy divertido?

La niña se veía tan ilusionada que a su padre en ese momento no le pareció tan mal la idea de haberse casado con aquella chiquilla.

—Claro que lo es tesoro —Jim la estrechó contra sus brazos y buscó a su joven esposa con la mirada, entonces le guiñó un ojo en señal de aprobación.

Cuando horas antes bajó a caballo hasta la cantina para refugiarse en el whisky, después de ver su rostro tan melancólico, pensó que tardaría en volver a verla sonreír. Estaba equivocado pues ella contestó al guiño con una maravillosa sonrisa, demostrando que aún le quedaba mucho por hacer y sobre todo mucho por decir.

Lo único que ella pedía era tiempo.

—Vamos cariño ve a buscar a tu hermano y lavaros las manos, la cena se va a enfriar.

—Si Jenny, ahora vuelvo.

Una vez solos Jim se acercó hasta la cocina de carbón y levantó la tapadera de la cazuela, deleitándose con el guiso.

—Esto huele divinamente, se me está haciendo la boca agua.

—Espera a probarlo para poder opinar —sonrió complacida alegrándose de tener una tregua entre ellos y sus disputas.

—¿Qué dices? Este olor es celestial, ha sido muy duro para mi hacerme cargo de la cocina durante estos interminables meses —admitió sin pensarlo. Volviendo a poner la tapadera en su sitio.

Al escuchar cómo se sinceraba dejó de cortar la cebolla para poder mirarle, y fue en ese momento cuando en realidad supo lo difícil que le debió de resultar hacerse cargo de todo, o al menos esa mirada melancólica era lo que parecía querer transmitir.

Ojalá ella pudiera borrar todos y cada uno de los recuerdos amargos que todavía flotaban en el ambiente, ojalá fuese capaz de conocer al verdadero Jim que se ocultaba tras aquella máscara distante y fría.

Quién sabe... quizás algún día se hiciese realidad su sueño.

Y sin apartar la mirada de él preguntó:

—¿Por qué nunca contrataste a una mujer? Es algo que no entiendo — dijo como si nada.

—Pues por la sencilla razón que no quería que los niños cogieran cariño a una persona determinada, tarde o temprano terminaría marchándose.

—¡Ah ya! —susurró con pesar al saber lo que aquello significaba—, yo nunca sería capaz de abandonarte, por eso me elegiste a mi ¿verdad?

No sabía lo que estaba diciendo... si ella supiera la triste realidad acerca de...

—No, te equivocas. —Dejó de lado lo que estaba pensando para en su lugar tratar de enmendar sus palabras, las cuales no fueron muy acertadas que digamos—. Si te elegí a ti fue porque sabía que eras una buena mujer.

—Qué curioso, ¿cómo sabías si era buena o mala? Jamás me preguntaste nada sobre mí.

—Tienes razón, pero sí que sabía acerca de ti.

—¿Y cómo es eso posible? —Quiso saber sin llegar a creérselo.

—Pues simplemente porque soy muy observador. Desde el primer día en que te vi en la cantina sentí cierta curiosidad hacia ti, por ello pude darme cuenta de que nunca, ni una sola vez te vi coqueteando con alguno de los hombres. Es más, no permitías ninguna broma pesada de ninguno de ellos, algo curioso pues las camareras siempre dan cierta confianza... tú ya me entiendes.

—No todas somos iguales —se defendió.

—Lo sé, tú misma me lo demostraste.

—Aun así —volvió a insistir— eso no significa que me conozcas en absoluto, podría haber sido una buscona cuando no estaba en la cantina, o quizás tuviese otros vicios. Por muy observador que fueras en aquella época no significa nada en absoluto.

—No estés tan segura, una vez hablando con Harry... —se continuó sincerando mientras que se acercaba a la chimenea para echar otro tronco sobre el fuego—: me dijo que en tu día libre te dedicabas a estar con tu amiga Laura o simplemente descansando. Créeme aquello dijo mucho sobre ti.

El malestar de Jenny se agudizó bastante después de escucharle decir aquello.

—Lo que me dio más puntos, ¿no es así? —preguntó molesta.

—No exactamente.

—¡Vamos Jim! —exclamó Jenny enfurruñada—. ¿Acaso miraste con lupa a cada una de las chicas solteras antes de decidirte a dar el gran paso? — Y a medida que hablaba empezó nuevamente a cortar las hortalizas, solo que esta vez con mucha más energía, evidenciando lo enfurruñada que de pronto volvía a estar—. Todo esto me parece ridículo, además, ¿qué hacías hablando con Harry acerca de lo que hacía o dejaba de hacer? ¿Quién te creías que eras?

—Tu futuro marido, simplemente.

Jenny dejó de cortar las hortalizas quedándose bastante perpleja. Entonces lo buscó con la mirada.

—¡Pero Jim! —dijo atónita ante lo que aquello significaba—. Por ese entonces tú estabas casado. Karen aún vivía.

Se miraron largamente hasta que por fin él aclaró:

—Cuando hice esas preguntas ya no lo estaba —contestó rápidamente tras saber que acababa de meter la pata.

Algo que no le convenía.

—Pero si lo estabas cuando empecé a trabajar en la cantina — puntualizó una Jenny curiosa que no entendía de lo que estaba hablando—, entonces ¿por qué sentías aquella curiosidad?

De repente, y sin poder remediarlo, a la mente de Jim volvieron aquellos recuerdos... justo cuando empezaba a vivir los momentos más amargos al lado de Karen.

¿Qué es lo que iba a hacer con aquello que comenzaba a brotar nuevamente en su herido corazón? Precisamente ahora, cuando por fin empezaban a alejarse todos y cada uno de los tormentosos pensamientos de aquella época, parecían querer salir a flote en el momento menos oportuno.

¿Es que no iba a librarse de ella nunca?

¡Joder!

—Jim, Jim —lo llamó su esposa preocupada ante la expresión de la cara de un hombre atormentado y que parecía ensimismado en sus pensamientos.

Pero él seguía anclado en el pasado, permaneciendo ajeno a lo que le rodeaba, y situándose en unos recuerdos que no le venían nada, pero que nada bien.

Y él lo sabía. Carcomiéndose en su interior a causa de una pregunta que le dolía especialmente.

“¿Por qué se tuvo que casar con aquella chiquilla si sabía que nunca lograría hacerla feliz? Karen se llevó consigo todo lo que él había sido antes

de que...”

—Jim, ¿me oyes?

—¿Qué? —dijo consiguiendo volver en sí.

¡Y dejó atrás los fantasmas que le perseguirían siempre!

—¿Estás bien?

—Sí, es solo que...

Sus palabras quedaron ahí, en su interior, pues los niños acababan de entrar en la cocina interrumpiendo lo que quizás habría sido una revelación sorprendente.

Regañándose él mismo pues debería de estar más atento si quería cumplir la promesa que se hizo hace algún tiempo acerca de no abrir su corazón a ninguna mujer...

Y miró a Johnny al observar cómo se sentaba ante la mesa un tanto cabizbajo, dejando a las claras que el primer enfrentamiento entre él y Jennifer ya había ocurrido. Algo que no podía consentir cruzándose de brazos ya que de esa forma el niño se crecería y terminaría haciendo lo que le viniese en gana.

Y para nada estaba dispuesto a permitirlo. Ella no se lo merecía.

Entonces dijo:

—Johnny.

El niño quiso desaparecer en aquel mismo instante. Por experiencia propia sabía que cuando su padre usaba ese tono de voz era porque estaba muy cabreado, y en esas ocasiones lo mejor era desaparecer.

Reunió todo el valor posible y levantó el rostro para mirarle mientras maldecía a su querida madrastra.

“Anda que había tardado en decirle lo sucedido esa tarde, se iba a enterar aquella pelirroja...”

—¿Tienes algo que decirme?

—No —negó el muchacho, rezando para salvarse de la reprimenda que se le venía encima.

—¡Johnny! —gritó su padre a la vez que daba un golpe sobre la mesa— ¿cuántas veces tengo que repetirte que no me mientas?

—Perdona padre —susurró conteniendo las lágrimas.

Jenny sentía un nudo en la garganta debido a la situación tan tensa que flotaba en el ambiente y decidió intervenir.

Aunque la perjudicada a la final fuese ella misma.

—Jim, no te está mintiendo. —Todas las cabezas giraron hacia ella—.

No te tiene nada que decir porque no hay nada que contar, ¿no es así Johnny?

El asombrado niño asintió con la cabeza incapaz de articular ni una sola palabra, y volvió la vista hacia su padre esperando la reacción de éste.

Ella hizo lo mismo, encontrándose con una mirada dura e implacable, dándole a entender que ya arreglarían cuentas cuando estuviesen a solas.

En fin, ¿qué le iba a hacer?

Esperaría hasta que los niños se acostaran para poder hacerle entender que si actuó así fue únicamente porque creyó que era lo mejor.

Un castigo por parte de él la hubiese alejado aún más del esquivo niño, y no se lo podía permitir.

Así que con una normalidad que no existía simplemente le dijo:

—Dame tu plato, la cena se va a enfriar.

Ya habría tiempo de que le dijera lo que a buen seguro tenía que decirle... quisiera o no quisiera.

Fue una cena en la que no compartieron muchas palabras que digamos.

—¿Se han dormido ya?

Jennifer se había quedado fregando los cacharros mientras que su esposo acompañó a los niños escaleras arriba para que se acostasen, lo que aprovechó para pensar en las palabras que utilizaría para defenderse de las posibles acusaciones a las que con toda probabilidad sería sometida... aunque no le servirían de nada si Jim tenía ganas de pelea.

Para ser su segundo día en la que se suponía era la casa de sus sueños lo tenía bastante difícil. La sensación de vacío parecía no querer abandonarla. Dificultándole acoplarse a esa nueva vida porque no era nada fácil acostumbrarse a un marido que nunca le contó nada acerca de su persona.

Es verdad que le conocía desde hace unos meses, pero ¿y qué? Ni siquiera sabía cuál era su plato preferido, nada, absolutamente nada sobre cómo era en realidad.

Pero lo peor no era eso, la convivencia bajo el mismo techo no había hecho más que comenzar y ya se estaba torturando.

Tenerlo tan cerca y no poder tocarlo no la beneficiaba en absoluto.

Llegando a pensar que ojalá no estuviese enamorada de él y que aquel matrimonio pudiese ser lo que él simplemente le pidió. Un simple matrimonio de conveniencia.

¡Resultando imposible por parte de ella! Estaba claro.

Pagaría muy caro el embrollo en el que estaba metida. Aunque seguiría luchando. No desistiría hasta conseguir convertirlo en el Jim de antes, aunque su vida le fuera en ello.

—Sí, ya se han dormido —le contestó a medida que se hacía la fuerte para contarle lo sucedido entre su hijo y ella.

Se secó las manos, dejó el paño sobre la mesa, y entonces se volvió para mirarlo. Tratando de ver a través de sus ojos lo que podría pasarle por la cabeza. Afanada en hablar descartando los detalles que no le interesaban... cuando él la volvió a dejar sin palabras diciéndole:

—¿Quién te crees para intervenir en una discusión entre mi hijo y yo?

Así, sin más.

“—¿A quién se iba a parecer Johnny sino al padre?”

Pues estaba muy equivocado si pensaba que iba a disculparse, ella ahora pertenecía a la familia y como tal tenía el derecho a ser uno más, y no como él pretendía.

—La persona afectada, ¿te parece poco?

—Jamás vuelvas a hacerlo —la advirtió de manera insolente—, recuerda que si juegas con fuego puedes llegar a quemarte.

—¿Qué insinúas? —contestó furiosa.

—Ya te lo he dicho, mantente al margen.

Dicho esto, y creyendo cerrada la discusión, dio media vuelta con la intención de marcharse.

—No lo haré. —Negó a sus espaldas con valentía. Segura de lo que hacía y descartando la opción fácil de dejarle marcharse.

—¿Cómo dices? —le preguntó dándose la vuelta. Mirándola con un rictus serio e implacable.

En ese momento, y ante esa mirada en concreto, pareció encoger varios centímetros. Pero no se dejó amilanar. Para bien o para mal formaba parte del propósito que él había llevado a cabo y por lo tanto tenía el mismo derecho a intervenir que él.

¡Faltaría más!

—No voy a permitir que me arrincones —se enfrentó a él ocultando su perturbación—, aunque te pese soy tu mujer y como tal pienso intervenir en

lo que crea conveniente.

—¡Maldita sea! —Maldijo señalándola con el dedo— no te atrevas a contradecirme ¿me oyes? Harás lo que yo te diga y cuando yo te lo diga, ¿me has entendido?

Ni siquiera el saber que sus hijos perfectamente podrían estar escuchándolos parecía calmarlo. Estaba fuera de sí, como Jennifer jamás lo había visto.

Y eso la asustó tanto que comenzó a temblar temiendo su reacción... eso sí, sin quedarse callada.

No lograría hacerlo.

—¿Así es cómo solucionas los problemas? Eres muy hombre Jim Montgomery.

—Mira, te diré una cosa...

—No —le cortó sin ningún tipo de concesión—, te la diré yo a ti. Quiero que quede muy claro que aunque haya aceptado a casarme contigo, jamás, —y mientras hablaba se acercaba a él apuntándole con el dedo tal y como él había hecho segundos antes— ¿has oído? Jamás, voy a quedarme arrinconada esperando a que tú me des la oportunidad de defenderme o de hacer lo que yo creo que está bien. Tienes razón en una cosa, y es que yo acepté todas y cada una de las condiciones que me impusiste para ser tu esposa. Ahora bien, si en algún momento llegaste a pensar que estaría sometida a ti de por vida te equivocaste Jim. No soy ese tipo de mujer a la que puedas manejar a tu antojo.

—No voy a permitirte que me hables así —rugió cegado por una ira que iba creciendo a pasos agigantados.

—¿Ah no? ¿Y por qué? —preguntó alzando la voz desesperada—. ¿Acaso yo sí puedo permitirte que me trates como si fuese cualquier cosa? ¿Acaso para ti no significa nada el saber que estoy enamorada? Si tengo que vivir con este dolor no es mucho pedir que pueda tener cierta libertad en lo que hablo, ¿no te parece? Además, todo esto lo podríamos haber evitado con tan solo preguntarme qué es lo que había hecho tu hijo, ¿no sería más fácil que echármelo en cara sin saber lo que ha sucedido? Por muy buen padre que quieras ser supongo que no siempre acertarás, así que dame la oportunidad de ayudarte, no creo que...

—¡Basta!

Aquel grito la asustó, callándose al momento.

—Déjate de cháchara —la amenazó—. Puedes hacer o deshacer lo que

te venga en gana, pero guárdate tus consejos para otra persona. Aquí el único que sabe lo que tiene que hacer con sus hijos soy yo, ¿lo oyes? Y por lo que más quieras, mientras yo no te lo diga, no te entrometas.

—¿Es una amenaza?

—Tómatelo como quieras.

—Pero Jim, ten en cuenta que tu actitud negativa no va a ayudarnos en nada. ¿Es que no lo ves?

Nuevamente Jenny quiso protestar pero sin conseguirlo pues él la cortó de un modo tajante:

—No, yo no tengo que tener nada en cuenta, tú límitate a hacer lo que tienes que hacer y se acabó. No vayas más allá porque jamás adelantarás nada, esto es lo que hay, si te hiciste ilusiones es cosa tuya no mía.

Cuanto podían llegar a herir sus palabras. Y encima no se molestaba en tener una mínima delicadeza cuando él muy bien sabía los sentimientos tan profundos que sentía.

¿Cómo podía ser tan arrogante?

—Está bien, tú ganas —dijo abatida y cansada de luchar contra un muro irrompible.

Y dio media vuelta con la intención de marcharse hasta su cuarto. Añadiendo en el último instante:

—No sabes lo que hubiese deseado que llegaras a tratarme como lo hiciste con Karen. Dime Jim, ¿a ella llegaste a gritarla alguna vez?

Si Jenny era perfectamente consciente de la reacción de él cada vez que pronunciaba su nombre, entonces, ¿por qué lo hizo?

Desde luego que la reacción de él no se hizo esperar, ya que nada más escuchar aquellas palabras cruzó la habitación con gesto amenazador. Agarrándola por los hombros con demasiada fuerza, sin ni siquiera percatarse de que la hacía daño.

Obligándola a darse la vuelta para enfrentarse cara a cara.

—¿Quién te crees para hacer esas preguntas? —Bramó colérico y lleno de rabia—. No quiero que la menciones siquiera.

—¿Por qué? —Llegó incluso a susurrar valiente— ¿Porque era mejor que yo?

Jim alzó la mano, completamente fuera de sí, pero en el último instante se arrepintió.

Y al ver lo que había estado a punto de hacer la bajó avergonzado.

—Eres muy hombre Jim —volvió a repetirle.

Se secó las lágrimas en el delantal demasiado herida, y corrió hacia las escaleras con el único propósito de refugiarse en su alcoba.

Necesitaba alejarse de él. Del hombre que bajo cualquier pronóstico era el encargado de hacerla tan y tan infeliz.

La situación entre el particular matrimonio simplemente parecía querer complicarse a cada minuto que pasaban juntos...

Jenny cerró la puerta a sus espaldas y supo que, si todavía le quedaba alguna duda acerca del futuro de ambos, ahora se daba cuenta de que su matrimonio jamás podría llegar a funcionar.

Y así fue cómo pasó su segunda noche en la que se suponía sería una nueva vida llena de esperanzas e ilusiones.

Jim la contempló con una máscara inescrutable mientras corría escaleras arriba. Apretó los puños, furioso consigo mismo, y cogió la botella de whisky porque en aquellos momentos solo podía pensar en dos cosas.

La primera emborracharse para poder olvidar lo que había estado a punto de hacer...

Y la segunda, que le estaba atormentando incontrolablemente, era que debido a su comportamiento no sería extraño que ella se marchase y no volviese a verla nunca más.

—Maldita sea.

Se dejó caer en el suelo y se llevó las manos a la cabeza, de forma desesperada, por los acontecimientos que habían dado lugar desde que se casaron.

Y por muy raro que pareciese hasta él mismo (que era el que lo había provocado), se creía incapaz de llegar a aceptar que pudiera perderla.

“—¡Dios mío! ¿Qué haré si me vuelve a suceder?”

Pero aunque él no lo sabía Jenny no estaba dispuesta a rendirse, al menos, no por ahora...

Como todas las mañanas Jenny se levantó temprano. Después de lavarse y vestirse bajó a la cocina para preparar el desayuno.

Dispuesta a desempeñar sus quehaceres.

Encendió el horno para hacer pan caliente, y a medida que preparaba la masa, pensaba que la situación se les escapaba de las manos, ahora bien, no por ello iba a acobardarse eligiendo el camino más fácil.

Los niños la necesitaban y ellos eran los que menos culpa tenían en toda la historia.

Y era suficiente.

A partir de ahora (no sabía cómo), se dedicaría única y exclusivamente a ellos y haría como que su esposo no existía.

Total, la realidad afirmaba que ese era su verdadero cometido, por muy triste que pareciera.

Y así seguía, pensando en sus cosas, cuando un Jim cargado de leña entró en la cocina para encender el fuego.

¡Ninguno de los dos vio al otro!

En el instante en que él la buscó con la mirada Jenny estaba agachada supervisando el pan, por eso, al no encontrarla sintió en lo más profundo de su ser (sin quererlo) un sentimiento.

Primero de culpabilidad y luego de tristeza.

Dejó los troncos en la chimenea de manera mecánica para prenderlos, y entonces escuchó un ruido de cacerolas.

Se dio la vuelta y la vio.

Seguidamente de sus labios se escapó una media sonrisa sin poder evitarlo. Pero claro, rápido se borró de su rostro al pensar cómo iba ser capaz de enfrentarse a ella después de lo ocurrido la noche anterior.

—Buenos días Jennifer.

Esta, que no lo había escuchado entrar, se sobresaltó tirando el azúcar sobre el suelo.

—No sabía que estabas aquí —logró decir dubitativa.

Apresuradamente se agachó para limpiar aquel desastre, queriendo

permanecer lejos de su mirada ya que al igual que él, no sabía muy bien cómo actuar después del momento tan duro que habían vivido.

Le salió mal, porque lejos de alejarse, Jim lo que hizo fue acercarse y arrodillarse junto a ella para ayudarla, creando una situación completamente inusual entre ellos.

—No te preocupes, recojo el azúcar en un momento.

—No importa, te ayudaré —le dijo mirándola a los ojos.

El estar tan cerca no la beneficiaba en absoluto. Ni siquiera podía mirarle.

¿Qué se suponía debía decir?

Y terminó de recoger con demasiadas prisas. Pero justo cuando se iba a levantar, él cogió su mano mirándola con remordimiento.

—Jennifer —susurró.

A ella, claro está, no le quedó otro remedio que mirarle, y aunque seguía dolida por lo acontecido la noche anterior, el tenerlo cerca le hacía temblar como una chiquilla.

Además, el contacto de su mano sobre la suya provocaba que se excitara. Gustándole mucho y no le convenía, puesto que no podía recordar nada que no fuese el delicioso momento de sentir a su esposo cerca.

Lo más cerca que lo tuvo jamás hasta ahora.

—Siento mucho lo de anoche.

Jennifer se limitó a perderse en aquellos ojos llenos de culpa, mientras que el calor de su mano contra la suya le quemaba por dentro.

Y aunque sabía perfectamente que no significaba nada, quiso aferrarse a esa ilusión que por mucho que dijera sabía que siempre existiría.

—No sé cómo fui capaz de comportarme de una forma tan atroz. De veras Jennifer.

—Pero lo hiciste —contestó poniéndose en el lugar que debía, costándole demasiado y apartándose de aquel contacto que no la beneficiaba en absoluto para seguir con sus quehaceres.

“Que al fin y al cabo era por lo que estaba en esa casa”.

Jim no quiso seguirla y le dio espacio. Cruzándose de brazos y viéndola cortar el tocino ensimismado. Todavía le parecía mentira que ella estuviese allí.

Y continuó:

—No volverá a suceder.

—No estoy tan segura, perdona pero voy a llamar a los niños. No quiero

que lleguen tarde a la escuela.

—Jennifer por favor... —suplicó.

—¿Qué es lo que quieres? Ya me has pedido disculpas, ¿para qué continuar con esto? Lo mejor para los dos es que lo olvidemos.

—Nunca lo podré olvidar y quiero que sepas que me avergüenzo de mí mismo, ¿cómo fui capaz de algo así?

Lo miró con pesar y pudo ver lo verdaderamente angustiado que estaba. Por ello quiso quitarle importancia.

—Mira Jim, en realidad no pasó nada, de veras, no importa.

“Qué pedazo de mujer era aquella —pensó un Jim un tanto melancólico”.

—Sé que te hice mucho daño y que no tengo ningún derecho a pedirte nada, pero por favor, no me odies por mi comportamiento tan lamentable, no te puedes hacer una idea de cuanto lo siento.

—Yo no te odio Jim. —Lo miró con tristeza y empezó a subir las escaleras—, nunca podría odiarte.

Una vez que la perdió de vista, y sin importarle la resaca que tenía, fue hacia la botella de whisky para calmar el fuego que le abrasaba en su interior.

Sandy y Johnny no tardaron en vestirse para ir a la escuela. Desayunaron los tres, pues Jim debía de haberse marchado ya a trabajar en las tierras que poseía, y una vez que terminaron fueron hasta la carreta para emprender la marcha.

—Esperadme, voy con vosotros —les avisó Jim saliendo del granero.

Y subió a la carreta, sentándose junto a ellos, y cogiendo las bridas de entre las manos de Jenny.

—¿No es época de siembra?

—Sí, pero tengo algo que hacer, además ¿hay algo de malo en querer acompañaros?

—No, por supuesto que no.

—Pues vámonos entonces.

Johnny miró a su padre sin entender nada.

¿Cómo era posible que les acompañase a la escuela si cuando su madre aún vivía ni siquiera se le habría pasado por la cabeza?

Aquella mujer de cantina cada vez le caía peor.

—Bien, ¿quieres hacer algún recado o nos marchamos a casa?

—Pues si no te parece mal quisiera visitar a Laura.

—Está bien, te llevaré a su casa. Dentro de una hora pasaré a recogerte.

—Si lo deseas puedes acompañarme.

—¡Oh no! Ni loco. Las conversaciones entre mujeres me aburren, además, querréis estar solas ahora que os veréis menos.

—Como quieras, dentro de una hora estaré aquí, adiós.

—¡Espera!

Su esposo bajó de un salto para ayudarla. La agarró de la cintura y la depositó en el suelo.

—Adiós —logró decirle con su rubor característico cada vez que se le acercaba.

—No tardaré Jennifer.

Volvió a subir y se alejó entre los demás caballos que circulaban por la calle, una vez que lo perdió de vista, dio media vuelta y llamó a la puerta de su gran amiga.

—Hola cariño.

—Tenía muchas ganas de verte —dijo abrazándola.

—Pasa, prepararé té enseguida.

Y en unos instantes ambas conversaban alegremente mientras bebían el delicioso té.

—Entonces, ¿se porta bien contigo?

—Ya sabes que es difícil, tiene a Karen en su interior y no desea que ni yo ni nadie ocupe su lugar.

Así que era cierto que estaba dispuesto a mantener su palabra.

¡Vaya!

—Bueno, tú no te preocupes, dale tiempo.

—Pero Laura, ni siquiera he tenido mi noche de bodas.

—¡Oh Dios mío! Entonces piensa cumplir a rajatabla todo lo que te dijo.

“Mira que la advirtió pero nada... y ahí estaban las consecuencias”.

—Sí y lo peor es que no hacemos otra cosa que discutir desde que estamos juntos.

—Vamos cielo, no te pongas así.

¡Le dolía terriblemente verla sufrir!

—¿Y qué quieres que haga? —De pronto Laura pudo ver su rostro empapado en lágrimas—. Le amo tanto y él en cambio no quiere ni acercarse a mí.

—Ya lo hará —intentó animarla—, verás que en poco tiempo todo se arregla.

—No lo creo, menos mal que están los niños. Si tuviese que estar con él a solas me volvería loca.

—Cariño, eres una mujer recién casada con toda la vida por delante, créeme si te digo que tienes mucho tiempo para conseguir que tu esposo te ame.

—No, nunca me amaré. Me equivoqué Laura, nunca debí aceptar su proposición, nunca.

—No digas eso —le limpió las lágrimas y la abrazó—, verás que dentro de poco sois una pareja feliz.

—Lo dudo.

—Vamos, alegre esa cara, Jim vendrá de un momento a otro y no querrás que te vea así, ¿no?

—Gracias por escucharme, necesitaba desahogarme.

—¿Estás loca? Eres mi mejor amiga, quizás un día de estos vaya a visitarte.

—Me encantaría.

—A Jim no le importará, ¿verdad?

—Pues claro que no, además, ahora también es mi casa.

Al escuchar cascotes de caballo supuso que se trataba de él.

Dio un beso a su amiga y salió a la calle. Al verle sonrió.

—¿Nos vamos?

—Cuando quieras.

La ayudó a subir y se alejaron calle abajo.

—¿Qué son esos paquetes?

Y es que al subir a la carreta no pudo evitar mirar hacia atrás, donde por casualidad vio unas cuantas cajas tapadas con la lona.

—¿Qué paquetes? —quiso disimular.

—Pues los que están ahí detrás.

—Es una sorpresa, además —protestó—, los tapé para que no los vieras.

—Lo siento.

No pasó ni medio segundo cuando preguntó:

—¿Y qué es?

—Si te lo digo no sería una sorpresa, ¿verdad? Tendrás que esperar a que lleguemos a casa.

—¿Así que son para mí? —preguntó encantada mostrando una sonrisa sincera—. Está bien, podré esperar.

Jim volvió a sonreír al verla girarse para contemplar nuevamente las cajas, intentando adivinar qué es lo que había dentro.

Cuando llegaron no hizo falta ni que la ayudase a bajar, era tanta la curiosidad que tenía que ni siquiera se percató de que el vestido lo llevaba enganchado a uno de los hierros, y claro está, al saltar el vestido se desgarró y ella casi cayó de bruces.

Jim corrió a ayudarla ante semejante apuro.

—¿Estás bien? —preguntaba preocupado mientras que le tendía la mano para que se agarrase a ella.

—Sí, solo que... ¡oh Dios mío! —exclamó al ver su vestido completamente destrozado— ¿Qué es lo que he hecho?

“¿Qué iba a hacer ahora? Su mejor vestido era ya inservible debido a las manchas, y ahora, para colmo, éste se rompía”.

—¿Por qué no me has dejado ayudarte?

—Tenía curiosidad por los paquetes y mira lo que he conseguido.

—No te preocupes.

—¿Y cómo no voy a hacerlo? —preguntó un tanto desesperada— no tengo muchos vestidos que ponerme —confesó disgustada.

Y Jim aprovechó para apartar la lona y dejar varias cajas al descubierto.

—Está bien, esto es para ti.

—¿Para mí? ¿Qué es?

—Todo a su debido tiempo, te ayudaré a subirlos a tu cuarto.

Y sin decir más cogió dos paquetes y entró en la casa. Jenny hizo lo mismo y lo siguió.

Los dejó encima de la cama y la miró sonriente, después de verla tan triste esa mañana tuvo que reconocer que le gustaba más verla así de alegre.

—Bien mujer curiosa, ábrelos —le dijo quedándose apoyado sobre el marco de la puerta.

Por nada del mundo se perdería aquella cara de sorpresa. Gustándole demasiado...

Todo había que decirlo.

Se sentó en la cama nerviosa y empezó por el que tenía más cerca. Al abrirlo se encontró con un vestido blanco precioso.

—¿Te gusta?

—¿Gustarme? ¡Oh Jim! Jamás he visto algo tan bonito.

—Venga te ayudaré con los demás paquetes.

Con gran entusiasmo comprobó que no sólo había ese vestido sino que además había camisas, faldas y botines, todo un lujo que nunca antes tuvo a su alcance.

—¿Cómo podría darte las gracias?

—Ya lo has hecho. Supongo que necesitarás otras prendas pero claro — dijo mirando a cualquier parte menos a ella—, preferiría que la eligieses tú, ¡ah! y si quieres cualquier otra cosa en la tienda te atenderán.

—No necesito mucho más.

—No te preocupes por nada, aprovecha y cómprate lo que desees, ¿de acuerdo? Permíteme que haga esto por ti, además, una chica tan guapa como tú debe vestir así de elegante, ¿no crees?

Dicho esto dio media vuelta y se marchó dejando, en su interior, a una Jenny sorprendidísima.

Y sonrió mientras que apretaba el vestido contra su pecho, creyendo que era un sueño, a la vez que volvió a mirar todo cuanto la rodeaba.

¿Era cierto lo que acababa de suceder?

Y es que parecía que finalmente algo empezaba a salir bien.

CAPITULO III

Un mes después...

Jim se movió inquieto sobre la cama y golpeó con el pie la mesilla de noche provocando que el candil callera sobre el suelo. Despertándole de lo que a buen ser era un sueño que había conseguido que su cuerpo reaccionara descontrolándose de mala manera.

—Maldición —gruñó con cara de póker, recordando el sueño en el que la imagen de su esposa ligera de ropa le tendía la mano para que la acompañara a su cama, en lo que se convirtió en una insinuación en toda regla...

Y al saber que era un sueño apartó las mantas a un lado y se levantó bruscamente evidenciando una cara de mala leche que asustaría a cualquiera.

¿Cómo era posible que un simple sueño tuviese el poder de desconcertarlo tanto?

—¡Joder! —blasfemó cabreado consigo mismo mientras que se afanaba en que su maldito cuerpo volviese a la normalidad.

Y se acercó a la jarra llena de agua fría para lograrlo. Metió la cabeza entera y suspiró aliviado tras encontrar la calma que necesitaba.

Aunque no del todo... pues su mente recordó el día en que entró en su alcoba, sin permiso, descubriendo que había dormido sin el camisón. Completamente desnuda.

¿Qué coño le pasaba? ¿Es que no podía quitarse aquella imagen de su atormentada cabeza?

Por lo visto no.

Y volvió a sumergir la cabeza dentro del jarrón. Deseoso de dejar a un lado cualquier imagen que no le hacía ningún bien... Seguidamente se limitó a vestirse y salió de la alcoba con el único propósito de alejarse de allí lo antes posible y empezar a hacer sus tareas.

Necesitaba tener la mente ocupada... ya.

¡Nada más!

Pero no lo hizo... no pudo... y es que sin entender todavía el motivo, se quedó parado enfrente de la puerta de la alcoba de ella. Allí quieto. Y todo a consecuencia del maldito sueño que había conseguido desbaratar algo de sus propósitos. Convirtiéndole en alguien débil.

Y la debilidad nunca fue un síntoma asociado a lo que él esperaba de la vida, y menos después de verse obligado a no confiar en ninguna mujer tras lo que realmente le sucedió aquel mísero día en que cambió su vida. No. Más bien lo apropiado sería decir que lo cambió absolutamente todo... convirtiéndolo en lo que era ahora.

Un hombre atormentado. Frío. Distante...

Jennifer se despertó al alba. Era un día como otro cualquiera y poco a poco se iba integrando en la que era su nueva familia.

Todas las mañanas se encargaba de llevar y recoger a los niños a la escuela, preparaba la comida, limpiaba, en fin hacia sus tareas.

A su esposo no es que lo viese mucho, (para su fortuna) ya que se pasaba el día trabajando. Si no fuera por la hora de la comida y por el rato que se veían por la noche nadie diría que eran un matrimonio, es más, solos, lo que se dice solos, apenas si estaban un rato, pues Jim se dedicaba al trabajo y a los niños.

¡En ese orden!

En apenas un mes su relación con Sandy había cambiado como de la noche al día, el cariño era mutuo y hasta había conseguido ser la encargada de acostarla para asombro del padre. En cambio con Johnny, no es que todo siguiese igual sino que había ido a peor, si cabe. La trataba con desprecio, eso sí, cuando Jim no estaba.

Pero bueno, ella seguía pensando que todavía no lo tenía todo perdido...

Se desperezó sobre el colchón y como cada mañana se quedó sentada en la cama mientras veía los primeros rayos de sol entrando por la ventana.

Y pensó que era una perfecta mañana para hacer la colada.

Se levantó con pesar, y justamente cuando estaba estirando la mano para coger su salto de cama, la puerta se abrió de repente.

—Jennifer.

Al verla se quedó helado.

¿Cómo se le ocurría abrir la puerta sin avisar?

Y recorrió con la mirada el cuerpo desnudo de su esposa durante bastante tiempo. Completamente aturdido por lo que veía, mientras le echaba la culpa de su comportamiento al maldito sueño que había tenido, y el que sin ningún tipo de duda había sido el encargado de que hubiese obrado con aquel grado de insensatez.

Sin conocimiento alguno.

“—Un cuerpo precioso —objetó, dándose cuenta de que el suyo se excitaba terriblemente gracias a lo que tenía frente a él”.

Y ya le había sucedido antes.

¡Maldición!

Pasaron unos segundos (que parecieron horas), y cuando Jenny al fin pudo reaccionar, cogió el salto de cama apresurándose a ponérselo sobre su cuerpo desnudo. Seguidamente bajó la mirada, completamente aturdida, y con sus mejillas ruborizadas.

—Bueno yo... —titubeó Jim absorto en lo que acababa de ver y sin ser capaz de dejar de mirarla con aquella prenda íntima—. Perdona, antes de abrir la puerta debí llamar.

—No pasa nada —susurró sin mirarle. Con la cabeza agachada muerta de la vergüenza.

La situación era tan violenta que ninguno de los dos sabía dónde meterse, incluso se le olvidó el motivo por el que estaba allí.

“—¡Seré estúpido! —se reprochó—. ¿Acaso no puedo pensar en otra cosa que no sea su cuerpo desnudo?”.

Por lo visto no.

—Estoy un poco avergonzada por lo que acaba de pasar, te agradecería que terminásemos con esta situación lo antes posible —susurró Jennifer que no podía ni mirarle.

Haciéndose cargo de tan comprometida situación.

—¡Ah sí! perdona, bueno es que... —Su cuerpo se estaba volviendo loco recordando aquella imagen una y otra vez, y encima, tenerla tan cerca no parecía ayudar mucho.

Sino justo lo contrario.

Y tuvo la necesidad huir para tomar un trago. Optando por el camino más fácil.

—Te espero abajo.

Dio media vuelta y se marchó con el propósito firme de que jamás volvería a irrumpir de esa forma en su alcoba.

¡Jamás!

Antes llamaría a la puerta para evitarse sorpresas...

Aunque por otro lado, si era consciente de que ella nunca dormía con el camisón puesto...

¿Por qué acababa de actuar así?

¡Maldito sueño!

Y no quiso ahondar en su interior. No le interesaba. Así que bajó apresuradamente las escaleras. Cogió la botella de whisky, y salió de la cabaña en busca de aire fresco.

¡Lo necesitaba urgentemente!

El corazón de Jenny tardó bastante en volver a la normalidad. Una vez conseguido, no quiso pensar en lo sucedido y se dispuso a asearse y a vestirse.

Sacó del armario una falda gris junto a una blusa blanca, que él le había regalado, y se asomó a la ventana.

Y le vio montado a caballo.

¿Qué es lo que querrá?

Terminó de vestirse, se trenzó el cabello, y bajó para reunirse con él.

—¿Por qué has tardado tanto mujer? No me gusta esperar.

Por lo visto el Jim dubitativo había desaparecido a gran velocidad, en fin, qué se le iba a hacer.

—Me dijiste que me esperabas aquí pero no que me diese prisa. —Le contestó olvidándose de su comportamiento de antes.

Todo volvía a la normalidad.

—Está bien, al menos has decidido a ponerte algo de lo que te regalé, ¿preparada?

—¿Para qué? —preguntó sorprendida.

—Quiero enseñarte algo.

—Otra sorpresa, ¿quizás?

—Puede ser, prepararé la carreta y a la vuelta de dejar a los niños te lo mostraré.

—¿Mostrarme el qué?

—No insistas, no te diré nada más.

Jenny sonrió.

Aunque pareciese una locura su marido era capaz de sorprenderla. Pensando:

“A este hombre no hay quien lo entienda”.

Y Jim actuaba así porque día tras día su esposa le seguía demostrando que, aunque tuvo sus dudas, había elegido bien. Reconociendo que hacía todo lo que él le pidió el día que se presentó en la cantina con el propósito de pedirle matrimonio... dejándole clara su postura.

Por ese motivo quería recompensarla.

¿Y qué mejor forma que darle lo que cualquier mujer querría?

Una vez que los cuatro estuvieron listos emprendieron la marcha camino al pueblo.

—Bien, ya que estamos aquí cargaré un saco de harina, si tienes algo que comprar aprovecha y no tendrás que cargar. —Se ofreció Jim educado.

—Está bien, no tardaré.

—Te espero frente a la tienda.

Dicho esto cada uno fue por su lado.

No tardaron en volver a encontrarse. Dejaron las compras atrás de la carreta y Jenny se acordó de algo.

—¡Ah! Se me olvidaba Jim.

Él se giró al escucharla.

—El señor John me ha dado un telegrama para ti —dijo como si nada y sin que tuviese ni la menor idea de lo importante que era—. Por lo visto llegó hace tres días.

Cogió el telegrama del interior del bolso y se lo entregó. Fue entonces cuando se extrañó al ver como lo guardaba sin leerlo.

—¿No lo vas a leer? —preguntó interesada.

—Pues no —negó quitándole importancia—, ya tendré tiempo.

—Pero... —insistió— ¿No tienes curiosidad?

Y recibió una contestación al estilo de Jim.

—Eso es algo que a ti no te importa, ¿no crees? Anda vámonos.

¿Qué podría tener ese telegrama para que él contestase así?

Jenny, en aquella ocasión, fue lista y supo que lo mejor sería olvidarse del tema y cooperar. No quería empezar una discusión.

¿Para qué?

Y se subió a la carreta sin esperar a que la ayudara en su propósito de mostrarle que no le había gustado la respuesta que le acababa de dar.

Esperó...

Esperó....

Y siguió esperando...

¿Por qué no subía?

Algo extraño estaba sucediendo. Jim seguía parado y a simple vista lo que parecía era que estaba en otro lugar.

¿Tendría algo que ver el telegrama que había recibido?

La respuesta era obvia. A saber qué sería lo que estaba pensando.

¡Y todo a raíz de aquel papel! Despertando el interés y la curiosidad en una mujer que sabía ver más allá y que supuso, sin equivocarse, que el asunto era verdaderamente importante además de un misterio.

Llevaban un espacio corto de tiempo cabalgando y ninguno consideró oportuno articular una sola palabra.

¿El motivo?

Pues el de Jim que se devanaba los sesos por el inoportuno telegrama que le había mandado una persona de la que prefería no saber nada por ahora...

Y el de Jenny que le bastó una mirada para saber que el humor de su esposo iba a peor, y ante lo que sabía podía acercarse, continuó con la vista al frente sin decir ni mu...

Sabía por experiencia que no le convenía.

—Bien ya hemos llegado —le dijo Jim poco después con el semblante relajado.

—¿Llegado a dónde?

—Te ayudaré a bajar, quiero que observes lo que te rodea.

—Está bien pero no entiendo nada —le decía mientras la ayudaba, mirando atentamente lo que él le indicaba pero sin ver nada característico.

Jim sonrió y acudió en su ayuda.

—Yo te lo aclararé, ¿ves ese terrero?

—Sí.

—Pues tendrás que irte familiarizándote con él.

¿Familiarizándose con un trozo de tierra?

Y entendió menos si cabe.

—¿Por qué?

—Porque aquí voy a construir un nuevo hogar.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

¡No podía ser!

—Como lo oyes, quiero darte una casa nueva. Además, así los niños estarán cerca de la escuela y no tendrán que madrugar tanto... —dicho lo cual la analizó para hacerse una idea de lo que le parecía la nueva buena—. ¿Qué te parece?

Jenny no pudo disimular su emoción.

—Me gusta la idea —sonrió.

—¿Y ves aquel pedazo de tierra?

—Claro que lo veo, ¿es otra sorpresa?

—Digamos que sí. Voy a arriesgarme y allí será donde siembre mi primera plantación de algodón, por lo que he escuchado es una verdadera mina de oro.

La manera de decirlo, y los gestos al expresarlo, le dijeron a Jenny que estaba muy ilusionado.

—Te veo contento.

—Lo estoy, ¿me ayudarás a conseguirlo?

¡Uauuuuuuu!

Parecía increíble pero por fin tenían un proyecto común.

Y le encantaba.

—En todo lo que pueda. Te lo prometo.

Hace unos días ni siquiera se le habría pasado por la cabeza ese acercamiento y en cambio, ahora, hasta hacían planes de futuro.

¿Qué mejor forma de hacerlo que con una casa nueva lejos de la que Karen en su día ocupó?

Quién sabe... quizás podría convertirse en una oportunidad para ellos.

¡Y vaya si se lo merecían!

—¿Cuándo empezarás a construirla?

—Pronto. La siembra está casi terminada y dispondré de tiempo. —Y sintiendo que él también le debía una promesa la hizo a continuación—: Te prometo que construiré la casa de tus sueños.

—Gracias Jim.

Aquel instante acercó la postura de ambos. Y Jim, dándose cuenta, prefirió cortarla.

—Bueno pues esto es lo que quería enseñarte —le dijo, dándose la vuelta porque estaba demasiado cómodo compartiendo las ilusiones que tenía con su esposa.

Y no quería crear confusiones que no llevarían a ninguna parte.

—Ya nos podemos marchar.

¡Qué pena!

Jenny estaba demasiado cómoda y a gusto en aquel lugar... y en su compañía...

—Muy bien —se limitó a decir.

¿Para qué protestar? No le serviría de nada.

Y se marcharon.

Durante el resto del día Jim se mostró taciturno, distante, y raro.

¡Muy raro! Bastante más de lo que, por regla general, lo hacía habitualmente...

¿A qué sería debido?

Cierto que ellos nunca se mostraban como un matrimonio normal (puesto que no lo eran), pero también era cierto que los escasos momentos que estaban juntos sí que conversaban como unos amigos que se quieren conocer...

En cambio ahora se mostraba más distante que cualquier otro día.

¿Por qué?

No tardaría mucho en averiguarlo.

Los niños jugaban fuera, ella preparaba la cena, y él estaba frente a la chimenea con la vista perdida en las llamas.

Jenny terminó de remover el guiso de carne que tenía sobre el fuego, y mientras se secaba las manos se acercó hasta él.

—Jim, ¿te encuentras bien?

Dejó sus pensamientos a un lado y la miró.

—Sí.

—¿De verdad? —Y aunque sabía que estaba jugando con fuego se sentó a su lado—. Te noto muy distante, si hay algo en lo que pueda ayudarte...

—No, no, de veras.

Jenny observó que en una de sus manos tenía un papel arrugado.

¿Quizás el famoso telegrama?

Y de pronto le vio tirándolo al fuego.

—No quiero molestarte pero...

—¡Pues no lo hagas! —La cortó de manera brusca. Como un huracán.

A continuación se levantó y salió dando un portazo.

Jenny se quedó perpleja, y como no podía hacer nada, volvió a su guiso pensando en lo difícil que era convivir con una persona que no estaba dispuesto a poner nada de su lado para que aquella situación fuese lo más llevadera posible.

“Bien, por fin tendría un poco de tranquilidad”.

Llenó el fregadero de agua y se puso a lavar los platos de la cena. A Jim no se le veía por ningún lado, lo que significaba que, o bien estaba en la cantina del pueblo, o por el contrario habría subido a su alcoba.

Cualquiera que fuese su paradero sería mejor que tenerlo por allí cerca. Estaba convencida tras la cena que habían tenido.

Una cena violenta en la que Jim se había limitado a comer sin decir ni una palabra, y cuando lo hizo fue para dar un grito a los niños que discutían por quién quería el trozo de bizcocho más grande.

Ni siquiera se molestó en calmar a Sandy, la cual, asustada por la reacción de su padre, rompió a llorar.

Y una avispada Jenny, viendo cómo estaba de ánimos el amigo, no se atrevió a intervenir.

¡Ni se le ocurrió!

Por eso ahora, con los niños acostados y él fuera de su alcance, se pudo relajar fregando los platos.

Cuando terminó trató de no pensar en nada. Se sirvió un café caliente y se sentó frente al fuego de la chimenea.

No había nada mejor que degustar un buen café sentada frente al fuego

acogedor...

Y así estaba, dando el primer sorbo, cuando de pronto escuchó la puerta de entrada abriéndose. Entonces se giró y se encontró con su mirada.

Una mirada bastante particular y que ella ya conocía de sobra.

¡La paz se acababa de terminar!

—¿Se han dormido ya?

—Sí, Sandy ha tardado un poco, estaba muy nerviosa.

Jim se acercó a la cafetera disgustado y se sirvió un café. En el último momento le añadió un generoso chorro de whisky.

Jenny le miró preocupada.

—Me recuerdas a viejos tiempos.

El hombre, sin necesidad de palabras, supo a lo que se estaba refiriendo exactamente. Y se limitó a cruzar la habitación, sentándose en el sillón que estaba más alejado.

—Cuando te conocí bebías mucho y sé que tenías un buen motivo pero, ¿y ahora?

Jim ni la miró.

—No es cosa tuya —se limitó a decir contrariado. Zanjando el asunto.

¡No le salió bien!

La respuesta de Jenny no tardó en salir por su boca. Pronunciándose.

—Sí, si lo es. —Le reprendió. No podía quedarse callada y no lo haría —. Y para que lo sepas no me ha gustado nada el comportamiento que has tenido esta noche durante la cena.

¡Ala! ¡Ya lo había dicho!

Jim alzó la mirada, advirtiéndola, y después se llevó el café a la boca.

Aquella reacción a Jenny la dejó un tanto extrañada.

¿Cómo era posible que no hubiese replicado?

¡Qué raro!

—No creo que sean formas de hablar a tu hija —añadió observándole.

Y Jim finalmente habló.

—Te recuerdo que hace bien poco tuvimos unas palabras acerca de esto, ¿ya no te acuerdas?

—Perfectamente —asintió.

—¿Y entonces qué demonios haces metiéndote donde no te llaman? ¿No fui lo suficientemente claro?

—Lo fuiste pero no voy a hacerte caso —pronunció suavemente, enfrentándole sin dejarse achicar.

—Mira Jennifer... —bramó levantándose del sillón enfurecido. ¿Cómo se atrevía a hablarle así?—. Te dije que no te entrometieras en lo que no debes y por tu bien hazme caso.

A Jenny le seguían afectando sus palabras y su comportamiento hacia ella. Dándose cuenta de que dolían exactamente igual que el primer día.

—Mira Jim —contraatacó llena de rabia levantándose igual que él y mirándolo enfadada—. Para que lo sepas lo que ha sucedido durante la cena es también de mi incumbencia ¿sabes?

—¡No lo es!

—Por supuesto que lo es y vas a dejarme que te explique el por qué.

Y avanzó otro paso quedando a la altura de sus hombros... a escasos centímetros.

¡Retándose ambos a través de las miradas!

—Porque lo que tú no sabes —añadió apuntándole con el dedo acusador— es lo que ha sucedido cuando te has marchado. Algo que te voy a aclarar ahora.

Jim seguía en un estado brutal de cólera, pero la escuchó.

¿Qué habría sucedido para que se atreviera a increparle así?

No tardó en saberlo puesto que una Jenny imparable continuó:

—Para que lo sepas tu hija no ha entendido que después de gritarles como lo has hecho simplemente hayas decidido marcharte por esa puerta.

—¿Mi hija o tú? Porque la impresión que me estás dando es que me reprochas un comportamiento que a ti ni te va ni te viene.

¿Cómo?

Aquello era el colmo.

Y finalmente terminó explotando.

—¿Quieres dejar de ser tan burro y escucharme? —A esas alturas la voz tenue de Jenny se había transformado en una voz alta, seria, y firme—. Eres un pedazo de mendrugo para no ver lo que trato de decirte. He sido yo la que he tenido que acostarla. He sido yo la que he tenido que calmarla. He sido yo la que he tenido que explicarle que su padre la sigue queriendo muchísimo aun a pesar de que saliera corriendo. ¿Entiendes ahora mis palabras Jim? ¿Entiendes el por qué también es de mi incumbencia? Así que no me vuelvas a pedir que me mantenga al margen porque simplemente no puedo. Soy parte implicada ¿acaso no lo ves?

—¡Joder!

Tremenda realidad lo dejó sin defensa. ¡No la tenía!

Y el dolor en sus entrañas después de saber que su hijita había incluso dudado de que la quisiera lo derrumbó completamente.

No podía soportarlo.

—¡Maldita sea!

Se dio la vuelta y terminó estampando el puño contra la pared mientras que una Jenny preocupada lo miraba... y no supo qué hacer.

Posiblemente lo que necesitase en esos momentos era estar solo. Pero al verle sentarse sobre el suelo y llevarse las manos a la cabeza, también supo que no podría hacerlo.

Y se acercó. Arrodillándose a su lado.

—Jim, Jim —susurró en un deseo de tranquilizarlo—, venga no pasa nada. Ya verás cómo mañana, en cuanto le des un par de achuchones, se le olvida todo.

—Lo estoy haciendo tan mal, no puedo más.

Tal confesión la dejó anonadada.

—Jim, ¿por qué dices eso? Eres un auténtico padrazo.

—No, no lo soy. Mírame —le pidió a medida que levantaba la cabeza hasta que sus miradas se encontraron—. Ni siquiera soy un buen marido.

Tenía razón. Toda la razón. Pero Jenny no se lo iba a recordar.

—No digas eso —susurró apenada. Y cometió el error de querer consolarlo—. El tiempo hará que vuelvas a aprender a amar. Estoy convencida.

“—Vaya pedazo de mujer que era —afirmó Jim admirándola”.

—Te equivocas Jennifer, si no soy capaz de ser un buen padre nunca seré capaz de convertirme en un esposo atento. Nunca.

Y se odió al ver el dolor en aquellos preciosos ojos.

—Jim Montgomery —pronunció su esposa alto y claro—, nunca jamás dudes de lo buen padre que eres, ¿me oyes? Nunca.

—¿Sabes que eres una mujer increíble? —le dijo con los ojos sospechosamente húmedos.

Desarmándola completamente.

—Anda ven aquí.

Y Jim se dejó abrazar.

El momento único de lo que estaban viviendo no sabían lo que duraría así que se limitaron a saborearlo mientras que la muchacha lo abrazaba entre palabras tranquilizadoras. Olvidándose de que la primera perjudicada, sin duda alguna, sería ella.

¿Qué importaba?

—Hacía tanto tiempo que nadie me consolaba que lo había olvidado —sonrió agradecido—, gracias por estar aquí.

—Ya sabes, en lo bueno y en lo malo —trató de bromear... aunque la escena de broma no tenía nada.

—Jennifer...

—¿Sí?

—Eres una mujer estupenda, ojalá te hubiese conocido en otras circunstancias —se sinceró para después coger su bonito rostro entre ambas manos. Depositando un beso sobre su frente—. Y ojalá hubieses conocido al Jim de antes. Él sí podría haberte hecho feliz.

Semejante revelación la dejó atónita.

—Te equivocas, si lo intentaras tú también podrías hacerlo.

—No, no. —Y ahora acarició su mejilla—, no te hagas ilusiones. Soy un caso perdido. Hace mucho tiempo me hice una promesa y estoy dispuesto a cumplirla hasta el resto de mis días.

—Pero quizás el primer perjudicado seas tú —imploró para hacerle entrar en razón.

¿Acaso existía un posible acercamiento?

—No me importa, hubo algo que me terminó cambiando. Y sintiéndolo con todo mi corazón siempre estará presente. Siempre.

Jenny intuyó a qué se estaba refiriendo.

—¿La muerte de Karen?

Una nueva brecha se abrió entre ellos en cuanto escuchó aquella pregunta, y la apartó para poder levantarse.

Alejándose nuevamente de ella y de aquella cercanía que habían vuelto a tener.

—No quiero hablar de eso.

Cortó tajante.

—Está bien —dijo con un vacío en su interior cada vez mayor. Levantándose del suelo y dirigiéndose a la escalera—. Que descanses.

Era obvio que aquel era un caso perdido.

—No. Espera. Hay algo que tengo que decirte.

¿Sería posible que por primera vez estuviera dispuesto a hablar de lo que tanto le atormentaba?

¿Por fin le hablaría de Karen?

—¿De qué se trata? Sabes que puedes confiar en mí.

—¡Oh no! no tiene nada que ver con lo de antes. —Quiso aclarar para que aquello no llevase a equívocos—. Ven, siéntate aquí por favor.

Por sus palabras supo que algo no andaba bien.

¿A qué venía tanta amabilidad?

Le hizo caso y se sentó en el sillón frente a la chimenea.

—¿Sucede algo?

—Bueno...si —titubeó—. La verdad, no sé por dónde empezar.

La intriga se apoderó de ella.

—Es referente al telegrama de esta mañana.

“Así que ahí estaba... El dichoso telegrama —pensaba a medida que tuvo la certeza de que el comportamiento extraño era a consecuencia de aquel dichoso trozo de papel”.

Y ella no quería más sobresaltos...

—¿Me vas a decir de quién es?

—Es de mi hermano.

—¿De tu hermano? —preguntó sorprendida—. Nunca me dijiste que tuvieras un hermano.

—Lo sé.

—Pero si ni siquiera vino a la boda...

—Mira Jennifer, no vino porque se enteró cuando ya éramos marido y mujer.

—Perdona pero no te entiendo.

—Verás, le mandé un telegrama dos días antes de la boda.

Jennifer se extrañó.

Por muy cerca que estuviese su hermano, un viaje a caballo era bastante duro.

Y supo la respuesta.

—¿Estás insinuando que lo hiciste a propósito para que no le diese tiempo a llegar?

—Eso no importa ahora.

¿Cómo no iba a importar? De verdad que su esposo había veces que la exasperaba.

¿Por qué diablos habría actuado así?

Y fue un paso más allá:

¿Qué motivo podría llegar a tener para no querer que su hermano fuese a su boda?

—En el telegrama dice que quiere conocerte y que vendrá a hacernos

una visita.

—Pues que quieres que te diga, lo veo normal, no entiendo tu cara de preocupación.

—Hace demasiado tiempo que no lo veo por eso me extraña que de repente quiera presentarse aquí.

—¿No os lleváis bien? —Lo preguntó porque era la única opción que ella podría entender.

—Hubo una temporada en la que estábamos siempre enfrentados y él decidió marcharse. Desde entonces nuestro único contacto ha sido a través de cartas.

—Y te preocupa que si viene vuestras diferencias se hagan más grandes, ¿no es así?

—Puede ser.

—Pero quizás esta ocasión os sirva para resolver esas diferencias, quién sabe...

—No lo creo.

—¿Y cuándo se supone que va a llegar?

—Mañana.

—¿Qué? —preguntó alarmada.

—Desde donde él está tarda cuatro días, si tenemos en cuenta que el telegrama llevaba tres días en la tienda de John y si contamos el día de hoy... por descarte solo nos queda una posibilidad y es que mañana hará acto de presencia.

—Pero Jim, tengo que prepararle un cuarto, tengo que hacer muchas cosas —le dijo angustiada.

—No te preocupes, Michael está acostumbrado a adaptarse a cualquier sitio, además, así de veces ha terminado durmiendo en el pajar.

Jenny abrió los ojos como platos y lo miró asombrada mientras le decía:

—No me puedo creer lo que estoy escuchando. Hace tiempo que no lo ves y no te importa lo más mínimo mandarlo al pajar a dormir. Desde luego que sí es eso lo que piensas poner de tu lado para intentar solucionar vuestros problemas no adelantarás nada.

—¿Y quién ha dicho que quiero solucionar algo? —contraatacó de mal humor.

Pero qué arrogante podía llegar a ser. Cada vez entendía menos como se había podido enamorar de un hombre como él.

—Allá tú con tus problemas, pero desde luego que no voy a permitir

que tu hermano no se sienta como en su casa. Le prepararé un cuarto de invitados y haré lo posible para que se sienta como uno más.

—No lo entiendes. Él y yo siempre hemos sido uña y carne. ¡Siempre!
—Quiso defenderse suavizando el tono de su voz. Sabía que nunca sería tan frío y duro como a él le gustaría, y mucho menos si se trataba de su hermano pequeño—. Es sangre de mi sangre y nadie puede cambiarlo. Lo defenderé siempre, pero hay algo en concreto de lo que no podemos hablar. Eso fue lo que nos distanció, y eso es lo que, al igual que contigo, siempre estará ahí.

“—No puede ser, es imposible que... o quizás sí, ¿acaso intenta decirme que algo relacionado con Karen es la causa del enfrentamiento que tiene con su hermano?”

Pero...

¿Es que esta mujer va a estar para siempre en nuestras vidas?

—¿Estás hablando de Karen? —necesitaba saberlo.

—Sí. —Terminó confesando.

Jenny entonces apartó la mirada en un estado melancólico y demasiado desgarrador, pensando en lo duro que era saber que difícilmente sería feliz. Y mucho menos cuando para serlo tendría que enfrentarse a una persona muerta.

¡Difícil tarea sin duda!

—Aun así tengo ganas de verle y darle un abrazo.

—Me alegra escuchar eso, bueno, ahora que sé que mañana tengo muchas tareas que hacer, creo que es el momento adecuado para retirarme a descansar.

Se levantó, cogió la taza del café que dejó antes en el suelo, y la llevó hasta el fregadero.

—Buenas noches.

—Espera —le dijo Jim y se levantó detrás de ella. Siguiéndola—. Todavía no he terminado y hay algo que no te he dicho.

Jennifer se giró preguntándose qué es lo que quería decirle.

—¿Y bien? —preguntó ante su silencio.

—Verás —dudó mostrándose un tanto dubitativo—, no es fácil decirte esto pero debo hacerlo.

—¿Decirme el qué?

—Cuando este aquí mi hermano quiero... no sé, es un poco difícil de explicar...

—Te escucho.

“—¿Qué es lo que le cuesta tanto decirme? Seguro que nada bueno”.

Una vez más no se equivocó.

—Cuando le escribí para decirle que me volvería a casar, mi mensaje fue corto y claro. Pero lo cierto es que no le mencioné nada sobre el motivo por el que contraí este matrimonio.

—¿A dónde quieres ir a parar? —preguntó una Jenny un tanto desconcertada.

—Pues que mientras Michael esté aquí tendrás que dormir en mi alcoba —le dijo su esposo atropelladamente.

—¿...En tu cuarto? —preguntó sin entender todavía la magnitud de lo que le estaba diciendo.

—Sí.

—¿Contigo?

—No, yo no me quedaría, me marcharía por la ventana o dormiría en el suelo.

Sus palabras fueron como un jarrón de agua fría.

—¡Ah ya! Ya lo entiendo —habló levantando el tono. Estaba muy enojada, ¿cómo podía pedir algo así?— Quieres que me muestre como una esposa feliz, ¿me equivoco?

—Él no tiene por qué saber nada acerca de lo nuestro —se defendió.

—¿De lo nuestro? —rió Jennifer con sarcasmo sin poder evitarlo—, pero ¿es que hay algo entre nosotros?

Jim se sintió incómodo con aquella pregunta.

—Solo quería hablar contigo para aclararte esto, además, creo que entre nosotros sí que hay algo.

—Jamás —afirmó rotundamente una mujer segura de lo que decía. Añadiendo—: Y nunca habrá nada mientras falte el amor y la pasión. Nuestro matrimonio es una farsa como muy bien me hiciste saber y por lo tanto nunca será nada.

Algo en esas palabras sumamente duras lo hirió en lo más profundo de su ser... sorprendiéndolo bastante, la verdad.

Y preguntó:

—¿Te arrepientes de haberte casado conmigo?

—No lo sé.

Dudó y Jim tuvo que aceptar que la respuesta no le gustó en absoluto.

—Estoy cansada Jim —se sinceró una muchacha que no estaba dispuesta a ocultar sus sentimientos—. Sé que me equivoqué al pensar que

sería capaz de cambiarte. Es cierto que era mi última esperanza y aunque no lo creas me agarré a un clavo ardiendo sin importarme el dolor que yo misma me podría provocar. Ahora en cambio me miro en el espejo y solamente puedo ver a una mujer que está cansada de todo.

—Lo siento Jennifer.

—Más lo siento yo, créeme.

—¿Y si te digo que no quiero verte sufrir?

—¿De qué me sirven tus palabras? Ten por seguro que no me harán borrar mis sentimientos hacia ti.

—Yo también me equivoqué al pensar que casándome contigo solucionaría mis problemas y que era la mejor solución. Siento mucho el haber sido tan egoísta no pensando en ti. Ojalá algún día puedas perdonarme.

—Ahora es lo de menos, no te preocupes Jim. —Y cambió de tema porque no quería sufrir más—. Todo saldrá como lo has planeado. Me encargaré de ser una esposa feliz y enamorada. Tu hermano nunca se enterará de... lo nuestro, es así como debo llamarlo, ¿no?

“¡Maldita sea! —volvió a maldecir para sus adentros”.

—Jennifer, espera. —Y Jim se acercó sintiendo la necesidad atronadora de hacer algo para borrar aquella expresión que tanto le dolía...

Quedándose completamente desconcertado después de querer cogerla de las manos y verse rechazado.

—Déjalo Jim, es lo mejor para los dos.

Dijo Jenny para zanjar un asunto que le dolía extremadamente. Dándose la vuelta para refugiarse en el interior de su alcoba.

Pero Jim no la dejó.

—No, no lo es —insistió un hombre sorprendido y poco acostumbrado a que, precisamente ella, le diese una negativa—. Si realmente supieras lo que me atormenta tu mirada triste...

Y sin pensarlo dos veces la siguió y la agarró de los hombros. Haciendo que se diese la vuelta. Seguidamente la miró con unos ojos que le mostraban a un Jim completamente diferente, notando cómo le pasaba la mano por su mejilla a modo de caricia.

—¿Sabes? El tiempo que hemos estado juntos he descubierto que me gusta mucho verte sonreír y que por el contrario me duele cuando estás triste... como ahora. Nunca podré perdonarme el daño que te estoy haciendo Jennifer. Nunca.

Siguió acariciando su mejilla al tiempo que el pulso de ella se agitaba

por momentos.

—Cuando te dije que no quería verte sufrir lo decía en serio.

—Entonces haz que sea una esposa feliz, hazme sentir útil contigo, haz que sepa lo que verdaderamente se siente con el deseo...

—Me pides demasiado —dijo bajando la mano.

Y con la misma rapidez que se creó entre ellos aquel acercamiento, se vieron nuevamente separados. Dejando que el muro que existía entre ambos creciera varios metros.

—Yo no lo creo así Jim —suplicó desesperada—. ¿Quieres que cambie en algún sentido? Porque si es así te juro que lo haré.

—No lo entiendes, tú no tienes la culpa.

—¿Entonces? —preguntó desesperada.

—Déjalo, no puedo decírtelo.

Otra vez con lo de siempre.

—¿Decirme el qué?

—¿No me has oído? —gritó perdiendo la paciencia después de los sentimientos encontrados que no era capaz de asimilar— ¡No puedo decírtelo!

Se giró desesperado con la necesidad imperiosa de huir pero en el último momento se volvió. Abrió la boca para decir algo pero se arrepintió.

¡No podía contárselo!

Seguidamente se marchó y la dejó sola.

Entonces una Jennifer abatida y cansada subió a su cuarto. Y mientras lo hacía sopesaba la difícil situación de interpretar a la esposa feliz que nunca llegaría a ser.

¿Cómo podía pedirle precisamente lo que era imposible?

¿No se daba cuenta de lo egoísta que seguía siendo con ella?

Llegó a la alcoba y se quitó la ropa con rabia. Después se acostó y dejó para mañana cualquier preocupación que pudiese tener.

No podía seguir con la presión y quería, simplemente, cerrar los ojos y dormir.

¡Necesitaba olvidar!

Cerró los ojos y se quedó dormida.

CAPITULO IV

Amanecía cuando Jenny despertó.

Al recordar lo sucedido el día anterior dio un brinco y salió de la cama; tenía mucho que hacer antes de que llegase su cuñado.

Se lavó y vistió a toda prisa, y bajó para llenar un cubo de agua. Por nada del mundo permitiría que Michael se encontrase con su cuarto sucio.

—Buenos días.

—Buenos días Jim, no tienes muy buen aspecto.

Normal, si tenemos en cuenta que estuvo bebiendo hasta altas horas de la madrugada...

—¿Qué haces con ese cubo?

—Voy a limpiar el cuarto de invitados, lo siento pero tendrás que encargarte del desayuno y de llevar a los niños a la escuela, yo no puedo.

—Está bien, si es lo que quieres..., oye, quería hablar contigo de lo de anoche.

—Lo siento pero no tengo tiempo.

Y sin más se perdió escaleras arriba.

Jim la miró atónito y no le quedó otro remedio que hacer lo que ella le dijo.

Jim entró en la cocina y la buscó con la mirada.

¡No la encontró!

—¿Qué estará haciendo ahora? —se preguntó en voz alta.

Y se propuso a hacer el desayuno ante la seguridad de que no habría ni desayunado en su afán de complacer a su hermano.

Puso la cafetera sobre el fuego y empezó a cortar tocino para freírlo.

Una vez que el desayuno estuvo hecho, subió a la habitación de invitados para buscarla, pero tampoco la encontró allí.

—¿Jennifer?

Se acercó a la alcoba de ella y llamó a la puerta. E irremediamente le

vino a la cabeza la vez que se le ocurrió presentarse sin llamar, viéndola desnuda durante unos segundos... ¿maravillosos?

Y apartó el pensamiento a un lado enfadándose consigo mismo.

¡Nada!

Allí tampoco estaba.

—¿Dónde demonios se habría metido?

Bajó nuevamente a la cocina y salió por la puerta trasera, entonces fue cuando la vio. Estaba tendiendo la ropa.

Se acercó por detrás y dijo:

—Te he buscado por todas partes.

Jenny se giró asustada ya que no le oyó llegar.

—Me has asustado.

—Perdona.

—¿Qué quieres?

—Que vengas conmigo.

—¡Oh no! Todavía tengo cosas que hacer —Y siguió con lo suyo.

—Lo demás puede esperar, esto no.

Le quitó la ropa que tenía en la mano y la dejó en el barreño.

—Ven conmigo.

—Pero Jim...

—No hay peros que valgan, te he preparado el desayuno y quiero que lo tomes.

—¿Tú me has preparado el desayuno? —preguntó sorprendida.

—Sí. —Y al ver su preciosa sonrisa añadió—: Me gusta verte sonreír, anda acompáñame.

Esta así lo hizo y antes de darse cuenta estaba sentada junto a él compartiendo el desayuno.

—¿Qué tal con Sandy?

—Muy bien, en cuanto le di dos achuchones como tú dijiste se le olvidó todo, es una chica excelente.

—Me alegra oír eso —dijo llevándose un trozo de tocino a la boca—, oye, tu hermano no tardará en llegar, ¿verdad?

—No lo sé. —La miró fijamente y preguntó—: ¿Nerviosa?

—Mucho, te agradecería que después me ayudases a llenar la tina de agua, estoy demasiado exhausta como para cargar con tantos cubos yo sola.

—No te preocupes, ¿más café?

—Si por favor.

—Oye, ¿has pasado tus cosas a mi cuarto?

—Sí, está todo listo.

—Gracias.

Terminó de beber su café y se levantó para recoger la mesa.

—Si no te importa mientras tú traes el agua para mi baño yo prepararé un pastel de bienvenida.

—Si llego a saber el revuelo que ibas a armar por lo de Michael no te hubiese dicho nada.

—Sí, sí, pero tráeme el agua que el tiempo se me echa encima.

Cuando tuvo el baño preparado subió hasta su cuarto, se quitó la ropa que llevaba, y se metió en el agua. Se frotó bien y una vez que se hubo lavado el pelo se secó y se puso la bata.

Fue entonces cuando se acordó del pastel que dejó en el horno.

—¡Oh Dios mío!

Salió a toda prisa de la habitación, y para su agrado pudo comprobar que el pastel estaba en perfectas condiciones. Lo sacó del horno y lo dejó encima de la mesa.

—Menos mal —se dijo a sí misma distraída y sin que pudiera hacerse una mínima idea de quién era la persona que la miraba absorta e incluso un poco nerviosa.

Acordándose de la inapropiada indumentaria en el momento en que escuchó la puerta cerrarse a sus espaldas... ruborizándose considerablemente.

Jim miró sus curvas perfectamente definidas a través de esa prenda íntima, y de repente su mirada se perdió en el escote que le permitía ver casi sus pechos una vez que ella se dio la vuelta. Recordando, otra vez, el día que la vio desnuda.

¿Qué demonios le estaba pasando? Parecía un crío nervioso.

—No deberías andar así por la casa —le reprochó.

—Lo sé pero es que tenía que sacar el pastel del horno y no me podía entretener vistiéndome. Pensé que no estabas. —Se justificó a la vez que se abrochaba bien fuerte la bata—... pero no te preocupes, ya me voy. Tu hermano tiene que estar al venir y yo ni siquiera estoy vestida.

Incomprensiblemente Jim no la dejó.

—Espera un momento, quisiera disculparme por mi comportamiento de anoche.

¿A qué venía eso ahora?

Jim parecía querer retenerla y también, lo que parecía, era que tampoco

quería o podía dejar de mirarla.

Jugando con fuego.

—¡Ah es eso! —razonó Jenny nerviosa por su inapropiada y escasa ropa afanándose en que no viese el rubor de sus mejillas—, pues no te molestes. No creo que tardes en tener ese comportamiento otra vez. Ya nos vamos conociendo, ¿no crees?

—¿De verdad es lo que piensas?

—Sí.

Jim no estaba preparado para esa afirmación, y lo que era peor... no sabía el por qué.

Y mientras él procesaba lo que no entendía, Jenny aprovechó para darse la vuelta y poder marcharse escaleras arriba... pero al escucharle se quedó en su sitio.

—Espera, todavía no hemos terminado —continuó en su empeño de que no se marchara. Formulando una pregunta al aire—: ¿Por qué nos empeñamos en hacernos tanto daño?

Aquella pregunta a Jenny le hizo reflexionar.

La verdad de lo que acababa de admitir dolía terriblemente... ¿cómo evitarlo?

Porque era como si estuvieran destinados a pelear sin fin una y otra vez.

—¿Sabes lo que desearía? —continuó Jim con una declaración inédita—. Desearía que de verdad fuésemos un matrimonio feliz.

Jenny se quedó impactada por sus palabras. Y supo que no podría quedarse callada.

¡Imposible!

—¿Crees que a mí no Jim? —le dijo alzando la voz angustiada enfrentándose a su mirada. Y dejó que viera el malestar que la consumía por momentos. También le dejó que se diera cuenta del rubor sobre sus mejillas, y sobre todo de la angustia que tenía—. Te aseguro que no soy yo la que pone impedimentos. —Y harta de la situación añadió—: Ahora, si no te importa, iré a vestirme.

A continuación algo sucedió... y lo hizo demasiado deprisa.

Jenny pasaba a su lado, para alejarse, cuando sintió cómo la agarraba del brazo y la estrechaba contra su cuerpo.

Quedándose desconcertada.

¿Qué estaba haciendo?

Y lo miró durante unos segundos sin entender aquella reacción a

medida que procuraba calmarse para que sus rodillas no temblaran como lo estaban haciendo... pero claro, era imposible.

¿Era verdad lo que estaba ocurriendo?

Y cuando se quiso dar cuenta Jim la besaba en los labios, tal y como lo había soñado tantas y tantas veces. Correspondiendo a su beso lo mejor que podía, dada su inexperiencia, mientras que una oleada de placer la sacudió. Agarrándose a sus fuertes hombros para evitar caerse por el que seguía siendo el temblor incontrolable de sus piernas.

“Jamás hubiese pensado que Jim pudiese llegar a ser tan tierno”.

¡Jamás!

Pero pronto dejó de serlo puesto que la soltó igual de rápido como la había cogido. Alejándose de ella envuelto en una irrealidad macabra.

¿Qué es lo que acababa de hacer?

Jenny entonces sintió un vacío indescriptible, mirándolo incapaz de procesar su reacción y lo que era peor... dándose cuenta de una realidad que la carcomía.

Una realidad que hablaba por sí sola y que le decía a través de la mirada de él que se arrepentía de lo que acababa de hacer.

¿Por qué?

El dolor que la embargó a continuación la obligó a alejarse de él.

No podía estar a su lado.

Y desde luego no quería entablar ningún tipo de conversación con él.

Estaba todo dicho y hecho.

Así que echó a correr hasta adentrarse en su alcoba mientras que las amargas lágrimas hacían acto de presencia.

¡Otra vez!

¿Era ésa la forma en la que su esposo pretendía que fuesen un matrimonio feliz?

Se quitó la bata enojada y se dispuso a vestirse.

La hora del juego había comenzado y ella estaba dispuesta a jugar ahora que sabía que su querido esposo también era débil.

¿Por qué sino la había terminado besando?

Y la idea de no ponérselo nada fácil le sirvió para dejar atrás la rabia que acechaba con devorarla.

Jenny se contempló delante del espejo y descubrió su belleza...

La verdad era que tardó bastante en tranquilizarse después de lo sucedido entre ellos, pero también era verdad que sabía el papel que tenía que desempeñar y estaba dispuesta a llevarlo a cabo. Así que una vez que consiguió lo que quería trazó el plan que llevaría a raja tabla de ahora en adelante.

Centrarse en ser lo que no era y sufrir lo menos posible.

Aunque para ello tuviese que convertirse en una mujer desconocida. Segura de que solamente actuando como una mujer de hielo conseguiría sus objetivos.

Y no tenía nada que perder...

El vestido que eligió para aquella ocasión especial era de color verde con ribeteados en el cuello y mangas en tonos claros. Observando que se ceñía perfectamente a sus caderas y que el escote, en forma de pico, era un poco atrevido.

Eligiéndolo precisamente por ello.

Después se echó unas gotas de perfume y se arregló el cabello. Haciéndose un moño alto. Susurrando cuando terminó:

—Bien, preparada para el juego.

Echó un último vistazo a la alcoba que se acababa de convertir en la suya también y cerró la puerta tras de sí. Bajando a su encuentro envuelta en una seguridad que ella creía absoluta...

Lo encontró de pie, apoyado sobre la chimenea, y cómo no, con un vaso de whisky casi vacío entre las manos. Y Jim alzó la cabeza en cuanto la escuchó bajar, propiciando a que sus miradas se encontraran. Algo que Jenny cortó de raíz mientras se dirigía, con la seguridad mermada, a la mesa para servirse un vaso de limonada.

Que falta le hacía...

Sirviéndose un vaso generoso sin que pudiera darse cuenta de la mirada penetrante y fascinada que su esposo le dedicaba solamente a ella.

Y mientras sucedía aquello, los niños, que esa tarde no irían a la escuela, jugaban nerviosos fuera totalmente ajenos al tenso silencio que se había instalado en el interior de la cabaña.

Un tenso silencio que Jim se ocupó de cortar.

—¿Por qué te has puesto ese vestido?

La pregunta delató que no le agradaba nada que se tomase tantas molestias arreglándose para la llegada de su hermano.

A Jenny le dio exactamente igual.

—¿No te gusta? —preguntó llevándose el vaso a la boca.

—No he dicho eso, pero parece que quieres llamar su atención —
terminó explotando.

¿Estaba celoso?

No. No podía ser.

—No te preocupes Jim, estoy atada a ti y puedes estar tranquilo. Nunca
miraré a otro hombre que no seas tú —contestó breve y clara.

Pero en sus palabras no había ningún sentimiento.

—¿Estás enfadada por haberte besado?

—Y tú... ¿me besaste porque realmente lo sentías o porque ya habías
empezado con la farsa?

—Mira Jennifer, será mejor que llevemos esto de la mejor forma
posible, sé que será algo comprometido pero no tenemos alternativa.

Sí. Sí que la tenían.

—¿Y por qué no le dices la verdad? Al fin y al cabo nunca seremos un
matrimonio normal y terminará enterándose.

—Estás loca, no podría decírselo.

—¿Por qué? —preguntó inocentemente.

—Pues por la sencilla razón de que... — calló a tiempo ya que estuvo a
punto de decirle que cualquier hombre caería rendido a sus pies, y sobre todo
cualquier hombre enloquecería teniendo a una mujer así en la cama.

Pero afortunadamente no lo dijo y logró controlarse a tiempo.

—Ese vestido es demasiado bonito —se limitó a decir.

—No me lo quitaré si es lo que insinúas.

—Y además hueles muy bien...

—Agua de rosas.

—Nunca te la habías echado.

—Nunca antes tuve la oportunidad —le cortó de malos modos—.

Aunque me alegra saber que te gusta.

Al escuchar los gritos de los niños llamando a su tío miraron por la
ventana y vieron a un jinete bajando de su caballo.

—Bien, creo que ha llegado tu hermano.

Dicho esto dio media vuelta y salió de su casa.

Jim la siguió con la mirada, observando con desagrado el movimiento
de caderas al andar.

¿Acaso quería provocarle?

Y maldijo en voz baja antes de salir a reunirse con los demás.

Lo primero que le sorprendió al verle fue el enorme parecido que había entre ambos hermanos, tanto que la diferencia de edad no parecía existir.

Su esposo era más ancho de espaldas lo que le hacía suponer que el trabajo no era tan duro como el del campo.

¿A qué se dedicaría?

Era curioso para apenas si sabía nada sobre su cuñado... aunque tampoco era de extrañar, pues del primero del que lo ignoraba prácticamente todo era de su mismísimo marido.

La forma de vestir también era distinta y el pelo lo llevaba atado en una coleta, pero así, a simple vista fue lo único que pudo diferenciar entre ambos... hasta que lo vio sonreír.

¡Qué guapo era!

Y para satisfacción propia pensó que este Montgomery jamás llegaría a ser tan duro y tan frío como el otro. Desbordando sensaciones y sensibilidad a través de aquella sonrisa, y sobre todo a través de aquellos ojos que revelaban a un ser completamente distinto al que ella estaba acostumbrada.

“—A menos no tendré que convivir con dos iguales —pensó”.

Michael se quitó el sombrero para presentarse correctamente y es cuando la miró detenidamente...

Que su hermano se hubiese casado nuevamente le pilló de sorpresa pero ahora, al ver a aquella chiquilla lo comprendía todo. Y es que ya era hora de que su tozudo hermano se quitase de la cabeza el hecho de creer que no podría volver a confiar en una mujer.

Y qué mejor manera de hacerlo que con la belleza que tenía justo enfrente...

—Tú debes de ser Jennifer ¿me equivoco? —Cogió su mano y se la llevó hasta los labios para besarla, y mientras lo hacía no dejaba de mirarla, para su satisfacción, viendo como se le teñían las mejillas—. Tenía muchas ganas de conocerte.

—Yo también, Jim nunca me habló sobre ti.

—¿Y cómo es eso posible, hermano? —Y le estrechó la mano con demasiada frialdad.

Ambos se enfrentaron con la mirada.

—¿Y por qué iba a hacerlo?

—Tiene razón —respondió dirigiéndose a Jenny—, no le gusta hablar sobre mí. Eres preciosa Jennifer.

Y sin poder evitarlo la miró de arriba abajo deleitándose con lo que le ofrecía la vista, a la vez que la muchacha se ruborizada considerablemente debido a aquella inspección. Muerta de la vergüenza por aquel descaro que empleaba, y sin que ninguno de los dos supiera que Jim enloquecía de cólera a pasos agigantados.

—¿Has terminado ya? —terminó preguntando enojado.

La pregunta de Jim pareció despertarle. Lo miró, y al ver su cara comprendió lo que le pasaba. Sonriendo maliciosamente.

—Vamos hermano, no creo que haya nada de malo en mirar.

—¿Pero quién te crees que eres? —Alzó la voz—, no me lo puedo creer, vienes aquí sin que nadie te haya invitado y para colmo te tomas la libertad de examinar a mi esposa sin el más mínimo descaro, ¿qué es lo que estás buscando? ¿Bronca? pues te lo advierto, si sigues así la encontrarás.

—¿Estás insinuando que no soy bien recibido? Si es así dímelo y me marcharé por donde he venido.

—Puedes hacer lo que te dé la gana.

Jenny miraba a uno y a otro y pensaba que aquella situación se les escapaba de las manos.

¿Cómo era posible que llevaran mucho tiempo sin verse y actuaran así?

¿Qué problemas podrían tener para que se liaran casi a golpes nada más verse?

Y decidió intervenir por el bien de los niños. La evidencia le dijo que querían mucho a su tío y no estaba dispuesta a que vieran aquel comportamiento neandertal.

¡Vaya que no!

Así que, sin pensarlo dos veces, dio un paso al frente y se interpuso entre los dos.

Y como aquel gesto parecía no bastar, terminó gritando:

—¡Basta! Ya está bien. —Miró a uno y a otro y dijo—: Vergüenza me daría a mí comportarme como vosotros lo estáis haciendo, ¿es esta la forma de reencontraros después de tanto tiempo? Además, ¿no os dais cuenta que los niños os podrían escuchar?

Menos mal que estaban alejados y jugando con lo que les había traído su tío.

—Jennifer, no te metas.

Pero Jennifer ahora, y después de lo que se había atrevido a pedirle, se metería.

¡Vaya si lo haría!

—Claro que lo haré, no estoy dispuesta a ver cómo rompéis vuestra relación, no sabéis lo que tenéis, yo ni siquiera tengo un hermano y os envidio por eso.

Ambos se miraron avergonzados.

—Bueno, —continuó queriendo mantener la calma— vayamos a comer, debes de estar cansado además de hambriento y he preparado un pastel. No querrás hacerme el desprecio de marcharte, ¿verdad Michael?

—Gracias Jennifer, claro que me quedaré, de veras que te lo agradezco.

—Bien, pues entremos.

Avisó a los niños y los cinco entraron en la casa.

—¿Limonada Michael?

—Sí, gracias.

Llenó su copa y se la dio, después llenó la de Jim.

—Jim, ¿por qué no le cuentas a tu hermano los nuevos proyectos que tienes? —le dijo a su esposo para tratar de que mantuviesen una conversación civilizada y apacible.

—¿Nuevos proyectos? —preguntó Michael a la vez que entregaba el plato a su cuñada para que lo llenase con el guiso que olía tan bien—. ¿Qué tienes en mente?

Jim miró primero a su esposa con frialdad y después a su hermano, pero decidió contárselo.

—Voy a construir una nueva casa, a las afueras del pueblo.

—Me alegro.

—También quiero plantar algodón, no sé, es la primera vez y no sé si saldrá bien.

—No te preocupes, ya que estoy aquí te ayudaré en lo que pueda, ya verás que entre los dos será más fácil. Además, en lo del algodón tengo un poco de experiencia.

Para agrado de Jenny ambos se pusieron a conversar sobre el algodón y de las ventajas que conllevaba, haciendo que la comida se desarrollara entre una calma que parecía impensable hacía solamente unos instantes...

Y Jenny se apuntó otro tanto.

Después de comer, entre una charla distendida, Jim quiso llevar a su hermano hasta los terrenos para que pudiera echarles un vistazo y pudiera aconsejarle.

Finalmente terminaron en la cantina. Y no volvieron a casa hasta mucho más tarde.

—¿Un whisky?

—Pues claro.

Ambos hermanos se acercaron a la chimenea para seguir conversando, mientras que Jenny estaba en la planta de arriba acostando a los niños.

—¿Dónde la has encontrado?

—Te gusta ser directo ¿eh? —Le entregó el vaso y se sentó sobre el sillón contemplando las llamas—. Trabajaba en la cantina y tú la hubieses conocido de no ser de tu empeño por ir a visitar el burdel del pueblo de al lado, antes de que decidieras marcharte.

—Es deliciosa, y de haberlo sabido ten por seguro que me hubiese quedado más de una vez solo por verla.

—No hables así de ella —le advirtió.

—¿Qué temes? Le he quitado las mujeres a muchos hombres pero nunca sería capaz de hacértelo a ti. Eres afortunado Jim, más de uno se volvería loco por tenerla en la cama, debe de ser fabulosa ¿no? —Y rio con picardía.

—Pues...claro —titubeó, se llevó el whisky hasta sus labios y lo bebió de un trago.

—Me das envidia, por una mujer así sería incluso capaz de abandonar mi soltería y mis libertades.

—¿Tú con una sola mujer? Debes de estar bromeando.

—No con una así.

—Me empiezas a cabrear, si no cierras esa boca yo mismo te la cerraré, pero de un puñetazo.

—Está bien, está bien —rio— ahora bien, antes de nada quiero hacerte una pregunta.

Jim cambió el semblante.

—¿Por qué?

—¿Por que qué?

—Vamos hermanito tú ya me entiendes, ¿por qué volviste a casarte? No me digas que después de tantas broncas que tuvimos al final me hiciste caso... es que ni me lo creo.

—No tengo nada que explicar, la conocí y me casé.

—De verdad que te escucho y no te creo, ¿qué ha sido de aquel hombre testarudo y arrogante que decía que nunca más volvería a confiar en ninguna mujer? Pensar que hemos estado tan distantes por tantas y tantas broncas acerca de aquellos malditos tiempos...por eso he venido, para ver con mis propios ojos que por fin has renacido de tus cenizas. Y me alegro tanto por ti, no sabes cuánto.

—A mí lo que me alegra es tenerte aquí, quizás he sido duro antes pero es que tu descaro me sacó de mis casillas. —Le dijo procurando cambiar a un tema diferente.

¡No le interesaba nada ahondar en él!

—Estás perdonado.

—¿Otro whisky?

—Pues claro.

Y volvió a llenar los vasos.

—Jim.

—¿Sí?

—Quizás no deba entrometerme pero hay algo que me preocupa.

“Bufff... ¿Y a hora qué?”

—Creo que esto no me va a gustar nada, dispara.

Y Michael así lo hizo.

—Desde que pasó todo. ¿Has vuelto a saber algo de ella?

—No.

—Sabes perfectamente que este matrimonio no tiene ningún valor, ¿lo sabe?

Jim volvió a vaciar el vaso de un trago.

¡Hablar de aquello le resultaba tan doloroso...!

—No.

—¿No? ¿Estás loco? Una cosa así no se puede ocultar.

—Tal vez tengas razón pero cabe la posibilidad de que realmente haya muerto como yo anuncié.

—Y si no es así y decide aparecer un día, entonces, ¿qué harás? Ahora

más que nunca tienes mucho que perder.

—Vamos Michael cállate, eso nunca sucederá.

—Deberías habérselo contado, —le aconsejó su hermano—. Jennifer no tiene la culpa de nada de lo que pasó y lo mínimo que puedes hacer es decirle la verdad.

—No puedo —gritó un hombre casi histérico—. ¿Es para eso para lo que has venido?

Y advirtiéndole a través de la mirada continuó:

—Si quieres quedarte aquí deberás mantenerte callado y no decir nada que no debas, ¿de acuerdo?

—Allá tú, es tu vida no la mía.

Jim consiguió quedarse un poco tranquilo.

—Eso está mejor.

Ambos permanecieron en silencio en cuanto escucharon una puerta cerrarse. Y al instante vieron a Jenny bajar las escaleras acercándose a ellos.

—Le he leído a la pequeña dos veces el mismo cuento para conseguir que se durmiera, me ha costado pero lo he conseguido.

—Es perfecta —dijo Michael transmitiendo su buen humor.

—¿Qué quieres decir?

—Pues que eres un hombre con suerte. Guapa, buenísima cocinera por lo que he podido degustar, y además cariñosa con los niños, ¿alguien puede pedir más?

—Vamos Michael, si sigues hablando así terminaré ruborizándome con tanto alago.

—Te acabo de conocer pero creo que seremos grandes amigos. No te miento cuando te digo que mi primera impresión al verte no ha podido ser mejor. De veras te lo digo, puedes confiar en mí y contar conmigo para lo que tú quieras Jennifer.

—Gracias, te lo agradezco.

Jim se revolvió sobre el asiento inquieto. No le gustaba nada aquel acercamiento entre ellos.

¡Nada de nada!

—Bien, creo que ya va siendo hora de que me vaya a dormir, el viaje ha sido muy pesado y estoy muerto.

Entonces Jenny intervino.

—Tu habitación es la del fondo, la he arreglado para ti.

—No tenías que haberte molestado.

Jim volvió a mirar a uno y a otro mientras que el malestar creciente lo engullía.

—No ha sido ninguna molestia, te lo aseguro.

—Aun así quiero darte las gracias Jennifer y qué mejor manera que hacerte un regalo.

—¿Un regalo? —preguntó sorprendida.

Lo que faltaba.

—Pues claro, no pensarás que solo había para los niños, ¿verdad? Además, es lo mínimo que puedo hacer ante tanta hospitalidad.

Sacó del bolsillo una cajita plateada y se la entregó. Jim a su vez empezó a sentir una ira interior que amenazaba con explotar en cualquier momento.

Y aquel detalle no era nada pero que nada bueno...

—¡Oh Michael! Es precioso.

Sacó el colgante de la caja y lo miró embelesada... Pero al ver la cara de Jim dijo a continuación:

—Lo siento pero no puedo aceptarlo —Y se lo tendió para que lo cogiera.

Dándose cuenta de la expresión enfurruñada de su esposo y la cual parecía engrandecerse por momentos.

—¿Por qué no? Acabas de decir que te gusta mucho —le dijo Michael sin aceptar su respuesta.

—Sí pero...

—Pero nada, ni se te ocurra hacerme el feo de rechazarlo. — Seguidamente se acercó, le pasó el colgante en forma de cruz por la cabeza, y lo abrochó—. Te queda estupendo.

—No sé qué decir —dijo algo incómoda puesto que no entendía la reacción de su esposo.

¿Qué había de malo en aceptar un regalo de su hermano?

—No tienes que decir nada, buenas noches.

—Que descanses.

Por descontado que Jim ni abrió la boca. Solamente lo hizo cuando se quedaron a solas.

Y explotó:

—¿A qué juego se supone que estabais jugando?

—Perdona pero no te entiendo.

—¿Intentabais ridiculizarme? —La acusó directamente carcomido por

los celos—. ¿Cómo se supone que debo comportarme ante vuestras muestras de afecto?

Jenny soportó estoicamente aquellas acusaciones.

—Pero Jim, solamente he intentado ser amable. No entiendo tu malestar.

—Sabía que la llegada de Michael nos traería más problemas. Como si ya no tuviésemos bastantes...

—Jim —Quiso calmarlo—. Estás viendo cosas donde no las hay, recuerda lo que te dije esta mañana, jamás miraré a otro hombre que no seas tú. No debes preocuparte.

—¿Y quién lo hace? —Alzó la voz fuera de sí—. Puedes hacer lo que te venga en gana.

Jenny se armó de una paciencia infinita.

—No te engañes Jim. Tu comportamiento no dice lo mismo que tus palabras.

—Pues sí, tienes razón, no me gusta lo que he visto y desde luego que no voy a permitir que actuéis como dos enamorados. Primero tendrás que pasar por encima de mi cadáver.

¿Cómo?

Jenny se quedó estupefacta.

¿A qué venía esa reacción? Porque la realidad evidenciaba que estaba fuera de sus casillas.

¿Por qué?

—Jim, ¿pero qué estás diciendo? —Lo acusó regañándole de manera incrédula—. Escúchate a ti mismo para comprender las barbaridades que estás insinuando.

Y cuando creía haberlo escuchado todo soltó:

—No me volverá a pasar, te lo juro.

—¿Pasarte el qué? Jim, ¿te encuentras bien?

Fue entonces cuando pareció salir del trance, como si en aquel momento se percatase de lo que realmente estaba sucediendo, y se quedó blanco.

—Yo...lo siento.

“Dios, había estado en un tris de contárselo absolutamente todo. ¿En qué coño estaba pensando”.

Y nervioso se levantó para marcharse.

—Jim, Jim.

Pero este no hizo caso, cogió su sombrero y salió a grandes zancadas

por la puerta de entrada.

Al poco tiempo, y como ya iba siendo habitual, se escuchó un caballo alejarse a toda velocidad.

Directo a la cantina.

Era ya muy tarde cuando finalmente regresó y entró en la alcoba. Y Jenny, que no había conseguido pegar ojo debido a la preocupación, se incorporó sobre los codos y lo miró.

—Jim —susurró procurando no hacer mucho ruido por si los niños se despertaban.

“—Mierda, ¿por qué demonios no estará dormida?”.

—¿Sí?

—¿Estás bien?

—Pues claro. —El hombre dudó en mirarla pero no pudo evitarlo. Entonces suspiró aliviado al ver que sí que llevaba el camisón puesto—. Duérmete, es tarde.

—¿De verdad estás bien? —Volvió a insistir no muy convencida tras marcharse como lo hizo—, antes no me lo ha parecido y me has dejado muy preocupada, ¿a dónde fuiste?

—A la cantina, ¿dónde sino?

—Hueles a whisky.

—No me extraña, dame un almohadón.

—¿Para qué?

—Dormiré sobre la alfombra, me he traído una manta.

—Te haré un hueco, no puedes dormir sobre el suelo.

—Claro que puedo.

—Vamos Jim, somos adultos, no seas cabezota.

—Déjalo estar, ¿eh? —La advirtió a través de una mirada gélida—. No quiero volver a empezar como hacemos siempre, mañana me levantaré con resaca y quiero dormir ¿lo entiendes? No estoy para perder el tiempo hablando contigo.

Pero que pedazo de burro.

—Está bien, como quieras.

Y dejó de insistir.

Seguidamente se dio la vuelta y dejó de mirarle.

¡Allá él!

Ni que decir tiene que Jim tardó bastante en quedarse dormido, y es que tenerla tan cerca le ponía de lo más nervioso... aunque no estuviera dispuesto a admitirlo.

Y así fue como pasaron la primera noche acostados en la misma habitación. Una experiencia nueva a la que Jenny no se había enfrentado puesto que nunca antes había estado en una alcoba tan cerca de ningún hombre...pero a la vez tan lejos...

¿Qué se le iba a hacer?

CAPITULO V

Desde la llegada de Michael algunas cosas cambiaron...

La época de siembra había finalizado; dando lugar a que ambos hermanos comenzasen a construir la nueva casa. A eso es a lo que se dedicaban casi por completo, por lo que Jenny apenas si los veía.

Para ella, el que fueran uno más en la familia aumentó su trabajo, pero no le importaba... conociendo cada día un poco más a quien se había convertido en su cuñado. Dando gracias al cielo porque realmente era un ser fascinante, (para alegría suya).

Agradeciendo que por primera vez, en aquella casa, un adulto estuviera pendiente de sus atenciones.

Él siempre estaba ahí para ayudarla...

Para conversar...

O simplemente para hacerle compañía...

Y como era de suponer, en más de una ocasión, aquella atención hacía que Jenny se pusiera nostálgica. Y es que, por mucho que quisiera a su cuñado, de quien verdaderamente necesitaba aquellas atenciones no era otro sino de su esposo, pero para su disgusto los meses pasaban y todo, absolutamente todo seguía igual.

Aquella noche, igual que las demás, y cuando los niños estaban acostados y los cacharros lavados, Michael y ella se sentaban frente al fuego con una taza de café.

Y así permanecían durante bastante tiempo. Simplemente conversando de sus infancias o de cualquier otro tema, y es que el momento frente a la chimenea se había convertido en una costumbre desde que él llegase.

Para qué decir que al malhumorado de Jim no le hacía gracia alguna. Limitándose a sentarse alejado para permanecer al margen. Marchándose apresurado cuando le parecía oportuno.

Unas veces a su cuarto...

Y otras, cómo no, a la cantina...

—¿Y por qué no te quedaste en este pueblo como lo hizo tu hermano?
—le preguntaba en aquel momento Jenny.

—Oh no, yo no sería capaz de permanecer mucho tiempo en un mismo lugar, digamos que soy un buscavidas.

—¿En serio?

—Cuando nuestros padres murieron dividieron las tierras para mi hermano y para mí, perfectamente podría haberme quedado aquí pero elegí el poder ir de un sitio para otro.

—Pero, ¿y de qué vives?

—Pues de cualquier trabajo. De pronto me puedes ver recogiendo algodón, limpiando establos...en fin, lo que surja.

—No todo el mundo podría vivir sin una casa fija, todo el día de aquí para allá.

—No todo el mundo es como yo, recuérdalo.

—¿Alguna vez has pensado en casarte?

—¿La has oído Jim? —rio—. ¿Casarme yo? Ni loco.

—Pero, ¿por qué?

—No quiero complicarme la vida, las mujeres no dan más que problemas.

—¡Oh! muchas gracias por la parte que me toca.

—No te lo tomes a mal Jenny, yo he nacido para ser libre y así seguiré.

—No hables mucho, no siendo que cualquier día te enamores perdidamente y entonces nos tengamos que reír de ti.

—Tienes razón, además, si le ha pasado a mi hermano, ¿por qué a mí no?

Jim lo miró al escucharle.

—¿Qué es lo que me ha pasado a mí?

Y es que estaba tan absorto en sus pensamientos que no estaba prestando atención a lo que hablaban.

—Tu encantadora esposa me está preguntando que si alguna vez he pensado en casarme y le he contestado que ni loco, pero claro, ella me dice que no hable demasiado por si me enamoro perdidamente... por eso he dicho que si a ti te ha pasado, ¿por qué a mí no? Y es la verdad, si en algún momento alguien me dice que mi hermano se iba a volver a casar ni me lo creo, pero ya ves, aquí estoy junto a mi cuñada sin todavía dar crédito a lo que veo.

—Hay algo que no entiendo, ¿por qué te extraña tanto que tu hermano

se haya vuelto a casar? Desde que viniste no dabas crédito a lo que veías pero, ¿por qué?

—Pues porque conociendo a mi hermano no lo creía capaz de hacer lo que hizo.

—Sigo sin entender nada.

—Michael, déjalo —le dijo mirándole con rabia, y es que no quería que pudiese llegar a decir algo que no debiese.

—¿Dejar el qué?

—Son cosas nuestras —la cortó.

—Pues perdona que te diga, yo no lo creo así, pues yo sin quererlo estoy metida en este embrollo y no creo que haya nada de malo en saber por qué es tan incomprensible el que te hayas vuelto a casar, ¿o sí?

—Aquí termina la conversación.

Y como si nada se levantó y se marchó, no sin antes advertir a su hermano a través de la mirada.

—¿Será maleducado? Siempre que discutimos hace lo mismo, me deja con la palabra en la boca.

—No le des importancia, sabes que él es así.

—Michael.

—¿Sí?

—Contéstame tú, ¿qué es lo que te extraña tanto?

—Lo siento pero no puedo decírtelo.

—¿Tú también? ¿Acaso es un secreto que todos conocen menos yo?

—No te atormentes, él terminará diciéndotelo.

—¿Decirme el qué? Esto es como para volverse loca.

—Déjalo así, por favor, te aseguro que si pudiese te lo diría pero eso es algo entre tú y el, y por mi bien más me vale no meterme.

—Está bien, está bien, por nada del mundo quisiera ser la causa de vuestra enemistad, ahora bien, yo creo que a esto sí que me puedes contestar, ¿siempre ha sido así de duro?

—Por supuesto que no, algo lo hizo cambiar.

—¿La muerte de Karen?

—Digamos que sí, él antes era un hombre alegre, atento, no tenía nada que ver con el Jim de ahora. Siento mucho que no conocieras al verdadero Jim.

—Eso fue algo que él también me dijo.

—Pero, ¿sabes qué? Si hay alguien que puede cambiarlo esa eres tú.

—¿Yo? —preguntó incrédula.

—Sí, estoy seguro.

—Pues no lo estés tanto, creo que ahí te equivocas, es imposible llegar hasta su corazón.

—Nada es imposible, créeme, anda ve a acostarte, es tarde y tu esposo te espera. No quisiera que se enfadara por retenerte junto a mí.

—No se enfadaría.

—Pues debe de estar loco porque yo sí que lo haría, buenas noches.

—Que descanses.

Al entrar en la alcoba se sorprendió. Viéndole tumbado sobre la cama pareciendo estar esperándola.

—Cierra la puerta.

Esta así lo hizo, y antes de que se diera cuenta lo tenía frente a ella con gesto amenazante.

—Nunca más, ¿me oyes? Nunca más te atrevas a hacer ese tipo de preguntas delante de él, ¿entendido?

—Pero Jim...

—Ni a ti ni a nadie le importa el por qué es tan extraño que me volviera a casar, ¿lo oyes? Es parte de mi pasado y nadie tiene ningún derecho a hurgar en él.

—Pero, ¿qué hay de malo en saberlo? Quizás eso nos ayude.

—¿Ayudarnos a qué? ¿Es que no te das cuenta de que jamás podrás cambiar lo que pasó? Eres una buena mujer pero créeme, nunca podrás ocupar el lugar que Karen dejó. Nunca.

—Jim no pretendo hacer eso, no quiero ocupar el lugar de nadie, simplemente quiero ocupar tu corazón.

—Olvídalo Jennifer. —Y de pronto el gesto amenazador desapareció para en su lugar aparecer una mirada un tanto melancólica. Acercándose un poquito más para acariciarle su mejilla—. No te hagas más daño, mejor que nadie sabes que no hay solución.

—No digas eso. —Y sin quererlo las lágrimas brotaron de sus lindos ojos.

—No por favor, no llores por mí, no lo merezco.

Y con mucha ternura le limpió las lágrimas con sus manos.

—Déjame llegar hasta ti, es lo único que te pido.

—No es posible, como ya te dije ese Jim murió.

—No, no es cierto, con un poco de voluntad volverá.

—No Jennifer, no. —Bajó la mano y se alejó—, esta noche dormiré en el granero.

—¿Por qué siempre sales huyendo?

“—Porque si no cualquier día cometo una locura —pensó para sí”.

—No lo hago.

—Claro que lo haces, cuando hay algo de lo que no quieres hablar siempre optas por la salida más fácil.

—¿Y qué quieres que haga? Ten en cuenta que es lo mejor para ambos.

—Si tú lo dices...

—No quiero empezar otra discusión que es lo que haremos si me quedo, buenas noches.

Y ante su mirada atónita vio como abría la ventana y saltaba hasta el árbol.

—Insensato.

Jenny cerró la ventana con furia y se preparó para acostarse.

El café ya estaba listo. Terminó de remover los huevos revueltos y los apartó en los platos, seguidamente miró hacia arriba pero nada, ningún rastro ni de los niños, ni de Michael.

—El desayuno está listo, ¿es que nadie va a levantarse hoy?

Y sonrió al escuchar los primeros ruidos de la mañana.

El primero en bajar fue Michael.

—Este olor celestial llega hasta mi cuarto.

—Exagerado, ¿qué tal has dormido?

—Como un angelito.

Ambos se miraron y rompieron a reír.

—Buenos días.

—Buenos días, sentaros os serviré la leche.

—¿Dónde está mi padre?

—No lo sé cariño, venga empezad a desayunar que se enfría.

Era raro que Jim aún no se hubiese levantado.

¿Qué estaría haciendo?

—¿Te dijo ayer si tenía algo que hacer a primera hora? —le preguntó a Michael.

—No. Entonces, ¿no está en la cama?

—...Pues, no, no, cuando yo me he levantado él ya no estaba —mintió —. Anda desayunad vosotros, ahora vuelvo.

—¿A dónde vas?

—Al granero, cuando he ido a por los huevos se me ha olvidado algo y acabo de recordarlo, ahora mismo vuelvo.

Los tres la miraron y siguieron desayunando.

—Jim, Jim, ¿estás ahí?

Abrió la puerta del granero y entro buscándolo con la mirada.

Nada, ni rastro de él.

—Jim, si me oyes contéstame.

Nada.

¿Dónde diablos se habría metido?

Miró dentro del pajar pero nada, no daba señales de vida.

—Bueno, quizás haya ido al pueblo y no ha dicho nada —se quiso convencer.

Dio media vuelta pero en el último instante miró hacia las maltrechas escaleras que conducían hasta el piso de arriba.

El lugar en el que se guardaban los trastos que no servían para nada.

—No creo que esté ahí —dudó—, es demasiado incómodo.

Ante la duda, y para quedarse tranquila, empezó a subir los peldaños, eso sí, con mucho cuidado para no caer.

Y se encontró con un panorama desolador.

Había botellas de whisky vacías esparcidas por todas partes. El olor de los excrementos de los animales sumado al olor del whisky derramado consiguió que a Jenny se le revolviere el estómago. Comprendiendo dónde dormía la mayoría de las noches.

Y en un acto de valentía continuó en su decisión de avanzar. Siguiendo una premonición pues algo en su interior le decía que, efectivamente, su esposo se encontraba en aquel lugar lúgrume.

—Jim, contéstame por favor.

De repente lo vio tumbado sobre una especie de cama que se había hecho a base de paja, y tapado con una manta raída.

¿De verdad era necesario que durmiera en aquellas condiciones?

Le debían de doler todos y cada uno de los huesos debido al duro suelo.

—¿Te encuentras bien? —susurró acercándose extrañándole que no contestara—. Jim, ¿no me oyes?

Se arrodilló preocupada junto a él, y fue al apartarle el brazo, cuando se quedó consternada. Viendo su cara totalmente ensangrentada.

Y asustada empezó a sacudirlo esperando a que despertara.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —se despertó finalmente.

—Dios mío, ¿qué te ha pasado?

Jim quiso levantarse pero la cabeza pareció estallarle, entonces empezó a blasfemar como un condenado.

—Jim, ¿vas a contarme qué te ha pasado?

—Me caí por las escaleras —mintió—, ¿estás contenta? Ahora vete por dónde has venido y déjame en paz.

—Pero necesitas un doctor, puede que tengas algo roto.

—No necesito ningún matasanos y tampoco nada tuyo. Fuera de aquí —contestó con un sabor amargo en la boca.

—Estás loco si por un momento has llegado a pensar que voy a dejarte aquí. No me voy a ir.

“Dios, que tozuda podía llegar a ser...”

Y habló en un tono diferente para que lo dejara tranquilo.

—Por favor Jennifer, no tengo ganas de discutir, estoy bien y necesito dormir. Nada más. Así que ¿quieres hacerme el puto favor de dejarme solo?

—Pues no, no voy a hacerte el puñetero favor, iré a por tu hermano para que me ayude a llevarte a casa.

—¡Ni se te ocurra! —Al alzar la voz volvió a sentir aquellas punzadas de dolor, lo que hizo que su cara se contrajera en un gesto de sufrimiento.

—¿Ves como no estás bien? Ni siquiera puedes levantarte.

—Está bien, tú ganas, dile a Michael que lleve a los niños a la escuela, después vienes y me ayudas a llegar a casa, ¿de acuerdo?

—Pero... —quiso protestar poco convencida.

—Pero nada —la cortó incómodo—. No quiero que me vean así, además, no estoy tan mal como tú crees, de verdad, con tu ayuda será suficiente.

Jenny lo miró y tomó una decisión que no sabía si sería la correcta.

—Espero no tener que arrepentirme... —cedió poco convencida.

—No lo harás, seguro. —Y trató de sonreír para convencerla de que todo estaba bajo control, pero no lo consiguió, ya que una simple sonrisa hizo que la cara le ardiera de dolor.

Y comprendió que lo tenía complicado ante la negativa a que Michael lo encontrase así, decidiendo suplicar:

—Venga Jennifer, por favor, haz lo que te pido.

—Pero es que no entiendo el por qué no quieres que Michael te ayude, él tiene mucha más fuerza que yo y arreglaría esto en un instante.

—¿Harás lo que te pido o no? Simplemente contéstame a eso.

—Está bien, hare lo que tú dices, ahora vuelvo.

—Gracias.

“—Menos mal que la había convencido. Por nada del mundo quería que su hermano lo viese en aquellas condiciones. Antes tendría que recuperarse o sabía que le caería otra bronca”.

Y él no estaba precisamente para broncas.

A Jenny le llevó un tiempo considerable convencer a Michael para que llevase a los niños a la escuela. Una vez que lo consiguió, sin que se enterase de los verdaderos motivos, corrió nuevamente hacia el granero.

Y fue recibida por el esposo frío y maleducado de costumbre, añadiendo que, además, tenía un humor de perros.

—Mujer, ¿cuánto has tardado? Creí que ya no vendrías —parloteó malhumorado.

¿Sería desagradecido?

—Me he dado toda la prisa que he podido —se justificó—, además, sigo pensando que...

—Por el amor de Dios, deja ya de pensar y ayúdame, pasa el brazo por mi espalda y cuando yo te lo diga tiras, ¿de acuerdo?

—Está bien.

Se agachó para ponerse a su altura e hizo lo que le dijo. Una vez que lo tuvo sujeto y ante su aviso tiró con fuerza a la vez que se escuchaba un gruñido saliendo de la boca de Jim.

—¿Qué demonios haces joder? ¿Acaso quieres matarme?

—Yo...lo siento.

—Pues no lo sientas tanto y haz el favor de poner un poco de tu parte, esto duele bastante, ¿sabes?

Se le quedó mirando atónita ante tanta falta de consideración por su parte y le dijo:

—¿Cómo puedes ser tan grosero? Hago lo que me dices y a cambio me hablas así, ¿acaso crees que te he hecho daño a propósito?

—Pues es lo que parece —refunfuñó.

—Pues si quieres o puedes hazlo tú solo, desagradecido.

—Sabes muy bien que si no necesitase ayuda no te la habría pedido, anda vuelve a intentarlo, pero esta vez no tires tan fuerte.

Jennifer maldijo por lo bajo y echando chispas volvió a agacharse.

—Espera.

Pasó el brazo por su hombro para que a la vez él tuviese dónde agarrarse y así hacer un poco de fuerza. Entonces avisó:

—Ahora.

Nada.

Jenny ni se movió.

¿El motivo?

Pues el motivo era que acababa de ver su mano.

—¿Qué coño te pasa ahora?

—No me lo puedo creer —se limitó a decir.

—¿De qué hablas?

Jenny se levantó de un salto en un estado enfadadísimo y lo miró con una cara que reflejaba, claramente, la furia que sentía.

Incluso tuvo ganas de patearlo ella misma.

¿Cómo fue tan tonta al creer que se había caído por las escaleras?

Ahora entendía el por qué no quería que su hermano lo ayudase.

Y se cruzó de brazos enfrentándose a su mirada:

—¿Te crees con algún derecho para hablarme de la forma en que lo haces? —le preguntó su esposa cambiando las tornas.

Jim la miró atónito.

—¿Cómo dices?

—Esto ya es el colmo, no te mereces nada.

—Pero...

—Pero nada —le cortó sin miramientos de ningún tipo—. ¿Crees que me puedes engañar como a una tonta? Pues no, te equivocaste, ahí te quedas.

Dio media vuelta con la intención de marcharse pero al escucharle se paró.

—¿Serías capaz de dejarme aquí tirado?

—¿Es que no te lo mereces?

—Vamos Jennifer, ¿qué es lo que pasa?

—¿Y todavía tienes la cara dura de preguntarlo? Mira tus nudillos reventados, seguro que ellos te lo aclaran todo.

Entonces se quedó callado.

—¿Qué pasa Jim? ¿Acaso no te vale con destrozarte la vida emborrachándote todos los días, que ahora encima tienes que ir buscando pelea como cualquier escoria? Vamos contéstame si puedes.

—No me gusta verte enfadada.

—¿Qué clase de respuesta es ésa? Hace un instante me tratabas con desprecio y ahora... ¿crees que voy a ablandarme por tu cambio de humor repentino? Pues te equivocas, además, exijo una explicación.

—Vamos, déjalo ya, no estoy para sermones.

—Haberlo pensado antes, no puedes seguir así, ¿es que no te das cuenta? Hazlo por ti ya no por tus hijos.

—Estoy bien.

—No, no lo estás. Mírate. Mira este lugar, ¿es éste el tipo de vida que quieres? De verdad que no te entiendo.

—Está bien —gritó porque no soportaba que le dijeran la verdad—. Vete de aquí, no necesito nada tuyo.

—Muy bien.

Volvió a darse la vuelta y esta vez se marchó de verdad.

Entró en casa enfurecida y subió a la planta de arriba para empezar a hacer las camas. Necesitaba ocupar su mente en cualquier cosa que no fuera su insoportable esposo, pero claro, ella no era de piedra y más de una vez quiso correr en su ayuda.

Terminó de hacer las cuatro camas, y no pudo soportar sus remordimientos, (preguntándose si estaría bien). A continuación bajó decidida a volver hasta el granero e ir a por él...

Menuda sorpresa se llevó al verle entrar por la puerta en ese mismo instante.

Se miraron y ella pudo ver a través de sus ojos lo arrepentido que estaba, además, su estado era realmente lamentable y, eso hizo, que sin pensárselo dos veces fuera hasta él. Pasándole el brazo por la cintura mientras que sus miradas quedaron unidas por un tiempo indeterminado.

—¿Por qué lo haces?

—Eres mi marido, ¿no? Vamos hasta el sillón.

Una vez que estuvo sentado respiró aliviado, y es que llegó a pensar que no lo conseguiría, su cuerpo maltrecho le dolía cada vez más.

Y ahí estaba ella...

¿Cuánto tendría que demostrarle para llegar a confiar en su Jenny?

Aquella mujer lo seguía desconcertado.

¿Cómo era posible que sin recibir nada a cambio pudiese llegar a dar tanto?

Ella tenía razón. No podía ni quería seguir viviendo así pero, ¿qué hacer?

El estado en el que se encontraba era debido, en gran parte, a estar condenado a convivir con su cercanía.

Saliéndole mal lo que con tanto empeño había planeado...

¡Nada era como él pensó y allí estaban las consecuencias!

Si ya de por sí se había convertido en un hombre frío y distante, ahora, para colmo, parecía no hacer otra cosa que atormentarse. Aunque lo peor no era eso, lo que más dolía precisamente era que con quien terminaba pagándolo no era otra sino su esposa, y bien sabía él que era la última persona en el mundo que se lo merecía...

Odiándose por lo que la estaba haciendo sufrir.

—Vamos, deja de atormentarte.

Dejó lo que estaba pensando para mirarla atónito.

¿Acaso le estaba leyendo el pensamiento?

No, imposible.

—Jennifer...

—¿Sí?

—Siento haberte mentido.

—Eso ahora no importa, anda te curaré esas heridas.

Fue hasta el cajón donde guardaba varios ungüentos y cogió el alcohol y varias gasas.

Jim la siguió con la mirada.

—Esto te dolerá un poco.

—Dame la botella de whisky.

—¡Ah no! Ni hablar, aguantarás el dolor y después te prepararé el desayuno, ¿de acuerdo?

—Como tú digas. —Y sonrió a pesar del dolor.

—Así mi gusta, bueno vamos a ver.

Tiró varios cojines al suelo, para estar más cómoda, y se arrodilló en ellos, frente a él. Después empapó una de las gasas con el líquido y empezó por la frente. Divisando una herida bastante considerable llena de sangre seca.

Y con pequeños toques, para hacerle el menos daño posible, y con mucha paciencia, siguió curándolo a la vez que le hablaba para distraerle.

—Cuando era pequeña mi madre era la que me curaba cuando me caía, recuerdo que siempre me decía que si no lloraba me haría un pastel de chocolate para mi sola.

—¿Y funcionaba?

—No siempre —rio.

—¿Qué pasó con tus padres?

—Fallecieron en un accidente de carreta, unos bandidos quisieron atracarles y uno de ellos disparó. Provocando que el caballo se desbocara. Cayeron por un barranco.

—Lo siento.

—Fueron momentos muy difíciles para mí, entonces decidí viajar hacia una gran ciudad para buscarme la vida.

—¿Y no tenías a nadie?

Parecía mentira pero ni siquiera sabía aquel episodio de la vida de su esposa. Y aquello le avergonzaba considerablemente.

¿Qué tipo de esposo era?

—Los vecinos del pueblo se portaron muy bien conmigo pero yo era incapaz de seguir viviendo en la casa que me hizo tan feliz sin ellos, todo eran recuerdos.

—¿Y no volviste?

—No, aún hoy seguiría sin poder hacerlo.

—Si algún día decides lo contrario recuerda que ahora ya no estás sola, yo te acompañaré.

Qué bien sonaron sus palabras...

—Gracias —balbuceó nerviosa—. Bueno esto ya está.

Cogió una gasa limpia y la volvió a humedecer.

—Tienes la mejilla hecha un desastre, quien te lo haya hecho tendrá la mano destrozada.

—¡Esos cabrones! —exclamó dejando escapar unas palabras que no hubiese deseado—. Tenía que haberlos matado.

—¿Esos? —preguntó Jenny casi histérica—. ¿Es que te peleaste con

más de uno?

Y antes de que contestara llevó la gasa a la mejilla apretando más de la cuenta.

—¡Ah! Por favor ten cuidado.

Lo miró esperando su respuesta y al ver que no lo hacía volvió a apretar sobre la herida.

—Está bien, está bien, eran dos.

—¿Dos? ¿Cómo pudiste ser tan insensato?

—Eso ahora no importa, ¿no te parece?

—Sí, sí que importa, a mí me importa.

Y continuó curándole.

—Antes de marcharme a dormir fui hasta la cantina, allí estuve con Harry compartiendo charla y whisky cuando entraron esos dos forasteros con ganas de bronca.

—Y qué pasa, ¿qué solo te provocaron a ti o es que tú también tenías ganas de bronca?

—Pues sí, me provocaron a mí, aunque indirectamente.

—¿Qué significa eso?

—Pues que entraron en la cantina buscándote a ti.

—¿Qué? —preguntó totalmente paralizada.

—Por lo visto hace un tiempo pasaron por aquí y uno de ellos se fijó en ti.

—¿Qué aspecto tenía?

—Pelo canoso, una cicatriz en la mejilla...

—Ya me acuerdo, Harry tuvo que intervenir en cuanto se dio cuenta de que quería sobrepasarse.

—¿Lo ves? Al menos a él tendría que haberlo matado.

—Eso sucedió hace mucho tiempo.

—Sí, pero no se olvidó de ti, y claro, al enterarme de lo que buscaban no tuve más remedio que intervenir.

—Deberías haberlos ignorado, ¿y si te hubiese pasado algo?

Jim la miró en profundidad y le preguntó:

—¿Te habría importado? —Y esperó impaciente la reacción que pudiese tener.

—No me puedo creer que me preguntes algo así.

—Contéstame por favor.

—Pues no lo haré, bien sabes la respuesta —Y huyó debido a lo

nerviosa que de repente estaba—. Te traeré un café.

—¿No vas a terminar?

—Claro que sí, pero tu estómago se queja y necesitas algo caliente.

Fue hasta la cafetera y sirvió dos tazas, una para cada uno.

—Tómalo, te hará falta para estar despejado.

Jenny aprovechó para beber un sorbo y volvió a la posición de antes para continuar curando sus heridas.

—Dame la mano, esos nudillos tardarán en curarse.

—Pues imagina cómo dejé sus caras.

—No me hace ninguna gracia.

Cogió la mano y curó los nudillos, eso sí, con demasiada rapidez para evitar aquel contacto.

—¿Hay algo que te duela aparte de la cara?

—El pecho me arde.

—Déjame ver.

Y pasó a desabotonarle la camisa con calma, ruborizándose considerablemente y abriéndola una vez que terminó. Mientras que Jim la continuaba mirando un tanto atormentado por la situación.

La cercanía de ella lo estaba matando...

—No me extraña que te duela, está completamente morado —le dijo asustada—. No sé Jim, ¿y si tienes alguna costilla rota?

—El dolor sería mucho más fuerte, sé de lo que hablo. Véndamelo fuerte, será suficiente.

—Espero que no te equivoques.

En ningún momento pensó en la intimidad que conllevaría aquello, aunque pronto lo descubrió, pues cada vez que daba la vuelta a la venda por la espalda rozaba su torso desnudo con su parte delantera para su incomodidad, y cómo no, el rubor en sus mejillas no tardó en volver a aparecer.

—Quiero decirte algo.

La pilló desprevenida, tanto, que la venda se le resbaló de las manos ocasionando que tuviera que volver a empezar desde el principio.

—Qué bien —se lamentó—. Otra vez a empezar.

—¿Estás nerviosa? —le susurró con un brillo especial en los ojos.

—Bueno, teniendo en cuenta que es la primera vez que hago esto he de admitir que un poco.

—¿Solo un poco? —preguntó divertido por la situación.

—Bastante. —Dejó de vendarlo y lo miró. Regañándole—. No es fácil para mí.

—Para mí tampoco lo es.

—¿Qué querías decirme? —Y continuó, solo que esta vez con demasiadas prisas.

—Pues que cada vez se me hace más difícil tenerte a mi lado.

—No te entiendo, ¿te refieres a ahora?

—También.

—Ya termino, no te preocupes —le dijo malinterpretando sus palabras.

—No me has entendido, me refiero al día a día, a ahora, a cada vez que te miro.

Jennifer se puso tensa, ató el vendaje y quiso levantarse con el propósito de alejarse de él.

Porque era lo que Jim quería, ¿no?

—¿A dónde crees que vas? —le preguntó entonces él con una voz diferente y que a ella la ponía demasiado nerviosa.

Jim aprovechó y la agarró de la cintura. Después volvió a posar su mirada sobre la suya.

Viendo la turbación que sentía.

—Creo que no me has entendido bien.

—Claro que lo he hecho —replicó a la defensiva—, ten por seguro que no seré yo la que te lo ponga difícil, déjame apartarme de ti.

—¿Lo ves? No lo has entendido —Y posó la otra mano en la cintura estrechándola hacia sí—. Me refiero a que si yo busco refugio en el alcohol es porque cada vez se me hace más difícil tenerte ahí y no poder tocarte.

Jennifer, arrodillada frente a él, y con sus manos apoyadas en la cintura, lo miró atónita.

¿En verdad era cierto lo que acababa de escuchar?

Aquellas palabras eran mucho más de lo que se esperaba, y un cosquilleo empezó a brotarle del estómago al ver cómo la miraba... pero sobre todo al notar las manos acariciando su espalda.

Una mínima caricia y su cuerpo parecía que se descontrolaba del todo.

¡Vaya!

Intentó respirar con normalidad, pero su alborotado corazón se lo hacía bien difícil, y pensó en lo que se suponía debía hacer o decir...

No pudo.

Tanta cercanía la dejaba atontada.

¿Cómo interpretar sus palabras?

Porque si realmente era difícil tenerla y no tocarla solo podía significar una cosa.

“La deseaba”.

Y se volvió a ruborizar considerablemente, entonces, apartó la mirada confundida.

—¡Oh no! —Y alzó su barbilla para que volviese a mirarlo—, me gusta mucho mas cuando me miras.

—Te prepararé el desayuno.

“—Seré estúpida, para una vez que intenta sincerarse y yo le pongo excusas para irme”.

—El desayuno puede esperar, esto no. Además, ¿por qué siempre me hechas en cara que no asumo los problemas? Tú acabas de hacerlo pero no te dejaré huir, aún no.

Su forma de hablar la ponía muy nerviosa, era como si el hombre duro hubiese desaparecido y en su lugar estuviese un Jim desconcertante.

Y desconocido.

Muy, muy desconocido.

—Creo que es el momento oportuno de sincerarme contigo de una vez por todas... —continuaba Jim— y deberías saber cómo me siento. Sé que hago mal desahogándome con el whisky pero es lo único que me sirve y si te vale de consuelo intentaré beber menos.

—¿Crees que ésa es la solución?

—Sí y no, todo esto se me hace tan difícil...

—¿Deseas contármelo?

Jim se quedó callado, mirándola mientras que acariciaba su mejilla lentamente, entonces susurró:

—Tienes unos ojos preciosos.

—Gracias —logró balbucear—. Si sigues hablándome así no podré seguir mirándote.

—Sí, claro que lo harás —Y con cuidado para no lastimar su maltrecho cuerpo se acercó hasta ella y la besó en la mejilla—. Eres tan dulce..., verás te contaré algo. ¿Estás cómoda?

—No mucho, pero quiero estar aquí, junto a ti.

Respondió sintiéndose de maravilla.

—Así me gusta niña buena. Verás, cuando te dije que quería casarme contigo no fue una decisión precipitada, más bien lo contrario, pues debía de

pensar mucho las cosas. Estaban mis hijos, estabas tú, pero al final consideré que todos saldríais beneficiados... pero hubo algo, aparte de vosotros, en lo que no pensé ni le di la mayor importancia. Yo. En ningún momento caí en la cuenta de que el perjudicado podría ser yo mismo, y mírame ahora, pero lo peor de todo, ¿sabes qué es? Que te he arrastrado conmigo.

—No deberías hablar así.

—Es la verdad. Nunca te haré feliz y eso me destroza por dentro, no soy insensible ¿sabes? Y te aprecio más de lo que tú crees, por eso me vuelvo loco al pensar que soy el único culpable de tu infelicidad ya que estás aquí por mi culpa.

—En eso te equivocas, yo también tuve algo que ver.

—Pero te convencí y ahora...

—No tuviste que convencerme, ¿no recuerdas que estaba enamorada de ti? Esta es la vida que acepté, y si es cierto que no te tengo como me gustaría, también lo es que no soportaría verte con otra mujer.

—¿Eres celosa?

—Con lo que quiero sí, no me avergüenza decirlo.

—Debiste enamorarte de otro, yo no merezco tus sentimientos.

—El amor es ciego ¿no? Anda alegre esa cara, ¿de veras no quieres desayunar?

—¿Intentas escapar otra vez?

—No, no lo hago.

—Pues lo parece y creo tener la solución para retenerte aquí —le dijo con voz sensual, sin importarle para nada su dolorido cuerpo.

Justo entonces abrió las piernas, y ella, que estaba apoyada allí precisamente, cayó sobre él sin poder evitarlo. Entonces, ante la posición tan indecorosa e íntima en la que estaban, Jenny abrió los ojos sorprendida.

¡Sintiendo la dureza de él!

—No debes asustarte, amor —Y se acercó hasta su oreja para susurrar —: eso que sientes es mi deseo hacia ti.

Al escucharle pareció derretirse...

Estaba a punto de volverse loca si seguía seduciéndola así.

—No te haré daño si es lo que te preocupa.

—Lo sé, es solo que... jamás estuve en una situación como esta y no sé lo que esperas de mí. —Terminó confesando avergonzada.

—Me gusta cuando te ruborizas tal y como haces ahora, hay tantas cosas que me gustan de ti... y precisamente la que más me atrae es el saber

que nunca has estado con un hombre. Déjate llevar, yo te enseñare lo que una mujer como tú ha de saber. No has de preocuparte por nada.

Qué bien seguían sonando sus palabras...

Ése era el Jim que siempre deseó conocer y allí estaba. Sabía que al final llegaría a comportarse como él era tiempo atrás.

Y antes de que se diera cuenta su amado esposo le quitaba las horquillas una a una con demasiada lentitud, como si quisiera atormentarla que es justo lo que estaba consiguiendo.

—¿Y qué me dices de este pelo? Me vuelve loco, ojalá siempre lo llevaras así.

—¿Lo dices de verdad? Si me lo recojo es porque pensaba que con él así parecía una niña.

—Sí, una niña traviesa.

Cogió uno de los mechones y lo besó con dulzura.

—Estás preciosa.

La atrajo hacia sí y entonces la besó.

Al principio la besó con dulzura para darle tiempo a adaptarse, y a medida que el beso se iba alargando, sus labios eran cada vez más insistentes mientras que Jenny cerraba los ojos y se dejaba llevar tal y como él había dicho.

Antes incluso de darse cuenta ambos degustaban sus bocas desesperados, chupándose los labios y acariciando sus lenguas con un deseo que ninguno de los dos jamás sintió.

—Jenny, Jenny —susurraba sin dejar de besarla—, ¿qué me has hecho? Me tienes loco de deseo.

Llevó las manos hasta la fila de botones de atrás, y al comprobar para su desesperación que eran demasiado pequeños, tiró con fuerza. Arrancándolos.

Jenny no se asustó.

—Esto es más de lo que puedo soportar.

A ella parecían no importarle sus prisas, y era cierto, no importaba si le rompía el vestido siempre y cuando no dejara de besarla.

Tiró de las mangas hacia abajo y dejó sus senos bajo una camiseta blanca demasiado ajustada y transparente.

—¡Oh amor! Quiero saborearte entera.

Jim bajó hasta el cuello besándola por todos y cada uno de los sitios por donde pasaba a la vez que le arrancaba gemidos deliciosos. El deseo que sentía era tal, que necesitaba poseerla aunque fuese allí mismo.

Ya ni siquiera sentía el dolor de su cuerpo.

—Te necesito Jenny, ¿sabes lo que eso significa?

Jenny lo miró con los labios hinchados y una expresión de deseo en los ojos que hablaba por sí sola.

Jim sonrió.

—Creo que sí.

—¿Entonces?

—Quiero que sigas, quiero...

—Eso es lo que quería escuchar muñeca.

Y volvió hasta sus labios bebiendo el delicioso néctar que desprendían.

¡Dios cuanto necesitaba a aquella mujer...!

La puerta, de pronto, se abrió de un portazo y ambos miraron hacia ella. Viendo a Michael cruzado de brazos con un enfado de mil demonios.

—¡Joder! Esto no puede estar pasando. —Bramó Jim soltándola de sus brazos para que pudiera cubrirse mientras lo amenazaba con la mirada—. ¿Qué coño haces aquí?

Jenny se apartó, tratando de taparse avergonzada.

Vaya situación más violenta.

—¿Así es como recompensas a tu marido por pelearse con dos individuos? Esperaba más de ti.

—Déjala Michael, no tienes ningún derecho a hablar así.

“¿Qué malo había hecho? Al fin y al cabo era su marido”

Y se tapó como pudo diciendo:

—Eso no es cosa tuya.

—Sí, sí que lo es, ¿y si lo hubiesen matado? Esto es más grave de lo que parece, deberías enfurecerte con él, no hacerle el amor —gruñó.

—Sube a tu alcoba a arreglarte —le ordenó su marido.

—Pero...

—¿No me has oído? Déjanos solos.

A ella no le quedó otra alternativa que obedecer aquella orden. El cambio de humor de su esposo era tan grande que ni por un instante pensó en replicar.

Y mientras subía las escaleras, tapándose como buenamente podía, pensaba que era una verdadera lástima que Michael hubiese llegado en ese momento.

Maldiciendo la poca suerte que habían tenido.

Michael tomó la palabra en cuanto escuchó la puerta cerrarse.

—¿Es que no estás en tu sano juicio? Podrían haberte matado.

—¿Es eso lo que verdaderamente te importa?

—¿Qué insinúas? —preguntó confuso.

—Pues que lo que parece es que lo que te importa es habernos encontrado en una situación tan comprometida...

—Estás loco. ¿Cómo se te ocurre decir algo así?

—Porque estoy convencido de que lo que de verdad te ocurre es que estás celoso.

—Realmente la paliza te ha trastornado, mira, haré como que no he escuchado semejante barbaridad, además, no intentes cambiar de tema.

—Lo siento hermanito —contestó con sarcasmo— pero como puedes comprobar no estoy para sermones, así que dame una botella de whisky y déjame en paz.

—¡Ja! Ahora mismo vas a explicarme el por qué te enfrentaste a esos dos individuos.

Se cruzó de brazos delante de él y así se quedó, tenía todo el tiempo del mundo para esperar a que le contestara.

—Uno de ellos buscaba a Jennifer —confesó al fin—. Cuando ella trabajaba en la cantina tuvo un problema con él, Harry tuvo que intervenir.

—¿Y no pudiste avisarme?

—Sí, claro, si te parece vengo a buscarte y así les doy tiempo a que se vayan.

—Además —añadió Michael extrañado—, ¿qué hacías en la cantina a esas horas?

—¿Qué pasa? ¿Que ahora tengo que darte cuentas o qué? No te metas en lo que no te importa.

—Está bien, tienes razón, espero que hayas aprendido la lección —dijo volviendo a lo de antes— tienes mucha suerte de estar vivo.

—Vamos no exageres, simplemente fue una pelea, no creo que...

—No has tenido la oportunidad de hablar con Harry, ¿verdad?

Jim negó con la cabeza.

—Pues cuando le veas dale las gracias. Si no hubiese sido por él quizás no estaríamos manteniendo esta conversación.

—¿Qué quieres decir?

—Cuando saliste a la calle uno de ellos llevaba pistola.

—¿Qué? —gritó furioso.

—Harry se dio cuenta y gracias a Dios intervino a tiempo, ¿entiendes

ahora mi cabreo?

—Que hijos de puta, sabía que no eran de fiar, la próxima vez que los vea...

—Me avisarás a mí y les daremos su merecido, aunque tendremos que esperar pues según Harry se marcharon al alba. Espero que la próxima vez tengas más cuidado.

—Lo haré, oye, de esto ni una palabra a Jennifer, ¿de acuerdo?

—No te preocupes, no le diré nada. ¿Quieres que te ayude a subir hasta tu cuarto? Seguramente estarás más cómodo.

—No —se apresuró a contestar—, estoy bien aquí, no te preocupes.

—Como quieras, me iré hasta la plantación para seguir sembrando el algodón, si necesitas algo allí estaré.

Cogió su sombrero y se dispuso a abandonar la habitación, antes de hacerlo se volvió para decirle:

—Siento mucho el haberos interrumpido de la forma en que lo hice, díselo a Jenny.

—No te preocupes, no has interrumpido nada.

Michael lo miró sin entender sus palabras, abrió la boca para preguntarle pero la volvió a cerrar no queriendo entrometerse en lo que no debía.

Cerró la puerta y se marchó.

Jim se quedó pensando en lo que había sucedido aquella fatídica mañana, después, sin más, se levantó del sillón a pesar de su maltrecho cuerpo y se alejó de allí.

Necesitaba alejarse de la mujer que empezaba a despertar sus sentidos, además de sus necesidades tan bien guardadas durante los últimos tiempos...

La pregunta era:

¿Cómo?

A la hora de comer Jim no apareció, así que Jenny decidió ir a buscarlo. Encontrándolo apartado mientras que miraba las montañas.

¿Qué se le estaría pasando por la cabeza?

¡A saber!

—Hola.

Ni si quiera se dio la vuelta para mirarla.

—Te he buscado por todas partes y como no has ido a comer... estaba preocupada.

—Estoy bien —fue lo único que contestó.

—Te he traído un poco de estofado.

—Gracias, déjalo ahí.

Dejó la cesta a su lado y por un momento pensó en darse la vuelta para marcharse.

No lo hizo.

—¿De veras estás bien?

No contestó.

Y Jenny se acercó y se puso delante de él para mirarle a los ojos.

—¿Jim?

Este dejó de mirar hacia las colinas para mirarla a ella, entonces Jenny pudo ver la melancolía que transmitían aquellos ojos tristes.

Y por experiencia sabía que no era un buen síntoma.

—Jim, ¿puedo hacer algo por ti?

—No —susurró con pesar— nadie puede.

A Jenny pareció rompérsele el corazón.

—Será mejor que comas algo, te sentará bien.

El asintió, después se miraron el uno al otro intentando adivinar sus pensamientos sin decir ni una sola palabra...

Estuvieron así un buen rato hasta que ella pensó que quizás lo que él más deseaba era precisamente que se fuera.

—¿Quieres estar solo?

—Si —contestó con demasiadas prisas, pero debió de pensarlo mejor porque acto seguido dijo—: No lo sé.

—Estás muy raro, si es por lo de esta mañana... —Y mientras hablaba miró al suelo ruborizada— si tú quieres haremos como si no hubiese pasado.

—Ese es el problema —afirmó rotundo.

—No te entiendo.

—Pues es muy simple. —De pronto su estado melancólico se esfumó para dar paso, en su lugar, a la furia acostumbrada de siempre. Descartando sus verdaderos pensamientos—. Tan simple como que si ha sucedido, si Michael no llega a interrumpir a tiempo da por seguro que ahora serías mi esposa ante los ojos de Dios, y eso ya nadie podría borrarlo.

—¿Y te alegra el que tu hermano llegase a tiempo?

Sabía de sobra que nunca debió de hacer esa pregunta, bastante carga

suponía para ella el saber que quizás nunca tuviese a su lado el esposo comprensivo y cariñoso que necesitaba, como para encima echarse más tierra encima al hacerle esa pregunta.

¿Acaso lo que buscaba era matar todas sus ilusiones?

Aunque pensándolo bien:

¿A quién quería engañar?

Con o sin la respuesta que le diera todo seguiría igual, más que nadie sabía lo difícil que era convertir a aquel hombre en alguien que fuese capaz de disfrutar la vida... aunque solo fuese un poquito.

—Sí, me alegro. Habría sido una gran equivocación.

Y si sabía cuál iba a ser su contestación:

¿Por qué le dolía en lo más hondo del corazón?

—¿Tú no lo crees así? —le preguntó Jim.

—No —susurró apenada y al borde de no poder contener el llanto para en cambio acusarle—: Yo lo que creo es que eres un cobarde que no quiere enfrentarse a sus sentimientos, y si para ti es una equivocación para mi es todo lo contrario.

—Qué fácil es decir eso, no tienes ni idea de lo que he pasado, no es tan sencillo empezar una nueva vida tal y como tú crees.

—Vale, puedo entenderlo pero, ¿cómo quieres que lo haga si nunca te has sincerado conmigo? De una cosa puedes estar seguro, y es que, si para ti no es nada fácil para mí tampoco lo es, créeme.

—Volvemos a lo de siempre, estabas avisada.

—Pero ahora es diferente.

—Porque tú quieres.

—Entonces, ¿borro de mi mente tus caricias y tus besos? No es tan fácil Jim.

—¿Ah no? Hace un momento estabas dispuesta a hacerlo.

—Está bien —aceptó derrotada—. Tú ganas pero con una condición.

—¿Qué condición? —le preguntó curioso.

Y una Jenny segura de lo que iba a decir simplemente abrió la boca y soltó:

—Jamás volverás a ponerme una mano encima.

Jim sonrió con sarcasmo.

—¿Quién te crees para darme órdenes?

—Te estoy hablando muy en serio, no quiero que vuelvas a tocarme Jim. Nunca.

—¿Ah no?

Y antes siquiera de poder adivinar lo que estaba pensando sintió como le tiraba del pelo hacia atrás para besarla, estaba tan lleno de rabia que ni se molestó en saber si le hacía daño o no.

Su ego masculino acababa de ser herido y no lo iba a consentir.

¡Perdiendo el juicio!

Jenny se quedó bloqueada y quiso gritar, pero al hacerlo él se aprovechó de la situación introduciendo la lengua dentro de su boca haciéndola callar. Fue entonces cuando empezó a sentir miedo ante el descontrol de él y empezó a golpearlo con las manos todo lo fuerte que podía, a la vez que intentaba respirar. Aquello se les escapaba de las manos pero, ¿qué hacer?

Era tal la violencia que sentía, que mientras tiraba de su pelo con la mano, con la otra bajaba hasta la parte superior del vestido, tirando con tal brusquedad que lo rompió en dos, dejando sus senos al descubierto.

Desesperado, y sin saber lo que hacía, la empujó contra el suelo y a continuación se echó sobre ella.

La sorpresa en un primer momento la dejó muda, pero ahora, antes de que volviese a besarla con tal rudeza gritó:

—No me toques, me das asco.

Nada, era como si no la oyera, y empezó a temblar mientras que él besaba sus senos desnudos con tanta brusquedad que le empezaron a salir marcas rojas.

Pero a pesar del daño que le hacía no sentía dolor, solo rabia y miedo a la vez, tanto que empezó a sollozar como un cachorrillo herido. Dándose por vencida y girando la cabeza hacia un lado para no tener que verlo.

Dejando de luchar y alejando la mente de allí. Pidiendo a Dios que aquello terminara pronto.

Y así fue, pues antes incluso de darse cuenta de lo que estaba sucediendo, notó como el peso de su cuerpo ya no estaba sobre el de ella. Tragándose su amor propio al verse sometida a aquel acto tan vergonzoso y levantándose intentando cubrir su maltrecho cuerpo.

Estaba mareada y quería vomitar, pero sobre todo alejarse de allí para refugiarse en su cuarto y no tener que verlo.

“—Dios mío, ¿cómo podré volver a mirarle después de lo que me ha hecho? Casi me viola”.

Y con esa sensación de vacío salió corriendo hacia la casa con las mejillas empapadas por aquellas lágrimas desgarradoras. Sin poder ver al Jim

atormentado que la miraba según se alejaba.

—¡Joder! —gritó fuera de sí— ¿qué coño he hecho?

Tiró la cesta de la comida con rabia y corrió hasta su caballo sin importarle las heridas de su cuerpo. Más que nunca necesitaba emborracharse hasta perder el sentido.

¡Solo así lograría un poco de paz!

CAPITULO VI

—¿Estás seguro que quieres que te deje aquí? —le preguntó Michael nada convencido.

—Pues claro hermanito —contestó a duras penas.

Menos mal que se había acercado a la cantina de casualidad. De no haber sido por él le hubiese resultado imposible regresar a casa en semejantes circunstancias.

¡Menuda borrachera llevaba encima!

Entre eso y los golpes que le dieron la noche anterior estaba para el arrastre.

Y lo soltó con cuidado derrumbándose sobre la paja limpia del granero.

—Me siento culpable dejándote aquí, si lo que quieres es que Jenny no te vea en este estado puedes dormir en mi cama —le ofreció todavía sin estar convencido.

—No, aquí estaré mejor —gangoseó—. Además, es lo que merezco.

—¿Os habéis peleado?

—Puede decirse que sí. Esta vez es grave, ¿sabes?

—No te preocupes, ya lo solucionaréis.

Le quitó las botas para que estuviera más cómodo y lo tapó con una manta que encontró por allí.

—Soy un hijo de puta, ¿lo sabías?

Al escuchar aquello se asustó.

¿Qué habría pasado para que hablara en esos términos?

Que él recordara nunca lo había visto en semejantes circunstancias, ni siquiera cuando pasó lo de Karen...

Y le volvió a escuchar:

—¿Cómo he sido capaz de herirla tanto? Joder —continuaba atormentado—, soy un cabrón.

Michael se quedó impactado en cuanto vio a su hermano llorar y lo dejó hundido por completo.

“Pues sí que debía de ser serio el asunto. Sí”.

Y trató de que se lo contara.

—¿Qué es lo que has hecho para que ni el whisky te haga olvidar?

Jimmy cuéntamelo, quizás pueda ayudarte.

—No quiero ayuda, lo único que quiero es morirme.

—No sabes lo que dices, anda duerme un poco, creo que por la mañana necesitarás estar despejado para aclararlo. Descansa y no pienses más. Lo hecho, hecho está.

Y Michael se quedó a su lado hasta que el whisky y el cansancio lo vencieron.

Solo entonces se marchó, pensando en la otra parte, convencido de lo que iba a hacer a continuación...

¡Charlar con Jenny!

Si estaba como su hermano el sentido común le decía que necesitaría hablar con alguien.

Además, ya iba siendo hora de aclarar unas dudas que cada vez se hacían más que evidentes.

—Sandy, ¿has visto por casualidad a Jennifer?

—Sí.

—¿Dónde?

—En la cocina, pero ya no está, me ha dicho que le dolía la tripa y que se iba a acostar un rato. Pero yo creo que me ha dicho una mentira.

—¿Por qué?

—Porque la he visto llorando.

—Quizás le dolía mucho —intentó justificarla.

—Ya, pero es que siempre que está triste la escuchamos pelear con padre, yo creo que se han peleado otra vez.

—¿Otra vez?

—Sí, lo hacen muchas veces. Tío ¿es que no se quieren? —preguntó preocupada.

—Pues claro que se quieren, solo que a veces los mayores discuten pero no significa nada.

—¿Seguro?

—Pues claro que sí, anda dame un beso princesita.

Michael recordó las palabras de su sobrina y se armó de valor. A continuación llamó a su puerta.

La verdad es que ya no estaba seguro de si hacía bien entrometiéndose

en lo que no le incumbía, pero, ¿qué otra cosa podía hacer?

¿Quedarse cruzado de brazos, quizás?

No, antes prefería meterse en un lío con su hermano, aunque las diferencias entre ellos se hicieran insostenibles.

—Hola.

Cerró la puerta tras de sí y supo que aquello iba a ser más difícil de lo que él pensaba. Su adorable cuñada estaba sentada sobre la cama con los ojos hinchados de tanto llorar. Parecía una criatura desprotegida con aquel aspecto, además de vulnerable.

—Hola pequeña, ¿te encuentras bien? —susurraba a la vez que se acercaba. Sentándose en la cama junto a ella.

Al sentir su proximidad no pudo contenerse y se aferró a él con desesperación, rompiendo a llorar otra vez.

—Venga, ya pasó —procuró consolarla mientras acariciaba sus largos cabellos.

—¡Oh Michael! Soy tan desdichada.

—No será para tanto, verás cuando te calmes como lo que sea que os pase te parecerá menos grave de lo que te parece ahora.

—Pero es que lo es —dijo empezando a sollozar nuevamente.

—Te creo porque Jim también me lo dijo.

Dejó de apoyarse sobre su pecho y lo miró.

—¿Lo has visto?

—Sí, acabo de dejarlo en el granero, estaba bastante desesperado.

—¿Te ha contado algo? —su voz sonó demasiado alterada.

Michael negó con la cabeza, y al ver que ella no pretendía decir nada, preguntó:

—¿Debía haberlo hecho?

—No, claro que no.

—Vamos Jennifer, ¿qué es lo que está pasando?

—Es entre él y yo.

—No, no lo es, y menos cuando os veo destrozados. No pienso quedarme al margen sabiendo que quizás puedo ayudaros.

—No lo entiendes. —Y le sonrió con cariño— no puedes ayudarnos.

—Déjame intentarlo.

—¿Para qué? De veras Michael, no puedes hacer nada.

—Te equivocas, al menos puedo escucharte, sé que lo necesitas.

Jenny entonces se levantó de la cama, cruzándose de brazos, y le dio la

espalda.

Su reacción fue la de alejarse de él.

—Está bien, empezaré yo —dijo entonces Michael con calma—. Desde que pisé esta casa he observado cosas raras entre vosotros, pero no quise darle importancia. Menuda sorpresa me llevé cuando Sandy me dijo que antes de venir yo no dormíais en el mismo cuarto, ¿qué está sucediendo? Porque si es una farsa no hace falta que intentéis guardar las apariencias por mí.

—¿Qué más te ha contado?

No lo negaba.

“Así que era verdad...”

—Que muchas veces os peleáis, y claro, está un poco asustada porque no entiende nada.

—Pobre. Sabía que tarde o temprano terminarían enterándose. Quizás ese sea el motivo de que Johnny no quiera acercarse a mí. Si nos ha escuchado pelear creerá que me he portado mal con su padre.

—Ahora ese no es el caso, ¿es cierto que no dormíais juntos?

Lo miró dubitativa pero terminó confesando:

—Sí, es cierto.

—Pero, ¿cómo es posible? No entiendo nada.

—Tampoco lo hacemos ahora. Unas veces se queda sobre la alfombra y otras se va al granero.

Ahora es cuando entendía muchas cosas...

Las noches conversando hasta bien tarde, creyendo que Jim se enfadaría por retenerla junto a él, era una de ellas, pero entonces...

Volvió a mirarla, tratando de ordenar un poco su cabeza puesto que no lograba entenderlo del todo, y preguntó:

—¿Y lo de esta mañana?

—Ha sido la primera vez que se acercaba a mí.

Michael se horrorizó.

—¡Dios santo! —exclamó lleno de un remordimiento que se intensificó dentro de su ser.

¿Cómo demonios iba a ser la primera vez?

¡Y para colmo él lo estropeó con su inoportuna presencia!

—No puede ser, lo siento, lo siento mucho...

Ni siquiera encontraba las palabras acertadas para pedirle disculpas...
No las había.

A lo que Jenny le contestó tan tranquila:

—¿Por qué? Sin quererlo nos has hecho un gran favor.

¿Cómoooooo?

Cada vez entendía menos aquel enredo en el que él ya estaba envuelto también.

—Pero se supone que es un paso hacia adelante, ¿o no?

—Más bien todo lo contrario. ¿Sabes qué me dijo? Que se alegraba de que hubieses llegado a tiempo. ¿Te lo puedes creer?

—Este hermano mío es un cabrón, —estalló furioso—, ¿quién en su sano juicio puede decir algo así cuando él mismo fue quien lo provocó? Esta mañana no parecía estar a disgusto precisamente cuando os vi.

—¿Sabes cuál es el problema? Que ni él mismo sabe lo que quiere. No puede confiar en mí según él por una promesa que se hizo cuando murió Karen. A veces creo que verdaderamente le gustaría empezar una nueva vida... pero al instante me demuestra lo contrario. Desde que contraje matrimonio con él así he vivido.

—¿Y cómo lo soportas? —preguntó cabreado.

—Yo lo sabía Michael, el me lo advirtió. Se casó conmigo por sus hijos, dejándome bien claro que entre él y yo nunca habría nada.

Vaya, vaya. Menuda sorpresa.

—¿Y por qué aceptaste?

—Estaba harta de la cantina y allí estaba él. Prometiéndome una nueva vida, además, yo estaba enamorada de él y creí que lo cambiaría. Como puedes ver me equivoqué.

—No, no, —escuchándola pudo saber que aún no era tarde— todavía hay esperanzas, quizás con un poco más de tiempo...

—Me cansé de luchar y hay algo que jamás podré olvidar.

—¿Quieres contármelo?

—No. Es demasiado fuerte como para contarlo. Nunca lo perdonaré, nunca.

—Puede que estés equivocada.

—No Michael —negó con rotundidad—, te puedo asegurar que no. Bien, es hora de hacer la cena, ¿me acompañas?

Por lo visto no deseaba seguir hablando, así que se dio por vencido. Se levantó de la cama y fue tras ella.

En la cena solo estuvieron los tres, aunque no le importó en absoluto, pues lo que menos le apetecía en esos momentos era verlo.

Y a medida que transcurría el tiempo una idea se iba apoderando de su mente, y aunque tenía sus dudas, cierto que cada vez pensaba que era la única solución.

Terminó de recoger los cacharros, y distraída se dispuso a retirarse a su habitación.

Michael preguntó:

—¿Hoy no hay café?

—No me apetece, estoy cansada.

—¿Tampoco quieres hablar? Mira que ninguna mujer ha conseguido nunca que escuche sus penas...

—Eres un cielo, ojalá tu hermano se pareciese un poco a ti.

—No le hace falta, es mejor persona que yo, te lo aseguro.

—Permíteme que no te crea —dijo con nostalgia— quizás en otro tiempo, pero desde luego ahora...

—¿Sabes? Es una pena que no puedas perdonarle. Si hay una mujer capaz de conseguir que él vuelva a ser una persona normal, sin lugar a dudas esa eres tú.

—¿A quién pretendes engañar? Esa mujer no soy yo, sería Karen.

—¿Karen? —preguntó con sarcasmo— no sabes lo equivocada que estás, algún día lo comprenderás absolutamente todo.

—Ya no me interesa.

—Mentirosa —la regañó con cariño— no te quieras engañar a ti misma, no caigas en los mismos fallos que tu esposo.

—No sé si podré. Me alegro mucho de haberte conocido, has sido muy bueno conmigo.

Aquellas palabras sonaron bastante raras.

—Y lo seguiré siendo, no lo olvides.

Jenny se acercó hasta él y le dio un beso en la mejilla. Dejándolo bastante sorprendido.

—Que descanses.

—Hasta mañana —le dijo Michael.

Ella no contestó y subió las escaleras mientras que las lágrimas empapaban su rostro.

Una vez que estuvo sola, y sin poder dar marcha atrás con la decisión

que acababa de tomar, sacó la maleta de debajo de la cama y empezó a llenarla con sus pertenencias.

Nunca antes una decisión le había costado tanto sufrimiento.

Amanecía cuando un Jim desconcertado despertó.

—¡Joder! ¡Cómo me duele la cabeza! Va a estallarme.

Se levantó del suelo y salió del granero para respirar un poco de aire.

Estaba aturdido debido a la resaca de anoche, tanto que ni pensó en lo que se le venía encima.

Y es que no recordaba nada... de momento.

Fue hasta el pozo y sacó un cubo de agua para lavarse.

No entendía el por qué, pero se sentía mal, aquel maldito dolor de cabeza no le dejaba pensar con claridad.

Y entonces metió la cabeza en el cubo lleno de agua fría con el deseo de despejarse... y es cuando, de pronto, todo le vino a la mente.

Sonrió al recordar a “su Jenny” entre sus brazos mientras casi la hacía el amor...

E inevitablemente, y como no podía suceder de otra manera, entonces también le vino lo demás...

—¡Oh Dios!

De repente y sin piedad acudieron aquellas imágenes que de tener una mísera oportunidad borraría para siempre de sus vidas, recordando que casi la había forzado en contra de su voluntad.

¿Qué es lo que había hecho?

Y lo entendió absolutamente todo. De ahí la resaca que tenía.

¿Qué iba a hacer él ahora?

¿Cómo fue capaz de tal atrocidad?

Y un gran miedo empezó a apoderarse de su cuerpo.

—¿Qué? Estarás orgulloso, ¿no?

Se dio la vuelta y se encontró cara a cara con su hermano.

—¿Qué dices?

—Ayer hablé con ella —lo acusó—. Qué secreto tan bien guardado

—No sé a qué te refieres.

—Y yo que pensé que realmente te habías olvidado del pasado enamorándote de Jenny...que estúpido he sido. Debí de suponer que había

gato encerrado.

—Déjame en paz, ¿quieres?

Lo apartó a un lado de un empujón y pasó por delante.

—No, no lo haré. —contraatacó siguiéndole— ¿Por qué me has engañado así? ¿Por qué te has casado con ella si sabes que no la vas a hacer feliz? Contéstame cabrón.

—Mira —gritó dándose la vuelta— bastantes problemas tengo ya como para escuchar tus sermones.

—Problemas los que tú te hayas buscado.

Jim se quedó helado.

—¿Te ha dicho algo?

—Aparte del motivo por el cual os casasteis no, tan sólo que hay algo que jamás podrá perdonarte. ¿Qué es lo que has hecho? ¿No te vale con hacerla infeliz que además tienes que destruirla?

—Cállate —grito histérico a la vez que le pegaba un puñetazo, tirándolo al suelo— ella me importa más de lo que todos os creéis, ¿cómo puedes insinuar siquiera que quiero destruirla? Es mi esposa.

Michael escupió sangre de la boca y añadió:

—¿Tu esposa? ¿Acaso te has parado a pensar que ese matrimonio no tiene ningún valor?

—Ya te he dicho que Karen murió.

—No me refiero a eso y lo sabes. En cuanto ella quiera lo anulará. No lo consumaste Jim y por lo tanto cualquier Obispo podrá hacerlo.

—Estás equivocado. Ella no me abandonará. No me volverá a pasar aunque para ello tenga que forzarla.

—¿Sabes lo que estás diciendo? —Y comprendiendo el grado de indefensión y de remordimiento de su hermano, quiso echarle una mano—. Es mucho más simple que todo eso, compórtate como el esposo que ella busca en ti, nada más.

Jim le tendió el brazo y lo ayudó a ponerse de pie, disculpándose con la mirada.

—Estoy muy asustado.

—Habla con ella Jimmy. Si ha estado aquí varios meses será por algo, ¿no crees?

—Es que hice algo ayer que lo cambia todo.

—No será para tanto, y menos después de cómo os encontré por la mañana. Saltaban chispas. Anda ve y solúcionalo. Devuélvenos a la Jenny

cariñosa y sonriente que conocemos.

—No lo entiendes Michael.

—Pues cuéntamelo.

A saber qué era lo que había hecho...

—Ayer me puse demasiado violento y sin todavía entender cómo... casi la forcé.

—¿Qué?!

Michael no daba crédito a lo que acababa de escuchar. Cambiando el semblante en cuestión de segundos.

—No sé cómo fui capaz pero me arrepiento tanto...

—Tú lo que eres es un hijo de la gran puta. —Y sin pensarlo dos veces lo golpeó en la cara con rabia tirándolo contra el suelo tal y como hizo él antes. Y añadió—: no mereces ni que te mire a los ojos.

Y Michael, sin soportar estar a su lado, y con una rabia interior inimaginable, lo dejó allí tirado y se marchó.

Todo parecía querer complicarse cada vez un poco más.

Jim la buscó por todas partes y nada...

¡No la encontró!

Y barajó la posibilidad de que estuviese en su alcoba. Dirigiéndose allí sin tener claro qué era lo que le iba a decir... pero convencido de que le pediría perdón aunque fuese de rodillas.

Era lo menos que él podía hacer después de su comportamiento tan lamentable y sucio.

Subió hasta la planta de arriba y se extrañó al ver la puerta de ella entreabierta.

—Jennifer, ¿estás ahí? —la llamó.

Pues tampoco.

¿Dónde se habría metido?

Y fue al cerrar la puerta cuando tuvo un presentimiento. Viendo la puerta del armario mal cerrada.

Entró nuevamente y fue hasta allí, comprobando, para su desesperación, que sus pertenencias habían desaparecido.

—¿Qué demonios es esto?

No podía ser. Acababa de abandonarlo tal y como Michael había

insinuado.

¿Y ahora qué?

“Desde luego que estaba equivocada si pensaba que se iba a cruzar de brazos como si no pudiese hacer nada”.

No podía vivir sin ella... aunque ni él mismo estuviera dispuesto a admitirlo.

Y veloz como un rayo salió de la cabaña y se dirigió a los establos para ensillar su caballo.

Allí se encontró nuevamente a Michael. El cual nada más ver su cara supo que algo no andaba bien.

Por eso, y solo por eso, decidió dirigirle la palabra.

—¿A dónde vas con tanta prisa? ¿Pasa algo?

—Se ha ido.

—¿Quién?

—Jennifer, ha cogido sus cosas y se ha marchado.

Se lo temía. Y entendió la manera en la que se despidió de él anoche. Porque efectivamente... fue una despedida sin él saberlo.

¡Demonios!

—¿Y qué piensas hacer?

—Ir a buscarla, ¿qué si no?

—Pero quizás ella no quiera volver.

—No me importa. La traeré por las buenas o por las malas. Lo que ella prefiera.

—Empeorarás las cosas —le advirtió.

—¿Más de lo que están? No creo.

—¿Dónde la buscarás?

—En casa de su amiga Laura, seguro que está allí.

—Tú sabrás lo que haces.

—No, no lo sé. —Y lo miró con temor— pero Michael, ¿qué otra cosa puedo hacer? No estoy dispuesto a perderla. Sería demasiado para mí.

Su hermano lo entendió.

—¿Quieres que te acompañe? Quizás si hablo con ella...

—No, tú encárgate de que los niños no se enteren de nada y de llevarlos a la escuela, ¿de acuerdo?

—Está bien. Jim...

—¿Sí?

—Procura que sea por las buenas, por el bien de los dos.

Lo miró durante unos segundos y después montó sobre el caballo.
Seguidamente salió al galope con dirección al pueblo.

CAPITULO VII

—Cariño, tómate este té —le ofreció Laura—, desde que viniste no has hecho más que llorar.

Llegó en la carreta a casa de Laura cerca de las tres de la madrugada. Propiciando a dar un susto de muerte a su amiga que no entendía lo que podría sucederle para presentarse en su casa a esas horas, viéndola llorar inconsolablemente.

Y no supo el porqué de aquellas lágrimas.

Al enterarse de lo sucedido preparó un cuarto para que descansara antes de decidir lo que tenía pensado hacer con su matrimonio, y después un buen té caliente.

¡Les iba a venir muy bien!

Su amiga la necesitaba y haría cuanto estuviese en sus manos para poder ayudarla.

—No me apetece.

—Vamos, te hará bien y descansarás mejor —la animó pacientemente—. Mañana será otro día.

—Está bien.

Cogió la taza y bebió un sorbo a la vez que su mano empezó a temblar. Y terminó derramando el té por el suelo, entonces volvió a dejar la taza sobre la mesita de noche.

—¿Qué haré ahora? —Sollozó.

—De momento dormir, ya pensaremos mañana en algo.

—Dormir, como si pudiera hacerlo. Laura me dolió tanto lo que me hizo...

—¿Otra vez vas a empezar? —Se acercó a ella, tras recoger el té derramado, y la tapó con la manta como si se tratase de una niña—. Ahora lo que necesitas es descansar para mañana estar despejada. Debes de tomar una decisión importante y no querrás equivocarte, ¿verdad?

Jenny asintió.

—Duerme tranquila. Mañana se solucionará, ya lo verás.

—No es tan sencillo.

—Lo sé cariño, lo sé, que descanses.

La besó en la frente y al salir apagó la vela.

La cara de Laura reflejaba la preocupación que tenía. Mira que lo veía venir...

En difícil situación se encontraba su querida amiga y ella no podía hacer nada aunque quisiera ayudarla. La decisión final sólo ella podía tomarla y precisamente era lo que le preocupaba.

¿Sería la correcta?

Se acostó en su cama y después de dar vueltas y más vueltas logró quedarse dormida.

Casi estaba amaneciendo.

Ni siquiera ató a su caballo.

Saltó de la grupa, incluso antes de que parara, despreocupándose de las heridas que todavía tenía.

¡Simplemente no le importaban!

Se acercó a la puerta y comprobó, para su disgusto, que estaba cerrada. Y comenzó a llamar insistentemente golpeando los nudillos sobre la madera.

Parándose al oír la voz de Laura.

—¿Qué pasa? —preguntó enfadada por el hueco de la ventana que le permitió saber quién era el que golpeaba su puerta de aquella manera—. ¿Por qué golpeas la puerta con esa insistencia?

—¿Dónde está?

Se limitó a preguntar.

—¿Quién? No sé de qué me hablas.

—Está aquí, ¿verdad? No pretendas engañarme Laura porque no lo vas a conseguir.

—Jim, hazte un favor a ti mismo y vete a casa.

—De eso nada, abre la puerta ahora mismo.

—No, no lo haré —Y cerró la pequeña ventana dejando zanjada la conversación.

Qué equivocada estaba si por un momento llegó a pensar que se marcharía así...

—Está bien, tú lo has querido... —le escuchó en tono amenazante antes de saber lo que iba a hacer—. Apártate a un lado si no quieres que te caiga con la puerta.

—No te atreverás.

Vaya si no.

Cargó con el cuerpo sobre la puerta, sin importarle el terrible dolor en sus costillas, y ésta cedió a la tercera. Permitiendo que Jim entrara.

Laura lo miró sin poder creerse lo que sus ojos veían y gritó:

—¿Estás loco? Me has roto la puerta.

—Te compraré una.

Le contestó ignorando el insignificante detalle.

¿Sería engreído?

—Ahora dime dónde está.

Al ver que no conseguiría ningún tipo de ayuda por su parte exclamó:

—Está bien, la buscaré yo mismo. Sé que está aquí.

Y apartándola a un lado comenzó a abrir, una a una, las puertas de cada una de las estancias.

Qué duda cabe de que no tardó mucho en dar con ella.

Entró en la alcoba y cerró la puerta tras de sí. No quería interrupciones de ningún tipo.

Y descubrió que debía de estar considerablemente cansada ya que, a pesar del alboroto organizado, seguía durmiendo.

Abrió la ventana para que entrase la luz y se quedó mirándola embobado. Descubriendo su rostro angelical. A continuación se armó de valor y se acercó hasta la cama susurrando:

—Jennifer. Jennifer. Despierta.

Nada, silencio.

Entonces, convencido de que no se marcharía sin ella, apartó las mantas a un lado y dejó que su vista vagara por su cuerpo cubierto con un camisón muy corto.

Y tragó saliva.

Jenny pareció moverse intranquila, percibiendo que hacía bastante frío y que además la luz empezaba a molestarla... y abrió los ojos.

Al verle y saber que no era ningún sueño volvió a taparse hasta la barbilla en un gesto de auténtica protección.

Aquel simple gesto a Jim lo dejó consternado, aunque...

¿Qué se esperaba?

—¿Qué haces aquí? —preguntó una Jenny que se despertó de golpe. Enfrentándose a él.

—He venido a buscarte. —Y dicho esto cogió uno de los vestidos de la

maleta y se lo tiró encima de la cama—. Vamos vístete.

—¿Qué?

¡Aquello no podía ser cierto!

—Vamos Jennifer, ya me has oído —volvió a decir insistente.

—¿Por qué supones que voy a hacerlo? —Preguntó con rabia.

—Ya hablaremos en casa, apresúrate.

Era increíble.

¿Cómo podía tener la cara dura de presentarse en la casa de su amiga y con la intención de llevarla consigo?

¿Quizás se creía con el derecho a hacerlo?

Pues ya se encargaría ella de demostrarle lo contrario.

¡Vaya que lo haría!

Y entonces, una Jenny igual de decidida, se levantó de la cama, olvidándose del frío y de la vestimenta inadecuada que llevaba, y abrió la puerta.

Invitándole a que se fuera.

—No iré, por favor márchate.

—No me iré sin ti. —Fue su escueta respuesta mientras avanzaba hasta la puerta y volvía a cerrarla.

Y ahí es cuando Jenny, ante la proximidad de su esposo, se alejó rápidamente.

No quería tenerlo cerca.

—No puedes obligarme.

—Soy tu marido...

—No por mucho tiempo —le cortó enfrentándose a su mirada. Dejando en evidencia que hablaba muy en serio.

—Vamos Jennifer, volvamos a casa. Allí lo aclararemos todo.

—¿Aclarar? ¿Qué es lo que hay que aclarar Jim? Me forzaste y casi me violas —escupió echando fuego por sus ojos—. ¿Qué se supones que tengo que aclarar contigo? Ya he tomado una decisión. Voy a hablar con el Obispo y quisiera que estuvieras de acuerdo.

Jim se puso pálido de repente.

—No lo permitiré. Mis hijos te necesitan y hasta Sandy te quiere como si fueras su madre. Como verás es más que suficiente y jamás nos abandonarás. No puedes hacerlo.

—No estés tan seguro, además, sería incapaz de vivir contigo bajo el mismo techo. No. No después de lo que me hiciste.

—Te pido perdón, no sé lo que me pasó pero no has de preocuparte, jamás volverá a suceder. Te lo prometo.

—Tus palabras no me sirven, el daño está hecho y duele más de lo que imaginas.

—¿Acaso crees que a mí no? —Terminó preguntando desesperado—. Nunca podré perdonarme el comportamiento atroz que tuve hacia ti. Nunca. Pero por favor no me abandones. —Finalizó con una súplica desgarradora.

Pero ya era tarde.

—Vete por favor —y le dio la espalda—. No quiero seguir hablando contigo. Ya recibirás noticias mías.

—Por favor...

—Mi decisión está tomada Jim, y si hace falta iré a un médico para que me revise y autentifique mi virginidad. Tengo la ley de mi parte para anular este matrimonio y lo haré.

Jim se vio acorralado ante tremenda verdad. Y supo que no la haría cambiar de parecer.

Entonces cambió de táctica.

—No estés tan segura.

Su expresión ya no era la de un hombre arrepentido sino todo lo contrario, dejando a Jenny desconcertada por un momento.

—¿Qué tratas de decirme?

—No quería llegar a esto pero tú me has obligado. Si para retenerte junto a mí tengo que terminar lo que ayer empecé, lo haré.

—¡¿Qué?!

—Lo siento pero no puedo perderte.

—¿Cómo te atreves a decirme esto después de lo que pasó?

Y perdió el control sobre sí misma, echando a correr hacia él, llena de furia, para golpearlo con todas sus fuerzas. Luchando contra los brazos de su todavía esposo que intentaban retenerla.

—Maldito seas... Maldito seas —gritaba con lágrimas de auténtica rabia mientras que seguía golpeándolo donde buenamente podía—. Me las pagarás. Te juro que si llegas a hacerlo te haré la vida imposible.

—Pues no me obligues a hacer lo que no quiero, en serio Jennifer, acompáñame a casa. Es tan sencillo como eso.

—No iré.

—Claro que lo harás, aunque para ello tenga que llevarte a rastras.

—No te atreverás.

—Si no me queda otro remedio y no entras en razón no me dejarás otra alternativa.

—¿Es que ni siquiera te queda un poco de dignidad? Dejémoslo así. No te reclamaré nada. Es muy simple. Tú por tú parte y yo por la mía.

—Lo siento pero no te puedo dejar marchar, no lo soportaría.

La emoción en lo que acababa de confesar a Jenny no le valió. Y no lo hizo porque llegaba demasiado tarde.

Y ya no había vuelta atrás.

No. De ninguna manera. Soltando por su boca:

—En cambio yo sí puedo soportar el tener que verte cada día, eres un egoísta, y no, no me iré contigo ni ahora ni nunca.

Jim la miró con la determinación de saber lo que quería. No le importaban sus palabras. Lo único que a él le importaba era llevarla hasta el que seguía siendo su hogar.

Nada más.

Así que, sintiéndolo mucho, y haciendo caso omiso a las palabras de su hermano, terminó anunciando:

—Está bien, tú lo has querido.

Al escuchar tal amenaza pensó, equivocadamente, que no se atrevería a hacerlo.

Se equivocó. Viéndole acercarse con aquella expresión de un hombre confundido pero que llevaría a cabo su amenaza. Entonces la muchacha trató de huir en dirección a la puerta... solo que él, en dos zancadas, se acercó veloz como un rayo, haciéndoselo imposible.

—¿Qué es lo que vas a hacer? Ni se te ocurra ponerme la mano encima, ¿no me oyes? Por el amor de Dios Jim...—Gritó como una loca sin que le sirviera de absolutamente nada ya que él continuaba acercándose con la idea de llevarla de vuelta a casa y aunque fuera a rastras— ¡Juro que te haré la vida imposible! —Juraba de manera impotente tragándose las lágrimas que amenazaban con desbordarse de un momento a otro, maldiciéndole en un clamoroso intento de que recapacitara mientras que era acorralada, literalmente, entre su cuerpo y la pared.

No tenía escapatoria.

—Si continuas con esta locura desearás no haberme conocido nunca. ¿Es que no ves lo que estás haciendo? Por el amor de Dios...

Ninguna palabra de las que le dedicó sirvió para hacer entrar en razón a aquel hombre testarudo. Nada. Parecía inmune a cualquier tipo de palabra o

de reacción.

Y ella, bajo ningún concepto, estaba dispuesta a ponérselo nada fácil.

—Jim. Jim. Vete por favor. ¿No ves que con tu comportamiento no harás más que estropearlo todavía más?

Pero Jim parecía no escucharla. Mirándola fijamente para a continuación, sin molestarse ni en contestar, y sin ningún tipo de esfuerzo, agarrarla a la fuerza y cargarla sobre los hombros.

Seguidamente abandonó la habitación, escuchándose los improperios, nada agradables, que salían por la boca de una mujer que no paraba de patear pero que le era imposible luchar contra él.

—Cuando arregles la puerta pásame la factura. —Se limitó a decir cruzándose con Laura.

—No estás en tu sano juicio, éstas no son formas de arreglarlo.

—Buenos días Laura.

Fue lo único que dijo a modo de respuesta.

Y sin más salió de la casa con Jenny cargada sobre sus hombros como si fuera un simple saco de patatas, mientras que la pobre muchacha, con una furia incontrolada, no hacía otra cosa que maldecir y patear contra la fuerza de él todo el rato. Y de forma incansable.

Viéndose en clara desventaja.

Una vez que estuvo fuera la dejó sobre la grupa del animal, y antes de que a ella se le ocurriera bajarse, él hizo lo mismo tapándola con una manta para que no cogiese frío.

Y así, ante la situación tan comprometedoras debido al continuo roce de sus cuerpos, emprendieron el camino de vuelta a casa.

No se dirigieron la palabra en ningún instante... Y a ella le dolían todos y cada uno de los músculos debido en la gran mayoría a su tozudez de permanecer con la espalda bien recta para estar lo más alejada de él...

¡Aunque fuera imposible!

La rabia que sentía era tanta que ni siquiera pensaba con claridad.

No tardaron en llegar.

Jim dejó las bridas y Jenny aprovechó para saltar puesto que no soportaba aquel contacto.

Y terminó de bruces contra el suelo.

—Ni te atrevas a tocarme —dijo al ver su intención de ayudarla.

Se levantó como buenamente pudo y echó a correr hacia el interior de la cabaña helada de frío.

“Bueno, pues ya estaban en casa... —pensó un Jim que, aunque se arrepentía de haberla traído en aquellas condiciones, sabía de antemano que no le había quedado otro remedio. Y se preguntó atormentado mientras que llevaba el caballo hasta el establo—: ¿Qué se suponía que iba a hacer él ahora?”

Jennifer nunca podría perdonarle sus actos, y no podía culparla, aun así...

¿Cómo iba a dejar que se marchara?

Simplemente no podía.

Y tuvo el convencimiento de que trataría de esmerarse para recompensarla por el daño ocasionado. Aunque lo que todavía no sabía era el cómo. Y mucho menos después su actuación puesto que a partir de ahora no sería muy amistosa que digamos.

¡Estaba convencido!

¿Es que iban a hacerse daño eternamente?

Por lo visto si...

Entró en la casa, cabizbajo, sin saber muy bien qué decir, y se la encontró con una taza de café humeante entre las manos. Observando que se había puesto la bata. Con un nudo bien fuerte y atado para que no se pudiese apreciar ni un solo pedacito de su cuerpo.

Sus miradas se cruzaron por un momento... la de él era de auténtico arrepentimiento, y la de ella, en cambio, transmitía desafío, rabia, venganza y enfado.

Una explosión de sentimientos que Jim supo ver a través de esa mirada desafiante que le dedicaba en extremo.

Sintiéndose una verdadera mierda...

Y quiso abrir la boca para decirle que lo sentía pero ni siquiera le dio tiempo a decir nada, puesto que Jenny se dio la vuelta para marcharse, dejando bien claras cuáles eran sus prioridades.

Y si él llegó a pensar que lo que le dijo en casa de Laura era mentira no sabía lo equivocado que estaba.

Dispuesta a hacer como que él no existía.

—Jennifer...

Se paró en el tercer escalón al escucharle pero no se dio la vuelta.

Permaneciendo derecha como un palo de escoba.

—No sé por dónde empezar —titubeó confuso llevándose la mano al pelo nervioso—. Sé que no merezco ni que me mires a los ojos, pero necesito decirte que siento mucho lo que ha sucedido. No sé cómo fui capaz y sé que no tengo derecho a justificarme.

Nada.

Ella seguía de espaldas con la mirada al frente.

Fría como las piedras.

—Lo único que puedo hacer es pedirte perdón. No volverá suceder. Te lo juro.

Como si aquello le sirviera de algo...

—Jennifer por favor, perdóname. Al menos luchemos por estar como antes. ¿Te parece bien?

Jenny apretó los puños con rabia.

—¿No vas a decir nada?

Entonces explotó:

—Pues claro que voy a decirte algo. —Y se giró con tal rapidez que varias horquillas cayeron sobre el suelo—. Quiero que sepas que tus palabras no sirven de nada. Nunca nadie me ha hecho sufrir tanto como lo has hecho tú, y desde luego un simple perdón no me vale para nada, ahora bien, tú me has traído en estas condiciones, a la fuerza, pues te lo vuelvo a decir. Atente a las consecuencias porque esto no ha hecho más que comenzar. Esta será mi urna de cristal pero te aseguro que no te lo voy a poner nada fácil. Nada. Y quiero dejar una cosa clara, a partir de ahora para mí has muerto así que te agradecería que no volvieras a dirigirme ni media palabra. Espero que te quede lo suficientemente claro pues no te lo volveré a repetir. ¡Ah! Y por tus hijos no te preocupes, ellos y Michael seguirán atendidos como hasta ahora lo he hecho. Y ahora que tu hermano ya sabe en las circunstancias que vivimos, ya puedes ir ahorrándote subir hasta la alcoba para después marcharte por la ventana. Si me disculpas tengo mucho que hacer y no puedo estar perdiendo el tiempo.

Cogió, se dio la vuelta, y se marchó dejando al pobre Jim como un auténtico niño desvalido a punto de echarse a llorar.

No lo hizo claro.

Una vez que asimiló todas y cada una de las duras palabras, él también se marchó solo que dando golpes a lo que se iba encontrando en el camino.

Y Michael, que en esos momentos llegaba en su caballo, se acercó y se

temió lo peor.

—¿Cómo te ha ido? —le preguntó ansioso esperando cualquier tipo de respuesta.

—La he traído de vuelta a casa.

—¿Y?

—Tú mismo lo verás. —Y añadió—: Vamos, baja del caballo, tengo que ir al pueblo. Necesito un trago y olvidar.

Sus sospechas fueron confirmadas.

—O sea que la has traído por las malas —dedujo él mismo—. Sube. Te acompañaré.

Desde luego que a partir de ese día hubo un antes y un después...

Pasaron las semanas y ya nada fue igual entre ellos.

Jenny seguía ocupándose de la casa y de los niños; y Jimmy junto con su hermano, apuraban la construcción de la nueva casa que casi estaba acabada.

Las contadas ocasiones en las que coincidían, siempre estaban acompañados, como era a la hora de la comida y claro está, Jenny no sólo no le dirigía la palabra sino que además ni lo miraba.

Tal y como muy bien le dijo para ella estaba muerto y así actuaba.

¡La situación no era fácil para ninguno!

Michael se devanaba los sesos para acercar posturas... pero resultaba completamente imposible. Jenny no le dejaba. Pero él continuaba en su afán de conseguirlo sin ningún resultado a la vista. Porque si por ejemplo, después de cenar se quedaba para tomar un café con ella y con su hermano, Jenny salía disparada en el instante en que lo veía.

No había manera de hacerlos coincidir cuando no estaban los niños, y las cosas parecían ir a peor.

Al principio Jim quiso beber menos. Procuró complacerla porque sentía

que se lo debía después de lo ocurrido. Pero claro, con la situación en la que estaban, cada día se le hacía más y más difícil...

Una mañana entró en la cocina, cargado de leña, y se la encontró de frente. Observando que no tardaba nada en volverse para alejarse de él.

¡Parecía que tenía la peste!

—Espera —le dijo melancólico—. No hace falta que te vayas, ya me voy yo.

Dejó la leña al lado de la chimenea y la miró.

Ella seguía de espaldas.

—Me gustaba más cuando discutíamos, al menos para ti existía.

Nada.

—Nunca me cansaré de pedirte perdón y quiero que sepas que jamás hubiese llegado hasta el final, jamás.

Nada.

—Por favor hágame, nada me atormenta tanto que tu silencio.

Nada.

Y no pudo más.

—Jennifer. —La llamó acercándose a ella.

Nada.

Entonces no pudo evitar agarrarla de los hombros para que se diera la vuelta.

Y sin que tuviese una mínima idea de cuál iba a ser la reacción de ella.

—¡No me toques! —gritó dirigiéndole la palabra después de muchas semanas y apartándose de él—. Te advertí que habría consecuencias y aquí las tienes.

—No puedo más, ¿qué quieres que haga? Me arrepiento de lo que te hice, jamás me he arrepentido tanto.

Silencio.

—¿Acaso no te importa nada mi arrepentimiento?

—No me das pena si es eso lo que buscas, y ahora, si no te importa, déjame tranquila.

—Como quieras.

Y así fue como un Jim totalmente hundido fue en busca de su única válvula de escape.

¡La bebida!

—No puedo más Michael, esta situación es insostenible.

—Creo que es lo que ella quiere.

—No puede ser. Sé que le he hecho daño pero no me creo que no sienta nada por mí.

—¿Y por qué iba a hacerlo? Estaba enamorada de ti. Hubiese hecho cualquier cosa, ¿y tú como se lo pagas? Primero la ignoras como esposa... después hay un acercamiento porque te das cuenta que es imposible no desearla... y todavía así tienes los santos cojones de decirle que te arrepientes... y cuando es ella la que te dice que no vuelvas a tocarla vas tú y casi la violas... no contento la traes a la fuerza en un intento de demostrar tu hombría... y pretendes que todo sea como antes. Créeme hermanito, tú solo te has metido en este lio y nos has arrastrado a los demás.

—¿Qué puedo hacer?

—No me lo puedo creer —rio incrédulo—, ¿me estás pidiendo consejo? ¿Tú a mí?

—Haz el favor de no reírte. No estoy para bromas.

—Vale, ¿de verdad quieres mi consejo?

—Sí.

—Pues es muy simple. Haz que se vuelva a enamorar de ti.

—¿Estás loco! —¿Acaso se estaba riendo de él? Porque era lo que parecía—. Y ¿cómo quieres que haga eso?

—Muy sencillo. Cortéjala.

—¿Qué? —Ahora sí que se había vuelto loco.

—Demuéstrale que puede confiar en ti, que realmente te importa.

—¿Y cómo hago eso si ni siquiera me habla?

—Nadie ha dicho que fuera fácil. Haz por ella lo que nadie nunca hizo, hazla sentir una mujer.

—Todavía tengo que luchar con los fantasmas del pasado, no es tan fácil.

—Haberlo pensado antes. El día que os pille comiéndooos a besos no creo que fuese Jenny la culpable, además, si realmente te casabas por lo que dijiste, haberte casado con una mujer fea.

—¿Qué insinúas?

—Lo que tú ya sabes. Ya es hora de que te enfrentes a tus miedos. Te casaste con Jenny porque te gustaba y querías empezar una nueva vida, y hasta que no lo asumas no serás capaz de nada.

—Cállate —gritó.

—¿Y qué si no lo hago?

—He dicho que te calles. —Y lo empujó contra la pared, con tan mala suerte, que al caer se llevó la maceta que había en el suelo.

Jennifer, asustada al escuchar el golpe, salió de la casa. Miró a uno y a otro y dijo:

—¿Qué es lo que pasa aquí?

—Nada que te importe.

—A ti no te lo he preguntado —le cortó—. ¿Michael?

—No te preocupes, no es nada.

—Michael, si te has peleado por mí, olvídalo. No quiero que vuelva a suceder. Lo hecho, hecho está y no merece la pena nada de todo esto, ¿entendido?

—Siento decirlo pero, ¿sabes? Tienes toda la razón. —Y mirando a su hermano le soltó—: Ahí te quedas, completamente solo.

Dio media vuelta y se marchó.

Desde luego que la cara que se le quedó era un poema.

—Jennifer —suplicó—. Por favor.

—Es esto lo que querías Jim, que me ocupara de la casa y de tus hijos, nada más. Deberías de alegrar esa cara porque al final lo has conseguido.

Y dio media vuelta.

—Jenny...

Aquello fue la gota que colmó el vaso.

—Nunca me vuelvas a llamar así, ¿me oyes? Para ti soy Jennifer, no, mejor, haz como si no existiera que es lo que yo hago contigo.

“—Cómo dolían cada una de sus palabras, ¡oh Dios! Con lo que tuve que sufrir con lo de Karen y ahora esto”.

Y él ya no podía más.

¡De veras que no!

—No me importa —gritó fuera de sí—. Iros. Dejarme solo. Cometí un error, ¿y qué? Al menos lo reconozco y si lo que queréis es hundirme enhorabuena porque desde luego que lo vais a conseguir. ¡Ah! Y no os preocupéis por mí, de ahora en adelante no me veréis el pelo. Así todos estaréis contentos.

Subió desesperado a su caballo y gritó mientras lo espoleaba:

—Maldigo el día que se me ocurrió tocarte. Sabía que volvería a sufrir y no me equivoqué. Jamás debí escuchar a mi corazón. Jamás.

Jennifer escuchó esta revelación entre lágrimas.

¿Acaso significaba que sí que le importaba como esposa?

Y cambió de parecer.

Nunca debió cuestionar su hombría diciéndole que no la volvería a tocar. Nunca. Si no hubiese dicho tales palabras, él no habría perdido la cabeza como lo hizo, y nada de esto estaría pasando.

—¿Estás bien?

—No Michael. No estoy bien, ¿no habremos sido demasiado duros con él?

—Hazme caso, solo así se dará cuenta de las cosas.

—Pero, ¿has oído lo que ha dicho? —preguntó desesperada—. Ha dicho que nunca debió hacer caso a su corazón, ¿sabes lo que significa eso? ¡Por Dios santo!

—No te atormentes, deja que todo vuelva a lo de antes, has hecho lo que tenías que hacer.

—¿Y si le pasa algo? ¿Has visto cómo se ha ido?

—Ven aquí —Y la abrazó para consolarla.

—Si le pasara algo no me lo perdonaría en la vida.

—Eso no pasara, anda —dijo secándole las lágrimas—, si te quedas más tranquila iré al pueblo para vigilarle.

—Gracias, no sabes cómo te lo agradezco.

Pero cuando llegó la hora de comer Michael regresó con malas noticias. No tenía ni idea de dónde podía estar.

Llegó la noche y siguieron igual, ni rastro de él, era como si se lo hubiese tragado la tierra.

Y ante la envergadura de la situación decidieron engañar a los niños diciéndoles que su padre se había marchado a la ciudad, y que no sabían lo que tardaría.

Y así, con esta incertidumbre, y ese pesar, pasaron varios días...

SEGUNDA PARTE

TODOS LOS DÍAS

CAPTULO VIII

—No me apetece ir, ¿tú crees que estoy para fiestas cuando ni siquiera sé dónde está mi marido? —protestaba Jenny sin parar—. Ya han pasado dos semanas, y si no fuera por el telegrama que mandó, ni siquiera sabríamos si está vivo o muerto.

—No voy a dejarte aquí sola. Los niños están como locos por ir y tú vendrás con nosotros.

—No quiero habladurías en el pueblo, ya tenemos bastante con lo que tenemos —volvió a protestar.

—No seas tonta, lo de que ha ido a la ciudad para empezar a tantear la compra de la recolecta del algodón ha dado resultado. Aquí nadie lo había sembrado nunca, con lo cual no es de extrañar que Jim tarde tanto en volver. Debe asegurarse de que está todo bien atado.

—Michael —dijo mirándole con aquella pena infinita que se agrandaba día a día—. ¿Cuándo va a volver?

—No lo sé. —Cada vez se le hacía más difícil consolarla—, pero lo hará, ya lo verás.

—Le echo tanto de menos —confesó entre lágrimas.

Michael sonrió.

—Eso es bueno querida, muy bueno.

Y Jenny añadió:

—Aquí, en esta casa, he sido muy desdichada. Es muy duro vivir con alguien a quien amas y no ser correspondida, pero, ¿sabes qué? Al menos lo tenía cerca.

—Volverá, no solo por sus hijos, sino también por ti. Estoy seguro.

—No te creo.

—Sí, sí que me crees, y cuando lo haga estará en vuestras manos la solución de este embrollo.

—No es tan fácil.

—Nadie ha dicho que lo sea —le respondió Michael antes de sonreír para decir seguidamente—: y ahora ve a vestirte, ponte guapa que quiero presumir de cuñada. Te mereces pasártelo bien y olvidarte por un rato, que es

lo que vamos a hacer esta noche, ¿de acuerdo?

—Está bien —rio—, tú ganas.

La fiesta de primavera siempre se esperaba con mucha ilusión. Era el único entretenimiento que había tanto para mayores como para pequeños en el año, así que no era de extrañar que todos se pusieran los trajes nuevos y adornasen cada una de las calles con tanto esmero.

Cuando los cuatro llegaron en la carreta, el pueblo entero estaba ya en la calle. Y Emma, al verlos, fue a por los niños y se los llevó para que participasen en los juegos que estaban a punto de empezar, mientras que Jenny y Michael se acercaron al grupo en el que se encontraba Laura.

—Esta es Laura, la chica de la que tanto te he hablado.

—Vaya, vaya —dijo desplegando su galantería—. No me habías dicho que era tan guapa.

—Acostúmbrate Laura, siempre es así de encantador.

—¿Y por qué no nos habías presentado antes? —bromeó encantada—, Michael creo que seremos buenos amigos.

—Lo que tú digas encanto, ¿una limonada?

—Id vosotros, voy a ver qué hacen los niños.

Por nada del mundo iba a aguar la fiesta a nadie y aquellos dos bien podrían congeniar y por lo tanto pasarlo de fábula.

Pasaron la mañana jugando a carreras de sacos, a la manzana, a la cuerda... la verdad es que sí que estaba disfrutando viendo reír a los niños. Y más tarde, cuando empezaron los juegos para mayores, ella se retiró para permitir que Michael y Laura fuesen pareja.

Y vaya si se lo pasaron bien. Parecía que iban a hacer mejor migas de lo que imaginaban ya que no se separaron un momento sin parar de reír como chiquillos.

—¿Nos vamos a comer? —Ofreció Laura—. He preparado comida para todos.

—¿Para mí también? —bromeó Michael.

—Por supuesto, estás más que invitado.

—Yo no voy chicos. Comeré con Emma y los niños.

—Ni hablar —contestaron a la vez preocupados—. Necesitas distraerte.

—No me vais a convencer, he venido por los niños y por ellos me voy a quedar. Vosotros disfrutad que es lo que tenéis que hacer.

—¿Estás segura?

—No voy a consentir que os amarguéis por mi culpa, sería demasiado egoísta. Comer juntos y disfrutad de la fiesta.

Michael pareció dudar...

—Está bien, eso sí, iré a casa de Emma cuando empiece el baile. Esta noche no pararás de bailar hasta que yo me canse, ¿entendido?

Y por la manera de mirarla supo que su cuñado no admitiría un no por respuesta.

Diciendo:

—Tú ganas —dijo riendo mientras se iba a casa de Emma.

Comió en la compañía de los alegres niños y de Emma, la cual se esforzaba en agradarla siempre. Una vez que terminaron se ofreció a ayudarla y de paso hizo café mientras recogían entre las dos. E inevitablemente Jennifer pensó, una vez más, en lo diferente que sería todo si su esposo estuviese allí junto a ella.

¿Quién sabe?

Puede que incluso pudieran dejarse llevar y bailar un baile, juntos... ¿no?

Y aquellos pensamientos hicieron mella en una pobre muchacha que no podía más. Viniéndose abajo de pronto, e inventándose una excusa porque por nada del mundo preocuparía a Emma.

—Creo que me voy a acostar un rato Emma. Me duele un poco la cabeza —quiso justificarse.

La mujer mayor la miró con un gesto de comprensión y le contestó:

—Sí. Será lo mejor. Ya verás cómo esta noche te encuentras mejor y puedes disfrutar del baile.

La mirada triste y melancólica de Jenny habló por sí sola.

Y terminó refugiándose en una de las habitaciones que la mujer le dijo para llorar y desahogarse sin que la vieran.

¡No quería que nadie se diera cuenta de lo que realmente estaba

sufriendo!

Era tan desdichada... la primera fiesta de primavera casada y se sentía más sola y triste que nunca.

¿Qué se le iba a hacer?

Y el nudo que tenía se hacía cada vez más grande, tanto que incluso le costaba respirar. Entonces Emma, que sí que se había dado cuenta de la situación, sacó a los niños de allí y fue en busca de Michael.

Que fue quien se la encontró tirada en el suelo hecha un ovillo.

—Por Dios Jenny, ¿para esto querías estar sola?

La cogió en brazos y se sentó en una silla mientras la mecía como a una niña.

—Ya pasó cielo, sabes que no estás sola. Me tienes a mí.

Las palabras no la consolaban, al revés, cada vez lloraba con más fuerza.

—Para ya por favor, no puedo verte así. No lo soporto. Te quiero demasiado.

—No puedo evitarlo —balbuceó—. No hago más que pensar dónde estará, ¿por qué me hace esto? No puedo más.

—Dale tiempo. Sé cómo es y nunca podrá perdonarse el daño que te causó, además, cuando te trajo a la fuerza nunca esperó que lo aislaras como lo hiciste. Jenny, aquello fue demasiado para él, por eso huyó.

—¿Sabes lo más gracioso?

—Dime preciosa.

—Ese día fue maravilloso para mí.

—¿Qué? —preguntó horrorizado.

—Llámame loca si quieres, pero jamás podré olvidar lo que me hizo sentir entre sus brazos, con eso es con lo que me quedo.

—No me lo recuerdes, y voy yo y lo estropeo todo.

—¿Y tú que sabías? Aunque si hubieses tardado un poco...

—Pero bueno —rio pícaro—. Que eres mi cuñada, ahórrate los detalles.

—Bobo, no iba a darte ningún detalle.

—Ya lo sé, pero acabo de sacarte una sonrisa que por ahora es lo que me importa, bueno, eso y volver al lado de Laura. La tengo en el bote.

—Schttt... ni se te ocurra hacerle daño.

—Oye, oye, que no parece ninguna santa.

—Pues tienes razón, quizás seas tú el que tenga que tener cuidado —rio—. Anda rompecorazones, llévame a ese baile. Te prometo que haré lo

posible para pasármelo bien.

—Eso sí que me gusta, anda, lávate esa cara tan bonita que tienes y marchémonos de una vez.

—Te quiero Michael, no sé qué haría si no te tuviese aquí. —Y lo abrazó. Después salió corriendo para arreglarse un poco.

Aunque hizo lo posible por pasárselo bien, y aunque bailó varias veces con su cuñado y alguno que otro del pueblo, su mente estaba muy lejos de allí.

Ver a todas aquellas parejas tan acarameladas no ayudaba mucho, la verdad...

Más avanzada la noche Emma se llevó a los niños a su casa para dormir pues al día siguiente no había escuela. Y es que los niños, sobre todo la pequeña, estaban deseando quedarse, así que tanto a Jennifer como a Michael les pareció bien.

El baile continuó. Los niños y los mayores se habían retirado hacía rato y los que quedaban bailaban sin parar.

Menos Jenny. Que estaba sentada mientras miraba a unos y otros deseando no estar allí pero, ¿qué iba a hacer?

Por nada del mundo le diría a su cuñado que la llevase a casa.

Y allí seguía, viendo como todos se divertían... y sin que se diera cuenta de que alguien, no muy lejos, no dejaba de mirarla.

—¿Bailas?

“—¿Es que no se dan cuenta que lo que quiero es que me dejen tranquila? —pensó contrariada”.

—No gracias.

—Una muchacha tan guapa no debería estar sentada.

—No insistas, de verdad que no me apetece. —Por Dios esto es lo último que le faltaba. Uno de los tantos muchachos que le habían pedido bailar pero además borracho.

—Venga guapa, solo un baile, además, no veo por aquí a tu esposo.

Nadie parecía darse cuenta de lo que pasaba. Nadie excepto un hombre

un tanto desaliñado y con barba que se abría paso entre la multitud a grandes zancadas.

¡Su cara mostraba un gran enfado!

—No insistas, de verdad.

—Muñeca vamos que te gustará.

Y entonces sucedió...

Todo pasó demasiado rápido, y antes de que el muchacho lograra tocarla, el hombre de la barba se interpuso entre ambos mirándole con una cara enfurecida y que daba miedo.

—¿Estás molestando a la Señora? Porque si es así tendrás que vértelas conmigo.

—No Jim. No la estaba molestando, yo...lo siento.

Y vaya si se fue, salió corriendo sin mirar atrás.

Jim se dio la vuelta y la miró envolviéndola con unos ojos preocupados mientras que ella seguía sentada sin todavía creerse lo que veía.

¿Realmente estaba allí?

—Hola Jennifer —susurró su esposo mientras se agachaba—. ¿Puedo ayudarte?

Le tendió la mano y sin dejar de mirarse la ayudó a levantarse.

—Jim...

—¿Estás bien? —preguntó preocupado.

Jenny se limitó a asentir.

Estaba tan sorprendida de verle que de pronto se había quedado sin palabras... ahora, lo único que le importaba era seguir mirándolo.

¡No se creía lo que veía!

—¿Y los niños?

—En casa de Emma.

—¿Y tú que haces aquí? —No quiso que sonase a reproche pero fue lo que ella interpretó.

—Michael ha insistido y yo...

—No, no —Y se acercó para que volviese a mirarlo—, no te estoy pidiendo explicaciones. Sería injusto después de cómo me marché.

—Jim...

—¿Sí?

Las miradas de ambos se cruzaban con esperanza y temor a la vez.

—Han pasado muchos días. Estábamos muy preocupados —reconoció temblando a causa de las sensaciones que sentía al verle.

—¡Qué bien suena eso! Creí que jamás volverías a preocuparte por mí.

—Nunca podría dejar de hacerlo. —Y bajó la mirada ruborizada.

La música se escuchaba de fondo y era como si todo lo demás no existiera aparte de ellos. Y en esos momentos, y después de lo sucedido, a Jim sólo le apetecía hacer algo.

Así que reuniendo el valor necesario preguntó:

—¿Quieres bailar conmigo?

A Jenny se le erizó el vello de la nuca ante semejante pregunta.

¿Realmente estaba sucediendo o era un simple sueño?

—¿Qué?

Preguntó en un tono dubitativo.

—No es tan raro que un marido quiera bailar con su mujer, aunque sea después de casi un año, ¿no? —Bromeó Jim con una voz embriagadora que a la otra parte le afectó considerablemente.

Y mientras, Jenny parecía encontrarse en el mismo cielo ante tantas atenciones desconocidas... y por parte del hombre que lo era todo para ella.

Atreviéndose a decir:

—Por favor —suplicó un tanto apurada—. Pídemelo otra vez.

A Jim se le derritió el corazón.

¿Cómo era posible que después de su comportamiento y de su marcha ella pudiera actuar así?

Desde luego era única... y por supuesto que estaba dispuesto a cumplir cada una de las peticiones que le hiciera esa noche.

Se lo debía.

—Nada me gustaría más. Será un placer hacerlo... —Y avanzó un paso, agachó un poco su cabeza, y terminó susurrándole al oído—. ¿Quieres bailar conmigo?

Evidentemente a Jenny se le volvió a erizar el pelo de la nuca. Sintiendo, además, un revoloteo maravilloso de mariposas en su interior.

Y le contestó con un:

—Sí. Sí quiero.

Jim entonces no perdió el tiempo. La cogió de la mano e hizo del simple contacto una explosión de sentidos. Llevándola hasta donde estaban las demás parejas envuelta en unas sensaciones deliciosas.

Michael, que en esos momentos bailaba (otra vez) con Laura, no tardó en verlos y no daba crédito a lo que estaba viendo. Riendo sorprendido al ver sus caras.

Y comprendiendo que lo que querían era que nadie los interrumpiera, simplemente dio media vuelta y se perdió con Laura como si no los hubiese visto.

¡Ya era hora de que su hermano entrase en razón!

Mientras Jim la agarró de la cintura y suavemente la acercó a su cuerpo, acoplándose al ritmo de la música. Entonces, sintiéndola así de cerca aprovechó para cerrar los ojos y saborear aquel delicioso momento. Seguidamente bajó la cara oliendo sus bonitos cabellos.

—¡Que bien hueles!

—Agua de rosas, ¿te acuerdas? —rio.

—No sabes lo que he echado de menos tu sonrisa — le dijo de repente poniéndose serio—. Nunca debí marcharme así, nunca.

—Ahora no Jim —suplicó—. Por favor no hablemos de lo que pasó, no estropeemos este momento.

—Tú mandas, además, es nuestro primer baile. Nos merecemos disfrutarlo.

Y la acercó todavía un poquito más haciendo que a Jenny le bailase el estómago con, ahora, cien mil mariposas.

—Te has dejado barba.

—¿Te gusta?

—No mucho, pareces mayor.

—¿Ah sí? —bromeó—. Mañana me la quitaré si es lo que quieres.

—Eso y darte un baño. Sabes que lo necesitas, ¿verdad?

—Lo siento, he cabalgado durante todo el día. Si quieres podemos tomar algo.

—Ni se te ocurra soltarme. —Y aún con las mejillas como la grana no apartó la mirada mientras le decía—: Estás aquí por fin y hasta que no termine esta canción nada nos separará.

—¿Es una orden? —rio.

—Tómatelo como quieras.

—¿Puedo hacer algo? —le escuchó a continuación.

Y antes de dejarla contestar la miró intensamente, bajando muy despacio hasta su mejilla, y entonces le dio un beso.

—Me haces cosquillas.

—¿Te gusta?

—Sí.

—Al final te gusta mi barba, ¿eh? —Jim volvió a bajar solo que esta

vez el beso fue dirigido al cuello—. ¿Sigues pensando que me afeite?

—¡Oh Jim! —Después del calvario que había pasado durante tantos días, y ahora parecía como si su esposo se hubiese convertido en otro hombre que la estaba haciendo perder el sentido con tanto placer y tanta atención.

¿En verdad el Jim de siempre había vuelto sin ningún fantasma del pasado?

Y pidió que ojalá se parara el tiempo en ese instante.

—Dime lo que piensas pequeña —le dijo su esposo tras ver las dudas que reflejaban su cara.

—Es que...

No pudo continuar.

—Jennifer —susurró preocupado al sentir sus lágrimas. Doliéndole excesivamente—. ¿Por qué lloras?

—Aún no me creo que estés aquí.

La música en ese instante dejó de sonar pero Jim no la soltó, la cogió de ambas manos y no pudo dejar de mirarla.

¡Era tan bonita!

—¿Y te alegras? —preguntó con el corazón en un puño.

—Sí, sabes que estaba preocupada.

—¿Sólo por eso?

—No —confesó apartando la mirada nerviosa.

—¡Ah no! ¡Nada de eso! —La cogió de la barbilla y la sujetó para que volviese a mirarle—. Dímelo. Necesito saberlo.

—Te he echado de menos —confesó.

—¿Cuánto?

“Oh Dios que bien sonaban sus palabras...”

—¿Estás jugando conmigo? —Le regañó divertida—. Quizás la pregunta sea, ¿me has echado de menos tú a mí?

La pregunta quedó en el aire ya que varios hombres, al reconocerle, fueron a saludarle. Y muy a pesar de los dos los separaron, llevándole hasta la mesa de las bebidas.

Y así, entre una ronda y otra terminó el baile.

Para su disgusto no volvió a verle...

Todas las mujeres se marcharon para preparar cacao y unos bocadillos

mientras que ellos seguían bebiendo y bromeando.

Y ella, como no podía ser de otra manera, también fue objeto de bastantes bromas debido a su cambio de humor.

—Que contenta se te ve, cómo se nota que ha llegado tu marido — bromeó una de ellas.

—Y justo en el baile, qué bonito.

—Estarás deseando quedaros a solas, ¿eh?

—Vais a hacer que me ruborice, ya está bien chicas.

Y todas rieron.

—Mirad, ya empiezan a llegar, vayamos sirviendo el cacao.

“—Que bella estaba —pensó Jim—. Cuando hace unas horas llegó y la vio sentada allí, sola, su arrepentimiento fue aún mayor. Se la veía triste y muy desdichada. Ahora en cambio, hasta sus ojos brillaban de forma especial. Y aquella sonrisa...qué decir de aquella maravillosa sonrisa...”

¿Y qué es lo que había hecho él para tremendo cambio?

Nada.

Simplemente mostrarle un poco de atención.

¿Cómo era posible que después de lo que había pasado hubiese sido posible aquel acercamiento?

Mañana Dios diría, pero en esos instantes solamente existía su adorable esposa. Nadie sabía lo mucho que la echó de menos.

¡Nadie!

—¿Todo bien?

—Sí.

—Pensaba que estos cabrones no me dejarían nunca, es una pena que haya acabado el baile. ¿No crees?

—Sí, me ha gustado mucho bailar contigo.

—¿De veras? Cuando quieras podemos repetir.

—Me encantaría.

—¿Ah sí? Ven aquí anda. —Y antes de darse cuenta estaba entre sus brazos—. Bailemos aquí.

—¿Estás loco? Todos nos miran.

—¿Y qué? —preguntó dándole una vuelta.

—Me muero de la vergüenza, para.

—Como quieras pero tú te lo pierdes... con lo buen bailarín que soy...

—Esperaré impaciente la próxima vez, ¿quieres uno? —preguntó refiriéndose al cacao.

—Pensé que nunca me lo ibas a pedir.

Y sin más, y ante las sonrisas de unos cuantos, la besó suavemente en los labios.

—¡Oh no! ¿No te referías a esto? —Fingió arrepentido. Cómo le estaba gustando aquel juego tan divertido—. Perdón.

—Eres malo.

—¿Quién yo?

—Si tú —susurró ruborizada pues todavía no se había repuesto—. Como me vean así se reirán de mí.

—No lo consentiré, me pelearé con todos si hace falta —bromeó.

—¿Harías eso por mí? —preguntó siguiéndole el juego.

—Eso y mucho más.

Terminaron las bebidas y recogieron en un momento. La gente empezaba a marcharse.

—Bien, es hora de irse a casa.

—¿Ya? —preguntó con pena.

—Es tarde y mañana vendré temprano a por los niños ¿Y Michael? No le he visto.

—No te lo vas a creer, lleva el día entero con Laura.

—¿Ah sí?

—Si quieres vamos a buscarle.

—No, ya le pedirá un caballo para volver. ¿Lista?

Y le ofreció la mano.

Jennifer dudó.

—No.

—¿No?

Jim la miró preocupado.

—¿Por qué no?

Y Jenny simplemente habló.

—No quiero marcharme —explotó hablando en voz alta—. No quiero volver a casa. No quiero que esta noche se acabe nunca. —Y se volvió agobiada para que los pocos que quedaban no viesen su cara anegada en lágrimas.

—¡Eh preciosa! ¿Qué pasa?

—Lo siento pero necesito un poco de aire.

Cogió el bajo del vestido para no caer y salió corriendo de allí.

Jim, un tanto desconcertado por la reacción que acababa de ver, salió en

su busca apresurado.

—Jennifer —gritó al verla correr—. Por favor para.

Pero en vez de hacerle caso corrió más deprisa.

—Jennifer —volvió a gritar a la vez que echaba a correr tras ella.

Cuando finalmente la alcanzó la sujetó por la cintura. Pero lo que no se esperaba era la reacción que iba a tener.

—Suéltame, suéltame —comenzó a gritar de manera histérica.

Jim actuó rápidamente y la sujetó con fuerza contra él para que no se le escapara. Inmovilizándola.

Y fue entonces cuando empezó a dar patadas para librarse de él.

—¡Schsss! Ya pasó tranquila, tranquila —susurraba en su oído con voz paciente—. No pasa nada, ¿vale?

—Déjame —Lloraba descontrolada.

—No, no lo haré —dijo con firmeza—. Vas a dejar que seque tus lágrimas y después vas a calmarte, ¿vale?

Como no contestaba le dio la vuelta, poniéndola frente a él, y se atormentó al ver su cara. Partiéndosele el alma.

—Jennifer, ¿has entendido lo que te he dicho?

Pero ella no paraba de llorar, en cambio lo que sí hizo fue dejar de luchar, detalle que él aprovechó para acunarla entre sus brazos.

—Ya pasó pequeña, ya pasó... todo esto ha debido de ser muy duro para ti pero ya he vuelto y jamás volveré a marcharme así, ¿vale? ¿Entiendes lo que quiero decirte?

—¿Y por qué he de creerte?

—Porque haría lo que fuese para no volver a verte así. No lo soporto. —Pasó las manos por su cara y le limpió las lágrimas—. ¿Qué ha pasado? ¿Quieres contármelo?

—He tenido un día horrible, ¿sabes? Un día... una semana... un mes... un año...

—Creo que no debemos mantener esta conversación. —Se pronunció —, ahora no, tú misma lo dijiste hace un rato.

—Vamos Jim, ¿a quién queremos engañar? Cuando te he visto casi enloquezco pero, ¿por cuánto tiempo? Si no es hoy será mañana y si no pasado, pero lo hecho, hecho está y tus atenciones hoy me hacen olvidar lo malo pero, ¿y mañana? Lo siento Jim no me puedo permitir este lujo, no puedes llegar aquí y comportarte como si nada hubiese ocurrido, ya no Jim, ya es tarde.

—No, no lo es y tú sabes que tengo razón.

—Te equivocas Jim.

—Tu mirada al verme lo decía todo. Hasta tú me has dicho que me echabas de menos.

—Pero sólo porque eres uno más en la familia.

—Mientes. No soy uno más. Uno más no hubiese hecho que toda tu cara cambiase al verme... uno más no conseguiría que te ruborizaras cuando te he besado... uno más...

—Calla.

—Uno más no te haría sentir lo que estoy convencido que sentías cuando estábamos bailando... cuando te tenía pegada a mí... cuando te he besado... cuando...

—Por favor, por favor —suplicó.

—Y si fuese uno mas no dejarías que te volviera a besar... que es lo que voy a hacer en estos momentos.

Bajó hasta sus labios y la volvió a besar con ternura. Después la abrazó fuerte.

—Estoy aquí preciosa, ahora es lo único que importa, ¿vale?

—Vale —Y lo abrazó a su vez. Rindiéndose.

—¿Confías en mí?

—No lo sé.

—Haré que lo hagas, ya lo verás. Vamos te llevaré a casa.

Y así, cogidos de la mano fueron en busca de la carreta.

Durante el camino de vuelta no hablaron nada. Les bastaba con estar uno junto al otro. Y Jim aprovechó el momento para pasarle el brazo por detrás, estrechándola un poco más, y ella en cambio aprovechó para apoyar la cabeza contra su pecho.

Al rato se quedó dormida.

—Hemos llegado dormilona, no te muevas.

Para gran deleite le vio bajar de la carreta y acercarse su lado. Seguidamente la cogió en brazos.

—Déjame llevarte hasta dentro.

—Estoy bien, puedo hacerlo yo.

—Quiero hacerlo.

Cruzó el umbral de la puerta y antes de bajarla dijo:

—Así debiste entrar el día de nuestra boda. —Echó una ojeada al interior de la casa y exclamó—: Hogar, dulce hogar.

—¿Quieres que te prepare algo?

Ahora que estaban a solas Jenny estaba nerviosa a rabiar. Una cosa era estar en la fiesta y otra muy distinta era estar rodeada de cada uno de los fantasmas del pasado.

—No, no quiero nada. ¿Todo bien?

—No lo sé.

—Ha sido un día muy largo, ¿sabes lo que haremos? Quiero que vayas a tu alcoba y que te acuestes. Yo te prepararé un té.

—¿Me prepararás un té? —preguntó sorprendida.

—Sí, así que sé una niña buena y haz lo que te digo.

Mientras se ponía el camisón, nerviosa, pensaba en el comportamiento de su esposo.

¿Era posible?

Todavía le costaba respirar con normalidad si se acordaba de lo que sintió al verle...

Al tocarle...

Al besarle...

¡Oh cielo santo!

¿Y cuando hace un momento la había cogido en brazos para entrar en casa? SE SENTIA QUERIDA POR SU ESPOSO.

¿Era cierto o es que seguía soñando...?

“Si era un sueño, desde luego que no quería despertar... ¡nunca!”.

Poco después escuchó la puerta. Lo que aprovechó para acostarse rápidamente. Tapándose hasta el cuello.

Jim sonrió al verla.

—¿Tienes frío?

—No.

—Pues lo parece, te dejo esto aquí.

—¿A dónde vas? —La angustia hizo que se incorporara en la cama, provocando que la manta cayera y dejara a la vista el camisón tan bonito que llevaba.

Aunque Jim no se dio ni cuenta. Lo que Jim solamente pudo hacer es ser consciente del miedo que reflejaba su cara.

—No me voy a ningún sitio. —Y tras dejar la bandeja en la mesilla se

sentó en la cama, cogiéndola de la mano—. Ya te he dicho que estoy aquí y aquí me quedaré, ¿me crees?

Pero ella se quedó callada.

—¡Eh pequeña!

—Lo siento Jim, no quiero que pienses que no te creo pero es que no es tan fácil.

—Lo sé y estás en tu pleno derecho. Sólo te pido que aunque sea una sola vez confíes en mí, ¿vale?

—Vale —Y su expresión cambió totalmente.

—Eso está mejor. Tómate él te y descansa, ¿lo harás?

—Sí.

—Así me gusta. Estaré en la habitación de Michael por si me necesitas, sólo tienes que llamarme si quieres, ¿lo has entendido? No me voy a ir al pueblo. No me voy a ir al granero. Estaré aquí al lado para lo que quieras, ¿de acuerdo?

Ella asintió.

—Así me gusta, quédate tranquila.

La besó en la frente y se alejó. Abrió la puerta con la intención de marcharse pero en el último instante se dio la vuelta.

Acordándose de algo verdaderamente importante para él.

—**TODOS LOS DÍAS.**

Jenny le miró sin entender.

—¿Qué?

—Antes, en el baile, me preguntaste que si te había echado de menos. Esa es la respuesta... todos los días. Buenas noches pequeña.

Cerró la puerta y dejó a Jenny con una sonrisa preciosa.

Era la primera vez, desde que se conocieron, en la que él mostraba tan abiertamente sus sentimientos hacia ella.

¡Y le encantaba!

Fue una noche muy larga, en la que ambos apenas pegaron ojo.

Jenny se despertó muy tarde. Abrió los ojos y recordó todos y cada uno

de los momentos vividos la noche anterior... y sonrió.

¡Su esposo había vuelto!

Y entusiasmada se levantó, se puso uno de los vestidos que él le regaló, y bajó un tanto insegura ya que todo era posible.

Se moría de ganas de verlo pero sobre todo de saber a qué Jim se tendría que enfrentar.

—Buenos días dormilona.

—Buenos días Michael.

—Tienes muy buena cara y estás muy guapa.

—Gracias.

—No tendrá algo que ver un baile, ¿verdad?

—¿Nos viste?

—Sí. —Se acercó y la besó en la mejilla—. Y me gustó lo que vi.

—¿Dónde está?

—Fuera, jugando con los niños.

—¿Has hablado con él?

—Sí.

—¿Y cómo lo ves?

—Bastante mejor que cuando se marchó, por lo menos parece que tiene las cosas más claras.

—¿Y eso qué significa?

—Tú misma lo verás.

La puerta se abrió y apareció Sandy radiante.

—Jenny, Jenny, mi padre ha vuelto.

—Lo sé cariño. —Y la cogió en brazos.

—¿Prepararemos un pastel de bienvenida?

—Claro que sí cielo, hoy después de muchos días comeremos todos juntos y hay que celebrarlo.

—Gracias, voy a decírselo a Johnny.

Salió como un rayo cruzándose con su padre que en ese mismo instante entraba en casa.

—¿Dónde va con tanta prisa? ¡Anda! Si se ha despertado la bella dormilona... buenos días. —Y con una normalidad, y una naturalidad absoluta, se acercó a su esposa y la besó en la mejilla—. Ahora vuelvo.

—¿Me ha besado delante de ti? —preguntó sorprendida.

—Bueno, ese beso se podría mejorar pero sí, te ha besado.

—No me lo puedo creer.

—Te sienta bien.

—¿El qué? —preguntó sin entender.

—El rubor en tus mejillas.

—¡Oh Michael! —le regañó.

—Bueno, le diré a Jim que me acompañe hasta el pueblo. Tengo que llevarle el caballo a Laura.

—¿Hoy? ¿Y no puedes atarlo a la carreta y llevarlo tú?

—Vaya, vaya, soy un poco cortito pero, ¿me estás echando?

—No, claro que no. Pero como no sé cuánto durará esto quiero disfrutarlo. ¿Hago mal? Supongo que no tardaremos en hablar y entonces cualquier calamidad es posible.

—Recibido. Volveré para comer.

—Gracias.

Los niños llevaban muchos días sin ver a su padre por lo que decidió dejarlos mientras que ella desayunaba, hacía las camas, y preparaba la comida.

Estaba sacando el pastel del horno cuando se asomó por la puerta.

—Qué olor tan delicioso, después de comer a base de latas tanto tiempo no sé si podré contenerme.

—Claro que lo harás, ¿y los niños?

—Cazando mariposas. —Se acercó con una maravillosa sonrisa y la abrazó por detrás. Diciéndole al oído—: Creo que tendremos un ratito para nosotros solos, ¿te gusta la idea?

—Mmmm....

—Estás preciosa con este vestido que te regalé.

—Te has dado cuenta.

—Aunque falta algo.

Jenny se dio la vuelta.

—¿El qué?

—Ése agua de rosas que tanto me gusta. Te lo echaste para recibir a Michael y también en la fiesta de primavera... ¿cuándo te lo echarás para mí?

—Ni siquiera sabía que te gustara.

—Hay muchas cosas que no sabes.

—¿Me las dirás?

Escogió con cuidado la respuesta.

—Lo intentaré.

—Por ahora me basta, gracias. Por cierto... —rió a la vez que le tocaba

el pelo— te has dado un baño, ¿no?

—¿Se nota?

—Mi nariz sí, aunque te sigo viendo raro con esa barba.

—Tengo la solución. —Y a continuación llenó un barreño, cogió el jabón y la cuchilla de afeitar, y se sentó en una silla—. ¡Aféitame!

—Estás bromeando, ¿verdad?

Negó con la cabeza.

—Yo nunca he hecho esto, puedo cortarte.

—Me fio de ti, ¿o es que no quieres acercarte?

—Está bien.

Se subió las mangas, frotó bien el jabón para sacar espuma, y lo miró.

—Estoy esperando.

Jamás pensó que algo así pudiera turbarla tanto ya que lo que empezó como un simple juego, llenándole la barba de jabón, se convirtió en pocos segundos en algo mucho más sensual, mientras que él permanecía quieto y con los ojos cerrados disfrutando del masaje que su adorable mujercita le estaba dando.

Y claro, a ella el pulso se le aceleraba por momentos.

—Creo que no volveré a afeitarme nunca.

—No pensarás igual cuando coja la cuchilla.

—Jennifer. —Abrió los ojos y ella se quedó quieta, con las manos llenas de jabón—. Anoche disfruté mucho. Cuando por la mañana me di cuenta de que tenía que verte nunca pensé, ni en mis mejores sueños, que terminaríamos bailando juntos.

—Llegaste en el momento preciso, aunque tardé en darme cuenta de que no era un sueño, de que eras real.

—Jamás seré capaz de recompensarte por el daño que te hice.

—¿Sabes? Empezaste a hacerlo en el momento en que llegaste al baile.

—Eres demasiado buena conmigo.

La sentó sobre sus piernas y la besó, manchándola de jabón, y ni siquiera se dieron cuenta de que la puerta estaba abierta.

—Estás muy guapa con todo ese jabón en la cara Jenny.

Dio un salto tras escucharle, tirando toda el agua.

—¿Pero es que a ti no te han enseñado a llamar a la puerta antes de entrar?

—¿Y a vosotros que hay cosas que mejor se deben hacer de noche en la alcoba?

—Antes de que os peleéis —intervino Jenny—. Tú vete a buscar a los niños que es la hora de comer, y tú, —señaló a su esposo con una sonrisa—. Estate quieto si quieres que termine de afeitarte.

—No es justo. —Bromeó Michael—. Se nota que ya no soy tu preferido.

Y salió pitando de allí antes de que le tiraran algo.

—¿Ya no es tu preferido? —Rio—, y entonces ¿quién es ahora?

—Tonto, estate quieto.

Se acercó con la cuchilla en la mano y con mucho cuidado lo afeitó.

—Listo.

—¿Cómo estoy?

—Mucho mejor, solo espero que el Jim del baile no cambie ahora que está como siempre.

—No lo haré, voy a cambiarme.

—Jenny, ¿te ayudamos a poner la mesa?

—Claro cariño.

—Me muero de hambre.

—Bien, se acabó la tranquilidad. —Y se perdió entre los fogones mientras que los demás se sentaban alrededor de la mesa.

—Padre qué guapo estás.

—Gracias princesa. —Se llevó el primer bocado a la boca y exclamó—: ¡Esto está de muerte!

Todos rieron a la vez.

La verdad que ya les hacía falta volver a estar juntos.

—Esta tarde iremos a la plantación.

—El algodón está casi listo, te llevarás una sorpresa.

—¿Y la casa? ¿Has podido avanzar algo?

—También está casi lista, tendremos que empezar a empaquetar cosas.

—También quiero verla, Jennifer, llegaremos tarde. No nos esperéis para cenar.

—Como quieras.

Terminaron de comer y cada uno se puso a sus tareas. Los niños haciendo deberes, Jenny recogiendo lo de la comida, y Michael preparando la carreta.

—Seguiré en el cuarto de Michael, ya he hablado con él, si estás cansada acuéstate. Tardaremos en llegar.

—Vale.

—Ya lo sabes, cualquier cosa que necesites a la hora que sea, no tienes más que llamarme.

—Tened cuidado.

La besó en la frente y gritó mientras se marchaba:

—¡Qué ganas tenía de volver a casa! Cuídate pequeña.

Era ya muy tarde cuando por fin escuchó la carreta. Se levantó de un salto, alisándose con las manos las arrugas del vestido, y puso la cafetera sobre el fuego. Calentó la cena y encendió más velas.

Todo antes de que entraran.

—¡Oh no! —dijo Michael enfadado que fue el primero en entrar.

—¿Qué pasa? —preguntó Jim preocupado.

—Míralo tú mismo.

Pero Jim no entendía la razón del enfado de su hermano, al contrario, todo estaba perfecto.

—Me voy al pueblo.

—Hay carne para los dos.

—Gracias Jenny pero sé cuando sobro... si vais a estar todo el rato como chiquillos quizá no sea tan buena idea que siga mucho tiempo por aquí.

—Anda no digas bobadas, te necesitamos y te queremos aquí. Yo más que nadie.

—Vaya, vaya, ¿ya no te acuerdas de las noches que os quedabais a tomar café? Entonces era yo el que me iba, así que ya estás tardando. Hoy quiero esto.

—Vale, vale, me has convencido, además, seguro que Laura sí que se alegra de verme. No cerréis la puerta que a dormir sí que vengo. Adiós tortolitos.

—Que te vaya bien.

Y cerró la puerta al marcharse.

—¿Qué haces aún despierta?

—No tengo sueño, ven siéntate que te apartaré la cena.

—Lo has hecho —dijo complacido.

—¿Hacer el qué?

—Echarte el agua de rosas. —Y se acercó susurrando—: ¿Puedo?

Con la mirada se lo decían todo y ella se agarró al borde de la mesa en

cuanto sintió cómo le olía el cuello despacio, torturándola...

—Hueles divinamente.

Y con la misma rapidez se alejó.

—Me muero de hambre, voy a lavarme.

Antes de salir la miró sin que se diera cuenta y le encantó lo que veía.

Sus mejillas coloradas...

Su respiración agitada...

Hasta un mechón de pelo se había salido de su sitio...

Desprendiendo excitación y lo que más le gustaba, provocado por el simple roce de la nariz sobre su cuello...

“—Joder, —pensó— necesito un cubo de agua fría”.

Y es que como siguiera así no podría contenerse.

Desde el mismo instante que la vio en el baile la deseó con tal intensidad que asustaba. Reconociendo que ni siquiera fue capaz de pegar ojo en toda la noche sabiendo que la tenía tan cerca.

Pero es que ahí no quedaba la cosa, porque ni siquiera la pudo apartar de su mente mientras estaba en la plantación y en la nueva casa.

No hacía más que pensar en su mujercita y en cuanto deseaba que pasase el tiempo para poder estar con ella.

—Estoy listo.

Apartó la carne en el plato y fue al levantar la vista, cuando sintió que su corazón se aceleraba.

Se había puesto una camisa blanca recién planchada, el pelo lo llevaba mojado y echado hacia atrás, estaba guapísimo...

—Yo también he querido arreglarme para ti, limpio y sin barba, ¿es así como te gusta?

Ni siquiera pudo contestar limitándose a asentir.

Desde luego que el Jimmy dulce y encantador estaba haciendo estragos en ella, y es que sin ninguna duda estaba locamente enamorada de su marido y de sus atenciones.

Cenó deprisa mientras la seguía con la mirada allá donde iba. Estaba un poco nervioso porque la conversación que tenían pendiente, deberían de tenerla.

Y aquel era el momento y el lugar.

Retiró su plato y llenó dos tazas de café decidido a dar el primer paso.

—Ven, tenemos que hablar.

A Jenny se le tensaron todos y cada uno de los músculos.

Se sentaron frente a la chimenea y le dio una de las tazas.

—¿Quieres preguntarme algo?

—Ese es el problema —se sinceró—. Ni te quiero preguntar nada, ni quiero oír nada de lo pasado.

—Debemos hacerlo porque si no, cada vez que discutamos, nos lo echaremos en cara y desde luego que no nos hará ningún bien.

—Tienes razón —admitió sin ganas—, está bien, ¿dónde has estado?

—En mi cabaña.

—¿Qué cabaña?

—Está al otro lado del río. A veces voy a pescar o a cazar.

—¿Has estado allí todo el tiempo?

—Sí. Me las tuve que ingeniar cuando mandé el telegrama para que Michael no me viera.

Su contestación no le gustó nada.

—¿Cómo has consentido la preocupación que teníamos estando tan cerca? No me lo puedo creer —le dijo enfadada, realmente enfadada—. Hasta que no vimos ese telegrama ni siquiera sabíamos si estabas vivo, ¿llegas a ser consciente de la angustia que he pasado?

—Me di cuenta cuando te vi con aquella cara de desolación en el baile. —se justificó.

—No te puedes hacer a la idea de lo largas que se me han hecho estas dos semanas, de verdad que no puedes.

No le gustó nada el rencor que vio a través de sus ojos.

—Lo siento pero no me quedó otro remedio después de lo que me dijiste, tus palabras y tu indiferencia me dolieron terriblemente.

—¡Ah sí! —Y se levantó hecha una furia alejándose de él—. ¿Y qué querías que te dijera? ¿Qué querías que hiciera? ¡Oh Jim! No quiero seguir con esto. Qué pasa... ¿que yo soy la culpable? Pobrecito Jim. Fíjate que mala es su esposa.

—Jennifer...

—Me voy a la cama, nunca debí esperarte.

—Jennifer...

—¿Qué? —le gritó histérica.

—Nunca he dicho que fueras la culpable, eso lo estás diciendo tú, y si no te importa baja un poco la voz o despertarás a los niños.

“—Pero, ¿qué Jim era ése? —pensaba para sí—. Si hasta era él el que ponía cordura en aquella situación...”

—No te conozco, ¿cómo puedes estar tan tranquilo? —E incomprensiblemente se acercó hasta el mueble y sacó la botella de alcohol que utilizaba a veces para cocinar. Sirviéndose un vaso.

—¿Qué estás haciendo? —Y ahora sí que estaba serio.

—¿No lo ves? Necesito un trago. —Sin pensarlo y antes de que llegara hasta ella lo bebió de una vez.

Los siguientes segundos los pasó sin apenas poder respirar y tosiendo sin parar.

—¿Cómo demonios puedes beber esto? El estómago me arde.

—Anda dame eso.

—No. —Y se sirvió otro vaso—. A ver Jim tengo otra pregunta, ¿por qué volviste? ¿Por tus hijos? ¿Por tu hermano? ¿Por tu plantación de algodón? ¿O quizás porque te quedaste sin latas para comer?

Y dio otro trago.

—Basta —el tono de su voz era paciente pues ahora más que nunca necesitaba sangre fría para reconducir aquella conversación. Se lo debía y estaba dispuesto a dárselo—. Dame la botella por favor.

—No.

—Dámela.

—¿Y qué si no lo hago? —le retó.

—Pues que te la quitaré. Mañana te dolerá la cabeza y te arrepentirás. ¡Dámela!

—Pero solo porque yo quiero. —El poco alcohol que había tomado ya le hacía efecto.

No podía pensar con mucha claridad lo que él aprovechó para quitársela de las manos.

—Tómame este café.

—No necesito café, lo que necesito es que me contestes.

—Bien. —Y se dispuso a hacerlo—. Te mentiría si te dijese que he venido solo por los niños.

—¿Qué clase de respuesta es ésa? —preguntó malhumorada.

—Sobre todo he vuelto por ti —se sinceró—, y creo que mi comportamiento hacia ti lo demuestra. No hace falta que seas tan dura.

—Yo creí...es que...

—He vuelto por ti y por primera vez estoy dispuesto a admitirlo. ¿Sabes de lo que me he dado cuenta en todo este tiempo? Me he dado cuenta de que no puedo vivir sin ti.

Jenny cayó sobre la silla aturdida.

—El día que casi te hago el amor fue maravilloso. Jamás me podría arrepentir y ahora lo sé, por eso te pido perdón. Siempre me has gustado como mujer y como persona, y lo que aún no sé, es cómo he sido capaz de controlar durante tanto tiempo mi deseo por ti.

Jenny seguía mirándolo atónita, casi en estado de shock.

—Si Jennifer. Te he deseado... te deseo... y te desearé el resto de mi vida.

Silencio.

—¿No vas a decir nada?

—No, necesito asimilar lo que acabas de decir.

—Pues seguiré yo. Jamás, ¿me has oído bien? Jamás hubiese sido capaz de violarte. Sé que te hice daño y eso me duele en lo más hondo. Por desgracia no puedo borrarlo pero si intentar repararlo... si tú me dejas.

—¿Sabes qué? —dijo aturdida por el alcohol.

—¿Sí?

—Me estoy acostumbrando al nuevo Jim... y me gusta —rio.

—Creo que este es el Jimmy encantador de antes, o al menos lo que queda de él...

—Tengo que preguntarte algo. En casa de Laura, cuando fuiste a buscarme, dijiste que si seguía con la intención de ir al Obispo entonces tú...

—¡Schsss! Calla —Y puso un dedo sobre sus labios para que no siguiera, estrechándola fuertemente entre sus brazos—. Nunca debí decir eso.

—Pero...

—Si realmente hubieses ido a anular el matrimonio te habría dejado marchar.

—¿Qué?

—Aunque para ello hubiese tenido que renunciar a ti.

—Creo que necesito otro vaso.

—¿Te vas a dar a la bebida ahora que yo lo he dejado? —preguntó divertido.

—No lo creo, he tomado dos tragos y estoy un poco mareada. No me encuentro bien.

—Te llevaré a la cama.

Antes de que pudiera protestar, y sin casi darse cuenta la cogió en brazos y la subió hasta su alcoba.

Sin saber muy bien si por el whisky o por todo cuanto había dicho...

Y antes de que la bajara pasó los brazos alrededor del cuello y lo besó.
Jim la miró divertido.

—Creo que te dejaré beber más a menudo.

La bajó al suelo pero ella no estaba dispuesta a soltarse, es más, en una actitud más que provocadora se pegó a él sintiendo cada parte de su cuerpo.

—Bésame —suplicó.

Jim la devoró con la mirada intentando controlarse. No se aprovecharía de ella en aquellas circunstancias.

—Has bebido demasiado.

—No es verdad —rio—. Vamos bésame.

—Está bien.

Y la besó en la frente para su disgusto.

—Pero, ¿qué clase de beso es éste? No quiero un beso casto. Quiero que me beses como aquel día. Quiero sentirte...

—¡Joder! No me lo hagas más difícil. Ni siquiera sé si te acordarás mañana, no puedo hacerlo.

Se apartó de ella marcando claramente el límite, y es que si volvía a tocarlo la tumbaría sobre la cama y la haría suya sin contemplaciones.

—¿Por qué me rechazas? —No entendía nada. Además la cabeza le daba vueltas.

—¡Oh no muñeca! No te rechazo... nada me gustaría más que tumbarte sobre esa cama y créeme, me está costando la hostia no hacerlo, pero no debo.

—¿Por qué?

—Por ti, por mí, por nosotros...

—Creo que tengo ganas de vomitar, perdona pero...

No pudo terminar. Menos mal que cogió la palancana justo a tiempo... y cuando terminó lo miró avergonzada.

—Lo siento.

—No pasa nada, ponte el camisón y descansa. Creo que mañana tendrás un poco de resaca.

—Lo he estropeado todo, ¿verdad?

—No digas bobadas, no has estropeado nada. Ahora descansa que mañana será otro día. Buenas noches pequeña.

—Buenas noches.

Cuando Michael llegó lo último que se esperaba era encontrarse a su hermano sentado sobre la cama y con aquella expresión en su rostro.

—¿Qué haces aquí? Tu sitio está en la cama con tu mujer.

—No estoy para sermones.

—¿Qué ha pasado?

—Nada, hemos hablado.

—¿Le has contado lo que me dijiste?

—Sí.

—Y entonces, ¿dónde está el problema? —No entendía nada.

—Se ha emborrachado.

—¿Qué? Estás bromeando, ¿no? —Pero al no contestarle le creyó—. Mira Jim, este juegucito que os traéis ya me está cansando.

—Tú fuiste el que me dijo que la cortejase, ¿ya no te acuerdas?

—Pues olvídale. Lo que necesitáis es un buen revolcón, nada más, salta a la vista.

—He estado a esto de hacerlo. —Y se levantó paseándose de un lado a otro como un animal enjaulado—. He tenido que rechazarla debido a su estado y Dios muy bien sabe cuánto me ha costado. Necesito un trago, que digo un trago, necesito una botella entera.

—Necesitas a tu mujer debajo de ti, eso es lo que necesitas y hasta que no lo hagas no se te quitará esa cara de amargado que tienes.

Dicho esto se acostó y se durmió.

Allá ellos con sus historias...

CAPITULO IX

“—Por todos los santos, cómo me duele la cabeza”.

Jenny se levantó como buenamente pudo y en un principio no entendió el por qué se encontraba con la sensación de estar hecha una porquería. Resultándole extraño que le doliera tantísimo la cabeza, cuando a ella nunca le dolía.

¿A qué sería debido?

Llenó la jofaina con agua fresca y se lavó la cara en busca de un poco de alivio. Martirizándose puesto que además del dolor penetrante tenía el estómago bastante revuelto.

“—Oh Dios mío”.

Y recordó petrificada el comportamiento que tuvo la noche anterior. Avergonzándose hasta la saciedad.

¿Cuánto tiempo había esperado a que su esposo consiguiese abrirle su corazón?

¿Cuánto?

Casi un año y ella...

¿Qué hacía?

Simplemente echarlo todo a perder

“—¡Qué vergüenza!”

Abrió la ventana para que entrara el aire y, después de arreglarse, Jenny salió de la habitación despacio, envuelta en un malestar indescriptible y en un estado de auténtico remordimiento causado gracias al comportamiento lamentable y disparatado.

“¿Qué haría si estaba abajo? —Se preguntó llevándose las manos a la cara en un gesto de desesperación absoluta—. No podría ni mirarle de lo avergonzada que estaba...”

Y bajó poco a poco los escalones, con el alma en vilo, hasta que comprobó, para su enorme satisfacción, que su esposo no se encontraba a la vista.

¡Suspirando aliviada!

Y Al ver a Michael fregando los cacharros del desayuno se sintió culpable. Añadiendo aquel estado a los anteriores.

—¿Qué haces?

—Son órdenes de tu querido esposo.

—¿Cómo?

—Ha dicho que te dejara dormir y ya de paso que te quitara un poco de trabajo. Por ese orden. También me ha dicho que no te encontrarías muy bien... Por cierto, no tienes buena cara.

—¡Oh Michael! Me encuentro fatal, ¿sabes qué? Tu hermano por fin me dice lo que ansiaba escuchar y voy yo... ¿y sabes lo que hago?

—¿Emborracharte? —preguntó sonriendo.

—¿Te lo ha dicho? Madre mía que vergüenza. No sé cómo pasó, pero lo cierto es que me odio. ¿Dónde está?

—A llevar a los niños a la escuela y a la tienda de la señora Thomas. Aunque creo que lo que quiere es darte tiempo para que te recuperes.

—Me quiero morir

—¿Cómo se te ocurre coger la botella de whisky? —bromeó a la vez que metía un nuevo vaso en el barreño de agua.

—¿Y si te digo que llegué a vomitar?

Michael no pudo evitar soltar una carcajada.

—No me extraña que tengas esa cara —puntualizó enjabonando el último cacharro—. Si quieres un consejo tómate un café bien cargado. Por lo que te conozco necesitarás espabilarte para poder mirarle con normalidad. ¡Ah! —Quiso puntualizar a continuación metiéndose con ella—. Y yo de mi hermano empezaría a barajar la posibilidad de esconder las botellas de alcohol... no siendo que te dé por beber a estas alturas.

—Ja. Ja. No tiene ninguna gracia Michael —Le dijo enfurruñada mientras ponía las manos en jarras sobre las caderas.

Y Michael volvió a soltar otra carcajada al verla en aquella posición. Añadiendo—:

—Vaya si la tiene preciosa. No paras de sorprenderme.

—Buffffff déjalo ya, ¿quieres? ¡Hombres!

Y se marchó enfurruñada, dejándolo con los cacharros mientras que éste se reía a carcajadas.

Tal y como Michael dijo no llegaron hasta la hora de comer, y aunque estuvo la mañana entera pensando en la manera de afrontar la situación, la

verdad era que de momento de afrontar nada de nada.

No se veía capaz ni de cruzarse con él.

¿Y qué es lo que hizo?

Actuar como una cobarde. Escondiéndose entre las cuatro paredes de su alcoba.

Jim empezó a preocuparse debido a su actitud, y no obstante decidió darle un poco más de tiempo, porque parecía no ser suficiente.

¡En fin!

Lo que no podía ni imaginarse era que no saldría de su cuarto en todo el día...

La noche estaba muy avanzada, y cuando Jenny supo que debían de estar acostados, entonces, y solo entonces fue cuando, con una vela encendida, bajó sigilosamente para prepararse un cacao caliente.

Y es que le era completamente imposible conciliar el sueño.

Dejó la vela sobre la mesa distraída, y sin que en ningún momento se percatara de que desde un rincón, sentado tranquilamente, su esposo la observaba atentamente.

—Hola Jennifer.

El susto que se llevó no fue nada en comparación a la vergüenza que la invadió de pies a cabeza.

Recordando lo sucedido la noche anterior.

Y tuvo el valor de girarse lentamente.

—Me has asustado —titubeó.

—Lo siento —le dijo con calma a la vez que se levantaba del sillón. Acercándose.

A ella, claro está, le faltó tiempo para agachar la cabeza.

—¿Estás bien?

—No. No lo estoy.

¿A quién pretendía engañar?

Y Jim se acercó un poquito más. Haciéndolo despacio para no agobiarla más de lo que ya parecía estar... y cuando consideró oportuno se quedó

parado y le preguntó en un tono de voz paciente, y comprensivo:

—Por favor Jennifer, ¿me puedes decir por qué llevas el día entero huyendo de mí?

La respuesta de su esposa lo sorprendió.

—No puedo. No puedo, ¡todavía no! —E intentó salir corriendo para escapar de la situación tan violenta a la que (para ella) se estaba enfrentado. Solo que Jim no la dejó. Interponiéndose en medio y agarrándola de la mano.

Ese simple gesto a Jenny la volvió vulnerable de verdad.

—Vamos Jenny mírame. —Le pidió de forma calmada. Tratando de hacerla ver que debería estar tranquila a medida que acariciaba la palma de su mano con sus dedos.

Jennifer sintió un embriagador cosquilleo recorriendo su cuerpo entero pero, aun así, permaneció en la misma posición.

Y claro, Jim, que cada vez la entendía menos, terminó repitiéndole con la paciencia mermada:

—¡Mírame! —Esta vez no fue una petición.

—No puedo —logró susurrar avergonzada.

—Pues claro que puedes. No digas bobadas. —Y llevó la otra mano hasta su barbilla, alzándosela delicadamente para que se encontrara con sus ojos.

—Por favor... he bajado para prepararme un cacao. —Fue su respuesta tratando de apartarse nuevamente.

Sin por supuesto conseguirlo.

—¿Por qué sigues rehuyéndome? Vamos, pequeña... mírame.

—No estoy preparada después del ridículo de anoche.

—Te dije que no lo hicieras. —Y sonrió—. Venga, mírame. Quiero ver esa cara tan bonita que tienes.

—No puedo, de veras que no puedo.

Jim se estaba empezando a cabrear.

—Vamos Jennifer que no es para tanto, además, si después de lo que te dije sólo te vas a quedar con eso quizás tengamos un problema. Quizás el que hizo el ridículo fui yo.

Y Jim tuvo el convencimiento de que ahora sí se dejaría de bobadas y lo miraría.

¡Se equivocó!

—¿Podemos hablar mañana? —le preguntó alzando la mirada.

Y fue consciente, a raíz de ver aquellos ojos fieros, de la metedura de

pata que acababa de cometer.

Pero ya era demasiado tarde para enmendarlo, pues él se limitó a decir:
—Como quieras.

Y con el corazón encogido le vio darse la vuelta y marcharse escaleras arriba.

¿Sería estúpida?

Estaba deseando verle después de la declaración de anoche pero la maldita vergüenza no la dejó.

¿Y ahora qué?

Quedándose en mitad de la cabaña completamente desesperada y preocupada por lo que él pudiese llegar a pensar.

Unos minutos después dejó lo que estaba haciendo y subió hasta su cuarto hecha un mar de lágrimas.

Vueltas y más vueltas, era lo único que podía hacer en la cama. Llevaba horas intentando dormirse pero era tarea imposible.

“—Tengo que hacer algo. Tengo que hacer algo —se decía continuamente—. Ya está bien de compadecerse”.

Finalmente consiguió reunir el valor necesario para emprender la tarea que se había impuesto. Se puso el salto de cama y salió al pasillo con el corazón terriblemente acelerado.

Respiró hondo una vez que llegó al lugar que quería y, antes de que se le ocurriera darse la vuelta, entró sigilosamente en la habitación del fondo. Dejó la puerta entreabierta, y nerviosa se acercó a la cama que le interesaba. Deleitándose con su imagen.

¡Todavía dormido parecía preocupado!

—Jim.

Nada.

—Jim.

Nada. Dormía como un tronco.

—Jim despierta.

Y al no despertarse lo sacudió suavemente.

—Jim.

Y como seguía sin despertarse lo sacudió un poco más fuerte. Consiguiendo su objetivo.

—¿Qué pasa? ¿Qué pasa? —preguntó aturrido y un poco asustado, incorporándose como un rayo—. ¿Son los niños?

—¿Qué pasa con los niños? —dijo Michael en voz demasiado alta, despertándose también.

Y al ver a su cuñada completamente ruborizada empezó a blasfemar.

“No se lo podía creer”.

—Me cago en la hostia.

—Yo... —titubeó Jenny avergonzada.

—Contesta joder —le dijo Jim mientras la sacudía desesperado para que hablara.

¿Qué habría pasado?

—No les pasa nada, yo...

—¿Y entonces? —preguntó descolocado.

El que habló a continuación fue Michael.

—A ver, que no es tan difícil —explotó harto—. Es por la noche. No hay niños a la vista. Y tu mujer se presenta... así ante ti. ¿Me puedes decir qué coño no entiendes?

Ahora sí que la acababa de hundir.

¡Vaya situación más comprometida!

—Pero que pedazo de burro estás hecho —le regañó Jim.

—Sí, sí. Ala iros de aquí de una vez y haced lo que tengáis que hacer, pero por favor, dejarme dormir de una puta vez.

Vaya cabreo que se acababa de pillar... y sin más se dio la vuelta afanado en seguir durmiendo.

—¿Jennifer?

Ella respiró hondo, necesitaba que su corazón desbordado se tranquilizara pero...

¿Cómo lo iba a hacer?

Mientras que el rubor en sus mejillas no la abandonaba. Y no podía pensar con algo de claridad... De lo único que era consciente era que tenía ante sí a su esposo casi desnudo. Solamente llevaba los calzones. Mirando de manera atrevida su torso descubierto...

Su pelo revuelto...

Y sus ojos...

Aquellos ojos parecían devorarla.

—¿Necesitas algo? —Y avanzó un poco poniéndola más nerviosa de lo que ya estaba.

Pero no dejó de mirarlo.

—Si —titubeó.

Ambos se giraron al ver a Michael levantarse de la cama.

—Esto no me puede estar pasando... tranquilos ¿eh? Vosotros a lo vuestro —gruñó con un cabreo de un par de narices—. Ya me voy yo.

Y cerró la puerta de un portazo.

Afortunadamente los niños no se despertaron.

—¿Y bien? —preguntó dando un paso más.

—No sé cómo decirte esto...pero lo cierto es que...

—Dímelo. —Otro paso más. Ya casi la tenía—. Dímelo pequeña.

—Siento lo de antes pero para mí es muy difícil...

—No me engañes, no has venido a disculparte, ¿a qué no? —le dijo a través de una voz sensual y provocativa.

A Jenny se le erizaron los pelos de la nuca y negó con la cabeza embelesada. No podía dejar de mirarle mientras que su cuerpo entero temblaba.

Y cuando finalmente llegó a ella la vergüenza desapareció dando paso al deseo.

—Para mí significa mucho que te hayas atrevido a venir, —le susurró muy despacio y empezó a quitarle horquillas del pelo— pero quiero que me lo digas, ¿a qué has venido?

Una, a una, las horquillas fueron cayendo sobre el suelo, dejando sus cabellos sueltos.

Tal y como a él le gustaban.

—Quería estar contigo —se atrevió a decir.

—Mmmm...cómo me gusta —volvió a susurrar a la vez que le acariciaba su larga cabellera.

Solamente cuando ya no quedaba ninguna horquilla bajó hasta sus labios fascinado.

—¿Y para que quieres estar conmigo?

Jennifer lo sabía perfectamente así que le dijo:

—Deseo que me hagas tu mujer.

Y ante su asombro pasó las manos por su pecho desnudo, acariciándolo suavemente, y olvidándose de la vergüenza de hace unos segundos.

—¡Oh muñeca! Deseo concedido.

Desabrochó el salto de cama impaciente y contempló la exquisita desnudez a través del camisón... jamás olvidaría las tantas y frecuentes

noches eternas en las que no fue capaz de conciliar el sueño debido precisamente a aquel cuerpo, ahora, para su deleite, podría saborearlo palmo a palmo... hasta saciarse.

—Pensé que nunca te atreverías a venir. —Y siguió besándola mientras tiraba la bata al suelo— ¿Y este camisón? —Estaba loco de placer—. Estás bellísima.

—Me lo he puesto para ti.

La apretó contra su cuerpo y no pudo parar de besarla porque ni quería ni podía, entonces, rio al ver su cara.

—Ya sabes lo que estás sintiendo, ¿te acuerdas? Es mi deseo por ti, solo que esta vez llegaremos hasta el final.

—¡Oh Jimmy! —le llamó por el nombre que en su día le prohibió—. Me haces sentir tan mujer...

—¿Y te gusta? —dijo sobre su oído. Empezando a desatarle los lazos del camisón.

—Sí, sí.

El camisón cayó también, dejándola desnuda.

—Eres...eres preciosa, mi dulce Jenny —Y él la llamó, también, por primera vez así, cubriéndola de besos. Arrancando unos gemidos de placer deliciosos—. Esto va a ser más duro de lo que esperaba, no sé si podré contener mi deseo hacia ti muñeca.

La cogió en brazos y la llevó a la cama.

Sus caricias, cada vez más insistentes, hacían que Jenny se sintiera maravillosamente. Nunca en la vida pensó que un hombre pudiera hacer que estuviera tan viva...

Tan llena de pasión...

Y sobre todo tan mujer...

—¡Jimmy! Tus manos me vuelven loca.

—¿Ah sí? —Sonrió complacido para después acariciarle sus senos muy despacio. Primero con las manos y después con la boca para no asustarla. Escuchando los gemidos que a su adorable mujercita se le escapaban de su dulce boca. Haciéndole enloquecer—. ¿Quieres tocarme Jenny?

—¿Cómo?

—Yo te enseñaré.

La guió hasta su miembro y por un instante creyó que no podría soportarlo. Las caricias tentadoras de su bella esposa a Jim lo dejaban sin aliento.

—Para, para. —Casi suplicó— si sigues así cariño no podré controlarme y no me lo perdonaría. Es tu primera vez y haré que no lo olvides. Te lo debo.

Pero una cosa era decirlo y otra muy distinta hacerlo...

Hacía mucho tiempo que en lo único que pensaba era en poseerla, pero debía ser tierno además de paciente, algo complicado, pues su cuerpo lo que pedía era descargar esa pasión contenida desde hacía tiempo.

¡Mucho tiempo!

—¿Olvidarlo? —preguntó Jenny con aquel rubor sobre sus mejillas que a Jim le volvía loco—, ni en los peores momentos olvidé tu primer beso, ¿cómo podré olvidar tus caricias si no hay nada que me guste más?

—Me vuelves loco.

Los besos ya no eran ni tiernos ni pacientes sino todo lo contrario.

¡Se la comía a besos!

La besaba...

La chupaba...

La acariciaba...

Y a Jenny, aunque le costaba seguir el ritmo, aprendía deprisa para el deleite de él.

Al sentirlo encima no se asustó, nunca podría hacerlo si seguía con aquellas atenciones. Y pegó su cuerpo siguiendo un instinto interno. Descubriendo que él soltaba un suspiro.

—Niña mala... te gusta torturarme, ¿verdad?

—Quiero ser tuya Jim. Quiero ser realmente tu esposa —confesó con lágrimas en los ojos.

—Lo serás vida mía. Lo serás.

Con un movimiento rápido hizo que se abriera como una flor y entonces la penetró.

—Déjate llevar por mí, siénteme pequeña.

Algo que no lograba entender de repente hizo que sintiese un dolor muy fuerte. Y quiso separarse.

Él no se lo permitió.

—Tranquila cariño, ya pasó amor...ya pasó —le decía pacientemente y la seguía besando tratando de que se olvidara del dolor.

Y antes incluso de que se diera cuenta lo volvía a sentir dentro de su cuerpo... con la diferencia de que las molestias disminuían considerablemente.

—Amor muévete conmigo, disfrútalo.

Jenny le hizo caso y se movió contra su cuerpo. Acoplándose al ritmo lento que él marcaba y que, incomprensiblemente, le gustaba.

¡Olvidándose de todo!

Vaya si aprendía deprisa su asombrosa esposa. Marcando un ritmo sensual que los volvió impacientes.

—Schssss...si no controlas esos gemidos despertarás a toda la casa.

—Sigue, no pares por favor.

—Nenita impaciente.

Fue demasiado para él. Y ahora sí que se dejó llevar por las necesidades de su cuerpo; olvidándose casi de ella, y cumpliendo el deseo de convertirla en su esposa... para siempre.

—¿Estás bien?

Se hizo a un lado y la abrazó cariñosamente.

—Nunca estuve mejor —confesó mientras que las lágrimas no dejaban de caer por su rostro.

—Has estado fabulosa. —Besó su frente y la miró.

Al ver aquellas lágrimas se asustó.

—¿Te he hecho mucho daño?

—No, nunca olvidaré lo tierno que has sido, gracias.

—¿Y por qué lloras entonces? —le preguntó limpiándose las manos en una actitud de amor absoluto.

—Por lo especial que ha sido Jimmy. Soy tan feliz.

Él besó la punta de su nariz y simplemente dijo:

—Marido y mujer, ahora sí que sí.

—Para siempre...

Qué bien sonaban aquellas palabras...

Y abrazados se quedaron dormidos.

En ningún momento Jenny pudo imaginar lo que se le venía encima. Si ella supiera...

CAPITULO X

Abrió los ojos lentamente y sonrió.

¡Debía de haber dormido una eternidad! Y es que el sol anunciaba que había amanecido hacía varias horas.

¿Qué más daba?

Se sentía bien, se sentía feliz, y lo único a lo que podía prestar atención, en esos deliciosos momentos, era a recordar cada uno de los instantes en que su esposo la había convertido en mujer.

“—¡Oh cielos! No se trata de ningún sueño. Ha ocurrido de verdad”.

Giró sobre la cama y lo buscó con la mano.

Para su desagrado notó que su lado estaba vacío.

—¿Jim?

Se apoyó sobre los codos y lo buscó por la alcoba.

Nada.

Y vio el conjunto de cama tirado en el suelo. De la ropa de él no había ni rastro.

—No importa, iré a buscarlo.

Apartó las mantas a un lado y de un salto salió de la cama. Recogió la bata y se la puso sobre su cuerpo desnudo. Después abrió la ventana y respiró el aire puro de las montañas. Cerró los ojos y disfrutó de aquellos instantes mágicos.

Y sonrió.

Hasta el día parecía querer ponerse de acuerdo con su estado de ánimo.

¡Hacía un día precioso!

—Bien, es hora de arreglarse.

Fue hasta su alcoba y, después de estar mirando su ropero bastante tiempo, se decantó por un bonito vestido verde. Uno de sus preferidos.

Ni que decir tiene que ese día tardó más de lo habitual en arreglarse.

“—Había merecido la pena —pensó”.

Y es que allí, frente al espejo, parecía la muchacha más bonita de la

tierra.

Estaba radiante.

Sí, esa era la palabra para definirla.

¡Simplemente radiante!

Cuando hubo terminado de arreglarse decidió dejarse los cabellos sueltos por primera vez.

Quería agradar a su esposo.

Antes de salir de la alcoba cogió del tocador un frasquito y se echó unos gotitas de agua de rosas.

—Ahora si estoy lista.

Al abrir la puerta le llegó el delicioso aroma de café recién hecho.

¿Acaso su marido le había preparado el desayuno?

Y con esa pregunta en el aire bajó las escaleras.

Lo buscó en la cocina...

No lo encontró.

¿Dónde se habría metido?

Dando por supuesto que esa mañana habría sido Michael el que llevase a los niños a la escuela.

—¿Jim? —Lo llamó asomándose a la despensa.

Nada.

—Jim, ¿estás ahí?

Silencio.

“¿Dónde demonios se habrá metido?”

Ardía en deseos de verle...

De besarle...

De abrazarle...

¡Y no quería esperar!

En ese preciso momento se abrió la puerta. Despertando a una soñadora Jenny que se dio la vuelta ilusionada... viendo únicamente a su cuñado.

—¡Ah! Eres tú

En su voz se pudo apreciar claramente la desilusión.

—Sí, yo también tenía ganas de verte —contestó con sarcasmo.

—¡Oh Michael! Lo siento —se disculpó arrepentida.

—Si llego a saber la manera en la que me recibirías, no me habría molestado en prepararte el desayuno. —Dijo mirándola enfadado.

Así que no había sido Jimmy.

—Me siento como una idiota solo que pensé que se trataba de tu

hermano, por favor perdóname, ¿podrás hacerlo?

—¿Tú que crees? Anda ven aquí.

Cuando Michael la abrazó la expresión en su rostro cambió radicalmente puesto que ella no podía verle.

¿Por qué?

Pues la sencilla razón de que él muy bien sabía que lo que finalmente había acontecido sí que podía llegar a suceder... como era el caso.

¡Mira que le avisó!

Y nada.

Ahora las consecuencias serían terribles para todos.

¡¡¡Los fantasmas del pasado... habían vuelto!!!

—Estás muy guapa, ven a desayunar que se va a enfriar.

—No, no. Voy a buscar a Jimmy, después me pondré con la comida. Es muy tarde.

—Eso puede esperar, ven siéntate.

—Está bien, pero solo un café.

Michael le dio una taza y la llenó, a continuación se sentó frente a ella.

—Jenny, tengo algo que decirte.

Entonces un presentimiento le hizo saber que no le iba a gustar.

—¿Algo va mal?

—No lo sé —mintió.

—¿Y entonces? —Volvió a mirar a su alrededor buscándole... sin ningún resultado. Y le preguntó—: ¿Dónde está?

—Se ha ido.

Algo en su interior le dijo que no le escuchara. Que saliera corriendo y que se fuera de allí.

Y lo que hizo fue levantarse nerviosa y un poco asustada.

—Tengo que preparar la comida, no tardará en volver y...

—Siéntate Jenny.

Esta así lo hizo, cogió la taza y dio un sorbo.

Era tan difícil decirle aquello.

Después de verla tan feliz no quería ser él quien tuviese que hacer esto, pero no le quedaba otra.

—Esta mañana ha llevado a los niños... y créeme si te digo, que cuando lo he visto he podido comprobar que el hermano de siempre había vuelto. Estaba alegre, contento, hasta la expresión de tipo duro que puede con todo había desaparecido... ya te dije que tú eras la única que podía hacer que el

Jimmy de siempre volviera.

—Me estás asustando, ¿le ha pasado algo?

—No.

—¿Y entonces?

—El Jim que ha vuelto no ha sido el mismo.

—No logro entenderte Michael. ¿Qué es lo que ha sucedido en el pueblo para que haya vuelto cambiado?

—No puedo decírtelo —confesó atormentado—. Por mi bien no debo meterme.

—Mi confusión aumenta con tus palabras Michael. ¿No será mejor que hable con él y así pueda explicarse? No entiendo por qué me tienes aquí, contándome algo que se me escapa de las manos, cuando él es el que me lo puede aclarar.

—Ahí está el problema.

—Vamos, dímelo de una vez.

—Ya lo he hecho Jenny. —Y repitió—. Se ha ido.

—Cómo que se ha ido, ¿adónde exactamente?

—A su cabaña.

—Entonces no tardará en volver, me dijo que estaba al otro lado del río. Quizás se le olvidara algo.

—No sabes para que utiliza esa cabaña, ¿verdad? Ya deberías saberlo Jenny.

—Pues para cazar y pescar, eso fue lo que dijo.

—También se marcha allí cuando quiere desaparecer por un tiempo... como pasó esta última vez.

Ni siquiera se dio cuenta pero su taza cayó al suelo, manchando su delicado vestido.

—¡Cielo santo! —exclamó Michael horrorizado.

Y se apresuró a limpiar su vestido antes de que se quemara con el líquido hirviendo, pues ella parecía no percatarse de lo que estaba sucediendo.

—Jenny, Jenny, ¿estás bien?

Su mirada era desgarradora con aquella expresión de dolor.

Todavía así no derramó ni una sola lágrima.

—¿Y por qué ahora? ¿Por qué después de lo de anoche? Dime que es una pesadilla. Dímelo por favor. —Le suplicaba mientras que se aferraba a su chaqueta desesperada—. Dime que no es verdad. Ahora no.

—Me dio esto para ti.
Cogió la carta y la leyó.

Querida Jenny:

Siento mucho la forma en que me marchó, hay algo en lo que tengo que pensar, y aunque te dije que jamás volvería a marcharme como lo hice, no me ha quedado otro remedio.

Quiero que sepas que anoche fue una de las noches más importantes de mi vida. Mi marcha no tiene nada que ver con lo sucedido, debes saberlo. Sólo puedo decirte que ha sucedido algo que me atormenta terriblemente. Algo a lo que tengo que intentar dar solución aunque sea imposible... no puedo decirte más.

Lo único que siento es que tenga que ser justo en este momento, de veras que lo siento.

Necesito tiempo para pensar, por favor, perdóname por seguir dándote motivos para que no puedas confiar en mí, no sé si algún día podré perdonármelo.

Con todo mi afecto:

Jimmy

—¿Y qué significa esta carta? —Y se la dio para que la leyera—. No entiendo absolutamente nada.

—Yo no puedo ayudarte.

—¿No puedes o no quieres? Porque lo que creo es que está relacionado con la parte de su vida de la que nunca ha querido hablar conmigo... esa maldita parte que nunca nos dejó vivir con normalidad, ¿qué fue lo que pasó para que tantos años después aún esté presente?

—No puedo, de verdad que no puedo.

—Está bien. —Y sabiendo que no podría sacarle nada preguntó—: ¿En qué lugar está su cabaña?

—¿Qué? —contestó consternado.

—Ya me has oído, si cree que voy a quedarme cruzada de brazos esperando a que vuelva es que todavía no me conoce lo suficiente.

—No puedes hacerlo.

—Claro que puedo —contestó levantando la voz—. Es mi vida y si tú no me ayudas lo haré sola.

—¿Estás loca? Es muy peligroso.

—¿Y qué me importa? Sin él no soy nada Michael. Desde el día de la fiesta me ha hecho feliz como esposa, ha atendido todas y cada una de mis necesidades, y anoche...jamás me he sentido tan mujer, tan deseada, tan hermosa, ¿y qué es lo que tengo ahora? Nada, absolutamente nada así que como comprenderás el que sea peligroso o no, no tiene la menor importancia para mí.

—Pero sí para mí, además, Jim me mataría si te sucediese algo.

—Tú sólo dime dónde está.

—No puedo.

—Está bien.

Dio media vuelta y empezó a moverse.

—¿A dónde crees que vas?

—Ni tú ni nadie podrá detenerme.

—Por el amor de Dios, escúchame, si vas en su busca tu vida puede correr peligro. La nieve se está derritiendo por el buen tiempo de los últimos días, ¿es qué no te das cuenta? El río estará casi desbordado, si no lo ha hecho ya. No podrás cruzar.

—Si él lo ha hecho yo también podré. —Fue su respuesta. Manteniéndose tozuda y segura de lo que iba a hacer.

Michael empezó a darse cuenta de que no la haría desistir.

Y empleó otra táctica.

—Ni siquiera sabes montar a caballo.

—No me importa.

¿Sería cabezota?

—No te dejaré ir sola, te acompañaré.

—Ni hablar, te quedarás con los niños.

—Los podemos dejar en casa de Emma y...

—No y no.

Y con paso firme se dio la vuelta y subió hasta la parte de arriba con él siguiéndola.

—¿Qué haces? —le preguntó al verla buscar en el cajón de la ropa de su hermano.

—Necesito unos pantalones y una camisa de Jim.

—No te saldrás con la tuya, ¿me oyes?

—¿Y qué harás? —lo desafió—. ¿Encerrarme?

—Si es una solución lo haré.

Jenny entonces encontró lo que buscaba. Lo cogió y se acercó a la puerta. Cerrándola sin inmutarse y casi en sus narices.

Buscando la intimidad que deseaba para cambiarse.

—No vas a cambiar de parecer, ¿verdad? —alzó la voz desde el otro lado de la puerta.

—No.

Michael se dio por vencido.

—Jimmy me matará.

Ni siquiera miró atrás cuando la yegua empezó a alejarse. Y a medida que lo hacía daba las gracias por convencer a su cuñado de decirle dónde estaba aquella maldita cabaña.

Y aunque no estaba segura de lo que estaba haciendo, avanzó centrándose en agarrarse a la silla de montar y no caer.

Alejándose poco a poco a la vez que se iba adentrando en el camino que la conduciría a su esposo.

—Espero no estar cometiendo ninguna locura.

Por la posición del sol debía de llevar un gran rato sobre la grupa de aquel animal y le dolía el cuerpo entero... además, le costada Dios y ayuda llevar a aquella yegua testadura por donde ella quería... y para colmo no encontraba el sendero del que tanto le habló Michael... y sin el cual no encontraría el dichoso río.

¿Le podía ir peor?

—Lamentará por lo que me está haciendo pasar aunque sea lo último que haga... ¡oh no!

Y los problemas empezaron a surgir...

Lo único que pudo hacer en ese momento fue agarrarse a la yegua lo más fuerte que pudo pues era como si aquella se hubiese vuelto loca.

¿Qué le pasaba?

Y empezó a galopar sin rumbo fijo, poniendo en riesgo la vida de Jenny porque no sabía nada acerca de los caballos. Agachando la cabeza para no chocar contra las ramas de los árboles.

Sin conseguirlo del todo.

Realmente su vida estaba en juego como parecía querer demostrarle aquel animal desbocado.

—¡Oh no! ¡Por ahí no!

No podía ser. De pronto el valle se inclinaba peligrosamente hacia abajo y precisamente fue el camino que cogió. Echándose hacia atrás mientras que la yegua bajaba por el lado más peligroso.

Parecía querer torturarla, ¿sería testaruda?

No supo cómo pero lo consiguió. Y ya, cuando casi estaba sobre tierra firme, bajó la guardia para calmar sus tensos músculos y pasó lo inevitable debido a que, nuevamente, algo la puso intranquila.

Y antes incluso de que se diera cuenta, cayó al suelo sobre su dolorido trasero.

—Mataré a esa yegua caprichosa... cuando la encuentre.

Se dijo con lágrimas de rabia. Y es que había salido corriendo dejándola allí sola. En mitad de la nada. Propiciando a que se diera cuenta de que un líquido caliente le corría por la mejilla.

Se llevó la mano a la cara y se horrorizó. Dándose cuenta de que estaba sangrando.

¿Qué es lo que iba a hacer ahora?

Se levantó como pudo y deseó, un poco tarde, no haber emprendido esa desastrosa aventura.

Caminó con dificultad hacia no sabía dónde hasta que no pudo más, sentándose sobre una roca no muy reconfortante.

—Esto me pasa por idiota. —Se gritó a si misma—. Estoy cansada, hambrienta, herida, y no tengo nada para satisfacer mis más mínimas necesidades, ¿por qué seré tan estúpida? Con lo simple que hubiese sido quedarme en casa esperándole...

Y se calló. Escuchando en silencio un ruido de fondo.

¿Podría ser posible?

Entonces sonrió. Y lo hizo porque a lo lejos se oía como una cascada de

agua... y eso no podía ser otra cosa que:

—El río —volvió a gritar mientras se levantaba entusiasmada— ¡Oh! Lo he encontrado.

Y no sólo encontró el río, ya que su yegua también estaba allí, bebiendo plácidamente.

Ahora lo entendía, desde el primer momento sabía que el agua se encontraba en aquella dirección y por ello de su impaciencia.

Se acercó hasta ella y le acarició el lomo.

—Buena chica, sí señor.

Pero los problemas no acabaron ahí. ¡No Señor! Observando que efectivamente Michael tenía razón.

El caudal crecía demasiado rápido, tanto que no tardaría en desbordarse, y si quería cruzar no debía esperar ni perder el tiempo. Actuando sin pararse a pensar en el peligro que podía llegar a correr.

Y dejó la fatiga atrás y volvió a subir con dificultad a la grupa de la yegua, cruzando los dedos para desearse suerte.

¡Le iba a hacer falta!

Fue mucho más complicado de lo que en un principio pensó, y hasta llegó a sentir un miedo abrasador al notar cómo el agua empezaba a cubrir el lomo del animal llegando a sus piernas.

¿Lo conseguiría?

Todo habría salido bien si no hubiese sido porque, cuando ya casi estaban en la orilla, Jenny, que no pudo aguantar totalmente exhausta, cayó al agua.

La fortuna quiso que casualmente quedase enganchada a la brida, lo que sin ninguna duda la salvó de una muerte segura, porque la yegua siguió hasta estar sobre tierra firme.

Una vez allí se desenganchó como pudo.

Estaba tan agotada que ni siquiera pudo moverse, cerró los ojos y se quedó dormida.

—Tío, ¿no nos has escuchado?

Michael salió del trance en el que estaba y miró a sus sobrinos.

—¿Qué? ¿Hablabais conmigo?

—¿Con quién si no? —Rio la pequeña.

—¿Dónde están padre y Jenny? —volvió a preguntar.
—Han salido.
—¿Dónde?
—Se han ido a la cabaña que tiene vuestro padre.
—¿Para qué?
—Vaya una niña más curiosa, pues veréis, yo no sé mucho más que vosotros, se han ido y puede que estén algunos días fuera.
—Pero, ¿y quién nos preparara los postres? —protestó.
—Creo que os tendréis que conformar conmigo.
—¿Eso significa que podemos hacer lo que queramos? Vamos Sandy, vayamos a cazar bichos.
—De eso nada, ¡eh niños! ¿Me queréis hacer caso?
—No.
Gritaron a la vez que salían corriendo entre risas.
—Os pillaré y entonces os azotaré el trasero.
Salió corriendo tras ellos y por un momento se olvidó de lo que tal vez le podría estar ocurriendo a su querida cuñada.

No sabía si era cosa de sus sueños o qué, pero se sentía excesivamente mojada. Tanto que le dolían todos y cada uno de sus castigados huesos.

Si realmente se trataba de un sueño quería despertar, tenía que hacer lo posible para alejarse de aquella pesadilla... pues era como si su vida dependiese de ello.

¡Entonces despertó!

Miró a ambos lados sin creer lo que estaba viendo, y recordó el motivo por el que estaba allí.

No sabía ni cómo ni cuándo, pero lo cierto era que el río empezaba a desbordarse y era como si se la quisiera llevar con él.

Y reuniendo la poca fuerza que le quedaba se afanó por salir de aquella zona de peligro, y cuando finalmente lo consiguió con un terrible esfuerzo, estaba completamente exhausta, tanto que no sabía cómo sería capaz de salir de aquel lío en el que se había metido.

¡Ella solita!

—Tengo que llegar hasta Jim, debo hacerlo —susurraba mientras hacía lo imposible para subirse a la yegua.

Michael le dijo que una vez cruzado el río no tardaría en encontrarle, y debía de sacar fuerzas de donde no las había para llegar hasta él. Sabía que era la única persona que podría ayudarla en esos momentos y realmente le necesitaba.

Nunca en su vida se había encontrado tan enferma y tan cansada.

Le costó Dios y ayuda volver a subir, pero al final lo consiguió, y aún a pesar de estar casi desfallecida sonrió al ver a lo lejos una pequeña cabaña.

Lo había conseguido.

Y vio que de la pequeña chimenea salía humo... lo que significaba que al menos él estaba dentro.

Bajó de la yegua muy despacio para no volver a caer, pero al apoyar los pies en el suelo se mareó de tal forma que tuvo que agarrarse al cuello del animal.

De pronto era como si sus pies no quisieran obedecerla, no le quedaban fuerzas ni para caminar pero era necesario, tenía que llegar hasta él.

Estaba totalmente mojada....

El pantalón se le había roto...

El pelo estaba todo enredado...

De su mejilla seguía saliendo sangre...

Tenía un calor abrasador...

Y para colmo, en una de las caídas, se hizo daño en un brazo...

¿Podría tener peor aspecto?

Llegó ante la puerta y fue a llamar cuando ésta se abrió de repente y por casualidad...

Lo que él jamás llegó a pensar es que se la encontraría al abrirla.

Y antes incluso de poder decir algo la miró asombrado. Dándose cuenta del aspecto que tenía.

Asustándose considerablemente.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¿Cómo has logrado cruzar el río? — preguntó dejando atrás el susto al verla y mostrando el enfado que empezó a sentir.

Iba a matar a su hermano.

—Te necesito —su voz fue tan débil que casi ni la oyó.

—¿Qué?

—Ayúdame...

No pudo decir nada más pues en ese mismo instante perdió el conocimiento.

—¡Dios mío!

CAPITULO XI

Actuó incluso más rápido de lo que él mismo pensó, pues antes de que su delicado cuerpo cayera sobre el suelo, la cogió en brazos y la llevó hasta el interior.

Una vez allí la dejó sobre el colchón.

—Jenny, ¿qué locura has cometido? —Su enfado se había evaporado por arte de magia.

Verla en aquel estado hizo que hasta el problema tan grande que tenía quedase relegado a un segundo lugar... no podía hacer otra cosa que mirar su pálido rostro sintiéndose culpable por lo que estaba sucediendo.

—Todo saldrá bien, ya lo verás.

Con mucho cuidado empezó a quitarle aquellas ropas mojadas, y cuando la tuvo desnuda, cogió una de sus camisas limpias para ponérsela. Después la tapó con la manta.

Y fue al tocarle la frente cuando realmente se empezó a preocupar, estaba ardiendo de fiebre.

—¡Dios por favor! No permitas que le suceda nada.

Por nada del mundo podía perder a su adorable chiquilla y menos así.

Acudió desesperado hacia el armario y se sirvió una gran cantidad de whisky. La miró unos segundos, y sintiéndose peor que nunca, lo tomó de un trago.

—Pero, ¿qué es lo que he hecho?

Sin darse cuenta dejó caer el vaso y se sentó sobre el suelo. Se pasó la mano por el pelo nervioso, en un vano deseo de serenarse, pero no lo consiguió.

Tenía que hacer algo para ayudarla, tenía que salvarla o moriría con ella...

Y de pronto escuchó sus sollozos, se puso en pie de un salto y acudió hasta ella.

—Estoy aquí, a tu lado.

Cogió su mano para tranquilizarla, pero ella no le miraba.

¿No lo veía?

—El agua, el agua —comenzó a gritar pareciendo una loca—. No dejes

que me lleve, no lo permitas.

Estaba histérica.

—No va a sucederte nada, ahora estás a salvo, ¿me oyes?

Ella continuaba sin mirarle.

—Jenny, ¿no me reconoces?

Pero ni siquiera le escuchaba.

—Voy a morir, voy a ahogarme. —Estalló en lágrimas y quiso levantarse del colchón—. Tengo que salvar a los niños, debo llegar a ellos.

La miró perplejo mientras la sujetaba para que no se moviese, estaba delirando, por eso ni le escuchaba ni le veía.

¡Ahora lo entendía todo!

—Tengo que bajarte esa fiebre como sea.

Cogió unas cuantas compresas y llenó un cubo de agua fría. No le importaba el tiempo que tuviese que estar a su lado, pero haría bajar esa fiebre aunque su vida dependiera de ello.

Durante parte de la tarde y toda la noche estuvo cambiando las compresas calientes de la fiebre por otras frías; aun así, estuvo delirando un par de veces más y ni siquiera su presencia pudo calmarla.

Ya amanecía, cuando un Jim completamente exhausto, comprobó que la temperatura por fin había bajado.

Suspiró aliviado y se dejó caer sobre la silla. Fue entonces y solo entonces cuando se quedó dormido.

Había sido una noche muy larga.

Abrió los ojos muy despacio y miró el techo de forma extraña.

¿Dónde estaba?

No lograba recordar nada.

Y quiso moverse cuando se sintió tan débil que tuvo que quedarse quieta.

¿Qué le pasaba?

Giró la cabeza para lograr saber dónde se encontraba y le dio un vuelvo al corazón al verlo dormido a su lado.

Allí, tendido sobre la silla con sus casi dos metros de estatura, parecía todavía más atractivo... Fijándose en los detalles.

Tenía el pelo alborotado...

Además de una barba ya crecida...

Su camisa estaba sucia y la llevaba por fuera de los pantalones...

¿Qué le podría haber mantenido tan ocupado para tener ese aspecto?

Intentó nuevamente poder incorporarse sobre los almohadones pero se tuvo que dar por vencida al comprobar que era inútil.

Y Jim se despertó al escucharla.

La miró intranquilo pues no sabía si lo que acababa de oír formaba parte de algún sueño, pero menuda sorpresa que se llevó cuando se encontró con su mirada fija en él.

—¡Oh Jenny! —susurró con aquella sonrisa en los labios deliciosa—. Te has despertado.

Se levantó para sentarse en el colchón a la vez que la cogía de la mano.

—¿Dónde estoy?

—¿No te acuerdas?

—No.

—Estás en mi cabaña de caza.

De pronto todo se agolpó en su mente.

El baile...

Sus atenciones...

Aquella maravillosa noche...

Su abandono...

El río...

Y entonces apartó la mano para que no la tocara.

—¿Qué me ha pasado?

—Perdiste el conocimiento, tuviste mucha fiebre y estuviste delirando.

—¿Cuánto llevo aquí? —preguntó en tono seco.

—Un día.

Y él la estuvo cuidando durante todo el tiempo. No había duda.

Sus ojeras eran bien justificadas pues parecía como si no se hubiese apartado de su lado ni un momento.

Aunque claro.

¿Le había quedado otra alternativa?

Los remordimientos debían de haberlo hecho sufrir como nunca, ¡oh sí! Y lo tenía más que merecido.

—Me he llevado un buen susto, mataré a Michael por dejarte venir...

—Esto es entre tú y yo, y si no hubieses huido como lo hiciste nada de esto habría pasado.

—Pero, ¿cómo se te ocurrió seguirme?

—Esa no es la pregunta Jim, la pregunta es, ¿cómo se te ocurrió a ti marcharte así después de lo que me dijiste? Me dijiste que no volverías a hacerlo. —Y mientras hablaba varias lágrimas empezaron a caer—, me dijiste que harías todo cuanto estuviese en tus manos para que confiara en ti, y me dijiste que me recompensarías por todo el daño que me hiciste, ¿es esta la forma de hacerlo?

—Jenny...—Y quiso acercarse, pero se paró en seco al escucharla.

—Ni se te ocurra acercarte, déjame sola por favor.

—Pero...

—Vete. —Quiso gritar, pero estaba demasiado débil para hacerlo.

—Está bien.

Necesitaba descansar y quedaba claro que él lo único que hacía era alterarla.

Y la dejó sola en contra de su voluntad.

Pasó un rato antes de volver a entrar con una bandeja de comida.

—Te he traído un poco de sopa caliente, debes de estar hambrienta.

—Sí, tengo hambre. —Se le hacía la boca agua, realmente estaba hambrienta—. Gracias.

—Por favor no me las des —contestó avergonzado—, si no fuese por mí no estarías así ahora.

—Jim.

—¿Sí?

—No me gusta decirte esto pero creo que necesito ayuda para comer.

—Lo haré encantado.

La ayudó a sentarse y poco a poco le dio de comer; fue muy extraño para ambos.

—¿Necesitas algo más?

—Sí —susurró con voz temblorosa.

—Dime.

—Necesito saber si para ti fue tan importante como para mí.

Y nuevamente se echó a llorar.

—Pero pequeña... —Se arrodilló al borde del colchón y removió sus cabellos—. ¿Acaso no lo sabes ya? ¿No leíste la nota?

—Claro que la leí pero ya no sé qué creer.

—Fue una de las noches más importantes de mi vida, ¿me has oído? Y eso no lo puede cambiar nadie.

—No puedo creerte. —Sollozó con una pena infinita—. Si eso fuese verdad nunca me hubieses dejado después de hacerme el amor. No. Después de decirme que no podías vivir sin mí. No. Después de decirme que me deseabas tanto...

—Cada palabra que te dije fue una realidad Jenny, y no sólo te deseo, también te amo. Te amo tanto...

—No me mientas por favor, no lo soporto.

—No te miento, tú y mis hijos sois lo más importante para mí.

—Tienes una buena forma de demostrarlo, vete, vete y déjame sola.

—Jenny...

—Y por favor, no me llames así.

—Como quieras.

Era la segunda vez que lo echaba pero esta vez era más dolorosa, ni siquiera quería creer que la amaba...

Tanto tiempo para decírselo y ahora no le creía.

¡Lo tenía bien merecido!

Poco a poco fue recobrando las fuerzas. La fiebre no volvió a aparecer en todo el día, y cuando empezaba a anochecer se levantó despacio. Asomándose a la habitación que aún no había visto envuelta en la manta.

Por nada del mundo se presentaría ante él con la camisa como única prenda de vestir.

¡Antes preferiría quedarse encerrada en aquel cuartucho de mala muerte! Y echó un vistazo a lo que veía.

Era un espacio muy pequeño, hecho de madera y simple y rudimentario. Viéndole de espaldas removiendo algo en una cazuela que estaba sobre el fuego.

Éste sintió su presencia y se acercó preocupado.

—¿Qué estás haciendo? —La regañó—. Podrías caerte.

—No voy a cenar ahí dentro.

—¿Prefieres cenar conmigo? —preguntó con voz conciliadora cambiando la expresión de su rostro.

—Pues no —le negó tan tranquila. Mostrándose dolorosamente sincera —, pero, ¿qué remedio me queda?

—Está bien —contestó con pesar a medida que se alejaba—, siéntate. La cena está lista.

En un momento lo tuvo todo preparado.

Los cuencos llenos de sopa...

La carne enlatada caliente sobre la mesa...

Y unas cuantas manzanas que acababa de coger del árbol que había fuera...

—Sé que esto no es como tus guisos pero es lo mejor que he podido encontrar.

—No. No, está muy bien. —Volvía a estar hambrienta y hasta aquella comida le supo a gloria.

Comiéndoselo todo.

—Te ayudaré a recoger.

—Ni hablar, tú descansa.

Y se levantó apresurado sin darle opción a nada.

—Gracias por la cena.

Ella también se levantó pero para marcharse al otro cuarto.

Jim entonces la miró, y en el último momento se atrevió a preguntar:

—¿Quieres tomar un café conmigo? —Su voz acompañada de su mirada era de auténtica súplica.

—No lo sé.

Dudaba... y desde luego que aquel detalle obraba a su favor.

—No es tan bueno como el tuyo —continuó hablando con voz apaciguadora, deseando poder convencerla para que se quedara a su lado—, pero tengo algunas galletas.

—¿Intentas chantajearme?

—No. Lo que intento es estar al lado de mi esposa un rato. Te necesito aquí, conmigo.

—Tienes una forma de demostrarlo un tanto peculiar, ¿he de recordarte que yo no debería estar aquí?

—Pero estás. Una vez más me has demostrado la clase de mujer que eres, ven, empieza a hacer frío.

Echó más leña al fuego y se sentó en una de las sillas destartaladas frente a la chimenea. Cogió la cafetera que descansaba sobre las llamas, y seguidamente sirvió el líquido en dos tazas humeantes.

Presionando para que se quedara.

Jenny no supo qué hacer...

Y en el último momento, y ante la sorpresa de él, se sentó a su lado. En la única silla destartalada que quedaba. Estiró la mano y cogió la taza que Jim le ofrecía.

—¿Y se puede saber qué clase de mujer soy? —preguntó curiosa.

¡Deseaba saberlo!

—La que hace que me sienta orgulloso de todo cuanto hace.

Por unos segundos solo se miraron.

—¿Por qué dices eso?

—Vamos Jennifer... cualquier esposa se hubiese quedado en casa llorando, pero tú no. Tú montas sobre un caballo sin importarte que sea la primera vez y llegas a cruzar un río que se está desbordando sin importarte que tu vida esté en juego. Eres diferente.

—¿Te gusta que sea diferente?

—Sabes que sí. Lo que no me gusta es que lo hagas por mí, no merezco nada tuyo.

Sus palabras sonaban a una realidad que a Jenny le encogió el corazón. Y no pudo quedarse callada. Diciéndole:

—No digas eso.

—Es la verdad, ahora más que nunca.

Sus palabras seguían siendo desgarradoras.

Algo que a Jenny le dolía muchísimo. Llegando a pensar qué sería lo que habría sucedido en el pueblo para que se marchara después de lo que le dijo. Refugiándose en una soledad absoluta con el propósito de pensar...

¿Pensar en qué?

Y decidió darle una nueva oportunidad.

—Cuéntamelo Jim, quizás yo pueda ayudarte.

—Ahora sí que es tarde. No puedo hacerlo. Te haría un daño irreparable y jamás me lo perdonaría. Esto no.

—Si soy parte implicada, exijo saberlo.

—No lo haré, enfádate si quieres, pero no puedo.

—Tú ganas. —Le dijo serena.

Si no había nada de qué hablar entonces es que ella no debería de estar a

su lado.

Estaba convencida.

Por lo que se levantó y simplemente dijo:

—Hasta mañana.

Y se marchó pensando, únicamente, en recuperar las fuerzas. Convencida de que se subiría a la yegua y volvería sola por el mismo camino. No tenía ningún miedo.

Y Jim por su parte, era tal la angustia que sentía, que una vez más desde que llegara, cogió la botella de whisky y sin vaso ni nada se la llevó a la boca.

Quería con urgencia perder el control para así dejar de atormentarse.

Quando despertó al día siguiente no lo encontró por ninguna parte.

Si no fuera por las mantas en el suelo y por la botella vacía, incluso podía llegar a parecer que nadie habitaba la cabaña.

¿Dónde se habría metido?

La curiosidad no tardó mucho en convertirse en preocupación, y ésta no tardó mucho en convertirse en miedo. Mientras que las horas avanzaban lentamente.

Desayunó sola...

Comió sola...

Y él nada....

No daba señales de vida...

¿Le habría sucedido algo?

Y no se pudo quedar quieta. Cada vez se encontraba mejor y, ante la impotencia que sentía, se puso a limpiar aquel cuchitril.

Más tarde se aseó y se lavó el pelo enmarañado.

Haría cualquier tarea con tal de evitar pensar en lo que no debía, para el contrario hacer algo útil. Y es que si no terminaría perdiendo la poca paciencia que le quedaba.

¿Cómo se había atrevido a dejarla sola tanto tiempo?

Atardecía cuando Jim llegó junto a su caballo, lo ató fuerte y se sacudió los pantalones.

Estaba harto. Además le dolían todos y cada uno de sus huesos doloridos debido al duro suelo.

Y la suma de aquello hizo que tuviese aquel humor de perros.

Hasta que la vio...

Allí, sentada delante de sus narices, se encontraba una mujer tan bella que por unos instantes se quedó paralizado.

La mirada fascinada del hombre en lo primero en lo que se fijó fue en aquellos cabellos recién cepillados y todavía húmedos, más tarde lo que llamó su atención fue en lo bien que le quedaba su camisa limpia como único vestuario. Dejando las piernas tan bonitas al descubierto, pues a duras penas si le tapaba los muslos. Y ahí, precisamente ahí, era donde miraba embobado.

Estaba tan seductora aun a pesar de esa cara de enfadada...

—Ya está bien que aparezcas, ¿cuándo vas a aprender que no me gusta que te marches así, sin más?

Jim habló para decir:

—Estás muy guapa.

—¿Qué?

Y al darse cuenta de lo que estaba mirando se ruborizó.

¿Cómo había podido olvidarse de taparse?

Y es que el enfado y la preocupación eran los causantes de que ella estuviese de aquella guisa.

Maldiciéndose por ello.

—¿Dónde has estado? —le preguntó desafiante mientras que, para consternación del hombre, cogía la manta y se la enrollaba con fuerza.

—En el río. —Dejó unos cuantos peces encima de la mesa y sonrió—. Me gustas más sin ella, mi camisa te queda muy bien.

—No me la quitaré —soltó enfurruñada.

¿Acaso se esperaba que lo recibiera con los brazos abiertos? Pues iba bien listo...

—¿Quieres que lo haga yo? —Preguntó con picardía manteniendo las miradas.

—¿Para qué? No quiero levantarme mañana y saber que te has vuelto a marchar.

—Ese ha sido un golpe bajo —la regañó—. Tú no tuviste nada que ver con mi marcha.

—Por eso me lo dijiste, para que me quedara tranquila ¿no?—le reprochó con un cabreo que iba en aumento.

—No empieces —la advirtió.

Y tuvo el presentimiento de que se complicarían las cosas...

¡No se equivocó!

—Tengo el derecho a preguntar.

—No. No lo tienes —le dijo cambiando la expresión—. Aceptaste el trato que te ofrecí y sabes demasiado bien que hay temas que no se tocan.

“¡Ya estaba! —Se dijo Jim zanjando el asunto—. A ver si por primera vez era sensata y lo dejaba ahí. Aunque con ella nunca se sabía, claro”.

Y mientras, la otra parte pensaba:

“—Pues sí que estaban bien. Parecía que había vuelto con ganas de pelea... pues bien. La tendrían —pensó una Jenny cabreadísima a esas alturas —, porque desde luego iba listo si creía que iba a callarse”.

Ni mordiéndose la lengua podría hacerlo.

—¿Qué trato? Fuiste el primero en romperlo cuando llegaste al baile, ¿no te acuerdas? —le dijo mordaz—. Por ese motivo ahora yo también puedo romperlo y por lo tanto exigirte que me cuentes esa parte que tanto te atormenta. ¿No te parece?

Jim dejó salir el aire de su boca y se pasó la mano por el pelo nervioso.

¡Ya estaban otra vez!

—Cállate o te arrepentirás. —En ningún momento levantó la voz pero sus palabras sonaron a una auténtica amenaza.

—No pienso callarme.

¡Dios! ¡Qué mujer aquella!

—Está bien. Tú lo has querido... —Y avanzó un paso, en un gesto amenazante, que por supuesto a ella no le daba ningún miedo—. ¿Dices que rompí el trato? Pues bien, para que lo sepas quizás, de no haberlo hecho, no hubiese tardado en visitar el burdel. Todo hombre tiene un aguante y el mío superó el límite.

Aquel sí que fue un golpe bajo.

—¿Qué insinúas? ¿Te acostaste conmigo solamente para calmar tu deseo? ¿Es eso lo que tratas de decirme?

—Tú misma... eres experta en meternos en estos líos porque no sabes estar callada.

—¿Hubieses ido al burdel? —preguntó dolida. Reflexionando acerca de lo que acababa de decir—. Y entonces, el jueguito que te traías conmigo... ¿era para probarme en la cama? Sabes que no era necesario. Me hubieses tenido la primera noche.

Jim volvió a soltar el aire de manera ruidosa y dijo:

—¿Te das cuenta de lo que me estás obligando a hacer? No me tires de la lengua o seguiré haciéndote un daño completamente innecesario. De verdad te lo pido.

Pero de momento el daño estaba hecho, y en vez de callarse atacó.

—Ahora sé que me confundí. Qué tonta he sido. —Y como si nada soltó—: Debí visitar al Obispo, quizás entonces habría encontrado un marido que me comprendiera.

Todo sucedió demasiado rápido.

—¿Y por qué no lo hiciste? —Gritó volviéndose loco a la vez que la rabia hacía que tirase todo lo que se encontraba al alcance de la mano contra el suelo—. Maldigo el día en que entraste en mi vida, ¿me oyes? No volveré a tocarte. Sé cómo controlar mi cuerpo sin tu ayuda.

—Pues ojalá que revientes, —gritó también como una loca— grosero maleducado, eres lo peor que me ha sucedido en la vida, y si lo que acabas de insinuar es que acudirás a otras mujeres para satisfacer tus malditas necesidades, ten en cuenta que quizás yo también lo haga.

—¡Por encima de mi cadáver! —Y Jim la sujetó por los brazos sacudiéndola de forma desesperada—. ¿Me has oído? Tú no. Tú no.

Y sin saber cómo, la rabia que sentía dio paso a un dolor tan profundo, que en vez de zarandearla la apretó fuerte contra sí, sin apenas dejarla respirar.

¿Qué le pasaba?

Jenny, desconcertada por la forma en la que se aferraba a ella, lo abrazó a su vez arrepentida.

Una vez más...

¿Por qué era tan cabezota?

Esta vez incluso la avisó, pero no, ella no podía permanecer callada.

—Jim, Jim.

Pero él no escuchaba nada y seguía apretándola contra su pecho desesperado, gimoteando como un niño.

Y la desarmó por completo.

Nunca. Nunca lo había visto llorar.

—Tranquilo, estoy aquí.

—No puedo más —explotó—. No puedo más.

—Mírame.

Sólo cuando la miró fue capaz de tranquilizarse un poco.

—¡Oh Jenny! ¡Mi Jenny! Siempre en primera fila... siempre dando sin recibir nada a cambio...

—Schsssss —Posó un dedo sobre sus labios y le hizo callar—. No digas nada, ¿sabes qué? Haremos como que no nos hemos dicho esas cosas tan horribles. Sabemos que es mentira y me gustaría, si me dejas, cuidarte por lo que queda de día, ¿qué te parece?

—Hoy más que nunca necesito que me cuides, que me quieras...

—Siempre te he querido.

—¿Siempre?

—Siempre. No lo dudes. ¿Y tú a mí?

Jim acercó su cara hasta rozarse con la suya y le confesó:

—Yo también te quiero Jenny. Siempre lo he hecho y siempre lo haré, y nada en este mundo podrá cambiar mis sentimientos. Desde que empecé a fijarme en ti en la cantina supe que serías especial en mi vida. Y acerté. ¿Y sabes qué?

—¿Qué? —preguntó con los ojos empañados.

—Que tengo que pedirte disculpas por dejar que el Jim de antes no se mostrara antes. Me atormenta el sufrimiento que te he hecho pasar a causa de mi tozudez.

—Vaya, eso sí que es una declaración de amor.

La besó suavemente en los labios y se olvidó de lo demás.

—Te prepararé la cena y después nos sentaremos frente a la chimenea. ¿Qué te parece la idea? —le ofreció Jenny con una maravillosa sonrisa. Añadiendo—: ... disfrutemos del momento y te prometo que no habrá preguntas comprometidas.

—Suena demasiado bien. Iré a asearme un poco antes.

Y se giró para decir:

—Gracias.

—¿Por qué?

—Por estar aquí.

Cenaron el pescado que Jenny cocinó. Disfrutando de la compañía de ambos sin prisas de ningún tipo y sin casi hablar.

Les bastaba con mirarse... pero sobre todo les bastaba con estar uno al lado del otro.

¡Un tesoro que parecía inalcanzable!

La noche era especialmente fría y aunque la puerta estaba cerrada el aire helado parecía colarse por cada rendija.

Jim echó otro tronco al fuego y la observó apretarse contra la manta que se había echado encima.

—¿Tienes frío?

—Sí.

—Pues habrá que solucionarlo.

Y se dirigió rápidamente a la habitación. Cogió el colchón y salió con él cargado. Poniéndolo frente a la chimenea, después puso la almohada y se sentó cómodamente.

Antes de taparse dijo:

—Ven aquí.

—¿Sabes? Así estaremos mucho mejor, ¿te traigo un café antes de sentarme?

—No.

—¿No?

Jim la miró provocativamente y le dijo:

—No es café lo que necesito ahora mismo.

—¿Ah no?

—No.

—¿Y qué es lo que necesitas? —le preguntó entrando en el juego de su querido Jim.

—A mi esposa —contestó sonriendo tras ver su cara.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Jim cambió la expresión del rostro.

—Por todos los santos, prometiste...

No lo dejó terminar.

—¿Con o sin manta? No, no me contestes. Lo acaban de hacer esos ojos que tanto transmiten cuando ellos quieren.

Y ante la sorpresa de su marido se la quitó y tardó bastante en acurrucarse a su lado.

Pareciendo que lo hacía deliberadamente.

—¿Quieres provocarme?

—Puede.

—Niña mala —susurró loco de placer al sentir sus piernas desnudas junto a él.

—Si hace este frío en primavera, ¿qué es lo que hace en invierno?

—Ni te lo imaginas, aunque si estuviésemos así, sentiríamos cualquier cosa menos frío.

—¿Por qué? —preguntó volviendo al juego.

—Porque yo te calentaría. —Y mientras se lo decía la miraba con una pasión tan grande que la hizo derretirse.

—¿Cómo? —Terminó preguntando muerta de la vergüenza.

—Así. —Y ante su sorpresa la cogió por la cintura colocándola encima de su excitado cuerpo—, y así...

Dejó cualquier tipo de preocupación fuera de la cabaña y se centró en lo que deseaba hacer con ella y ahora. Besándola en la boca y saboreando aquellos labios que le gustaban y le excitaban terriblemente, mientras, hizo que abriese las piernas quedando a horcajadas sobre él.

Y fue cuando Jenny lo sintió.

—¿Funciona?

Una Jenny atrevida se levantó y quedó sentada encima del deseo que su esposo sentía por ella... a continuación movió las caderas suavemente.

—Aprendes tan deprisa muñeca... —Y desabotonó uno a uno los botones hasta tener aquella maravillosa vista.

Ni en sus mejores sueños hubiese llegado a pensar que un segundo encuentro bastaría para que fuese capaz de actuar así.

Volviéndolo loco...

Absolutamente loco de deseo.

—Jenny, Jenny, ¿qué es lo que me has hecho? —Seguidamente y con un movimiento rápido la bajó para poder desnudarse.

¡Que placer tan grande sentir la piel desnuda contra la suya!

Besaba su cara...

Sus labios...

Su cuello...

Sus pechos...

Besaba cada parte de su cuerpo arrancando gemidos impacientes a la vez que Jim la escuchaba divertido. Admirando que a su pequeña no le importara gritar de placer. Excitándose hasta el extremo por el simple hecho de escucharla.

Bajó hasta sus muslos ardientes y la acarició.

—¡Hmmm! Esto me gusta, estas más que dispuesta a recibirme, ¿no es cierto?

Ella no podía contestar, lo único que podía hacer era respirar con dificultad debido a aquellas nuevas caricias que la hacían perder el sentido.

—Muñeca no sé si podré contenerme mucho más.

Entonces, fue Jenny la que rodeó la cintura masculina con sus piernas acercándose insinuante. Dando permiso para que hiciese lo que deseaba...

Algo que Jim hizo a continuación.

¡Cómo la necesitaba...!

Hicieron el amor aferrándose el uno al otro como si la vida les fuese en ello. Teniendo especial cuidado para que no hacerla daño, y dándose cuenta de lo tremendamente rápido que seguía aprendiendo su deliciosa mujercita.

Cuando terminaron se abrazaron cariñosamente y aquel gesto les bastó. Eran felices y se complementaban a la perfección.

Y era lo que importaba.

—Te quiero Jenny, te quiero.

Y abrazados se quedaron dormidos.

Se despertó sobresaltada y...

¡Oh no!

Igual que la otra vez se encontraba sola.

¿Podría ser que lo hubiese vuelto a hacer?

No. No podía ser.

Y aunque luchó contra viento y marea para no pensar en lo acontecido el día que la desvirgó, no le sirvió de absolutamente nada.

¡No lo consiguió!

Su frente se llenó de gotitas de sudor y empezó a respirar de manera alterada.

¿Dónde demonios se habría metido?

Desde luego que no se quedaría allí parada esperándole.

¡Vaya que no! Sino que se levantaría y lo buscaría... igual que la otra vez.

¡No!

Saltó del colchón de un salto y tapó su cuerpo desnudo.

Y no quiso preocuparse...

Tampoco quiso juzgarle...

Pero era tan difícil...

No tardó prácticamente nada en suspirar aliviada en el instante en que abrió la puerta. Viéndole sentado sobre una gran piedra y con una taza en la mano. Dejando la preocupación a un lado y dándose cuenta de lo fría que era la mañana. Apretándose bien la manta.

—Buenos días.

Jim se giró y la miró. Su rostro expresaba diversión mientras que la miraba de arriba abajo.

—¿Quieres provocarme?

—¿Yo?

—¿Quién si no? Ven aquí.

Por supuesto que ella no se hizo de rogar y se sentó sobre sus rodillas.

—Anoche estuviste fabulosa. ¿Sabes que cada vez me sorprendes más?

—¿Ah sí?

—Sobre todo... —Bajó hasta su oreja y le susurró—: me sorprende esa parte que tienes de provocadora y de niña mala, ahí es donde caigo rendido a tus pies.

—¿Yo niña mala?

—Mmmmm... —Y la empezó a besar en el cuello—, como ahora que te presentas delante de mí desnuda bajo esa manta.

—No debería ponértelo tan fácil.

—¿Por qué no? —Dejó de besarla y la miró con un gesto interrogante.

¿Estaba enfadada?

—Me hubiese gustado despertarme junto a ti.

—La próxima vez. Te lo prometo.

—Te perdono —rio.

—He estado temprano en el río y he visto que se puede cruzar —le dijo cambiando de tema—. Ayer, cuando estuve pescando ya casi se podía, y hoy como sigue nublado la nieve no seguirá derritiéndose, así que debemos volver cuanto antes o quizás nos quedaremos aquí atrapados varios días.

—¿Puedo desayunar antes? Estoy hambrienta.

—Primero tengo otros planes.

—¿Cuáles?

Jimmy dejó la taza en el suelo y, sin ningún tipo de esfuerzo, la cogió en brazos mientras que de una patada abría la puerta.

—Despidámonos de la cabaña como es debido, ¿te apetece bien?

—Me gusta la idea.

Empezaron besándose deprisa a la vez que sus lenguas, húmedas y

calientes, se entrelazaban entre sí dando paso a la urgente necesidad de sus cuerpos.

Y Jenny, maravillada de lo que empezaba a bullir en su interior... a consecuencia de lo que su marido deseaba hacer con ella, hizo que quisiera recompensarle.

Y en cuanto la dejó sobre el suelo fue ella misma la que se quitó la manta para, a continuación, empezar a desabotonar los botones de la camisa de él mientras le decía:

—Déjame a mí, ¿te parece bien?

Él no contestó. No hacía falta porque le bastó su mirada lujuriosa mientras se dejaba hacer.

Lo tocó...

Lo exploró...

Lo acarició...

Y lo humedeció con la lengua de la misma forma que él hizo con ella la noche anterior...

Y aunque Jim intentó controlarse le resultó imposible. Necesitándola desesperadamente.

—No aguanto más Jenny.

Y la amó entregándole el alma entera. Terminando exhaustos y sintiendo de todo menos frío.

—Quizás he ido demasiado rápido, ¿te he hecho daño? —preguntó preocupado.

—No.

—Menos mal, es que haces que me olvide de tu poca práctica y por nada del mundo quisiera hacerte daño...

—No es daño lo que me haces, eso sí, me agotas. —Río divertida—. Estoy muerta.

—Te recompensaré con el desayuno. Debes de recobrar fuerzas para tener contento a tu esposo, aunque si sigues así seré yo quien termine agotado.

Se levantó tal cual, mostrando su desnudez, y le vio cogiendo la cafetera y dos tazas.

—¿No vas a ponerte nada?

—¿Para qué? No me vas a decir que te da vergüenza, ¿verdad? No después de lo que acabamos de hacer.

—Aunque no te lo creas se me hace un poco raro —confesó mirando el

suelo.

—Me sigues sorprendiendo. Mientras hacemos el amor te conviertes en otra mujer, en cambio ahora vuelves a la Jenny tímida de siempre... si lo necesitas te daré un poco más de tiempo para que te vayas acostumbrando.

Y se vistió. Solamente después continuó con el desayuno.

Desayunaron sobre el colchón café recién hecho y las pocas galletas que quedaban. Más tarde le dejó unos pantalones y una camisa limpia para que se vistiera.

—Bien, es la hora de regresar a casa, ¿estás preparada?

—Lo estoy, esta vez no me da miedo, confié en ti.

—¡Oh amor! —Y la estrechó entre sus brazos—. No sabes lo que significa para mí escucharte, espero no volver a defraudarte, aunque...

—Me importa el ahora, y ahora te tengo como el esposo que siempre quise, es lo que me importa.

—Jenny.

—¿Sí?

—Escucha atentamente lo que voy a decirte —dijo de pronto con un semblante serio—. Quiero que si algún día volvieses a dudar de mí pienses en lo que voy a decirte.

—Me estás asustando.

—Tranquila. —Dejó de abrazarla y la miró porque lo que quería decir era demasiado importante—. Jamás en mi vida, ¿has oído? Jamás, he amado a una mujer como te amo a ti en estos momentos, creo que es justo que lo sepas.

¿Qué acababa de decir?

No podía ser posible

Y se quedó mirándole, anonadada, gracias aquella confesión.

Nunca pensó que pudiera llegar a decirle aquellas palabras que sabían a gloria.

—Jimmy... —no acertaba a decir nada más, las palabras que acababa de escuchar eran demasiado para ella.

—No digas nada amor, no es necesario.

Ella seguía aturdida, tanto que escondió la cara contra su hombro para que no viese las lágrimas que empezaban a caer.

Por supuesto que él se dio cuenta.

—Schsss...no llores amor, ahora no

—¿Sabes lo que he esperado para escuchar esto?

Se sorbió la nariz mientras que se dejaba querer.

—Te amo pequeña, te amo y tienes el derecho a saberlo. Te lo has ganado con creces.

—Al fin una familia de verdad, soy tan feliz.

—¿Sabes lo que haré nada más llegar? Pasaré las cosas a nuestra habitación, ya es hora de que lo haga, ¿no crees?

—¿Es verdad esto Jimmy? ¿De veras que no estoy soñando?

—Estoy aquí y pase lo que pase seguiré aquí, ahora más que nunca.

Volvió a besarla pero esta vez con paciencia, suavemente y con muchísima delicadeza.

—Bien, recojamos esto amor, ya no quedan provisiones y no quiero que pases por tener que comer lo que encuentre por ahí.

—Vale, como quieras.

No tardaron en hacerlo, y una vez que estuvo listo, la ayudó a montar sobre la yegua. Echando un último vistazo a la cabaña.

Y así, con aquella perspectiva de futuro, se alejaron entre risas y bromas...

La pequeña Sandy corría detrás de una mariposa cuando a lo lejos vio a dos jinetes acercándose.

Puso la mano sobre la frente, ya que el sol no la dejaba ver bien, y una sonrisa cruzó su bonito rostro a la vez que empezaba a correr como una loca en dirección a los caballos que tan bien conocía.

—Padre, Jenny —gritaba sin parar.

El tío Michael, asustado por los gritos de su sobrina, salió de la casa a toda prisa.

¿Qué le sucedería a Sandy para pegar esos gritos entusiasmados?

Y la vio correr como una loca, llegando a creer que estaría jugando cuando... logró escuchar lo que decía.

¿Sería posible?

Miró hacia el horizonte e igual que la niña los reconoció al momento.

—Alabado sea el señor, han vuelto.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó Johnny mientras que salía de la casa extrañado a causa del alboroto y sin entender qué sucedía.

—Mira, han vuelto.

La cara del muchacho reflejó a la perfección lo que estaba sintiendo en cuanto los vio. Mostrando una sonrisa inmensa.

—Por fin.

Ambos siguieron los pasos de la pequeña para recibirlos. Y Johnny se quedó junto a su tío, muy a su pesar, cuando en realidad lo que le apetecía era correr para abrazar a Jenny.

¡Cuánto la había extrañado!

—Jenny. Jenny. —Y sin decir más, Sandy se abalanzó sobre ella abrazándola encantada.

—¡Oh pequeña! Te he echado de menos.

—Pero bueno. No puede ser cierto lo que veo... —bromeó el padre encantado con la escena que estaba presenciando—, ¿y yo qué? ¿Para mí no hay abrazos?

—A ti también te quiero. —Rio mientras lo abrazaba igual de fuerte.

Y seguidamente gritó eufórica al ser levantada por su padre que le llenaba la cara de besos.

Tío y sobrino se unieron a la bienvenida, y fue entonces cuando Jenny, sin pensarlo, se acercó hasta el pequeño y lo abrazó.

—Te he echado tanto de menos Johnny.

Johnny se dejó abrazar y dijo:

—Y yo a ti.

No pudo evitar confesar. Y ante la emotiva revelación se apartó un poco apurado.

—¿Es cierto lo que ven mis ojos?

El que habló ahora fue Michael. Haciéndolo de manera tranquila al mismo tiempo que miraba a su cuñada.

“Menos mal que no le había sucedido nada”.

Y comprobó, para gran satisfacción, que su adorable cuñada estaba bien. O mejor dicho... mejor que nunca, analizando la cara radiante que tenía.

Respirando tranquilo porque nadie sabía lo mal que lo pasó tras dejarla marchar sola. Acercándose sonriente hasta tenerla entre sus brazos. Abrazándola con fuerza.

—Nunca me alegré tanto de verte, me has tenido preocupado todos estos días, ¿lo sabías?

—Sí y lo siento.

Jim permanecía en segundo lugar, y aunque sus hijos le informaban de

las travesuras de los días pasados, a quien realmente escuchaba era a ellos...

Y no solo escuchar, sino que además miraba a su hermano furioso.

Michael dejó de abrazar a Jenny y se volvió hacia Jim, fijándose en su cara de enfadado, y en su mirada fría. Entonces, en contra de cualquier tipo de pronóstico, le provocó una sonora carcajada.

—Debería matarte —lo amenazó un Jim que no veía la parte graciosa por ningún sitio— ¿qué te hace tanta gracia?

—¿Es ésa la forma de saludar a tu hermano? ¿Es que no te alegras de verme?

—Debería ser más duro y tú lo sabes. Nunca debiste dejarla que saliera en mi busca, ¿en qué coño estabas pensando? Le podría haber sucedido cualquier cosa...

—¿Y qué importa eso ahora? —Intervino Jenny—, estoy bien.

Ninguno de los dos la hizo caso.

—¿Y qué podía hacer? —preguntó encogiéndose de hombros.

—Si hubiese sido preciso encerrarla.

—Lo pensé pero te juro que no pude con ella, a tozuda no la gana nadie, ni siquiera tú.

—Ja, ja —protestó— que graciosos sois, vamos niños que aquí está todo visto.

Los cogió de la mano y se los llevó a casa, contestando a las preguntas que le iban haciendo.

—Me alegra tenerte de vuelta —le dijo Michael a la vez que le golpeaba en la espalda con camarería—. Bueno y dime... ¿Qué tal están los ánimos?

—¿No se nos nota? —Bromeó antes de abrir su corazón y decirle—: ¡Joder Michael! Es un pedazo de mujer.

—Lo sé, ninguna hubiese sido capaz de lo que ella hizo. Jim, ni siquiera lo dudó ni lo pensó... simplemente decidió ir a buscarte y lo hizo. No pude detenerla, de verdad. Me resultó completamente imposible y tampoco me dejó acompañarla... Si le hubiese pasado algo jamás me lo habría perdonado. ¡Jamás!

—Lo sé.

—¿Llegó bien?

—Casi no lo hace. El río se desbordó cuando ella cruzaba y tuvo suerte... tuvimos suerte de que no se la llevara por delante. Cuando finalmente pudo llegar hasta mí lo hizo delirando de la fiebre que tenía. Hubo

un momento en que temí que la perdería...

—Lo siento Jim.

—No lo sientas hermano. Gracias a lo sucedido me he dado cuenta de que cada vez estoy más loco por ella y nos ha venido muy bien estar solos... —y añadió con el semblante serio—. Ya sabes que ahora, si cumple lo que me dijo en el telegrama, todo puede ser posible.

—Hay que esperar. No tenemos otra alternativa así que no te atormentes...

—Tengo miedo Michael, mucho miedo.

—Lo sé. Yo también. Pero tienes que disfrutar de tu esposa, es lo que debes y puedes hacer por el momento.

—Tú lo has dicho. Por el momento... No estoy preparado para perderla Michael —susurró—. A ella no.

—Y no lo harás, no te olvides de que te ama.

—Sí, pero no sé si podrá perdonarme.

—No adelantes acontecimientos y entremos dentro. Te mereces disfrutar de tu familia que es lo que importa... Lo demás queramos o no lo queramos sucederá igualmente. No está en nuestras manos.

TERCERA PARTE

EL PASADO SIEMPRE VUELVE

CAPITULO XII

Los siguientes días y semanas fueron muy ajetreados.

Jenny, con la ayuda de los niños, de Laura, y de Emma, empezó a empaquetar las pertenencias ahora que la nueva casa, finalmente y después de muchísimo trabajo, estaba terminada.

Y por la otra parte, tanto Jim como Michael comenzaron a recolectar la plantación del ansiado algodón.

Fueron semanas de auténtico y duro trabajo, pero apenas si reparaban en ello porque por primera vez desde que se casaran... absolutamente todo lo hacían con tanta ilusión, que lo demás no importaba...

El ambiente en casa cambió totalmente dando paso a que el Jimmy de siempre no sólo volviera, sino que además había conseguido que entre los hermanos hubiese mejor sintonía que nunca.

Hasta la relación de ella con Johnny cambió a marchas forzadas.

Y aunque los días se convertían en durísimos, debido a tanto trabajo, ambos deseaban que llegase la noche pues era el único rato que estaban juntos y solos...

El momento del café continuó con su rutina habitual, la única diferencia era que ahora sí, siempre se acostaban juntos.

Lo de irse cada uno a destiempo se había terminado.

¡Afortunadamente!

Y aquellas maravillosas noches resultaban agotadoras... dedicándose única y exclusivamente a amarse. Había mucho tiempo que recuperar y vaya si lo estaban haciendo. Entregándose el uno al otro de una manera completa y entera... tanto que incluso Michael les tuvo que llamar la atención, en varias ocasiones, gracias al escándalo que a veces formaban.

¡Parecían un par de chiquillos apasionados!

Todo parecía ir incluso demasiado bien.

Hasta que un día...

Jenny llegó a casa después de recoger a los niños de la escuela, y los tres lo hicieron con una cara radiante.

Esperó a que se bajaran y se llevó a los caballos para encerrarlos. Viendo a los pequeños que corrían al encuentro de su padre.

—Vamos Johnny. Vamos a decírselo a padre.

La pequeña y su hermano corrieron mientras que la pequeña gritaba entusiasmada:

—Padre, padre...

—¿Qué sucede pequeña? —le preguntó a su hija con una sonrisa después de ver la cara que tenía.

—Padre, cuando hemos ido al pueblo hemos visto cómo llegaban varias carretas, y el señor John nos ha dicho que son feriantes. ¿A que vamos a ir a verlos?

En esos momentos Jim se quedó pálido.

Y a partir de ahí ni siquiera escuchaba lo que su preciosa hija le seguía diciendo.

—Padre, ¿no me oyes?

La respuesta de Jim fue un escueto:

—Vete a jugar —ordenó.

—Pero padre...

—¿No me has oído? —Gritó mientras Jenny, que acababa de llegar, presenció la dura escena—. ¡He dicho que te vayas a jugar!

Sandy lo miró asustada y echó a correr desconsolada. Johnny la siguió.

—¿Por qué le gritas a la niña? —preguntó enfadada—. Estaba contentísima cuando ha visto a los feriantes y vas tú y te pones como un loco. De verdad que no lo comprendo.

Lo que ella jamás pensó fue en la contestación que iba a darle... también a ella.

—Eso a ti no te importa. —La cortó tajante.

Justo entonces llegó Michael montado a caballo y levantando una gran polvareda a su paso.

Parecía apurado y sobre todo parecía que algo le sucedía.

¡El semblante serio claramente lo reflejaba!

Y Jenny se asustó porque nunca había visto a su cuñado en aquella posición.

¿Qué sucedería?

—Jim, tengo que hablar contigo. ¡Ahora!

—No hace falta, ya lo sé.

Jenny miró a uno y a otro asombrada.

—¿Qué es lo que sabes? ¿Qué ocurre?

Un Jim nervioso volvió a perder los nervios.

—Nada. —Le dijo alzando la voz— absolutamente nada.

Pero...

¿Qué estaba ocurriendo para que Jim actuase así?

Y es que, en un instante, había cambiado como de la noche al día. Dejando ver al hombre huraño, serio y distante.

—Jenny, escucha atentamente. —Estaba tan serio que daba hasta miedo — no te acercarás en ningún momento a esas carretas, ¿lo has entendido?

—Pero Jim... —quiso protestar.

—¿Lo has entendido bien? —gritó enfrentándose a ella.

Estaba completamente descolocado, tanto que Michael optó por intervenir.

—Jim, basta, esta no son formas de decir las cosas. Tranquilízate.

—No te metas, te lo advierto —fue contra él.

—Escúchate, sabes que no tienes ningún derecho a hablar así.

—Me cago en la hostia puta, ¡he dicho que no te metas! —Le dijo acercándose peligrosamente y empujándole fuertemente contra el suelo— ¿qué parte no has entendido?

Parecía como si se hubiese vuelto loco.

Jenny, viendo el desastre que se les podía venir encima, decidió actuar. Interponiéndose entre ambos.

—¡Basta! —exclamó con lágrimas en los ojos—. Michael, vete por favor.

—No creo que sea buena idea.

—Por favor no discutas y hazme caso.

—Está bien.

Se sacudió los pantalones y se marchó sin mirar atrás. Subió a su caballo y se volvió por donde había venido.

No volvió en todo el día.

—Jimmy, ¿estás bien? —E intentó acercarse con el fin de mostrarle su apoyo.

¡Pasara lo que pasara!

Desde luego que la reacción de él no fue la esperada puesto que la dejó helada. Viéndose rechazada.

Y es que él no le permitió ese acercamiento. Empeñado en mantener las distancias.

—¿Jim? —preguntó dolida.

—Hasta que esos feriantes no se marchen los niños no irán a la escuela —sentenció—. Os quedaréis aquí en casa.

—¿Qué? Esto es ridículo... ¿qué es lo que pasa con esos feriantes? No entiendo nada.

—No has de entender nada —la amenazó—, tú límitate a hacer lo que yo te diga, nada más.

—¿Y qué si no lo hago? No puedes llegar y actuar según te dé la gana, sin ninguna explicación.

—Por lo que más quieras no discutas, esto es importante.

—¿Cómo de importante? —Le preguntó desesperada. ¿Es qué no veía que no podía actuar así? Y añadió—: Porque si no me lo explicas difícilmente puedo entenderlo.

Ahí acabó con la poca paciencia que a Jim le quedaba. Produciéndose un grave encontronazo entre ellos.

Perdiendo las formas a medida que empezó a gritar como si se tratase de un energúmeno.

—Te prohíbo que te acerques, a ti y a los niños. —Y mientras gritaba la zarandeaba con fuerza, tanto que no se daba cuenta de que la estaba haciendo daño.

Jenny mientras se quedó bloqueada... De veras que no se podía hacer a la idea de lo que realmente le estaba sucediendo para que actuase así.

¿Tan grave era?

Y gritó alarmada:

—Basta, basta.

Pero él no parecía escuchar.

—¡Me estás haciendo daño!

Únicamente cuando pronunció aquellas palabras pareció salir del trance en el que se encontraba.

Y la soltó arrepentido.

—Perdona, perdona...

¿Qué es lo que estaba haciendo?

Y cabreado consigo mismo dio media vuelta y se dirigió hasta el lugar

en el que estaba atado su caballo.

—¿Dónde vas? —preguntó limpiándose la cara de manera preocupada. Yendo tras sus pasos.

—A la cantina.

—Por favor no lo hagas, estás demasiado alterado.

—¿Y qué cojones importa? —Volvió a alzar la voz—. Quédate aquí y no te muevas, por lo que más quieras.

Y no hubo opción a ninguna réplica.

Se subió de un salto a su caballo y lo espoleó con fuerza. Provocando que el asustado animal comenzase a galopar, mientras que una Jenny desconcertada lo veía alejarse entre las colinas.

Haciéndose, inevitablemente, mil preguntas pero sin que tuviese una mínima idea de la realidad que les empezaba a acechar...

¡Sobre todo a ella!

Pasó un auténtico infierno hasta que lo volvió a ver. Descubriendo, para su disgusto y por la expresión de su rostro, que seguía igual que cuando se marchó.

Exactamente igual.

—Jim.

—Ahora no, déjame tranquilo —farfulló con el semblante serio, distante, y algo distraído.

“—Qué bien —pensó una Jenny algo nerviosa e impotente—, furioso y con bastantes whiskies encima, provocando que se hiciese, una vez más, la misma pregunta: ¿qué había pasado para que el Jim más huraño hubiese vuelto con toda su fuerza?”

¡Nada bueno... seguro!

—Jim por lo que más quieras, háblame bien, no sabes cuánto me duelen tus palabras.

—Pues entonces haz lo que te digo y déjame tranquilo.

¿Podría hacerlo?

Ambos bien sabían la respuesta.

—¿Por qué intentas ponerte esa coraza que tanto te costó quitar? —le preguntó olvidándose de poder permanecer callada.

¡Imposible!

—No voy a contestar a ninguna de tus preguntas Jennifer, así que no las hagas.

—Jimmy —susurró acercándose. No se daría por vencida. Nunca. Y quiso calmarle costara lo que costara—, estoy aquí, contigo, no vuelvas a alejarte de mí por favor.

Jim tensó la mandíbula fuertemente.

—Yo no quiero alejarme de ti, es por eso precisamente por lo que has de hacerme caso, ¿lo harás?

Y la miró con esperanza.

—Únicamente si contestas a mis preguntas. Sé que pasa algo y ahora también sé dónde acudir para que me respondan. No me hagas hacer algo que no quiero y sé tú el que me diga de una vez por todas qué está pasando.

La esperanza se esfumó rápidamente.

—¿Es que todavía no lo entiendes? Si te lo dijera no me perdonarías y no podría soportarlo.

—¿Que no te perdonaría? ¿Cómo no te voy a perdonar si eres mi esposo? Te quiero.

—Eso no basta. Deja de atormentarme, puede que quizás tengamos una oportunidad.

—¿Una oportunidad para qué si no sé de lo que hablas? La que estoy atormentada soy yo y necesito respuestas, creo que es hora de que me las des. Lo que sea que pase siempre estará ahí y si de verdad nos amamos éste es el momento para empezar... sin secretos.

—No quiero herirte más de lo que ya lo he hecho, dejémoslo así —pidió desesperado.

—No puedo Jim. Ya no. Quiero y necesito saber para poder comprenderte. Nada más.

Ambos se miraron largamente, pareciendo mantener una lucha interna, a la vez que se convencían de que ninguno de los dos cedería.

¡Era evidente!

—Nunca me comprenderías Jenny. ¡Nunca!

—No está en tus manos, y precisamente por ello debes contármelo, ¿no crees?

—¿Por qué sigues insistiendo? No seas tan testaruda mujer, olvídate del tema y se acabó.

La respuesta de la mujer a continuación lo dejó perplejo.

—Voy a ir. —Le avisó— quiero que lo sepas.

¿Cómo?

Tenía que evitarlo o su matrimonio volaría en mil pedazos...

¡Y no lo iba a admitir!

—No. No lo harás —gritó fuera de sí echando mil maldiciones a través de aquellos ojos fieros—. ¿Y sabes por qué? Porque te lo prohíbo. ¿Lo has oído? Te prohíbo que vayas.

—No me importa. —Le desafió valiente—, sabes demasiado bien que haré lo que me venga en gana y ni tú ni nadie me lo impedirá.

—Si me desobedeces será lo último que hagas.

—¿Me estás amenazando? Porque no me das miedo. —Desde luego que no se iba a amilanar.

¡No ahora!

Jim avanzó y cogió la botella del mueble, se sirvió un whisky sin importarle que llevaba unos cuantos encima, y se lo bebió de un trago.

—¿No crees que ya has bebido bastante?

—No. No lo creo —levantó la voz—, además, a ti no te importa, ¿te crees mi madre?

—No, pero si soy tú esposa —le cortó sin miramientos—...Y quiero ayudarte.

—No —volvió a gritar—, si de veras quieres ayudarme mantente alejada de esa gente, no te pido más.

—Me pides demasiado.

—Es imposible razonar contigo, me voy o me volveré loco.

—¿Irte? —preguntó alarmada—. ¿Dónde?

—A emborracharme, ahora es lo único que de verdad necesito.

—Pero si acabas de venir de la cantina...

—¿Y qué? —preguntó furioso— ¿acaso también vas a controlar lo que bebo? No es asunto tuyo.

—Sí. Sí que lo es, Jim, Jim...

Pero un Jim un tanto enloquecido volvió a marcharse...

Y Jenny tuvo el convencimiento de que todo lo que habían construido con tanto esfuerzo y sufrimiento, parecía querer destruirse sin control.

¿Qué estaba pasando?

Después de lo mucho que le costó quedarse dormida y ahora esto...

Se incorporó sobre la cama sobresaltada, porque creía haber escuchado a caballos acercándose, y sin pensarlo dos veces cogió el rifle que escondían debajo de la cama.

A toda prisa se acercó a la ventana pero no consiguió ver lo que quería. La negrura de ahí fuera le dificultaba bastante poder reconocer a quien fuera el que estaba acercándose.

Lo único que veía eran sombras.

Entonces se acordó de algo, y es que en los últimos días se habían acontecido diversos robos de ganado.

¿Cómo podían haber sido tan estúpidos dejándola sola con los niños?

Y se cabreó muchísimo por el simple hecho de pensar en lo que estarían haciendo. Bulléndole una rabia incontrolada.

¿Serían egoístas?

La rabia, unida al temor que empezaba a sentir, fueron los causantes de que olvidara cubrir su cuerpo medio desnudo. Abrió la puerta con el rifle en la mano y con paso firme bajó hasta la cocina.

—¡Oh Dios! No permitas que le suceda nada a los niños.

Volvió a asomarse a través de la ventana, y ahora sí, observó a varios jinetes acercándose a la cabaña. Aunque lo hacían muy despacio.

¿Cabía la posibilidad de que supieran que estaba sola y pretendían ponerla nerviosa? Porque si era así lo estaban consiguiendo.

¡Vaya que sí!

No tuvo que esperar mucho más, pues a medida que sus ojos se empezaban a acostumbrar a la oscuridad, pudo reconocer el caballo de su esposo, solo que él no estaba sobre la grupa.

¿Le habría sucedido algo?

Sus sospechas se vieron confirmadas al lograr divisar a Michael conduciendo una carreta junto a un hombre del pueblo. Y el semblante que tenía era de auténtica preocupación, lo que hizo que tirara el rifle y saliera al exterior descalza y con aquel camisón tan indecente. Claro está, sin darse cuenta de que una dama jamás debería ser vista de aquella manera... aunque en esos instantes lo único que deseaba era saber lo que había sucedido... y si su esposo se encontraba bien.

Ambos hombres quedaron atónitos ante semejante escenario.

—¡Jesucristo! Vaya si tu hermano es un hombre con suerte —exclamó el desconocido.

Michael reaccionó a tiempo.

—Será mejor que te calles. Estás hablando de mi cuñada y aunque él no pueda defenderla ten por seguro que yo sí, así que ya estas mirando para otro lado.

—Será difícil.

—Te lo advierto, déjalo así.

Paró la carreta y bajó inmediatamente. Dirigiéndose a su encuentro para informarle de lo que se iba a encontrar, antes de que lo viese en el estado penoso en el que lo vería.

—Michael —suplicó preocupada— ¿dónde está?

—En la parte de atrás —habló tranquilo para no ponerla nerviosa.

—¿Qué ha sucedido?

—Nada grave —mintió—, tranquila.

—No me estás mintiendo, ¿verdad?

—El doctor ya está de camino, no tardará en llegar.

Aquello la preocupó hasta el límite.

—¿El doctor?

—Sí, tendrá que verlo pero ya te digo que no es grave, créeme.

No lo hizo.

Corrió hasta la parte de atrás de la carreta y entonces lo vio.

Tenía un aspecto terrible.

—Michael.

—¿Sí?

—¿Dónde tiene la herida?

—No lo sé.

Y la detuvo a tiempo ya que no quería que quitase aquella manta que lo cubría.

—Señora tiene suerte de seguir con marido.

—James, cierra la boca —le advirtió.

—Pero es la verdad, y encima borracho, vaya si tiene suerte.

—He dicho que cierres la boca —gritó enfadado.

Jenny se subió a la carreta y se acercó con la preocupación dibujada en su rostro.

—¡Oh Jim!

A primera vista lo que más la impresionó fue ver su rostro desencajado por el dolor, eso sí, por más que miró no encontró herida alguna.

Al verle con los ojos cerrados se temió lo peor, intuyendo que estaba inconsciente. Así que se acercó todo lo que pudo y puso la mano sobre su

frente.

¡Estaba ardiendo!

—Jimmy, mi amor ¿qué es lo que has hecho? ¿Te encuentras bien? Háblame por favor.

Jim la escuchó y abrió los ojos. Miró a su alrededor extrañado. Y la vio. Dando paso a algo muy curioso pues el terrible dolor que sentía desapareció. No recordaba cómo había llegado hasta allí pero tampoco importaba mucho, creyendo que se trataba de un maravilloso sueño. Sonriendo en cuanto se dio cuenta de lo seductora que estaba.

Y no pudo evitar llevar la mano hasta su linda cara con la intención de acariciarla.

“—Qué placer tan divino le producía el simple hecho de poder tocarla, su mujercita era lo más grande que tenía... cómo la quería”.

—Estás preciosa.

—No es momento de bromas, por favor contéstame.

—No estoy bromeando cielo, jamás haría algo así, nada me gustaría más que quitarte ese camisón que llevas.

—Será mejor que lo dejes para más tarde —intervino Michael ante la mirada perpleja de aquel vecino que de tan buena gana les acompañó para ayudarles.

La voz conocida lo dejó fuera de juego completamente. Y entonces miró a su mujer, que estaba completamente ruborizada, para más tarde desviar la mirada hasta encontrarlos a escasos metros de donde ellos estaban.

Y los celos que sintió en aquel instante parecieron querer comerlo por dentro.

—¿Que hacéis vosotros ahí?

Quiso moverse pero el fuerte dolor del pecho volvió a hacer su aparición, lo cual provocó que recordase con la mayor claridad de la que podía disponer gracias a su estado.

Y su rostro cambió de pronto al darse cuenta de la situación... y aunque estaba demasiado débil, no tardó en explotar:

—¿Qué diablos haces medio desnuda delante de estos dos?

Tardó en reaccionar pero desde luego que no lo pudo hacer de mejor forma.

—¿Y vosotros? Os mataré si no apartáis esa mirada lujuriosa del cuerpo de mi esposa inmediatamente, ¿lo oís?

—¿Así nos agradeces el que te hayamos salvado la vida?

—Desapareced de mi vista —gritó enloquecido.

—Tranquilízate, ya has perdido mucha sangre, toma Jenny, ponte mi chaqueta.

—¿Cómo que ha perdido mucha sangre? —preguntó Jenny histérica.

—Coge la chaqueta y pónstela, el doctor ya te dirá lo que sea.

Y actuó según le dictaba su cuñado para evitar la mirada de aquel hombre que no le quitaba los ojos de encima. Cubrió su cuerpo sin demorarse y volvió al lado de su cabreado esposo.

—¿Qué ha pasado? ¿Te has peleado con alguien? ¿Por qué has perdido mucha sangre?

Desde luego que la contestación que le dio no era lo que se esperaba, dejándola completamente aturdida.

—No debe de importarte mucho cuando en cuanto me descuido me humillas de esta forma. Mañana el pueblo entero hablará de lo cortos que utilizas los camisones.

—¿Qué hubieses hecho en mi lugar? Al no verte me asusté... —intentó justificarse.

—Jamás te perdonaré.

Que injusto estaba siendo.

—Déjalo —intervino Michael impotente por tales acusaciones—, debe de estar delirando para no darse cuenta de lo mucho que le importas, ya quisiera más de uno que sus mujeres reaccionaran así ante semejante situación. Anda James, ayúdame a coger a este desagradecido.

Un grito de dolor salió de su garganta en cuanto lo movieron, lo que originó que su flamante esposa reaccionara a tiempo antes de que se derrumbase.

—Vamos, hay que llevarlo hasta la habitación.

El camino no fue para nada agradable ya que tuvieron que someterse a toda clase de insultos por parte del herido.

—Si llego a saber esto hubiese preferido dejarte donde te encontré.

—Eres muy amable querido hermanito, ya me gustaría verte en mi misma situación.

—Ten por seguro que yo no actuaría como una nena.

—Me las pagaras... ¡ay! —Chilló al sentir el dolor tan agudo que le cortaba incluso la respiración—. Traerme la botella de whisky. Esto no hay quien lo soporte, ¿dónde demonios se habrá metido ese maldito matasanos?

—Por Dios Jim no debes alterarte así —dijo preocupada su esposa.

—No me digas lo que tengo que hacer, al fin y al cabo nada de esto me habría sucedido si hubieses mantenido tu boca cerrada, entonces no habría vuelto a marcharme.

—Será mejor que me vaya —interrumpió el desconocido.

Las cosas parecían complicarse ósea que lo mejor era desaparecer de allí y cuanto antes mejor.

—Muy bien James, gracias por todo —dijo Michael.

—Espero que se recupere pronto.

—Lo hará, no te quepa la menor duda.

Al saber que se marchaba se incorporó como pudo sin importarle el dolor para advertirle:

—Oye, si aprecias algo tu vida más vale que no comentes nada de lo que aquí has visto.

—Descuida, ni se me ocurriría.

Y sin más tiempo que perder se marchó de allí a toda prisa.

—Pero mira que eres bruto, que forma tan original de darle las gracias.

—¿Las gracias? Lo que tenía que haber hecho era partírle la cara, ¿acaso no viste la forma en que la miraba?

—¿Y quién no lo haría? Ten por seguro que llamaba mucho la atención.

—Y sonrió mirándola.

—No me lo recuerdes —protestó Jim.

—Bueno, basta ya. Michael, ¿te importaría dejarnos a solas hasta que llegue el doctor?

—No creo que sea buena idea, el burro éste no desea hacer más que daño y desde luego que sí puedo se lo voy a impedir. Nadie a parte de él tiene la culpa de lo que está pasando.

—Sois los dos igual de cabezotas, me rindo.

La que terminó marchándose al final fue ella.

—No la dejes sola, ve con ella.

—¿Y por qué he de hacerlo?

—Pues porque yo te lo pido, ni siquiera le he dado una explicación y querrá saber lo que me ha pasado.

—¿Y por qué no se lo dices tú?

—Porque no quiero ver la cara que va a poner, se va a enfadar...

—Con todo lo que tenemos encima y ahora esto, aunque ahora no volverá a molestarla más, tendremos que ver la parte buena. Ahora vuelvo.

—Por favor Michael.

—¿Sí?

—Necesito whisky, no soporto el dolor.

—Pero si te has bebido toda la cantina...

—Por favor...

—Está bien.

Le ayudó a beber un gran trago y después fue en su busca.

La encontró fuera, con la mirada perdida hacia el oscuro horizonte.

—¿Estás bien?

—No —negó confundida. Y dejó que viera lo mal que se encontraba, refugiándose en sus brazos porque lo necesitaba como si fuese una niña pequeña—. ¿Qué es lo que ha pasado?

—Se ha peleado.

—¿Con quién?

—Con el de la última vez... por lo visto no le bastaron las advertencias y ha vuelto nuevamente preguntando por ti.

—¿Y Jim estaba allí?

—En la barra. Harry y yo quisimos que no saliera a pelearse, en parte a los whiskies que llevaba encima, pero nos resultó imposible. Ha sido pronunciar tu nombre y ha salido disparado.

—No entiendo. Si ha sido una pelea... —Había algo que aún no encajaba— ¿Por qué tiene que venir el doctor? ¿Por qué dices que ha perdido mucha sangre?

—No ha sido una simple pelea.

—¿Qué tratas de decirme? —preguntó asustada.

—Pues que cuando han salido fuera se ha escuchado un disparo. El muy cabrón no nos ha dado tiempo ni a detenerle.

—¿Qué?

—Y cuando hemos salido Jim ya estaba en el suelo. Ese hijo de puta se va a pudrir entre rejas. Jenny, Jenny...

Tubo que sujetarla para que no cayera pues de repente parecía que sus piernas no fueran capaces de sostenerla.

—¿Y si lo hubiese matado? ¡Por el amor de Dios! —Y empezó a golpearlo en el pecho histérica— podría haberlo matado...

—Pero no lo ha hecho, se recuperará. Ya lo verás.

—Me necesita, ahora me necesita. Debo estar a su lado.

—Yo que tú me vestiría antes, si llega el doctor y te ve así no quiero ni pensar en cómo reaccionara tu esposo. Es capaz de arrastrarte hasta la habitación y encerrarte... aunque se desangre por el camino.

—Tienes razón —contestó ruborizada— mientras, ve con él, no quiero que esté solo en ningún momento.

—Date prisa.

El doctor no tardó en llegar, dirigiéndose hacia el lugar que Michael le indicó encontrándose con el enfermo.

Este yacía inmóvil sobre los almohadones, agarrado a la mano de su esposa.

Dejó el maletín en el suelo y se acercó. Analizó lo que veía y a continuación le cortó la camisa para mirar la herida. Comprobando que la bala no había llegado a atravesar su pecho por lo que tendría que sacársela.

—Señora Montgomery, necesito agua hirviendo y trapos limpios. He de limpiar bien la herida antes de sacar la bala. —Dicho lo cual miró al herido y le dijo con tranquilidad—. Saldrás de esta Jim. Si te hubiera disparado un poco más a la derecha te habría dado en el corazón, tienes suerte muchacho de seguir con vida.

Abrió el maletín, sacó un frasco negro, y lo abrió ofreciéndoselo.

—Toma un buen trago, lo vas a necesitar.

Al rato apareció Jenny con lo que le había pedido.

—Bien. Michael tú quédate, tendrás que ayudarme. Señora Montgomery, si me hace usted el favor espere fuera.

—Pero...

—Estaré bien Jenny. Además será más fácil para mí.

—Está bien. —Se acercó hasta la cama y lo besó en los labios ante el asombro del doctor—. Te quiero.

Y se marchó.

La desesperación de Jenny se agrandaba con el tiempo...

Decidió quedarse apoyada contra la pared del pasillo mientras que el

doctor trabajaba dentro. Permaneciendo impotente cada vez que escuchaba los gritos de Jim pero a la vez siendo consciente de la suerte que había tenido de no perderlo.

¿Qué hubiera hecho sin él?

Además, ahora sus sospechas se habían confirmado, y sabía con certeza que estaba embarazada. Y ella no hubiese podido soportar el dolor de perderlo.

“—Gracias Dios mío —pensaba agradecida—, mil gracias por no habérmelo arrebatado”.

De pronto los gritos pararon, convirtiendo el silencio de la noche en lo que era... un silencio absoluto y volvió a dar las gracias a Dios por ayudar a que los niños no se hubiesen despertado.

¿Qué les hubiese dicho?

La puerta de la alcoba se abrió y ella avanzó rápidamente, mirando a la persona que salía con el alma en vilo.

—Doctor, ¿cómo está?

—Ha perdido mucha sangre pero se recuperará, ahora lo que necesita es descansar. Michael ya sabe lo que hay que hacer y si surge cualquier complicación llámenme.

—Gracias doctor, muchas gracias.

—No hay de qué, buenas noches. No hace falta que me acompañe.

—Buenas noches doctor.

Entró en la alcoba deprisa y se lo encontró con el pecho vendado y completamente dormido. Se sentó en la cama, a su lado, y se quedó allí.

—Descansa Michael, yo me quedaré con él.

—¿Seguro? A mí no me importa.

—No me moveré de su lado.

—Si me necesitas llámame, ¿vale?

—Vale.

Se acostó a su lado, tapándolo con cuidado, y finalmente, después de mucho tiempo, logró apaciguar un poco los nervios.

Quedándose dormida junto a él.

CAPITULO XIII

“—Por Satanás, cómo le dolía —pensaba Jim cuando despertó”.

Y quiso moverse cuando un dolor insoportable lo dejó sin respiración.

¿Qué le sucedía?

No lo entendía. Y se quedó quieto intentando recordar qué es lo que le pasaba para no poder ni moverse, pero el terrible dolor de cabeza tampoco ayudaba mucho, la verdad.

Giró la cabeza con cuidado y entonces una sonrisa cariñosa salió de su boca. Viendo a una Jenny preciosa durmiendo plácidamente a su lado.

Qué placer tan grande era despertar todas las mañanas así.

—Jenny —susurró bajito pues le dolía hasta el mero hecho de hablar.

—Mmmmm...

—Jenny despierta.

Jenny abrió los ojos y lo miró sonriendo.

—Buenos días. ¿Por qué hablas tan bajo? —Y de repente se puso seria, incorporándose rápidamente y alargando su mano para tocarle la frente—
¿Estás bien? ¿Te duele? ¿Necesitas algo?

—Schssss...tranquila.

Jenny no le hizo caso y apartó la manta a un lado.

¡No le gustó lo que vio!

—Vuelves a sangrar, tengo que limpiarte la herida y volver a vendarte.

—¿Herida? ¿Qué herida?

—La que te hicieron anoche, ¿no te acuerdas? —Y mientras le hablaba le acariciaba su cara con ternura.

—No, ¿qué me pasó?

—Anoche te dispararon, si no fuese por Michael y Harry no estarías aquí conmigo. —Y sin querer las lágrimas brotaron de sus lindos ojos— ¡Oh Jim! Si te hubiese pasado algo...

—No llores amor, estoy aquí y me pondré bien.

—¿Me lo prometes? —Rio.

—Te lo prometo.

—Voy a prepararte el desayuno. Debes comer algo para recuperarte

cuanto antes. No tardaré nada. Después te curaré.

—Aquí te espero —sonrió—, creo que de momento no iré a ninguna parte.

Se puso a preparar el desayuno cuando vio a Michael a través de la ventana llegando en su caballo.

—Hola preciosa, ¿cómo habéis pasado la noche?

—Las he tenido mejores. Michael —dijo muy seria— la venda está llena de sangre.

—Es normal ya me lo avisó el doctor.

—¿Seguro?

—Que sí, anda dame eso que yo se lo llevaré.

—Vale, mientras hiervo más agua para lavarle la herida.

Y así, con el desayuno en una bandeja, entró a verle.

—Tienes un aspecto horrible.

—Gracias.

—Ese hijo de puta casi acaba contigo.

—No me acuerdo de casi nada.

—No me extraña, estabas completamente borracho.

—Michael.

—¿Sí?

—¿Alguna novedad?

Su hermano lo miró preocupado. Cierto que estaba muy débil a causa de toda la sangre que perdió, pero también era cierto que no podría mentirle.

¿Para qué?

—Acabo de venir de allí —confesó.

A Jim le daba un miedo aterrador seguir escuchando, pero debía hacerlo.

¡Ya no había marcha atrás!

—¿La has visto? ¿Ha venido?

—No.

Jim cerró los ojos aliviado.

¿Sería posible?

Quizás sí que tuviesen una oportunidad tal y como le dijo a su querida Jenny y ese maldito secreto se lo llevaría con él a la tumba.

¡Lo que daría por ello!

—Pero vendrá. EL PASADO SIEMPRE VUELVE.

Era demasiado bonito para ser verdad.

—Después de todo el daño que nos hizo y ahora esto, ¿qué pretende?

—Ahora no es el momento de pensar en esa cuestión Jim, ahora tu preocupación debe ser la de recuperarte lo antes posible. Ya tendrás tiempo de lo demás.

Pero Jim sabía que no era tan fácil.

—¿Cuándo?

—¿Cuándo qué? —preguntó sin entender.

—¿Cuándo vendrá?

—No lo sé. Por lo visto es el último sitio en el que estarán y después se marchan a otro país.

—Eso ya lo sé. Lo decía en el telegrama que mandó, ¿cuándo?

Michael respiró con pesar y dijo:

—Dentro de dos semanas.

En solo dos días fue capaz de levantarse y ni siquiera las protestas de su mujercita le hicieron quedarse en la cama.

No y no.

Y eso que la verdad era que estaba encantado con cada una de sus atenciones. Tanto que ni siquiera el terrible dolor que parecía no querer abandonarlo era capaz de restar lo que le seguía demostrando.

Lo cuidaba y lo mimaba con tanto amor que a veces incluso llegaba a doler.

Muchas fueron las veces en la que, a lo largo del día, pensaba en lo que habría sucedido si realmente aquel disparo hubiese acabado con su vida.

¿Qué habría sucedido con sus hijos?

¿Y con Jenny?

Y como no podía ser de otra manera cada día que pasaba era más consciente de la gran suerte que tuvo.

Parecía como si la vida quisiera darle una nueva oportunidad, y fue entonces cuando tuvo el presentimiento de que nunca sería tarde para ellos. Era tanto el amor que sentían el uno por el otro, que por un instante fue consciente que lo mejor para ambos sería que le contase la verdad... Que se sincerase con ella como tantas veces se lo pidió y de una vez por todas.

Por desgracia ese instante pasó, y aunque realmente necesitaba quitarse aquel peso que llevaba encima desde hacía tanto tiempo, al final dio un paso

para atrás.

¡No podía arriesgarse a perderla!

Y no fue consciente de que, seguramente los hechos que acontecerían unos días más tarde, podrían haber cambiado si hubiese confiado en ella.

Pero no lo hizo.

Apartó sus pensamientos a un lado y la vio asomada a la puerta. Y antes de que lo regañara por estar de pie se sentó despacio.

—¿Puedo hablar contigo?

—Claro Jenny, ven, siéntate a mi lado.

Jenny así lo hizo.

—Tienes un brillo especial en los ojos, ¿ocurre algo?

—Bueno, que mi marido se esté recuperando tan deprisa ayuda bastante. La verdad.

—¿Y cómo no iba a recuperarme con las atenciones que me das? Me cuidas demasiado.

Y con muchísimo cuidado se acercó hasta sus labios y la besó.

—Mmmm...cuanto hacía que no te besaba...

—¿Tres días? —sonrió mientras lo miraba.

—Toda una eternidad. Se me hace tan difícil tener que estar aquí, quieto, cuando lo que deseo es cargarte sobre mi hombro y llevarte a la cama...

—No hasta que estés bien recuperado.

—No sé si podré soportarlo. —Y volvió a besarla— además, quizás así me recupere más deprisa.

—Mira que lo dudo. —Y se retiró un poco al comprobar que él intentaba por todos los medios desabrochar los botones de su vestido—. ¿Qué tratas de hacer?

—¿Yo?

—No pongas esa cara de niño bueno, no te va a servir, y aunque yo también tenga ganas de estar contigo nunca sería capaz de hacerte daño.

—Podemos tener cuidado, mucho cuidado. —Quería por todos los medios convencerla, pero afortunadamente para él, Jenny sabía muy bien lo que en esos momentos le convenía a su esposo... y eso precisamente no era—. Anda estate quieto, además hay algo que quiero decirte.

—¿Bueno o malo? —preguntó serio.

—No sé —dudó—. Creo que bueno.

—¿Crees? Me estás asustando Jenny, o es bueno o es malo.

—Es que...

Estaba un poco asustada pues no sabía cómo reaccionaría ante la nueva noticia.

Jim la miró impaciente, tratando de saber lo que le pasaba por su linda cabecita... y lo que nunca se imaginó fue lo que estaba a punto de desvelarle.

—¿Y bien?

—Estoy embarazada.

En aquel primer momento quedó tan sorprendido que se quedó así, quieto y serio...hasta que se hizo a la idea.

“—Un hijo con ella —pensó ilusionado—. ¿Y por qué no?”

—¡Oh cielo! Un hijo nuestro... que noticia tan buena.

—¿De veras te alegras? —preguntó aliviada— te has quedado muy serio y por un momento he pensado...

—No te puedes hacer a la idea de lo feliz que me haces. Ven, acércate.

Para su sorpresa notó que le tocaba la tripa.

—Nuestro hijo. Qué bien suena.

—Te quiero Jimmy, hoy más que nunca.

Se abrazaron con cuidado, y es que la dicha en esos instantes no podía ser mayor.

—¿Qué? ¿Volviendo a vuestros jueguitos? —les dijo Michael que entraba en esos instantes en la cabaña. Y no pudo evitar meterse con ellos—. Se te abrirá la herida y nos lamentaremos todos.

Ambos lo miraron divertidos.

—No tiene ninguna gracia, ¿es que no podéis estaros quietecitos?

—Tan solo nos estamos abrazando, ¿qué hay de malo?

—Jenny acaba de darme una gran noticia.

—¿Ah sí? ¿Y se puede saber cuál es, si se puede preguntar?

—Vamos a tener un hijo.

—¿Qué?

Se acercó a ella y la cogió en brazos mientras daba vueltas. Los tres reían con ganas.

—Enhorabuena Jenny, me alegro tanto por ti.

—Lo sé, gracias Michael.

—Veras cuando se lo diga a Laura, qué coño, me voy ahora mismo a contárselo, no todos los días tenemos tan buenas noticias.

La dejó en el suelo despacio y después de coger su sombrero se marchó silbando.

Por fin una noticia buena de verdad.

Los días pasaban rápidamente y Jim seguía mejorando... tanto que hasta ya montaba a caballo. Pero cuanto más mejoraba más huraño se volvía, y cada día que pasaba se hacía más y más distante...

Otra vez para atrás.

¿Y ahora qué?

Al menos ese día estaba resultando de lo más entretenido. Finalmente Laura había decidido ir a visitarlos y justo era lo que necesitaba o se volvería loca. Cada vez le era más difícil aquella situación.

Tomaron el té tranquilamente charlando de todo un poco.

—Por cierto, ¿no has oído hablar de esa mujer que va con los feriantes?

—¿Qué mujer? La verdad es que no salgo mucho.

—¿Por qué? —preguntó curiosa.

—Pues porque... —no supo qué contestar pues ni ella misma sabía de qué iba todo aquello— mejor no preguntes.

—¿Ha pasado algo que no me hayas contado?

—Que yo sepa no, además no quiero hablar de eso.

—Vale, perdona.

—¿Qué decías de la mujer ésa? —le recordó intrigada.

—Yo no la he visto pero la gente dice que sólo se deja ver de noche y nunca se aleja de las carretas.

—¿Y qué significa eso? No entiendo el por qué la gente habla.

—Ahí va lo sorprendente, quien la ha visto dice que siempre va con la cara tapada.

—¿Con la cara tapada?

—Sí, con una especie de gasa o tela. Absolutamente nadie ha conseguido verle la cara.

—Quizás esté desfigurada o algo así, no creo que sea para que esté en boca de todo el pueblo.

—No lo sé, yo me limito a contarte lo que sé.

—Pues yo lo que quiero contarte es que mi tripa ha crecido un poquito, eso sí que es importante.

Las dos rieron a la vez entusiasmadas.

Se quedó a comer y más tarde Michael la acompañó encantado.

Anocheía cuando Jim entró en la alcoba preocupado.

Había estado la tarde entera en la plantación, e incluso cenó en la cantina, procurando aclarar las ideas que se agolpaban dentro de su cabeza.

A sus oídos también habían llegado los rumores de la mujer de la que hablaba el pueblo entero... Y ahí es donde estaba la encrucijada.

¿Debía de ir a plantarle cara, o por el contrario debería hacerse el loco y quedarse quieto?

Hiciera lo que hiciera corría el riesgo de que perdiera los estribos.

¡No soportaba la presión!

Las dudas...

El pesimismo...

El miedo...

La angustia...

El rencor...

Y por encima de cualquier otro sentimiento la rabia... eran las consecuentes de que él estuviera en aquel estado apático, causando verdaderos estragos en un hombre que, definitivamente, no tenía ni idea de qué hacer para que la pelota que se había convertido en gigantesca no dañara a la persona a la que más ansiaba proteger.

¡SU ESPOSA! Así... en mayúsculas.

Por ese motivo, cuando Michael le dijo que no se encontraba bien, corrió a su encuentro preocupado.

Entró en la alcoba y contempló que no estaba dormida pero si acostada. No parecía tener buena cara.

—Jenny ¿te encuentras bien?

De dos zancadas cruzó la estancia y se sentó sobre la cama. Posteriormente la cogió de la mano, mientras que la miraba con una cara de preocupación absoluta.

—Sí, es solo que me encontraba un poco indispuesta y Michael me ha obligado a acostarme. No es nada, de verdad.

—¿Estás segura?

—Sí —le tranquilizó—. ¿Por qué no has venido a cenar?

—Necesitaba estar solo.

—Te he echado de menos Jim. —Y se incorporó sobre los almohadones

para estar cerca de él. Precisaba de su cercanía—. Sé que los últimos días no están siendo buenos para ti pero te necesito.

—Jenny —le susurró besando sus cabellos amorosamente—, sabes que me tienes.

Y ella no pudo evitar decirle:

—Últimamente estás distante, lo noto, y aunque hago lo que me dices, y me guardo las preguntas que tanto ansío hacerte, cada vez pareces alejarte más de mí.

¡Joder!

—Eso nunca pequeña, te quiero demasiado. —Y la acunó sobre su regazo como si se tratase de una niña.

Ella se dejó acunar entre sus brazos y lloró sobre su pecho, mojándole la camisa.

Sin ninguna duda poco a poco notó una mejoría inmensa y el vacío de antes desapareció.

—Puede que sea por el embarazo pero últimamente estoy bastante melancólica y tengo muchas ganas de llorar.

—¿Y por qué no me lo has dicho? —la regañó cariñosamente.

—No quiero preocuparte, no con estas bobadas.

—Puedes contarme lo que quieras, cuando quieras. Siempre estaré ahí, aunque sea para bobadas como tú dices.

A menos consiguió arrancarle una sonrisa.

—¿Estás cansada?

—Un poco pero no podía dormir, ahora que estás será distinto.

Jim se desnudó y posteriormente se deslizó entre las sábanas. Abrazándola con fuerza.

—¿Así mejor?

—Mucho mejor —confirmó tranquila—. Jim.

—¿Sí? —Cerró los ojos agotado y la escuchó.

Verdaderamente había sido un día muy largo y con sentimientos encontrados de todo tipo.

—Hoy ha venido Laura a hacerme una visita.

—Entonces habrás estado distraída ¿no?

—Sí. Me ha hecho especial ilusión... ¿Sabes? Me ha dicho un cotilleo que por lo visto está en boca de todos y que me ha sorprendido bastante. —E hizo la pregunta que se le pasaba por la cabeza—. ¿Has oído hablar de esa mujer que sólo se deja ver de noche y con la cara tapada? —Terminó

preguntando con una normalidad que sería imposible que tuviese en el caso de que supiera la verdad de aquel macabro asunto.

¡Oh Dios!

Jim abrió los ojos de golpe. Advirtiendo que el corazón bombeaba a una velocidad anormal. Totalmente descontrolado.

—¿Quién te ha hablado de ella? —preguntó a su vez procurando mostrar una voz pausada y tranquila.

¡Resultándole casi imposible!

Ella no tardó en contestar.

—Laura. Por lo visto todo el pueblo habla de lo mismo.

—¿Y eso qué importa ahora? —añadió a continuación quitándole importancia—. Anda duérmete, ya verás cómo mañana te levantas encontrándote mucho mejor.

Jenny no le debatió.

—Te quiero.

—Y yo a ti Jenny.

La mujer no tardó en dormirse, acurrucada entre sus brazos, y con una sensación de paz indiscutible...

Él, en cambio, no pudo pegar ojo en toda la noche...

Y se limitó a abrazarla con fuerza, pareciendo desesperado, y barajando la posibilidad de que fuese una de las últimas noches que podría pasar con ella... en el que caso de que ocurriese el peor escenario posible.

La mañana siguiente amaneció con un cielo completamente despejado, un día tranquilo de primavera como tantos otros...

Una Jenny descansada se levantó con una vitalidad desbordante tras las palabras que su esposo le transmitió la noche anterior. Radiando de una tranquilidad y de una paz muy... muy grande.

La conversación que tuvieron hizo que se sintiese de maravilla. Olvidándose rápidamente de la melancolía y de la tristeza.

De hecho, había dormido tan bien, que ni siquiera le escuchó al levantarse de buena mañana.

Después de lavarse y de vestirse bajó hasta la cocina para empezar las tareas.

Un día más...

Lo que ella aún no sabía era que para ellos no sería un día más.

¡Nada de eso!

Jamás, por mucho tiempo que pasara, se podría olvidar de aquel maldito día...

Sobre todo ella.

—Buenos días Michael.

—Hola preciosa.

—¿Cómo es que estás aquí? —preguntó curiosa puesto que deberían estar en la plantación igual que hacían todos los días.

—Hoy me quedaré por aquí. —Fue su escueta respuesta.

—¿Y eso?

¡Qué extraño le parecía!

—Porque si, sin más —contestó sin dar explicaciones.

—Ya te pareces a tu hermano, ¿y Jim? ¿Está en la plantación verdad?

—Pero a esas alturas era consciente de que algo misterioso ocurría.

—No. Tenía que solucionar algo antes.

—Vaya, vaya, que de secretos.

—Ya sabes las reglas, nada de preguntas.

—Pues sí que te ha enseñado bien —le reprochó—, anda, ya que te vas a quedar, despierta a los niños mientras yo voy al granero a por huevos.

—Será un placer ayudarte.

Dejó los huevos que acababa de coger encima de la mesa, y cuando se iba a acercar hasta el fogón cargada con los palos que Jim le había dejado, para que no cargara... de pronto ocurrió algo inaudito.

¡Alguien llamó a la puerta!

Y la primera reacción fue la de quedarse quieta y asombrada a la vez.

¿Quién sería?

Primero Michael se quedaba en casa...

Después se enteraba que Jim se había ido a solucionar algo...

Y ahora llamaban a la puerta...

Que extraña estaba resultando la mañana.

Y a continuación volvieron a llamar.

Entonces Jenny dejó los palos en la chimenea y se dirigió a la puerta. Seguidamente abrió.

El susto que se llevó fue tan grande que hasta dio un paso hacia atrás; y es que allí, delante de ella, se encontraba la mujer tan misteriosa de la que hablaban los vecinos del pueblo.

Por supuesto llevaba la cara tapada tal y como Laura le había dicho.

—¿Quién es usted? —preguntó Jenny.

—Eso ahora no importa —le contestó sería la mujer misteriosa.

¿Cómo no iba a importar?

Y a pesar de lo raro de la situación Jenny le contestó:

—Sí, claro que importa. Esta casa a la que ha llamado es mi casa así que me gustaría saberlo.

¿Estaría trastornada?

Y barajó la posibilidad de llamar a Michael, el cual seguía en el piso de arriba despertando a los niños.

—¿Tu casa? —le preguntó tuteándola de manera ordinaria. Pareciendo retarla con la posición en la que estaba.

A Jenny su actitud y su tono no le gustaron nada.

Y puntualizó también en otro tono:

—Sí. Mi casa... así que me dice a lo que ha venido o ya puede dar media vuelta y marcharse por el mismo lugar por el que lo ha hecho. —La cortó cabreada.

¿Quién se creía que era?

—¿Estás segura? —Quiso desafiarla.

Pero bueno... aquello era el colmo.

¿Sería maleducada?

Y si por un instante pensó que ahí quedaban los contratiempos, no sabía lo equivocada que estaba... puesto que, seguidamente, y sin que nadie la invitase a pasar, se tomó la libertad de hacerlo sin más.

Pasando a su lado impunemente, y desde luego sin inmutarse. Dejándola completamente con la boca abierta.

¡No lograba entender qué es lo que estaba sucediendo!

—Veo que todo sigue igual.

La escuchó a continuación.

Aquel atrevimiento consiguió que Jenny fuese capaz de reaccionar. Siguiéndola para plantarle cara.

—¿Se puede saber qué hace? ¿Es que no le han enseñado modales?

—¿Están los niños?

Y con aquella pregunta volvió a desarmarla.

—En el telegrama fui clara. Requiero verles una última vez antes de marcharnos... aunque sea de lejos.

Cada vez entendía menos la situación que tenía entre manos.

¿Aquella mujer estaba en sus cabales?

Y la miró, tratando en vano de averiguar de qué diablos estaba hablando.

—¿Es que te has quedado sorda? Te he preguntado por los niños.

Sus palabras eran cortantes e hirientes. La pretensión era, sin ninguna duda, provocar un daño irreparable.

Y lo estaba consiguiendo.

—¿Y Jim?

La pregunta la devolvió a la realidad.

—¿Es que conoce a mi esposo?

—¿Tu esposo? —dijo escupiendo las palabras—. Vaya, vaya, que yo sepa eso es imposible.

—¿Qué insinúa? Haga el favor de marcharse de mi casa. —Y como no se movía gritó—: ¡Ahora!

La otra parte ni se inmutó. Continuando empeñada en desempeñar lo que fuera que tenía en mente.

—Primero veré a los niños —le dijo convencida y en un estado de absoluto control.

—Pero, ¿quién se cree que es para llegar aquí con tanto descaro? —Su tono de voz ya no era el de sorpresa.

¡Oh no!

Estaba cabreada... realmente cabreada por el atrevimiento de aquella mujer que debería de estar mal de la cabeza.

Y por un momento se le pasó por la cabeza arrancarle ese estúpido velo que llevaba para poder mirarla a los ojos.

—¿Ni siquiera te ha hablado de mí? —contraatacó mediante un gesto burlón la mujer misteriosa—. Si es así me encantará mostrártelo.

Y no hizo falta que Jenny le arrancara aquel estúpido velo...

Todo.

Absolutamente todo, pareció como si a continuación sucediese a cámara lenta...

Michael asomándose sin los niños tras escuchar los gritos que se estaban produciendo abajo. Pretendiendo averiguar qué sucedía...

La mujer misteriosa llevándose las manos al pañuelo que le cubría parte de la cabeza y la cara...

Y Jenny mirando la secuencia verdaderamente intrigada sin apenas pestañear...

El primero en darse cuenta de lo que realmente sucedía fue Michael. Y en un arrebato desesperado voló, literalmente, hasta la alcoba de los niños. Cerrando la puerta con llave desde fuera.

Una vez que los niños estuvieron seguros, se dirigió a las escaleras como alma que lleva el diablo, y bajó de dos en dos los escalones. Actuando loco debido a la rabia y a la impotencia que lo consumían.

Esforzándose en lograr evitar lo que a esas alturas era ya inevitable, a la vez que gritaba:

—Nooooooooo...

¡Tarde!

¡Demasiado tarde...!

La mujer se quitó el pañuelo de la cabeza y luego miró a Jenny con una expresión burlona y llena de odio.

—¿Karen? —balbuceó muerta de miedo.

No.

No podía ser.

¿Qué broma macabra era ésa?

—Karen, ¿eres tú?

Su cabeza le daba vueltas y vueltas. No podía pensar con la claridad que debería y desde luego no podía hacerse a la idea de lo que estaba viendo con sus propios ojos.

¡Era imposible!

Y entonces miró hacia arriba. Buscando a Michael.

Su corazón se rompió en mil pedazos... y supo, al ver su cara, lo que sucedía.

Dando un paso hacia atrás consternada.

—¡Tú lo sabías...! —dijo acongojada y traicionada, mientras que instintivamente echaba otro paso hacia atrás. Repitiendo de manera incrédula

—: ¡Tú lo sabías...!

Aquella acusación era lo único que salía de la garganta de una pobre mujer superada por el engaño a la que la habían condenado, a la vez que la mirada estupefacta pasaba de uno a otro continuamente.

Desde luego que nunca nadie le había hecho tantísimo daño... y entonces también supo la verdad.

Ahora todas las piezas encajaban, y eran tan, tan dolorosas, que incluso llevar aquel hijo dentro de su vientre la asqueó.

¡No quería nada suyo!

Ni siquiera aquello que, se suponía, habían hecho con tanto amor.

Mentiras...

Mentiras...

Y más mentiras...

¿Cómo había sido capaz?

—Jenny, Jenny, por favor —le suplicaba Michael—, deja que él te lo explique.

—¿Explicar? Ni siquiera estoy casada. Esa boda no tuvo ningún valor y llevo más de un año viviendo en una mentira.

—Jenny por favor.

Pero Jenny no podía ni quería escuchar nada. Y dio otro paso hacia atrás para que no la tocara. Protegiéndose de lo que le dolía extremadamente.

¡Que precisamente él hubiese colaborado en algo tan sucio!

Y le gritó:

—Te odio Michael. Te odio, ¿me oyes?

—Jenny de veras que yo quise ayudarte —le suplicaba compungido.

¡Oh Dios! Cuanto dolía lo que acababa de decirle.

—Siempre le dije que te contara la verdad Jenny, que te contara que le abandonó.

¿Qué?

Su confesión acabó de hundirla.

—Y yo pensando que era la esposa ideal... que disparate.

—Oye mujer, no he venido aquí para que te metas conmigo sino para ver a mis hijos.

—¿Tus hijos? —Y se acercó hasta ella como una fiera envenenada—. ¿Cómo te atreves? Me das pena. Acabas de destruir mi vida pero ¿sabes qué? Yo sí tengo el amor de tus hijos no tú. Ellos son la única verdad en toda esta historia y te puedo jurar que mientras yo esté aquí no los verás. No lo

permitiré.

—Soy su madre y eso no puede cambiarlo nadie, tengo el derecho a verles por última vez.

—¿Tú? —escupió las palabras— por encima de mi cadáver, los pobres ya han sufrido bastante y no permitiré que les hagas más daño. Yo sí que me preocupo por ellos, porque yo si los cuido como si fuera su madre, ¿cómo fuiste capaz de abandonarlos? Lo tenías todo. Una familia maravillosa y tú vas y te marchas.

—Michael —se dirigió a él desesperada—, dile a esta señora que no siga por ahí porque si no...

—Mira, si te has creído que voy a apoyarte es que estás loca. Aquí donde la ves ha cuidado de los niños porque la puta de su madre se enamoró de un feriante y se largó con él. Esa puta eres tú, y lo único que siento es el daño que estás haciendo. Si hay una persona que no se lo merece esa es esta señora que tienes aquí, y a la que por supuesto no le llegas ni a la suela del zapato.

—No voy a consentir esto. —Cada vez se sentía más acorralada—, además, ésta es mi casa.

—¿Tu casa? —Contraatacó Michael— piensa que si no te vas de una vez quizás termines entre rejas. Jim puede acusarte de adulterio y sería bastante comprometedor para ti.

—El adulterio ha sido mutuo.

—Sí pero no olvides que yo y todos los del pueblo creeremos a Jim y apoyaremos la versión que dio en su día. Diremos que al final saliste del río y huiste para escaparte. Que tú sola lo preparaste dejando al pobre viudo sólo. Dime Karen, ¿a quién creerá el sheriff?

—Maldito malnacido.

Ante tales palabras Jenny no lo pudo soportar y avanzó hasta ella colérica. Tanto que Karen se echó para atrás sin servirle de nada, pues el bofetón que le dio se escuchó claramente.

—Malnacida tú, puta —Michael la miro incrédulo—. Lárgate de mi casa y vete a revolcarte con el feriante. Si hay algo que me alegra ahora mismo es lo que veo en tus ojos, ¿y sabes qué es? Veo arrepentimiento, cada día, cada semana, cada momento.

—Basta, basta.

—Te mereces la tortura en la que vives y en la que vivirás el resto de tu mísera vida sin tus hijos.

Que a gusto se acababa de quedar, entonces se giró sin mirar atrás.
—Jenny, ¿dónde vas? Espera hasta que él llegue.

Pero ya no escuchaba nada.

¡Simplemente no podía!

Y salió con paso apresurado porque necesitaba aire o al final terminaría desmayándose. Y desde luego que no estaba dispuesta a darle ese placer.

Una vez que estuvo fuera vomitó.

Michael, jamás en su vida, se sintió tan impotente y es que en esos momentos lo único que deseaba era correr tras su cuñada para detenerla... pero no podía hacerlo. Por encima de todo lo que ahora importaba eran los niños, y por su bien no podían ver a su madre bajo ningún concepto.

Aquello podría marcarles para el resto de la vida puesto que la descabellada idea que tenía era verlos una única vez, para intentar apaciguar los remordimientos que la consumían, y después desaparecer e irse a otro país.

Desde luego que era algo que unos críos jamás entenderían.

Y desde luego que era algo que él jamás consentiría.

No se movió de allí ni cuando ella desapareció... esta vez para siempre.

Y así fue cómo, el pasado siempre vuelve, irrumpió en la vida de los protagonistas. Dejando que los fantasmas del pasado quedaron enterrados por siempre jamás...

¡A un precio demasiado alto!

CAPITULO XIV

Pasaron los días...
Pasaron las semanas...
Y nada...
Parecía como si la tierra se la hubiera tragado.

La buscó en casa de Laura...
La buscó en el pueblo...
La buscó en los alrededores...
La buscó hasta en su cabaña...
Pero nada...
¡Ni rastro de su adorada esposa!

Cada uno de ellos tuvo que aprender a vivir sin ella y no era tarea fácil. La casa quedó envuelta en una amargura y en un silencio tan grande, que por mucho que los mayores intentaban hacer, absolutamente nada daba resultado.

La agonía continua en la que Jim vivía desde aquel fatídico día empezaba a pasarle factura y ni siquiera era capaz de dormir varias horas seguidas.

¿Cómo iba a hacerlo si no sabía si estaba bien?

Y lo peor de lo sucedido era que él sí que se merecía aquel sufrimiento... pero él y solamente él.

¡Tarde!

No pasaba ni un día en el que se atormentaba ante el convencimiento de que si hubiese confiado en ella nada del infierno, que estaban viviendo, habría tenido lugar. Odiándose por perjudicar a la persona que menos se lo

merecía...

Y aquellos remordimientos no le dejaban vivir.

En tan poco tiempo ya se le notaba la pérdida de peso...

Casi ni comía...

La barba nuevamente creció en su cara...

Las ojeras eran evidentes...

El aspecto general era de un auténtico desaliño...

Y el cambio fue tan drástico, en tan poquísimo tiempo, que Michael estaba realmente preocupado.

Su comportamiento era el de un hombre con un alma en pena.

Y nadie, absolutamente nadie, podía hacer nada para ayudarlo.

Convencido de que una parte de él se había ido con su amada allá donde estuviera.

Y pasó la primavera...

También el verano...

Nada, absolutamente nada.

En cambio él seguía buscándola. Nunca dejaría de hacerlo.

Jamás...

Aunque fuese lo último que hiciera en su miserable vida.

Querida Jennifer:

Ni siquiera sé si recibirás esta carta pero necesito intentarlo. Al final he conseguido saber dónde vivías antes de venir aquí. Solo espero que estés ahí pero sobre todo que estés bien.

No tengo palabras para decirte cuánto siento lo sucedido, y lo único que puedo hacer es arrodillarme ante tus pies para pedirte perdón.

Michael y los niños te echan tanto de menos...nada es igual desde que te marcharas.

Nada.

Por favor, te suplico que si lees esta carta me lo hagas saber del modo en que tú quieras, por favor.

Con todo mi amor:

Jim

Aquella fue la primera carta que envié... por desgracia para él sin ningún resultado.

Nada.

Nada de nada.

Y los días seguían pasando.

—¿Por qué no vas? —Le preguntaba Michael harto de verle en aquel estado de abatimiento—, el sentido común me dice que tiene que estar en su pueblo. Y si es así puedes ir a verla y quizás, con un poco de suerte, incluso puede que se decida a acompañarte, ¿no lo crees?

—No lo haré —negó con rotundidad.

Seguro de lo que hacía.

—Si quieres puedo hacerlo yo. —Se ofreció con un mínimo de esperanza—. Haré lo que sea y lo que esté en mis manos para tratar de saber si está, y sobre todo cómo está... siempre que a ti te parezca bien, claro.

—No.

—¿Estás seguro?

—Completamente. —Y aunque le doliera el alma sabía que tendría que quedarse esperando—. Ella es la que tiene que decidir y sabe dónde estamos.

—Pero...

—Jamás volveré a obligarla a hacer algo que ella no quiera Michael.
¡Jamás!

Querida Jennifer:

Han pasado varios días y sigo sin noticias tuyas, lo que me hace pensar si es que no estás ahí o es que no quieres saber nada de mí.

Si es esto último no te culpo. Merezco tu rencor y toda tu rabia.

Aun así me gustaría que supieras que cuando te dije que eras la mujer de mi vida no te mentía.

¡Eras, eres y serás la mujer de mi vida! Y ni siquiera esta distancia me hará cambiar de parecer. Nunca.

Cada día que pasa te echo más en falta. Ojalá estuvieras aquí, junto a mí, con una taza de café entre las manos y sentados frente al fuego. Ese ahora es mi gran sueño.

Ojalá pudiese cumplirse.

Si realmente estás leyendo mis cartas quiero que sepas que no iré a buscarte. Nunca. Jamás, volveré a hacer algo que tú no quieras, y es tanto lo que te necesito, que con toda probabilidad volvería a cargarte sobre mi caballo a la fuerza, como la última vez.

No lo voy a hacer. No voy a hacerte más daño. Antes me pegaría un tiro.

Por favor, hazme saber que estás bien, te lo suplico una vez más, necesito saberlo o terminaré volviéndome loco.

Con todo mi amor:

Jimmy

P.D. Por favor Jenny, hazme saber que estás bien, por favor.

Nada.

¡Ni una palabra!

Querida Jennifer:

Quizás nunca leas esto, pero tengo la necesidad de sincerarme contigo, y éste es el único modo de hacerlo.

No sé si quizás, algún día, podamos hablar de lo sucedido. Ojalá fuese posible, pero veo que pasa el tiempo y todo sigue igual.

Así que he pensado en escribirte esta carta para que intentes, por un momento, ponerte en mi lugar.

Por fin puedo contarte lo que pasó y necesito hacerlo.

Karen y yo nos casamos enamorados. La vida me enseñó que yo bastante más que ella.

Éramos felices y con la llegada de nuestros hijos la dicha no pudo ser mayor.

Pero un día todo cambió... Mejor dicho Karen cambió.

Todavía hoy no sé qué pudo pasar por su cabeza, pero de un día para otro, todo empezó a parecerle mal, era como si lo que la rodeaba le empezase a quedar pequeño. Parecía un animal enjaulado y ni siquiera los niños parecían aliviarla.

Yo no entendía nada. Únicamente me esforzaba por cuidarla, por preocuparme por ella... pero era inútil. Más de una vez me dijo que daría cualquier cosa por marcharse del pueblo pero yo no la quería creer.

Fueron tiempos muy amargos. La vida con ella empezó a ser una auténtica tortura. Siempre discutiendo, y fue entonces cuando empecé a entrar en la cantina de forma más habitual. Y también fue entonces cuando te conocí.

¿Te acuerdas del día que me preguntaste qué hacía hablando con Harry de ti si ella aún estaba viva? Pues porque no podía con la situación que tenía y la única que estuvo allí fuiste tú. Aquel detalle provocó que cada vez quisiera saber más y más sobre ti. Y gracias a ello cada vez pasaba más tiempo en la cantina. Por aquel entonces sólo pensaba que lo hacía para olvidarme de lo que tenía en casa pero, ¿sabes qué? Tardé bastante en saber que el único motivo por el que acudía era por ti.

Mi gran fallo fue el no querer darme cuenta.

Y entonces pasó. Llegaron los feriantes y sin saber cómo empezó a tener trato con ellos, y yo, al verla mejor, no le quise dar importancia ya que al menos las peleas bajaron de tono... Nunca pude imaginar lo que estaba dispuesta a hacer. Nunca.

El día que se marchó lo hizo sin más, ni siquiera dejó una nota. Y en cuanto supe que los feriantes se habían marchado entonces lo supe...

¡Y también lo que tenía que hacer! Por nada del mundo permitiría que mis hijos supieran que su madre los había abandonado, eso nunca.

Por eso me inventé que cayó al río y que no pude hacer nada por ella. Pensé que nunca volvería.

Ponte en mi lugar Jenny, al menos inténtalo.

Ese día fue cuando nació el Jim que conociste al principio. El Jim que se hizo la promesa de no volver a confiar en ninguna otra mujer, pasase lo que pasase.

Ese era mi secreto Jenny. Me hizo tanto daño que ni siquiera te pude dar la oportunidad de conocerme como me conoces ahora.

Lo siento Jenny, no sabes cuánto lo siento.

Por favor vuelve junto a mí y si quieres te seguiré explicando.

Con todo mi amor:

Jimmy

Los días que pasaron desde el envío de la nueva carta, a Jim se le hicieron eternos, pero nada. Todo seguía igual, y por una vez se le cruzó la idea de ir a buscarla.

Imploraba por saber si estaba leyendo aquellas cartas, pero sobre todo, necesitaba saber qué es lo que pensaba de ellas.

Querida Jennifer:

Estoy desesperado. Entiendo que no quieras saber nada de mí, pero por lo que más quieras, si estás leyendo estas cartas házmelo saber. Será la forma de saber que estás bien... bueno que estáis bien. Por favor, empiezo a dudar y no sé si seré capaz de seguir aquí quieto, cuando podría salir a caballo ahora mismo. Esta incertidumbre me está matando.

Con todo mi amor:

Jimmy

P.D. Si no recibo noticias tuyas iré. Ni siquiera sé si estás ahí y entonces tendré que seguir buscándote.

Finalmente, después de esa carta, sí que tuvo noticias acerca de ella.

—Jim. Jim. Tengo noticias.

Michael entró como una tromba en la cabaña y se acercó a la chimenea para estar junto a su hermano. Evidenciando que su rostro despreocupado, tras tantísimo tiempo, sería a consecuencia de que gracias al cielo esas noticias tendrían que ver con Jenny.

¡No se equivocó!

—¿De Jenny? —preguntó impaciente.

—Sí. Ha escrito a Laura.

—¿Y?

—Le pide que te diga que están bien.

Por primera vez en mucho tiempo una sonrisa le cruzó la cara.

—Eso significa que por lo menos está leyendo mis cartas —dijo ilusionado.

Y un rayo de esperanza iluminó su rostro sonriente... y sin perder tiempo corrió hacia la pluma y el papel.

Amada mía:

Solo tengo palabras de agradecimiento hacia ti.

Gracias por permitir que sepa de tu estado, ahora, por fin, puedo estar más tranquilo.

Ahora que sé que lees mis cartas estoy más nervioso pero también estoy con más esperanzas, y es que lucharé por ti cueste lo que cueste. Por ti y por mí hijo. Nuestro hijo.

Johnny y Sandy te echan de menos. Yo les digo que pronto volverás, no sé si hago bien pero es que no sé qué otra cosa decir.

Michael y Laura ya tienen fecha de boda, me supongo que ya lo sabrás. ¿Vendrás a la boda? Deseo con todo mi alma que sí.

Quiero que sepas que por primera vez he empezado a hacer las cosas bien, hace mucho que le conté al sheriff que Karen había aparecido...

y han anulado ese matrimonio.

¿Sabes qué significa eso amor? Si tú quieres y sólo si tú quieres, podemos casarnos como Dios manda. Debes saber que aunque la nuestra no valió yo sí que me sentía casado, sobre todo desde aquel maravilloso día de la fiesta de primavera. ¿Te acuerdas?

Aquellas dos semanas, cuando me fui, no se me olvidarán en la vida. Te eché tanto de menos... Y fue entonces cuando me di cuenta que la promesa que me hice tendría que romperla. Me moría por estar a tu lado, cuidándote, amándote...

Siempre pensé, después de volver, que todo marcharía bien, que lo de Karen se iría conmigo a la tumba, y que a ella no se le ocurriría aparecer, y entonces empecé a quererte como tú te merecías. Empecé a ser el esposo que tú te merecías... y cuando todo empezaba a ir bien, recibo aquel maldito telegrama en el que decía que quería volver para ver a los niños una última vez. Aquello me hizo sentir miedo, tanto que huí a mi cabaña dejándote sola.

Precisamente cuando te hago el amor voy y me marcho.

Lo siento amor, me costó mucho hacerlo pero necesitaba tiempo para pensar. Estaba muerto de miedo. La sola idea de perderte me hacía enloquecer.

Ojalá me dejes curar todas las heridas que te he causado, ojalá.

Qué curioso es todo, ¿verdad? Mi vida quedó marcada en el momento que me abandonó, ¿y qué hago yo? Provocar que la mujer de mi vida tenga suficientes motivos para que me pase de nuevo, solo que esta vez duele demasiado. Tanto que a veces no sé si merece la pena estar en este mundo.

¿Te acuerdas lo que te dije en la cabaña? Tú aún no sabías lo que podría ocurrir pero yo sí, por eso te dije aquello.

Jamás nunca he amado a ninguna mujer como te quiero a ti. Fue justo que lo supieras entonces, y es justo que lo sepas ahora.

Por favor vuelve, aquí está tu casa, esperándote para que la pongas como a ti te guste. Todavía vivimos en las montañas, y es que no entraré en nuestra nueva casa hasta que tú lo hagas conmigo.

Tenemos una nueva oportunidad para empezar de nuevo. No la dejemos escapar, está en tus manos.

Una nueva vida...

Una nueva casa...

Un nuevo hijo...

¿Te parece suficiente? A mí sí.

Me gustaría saber qué piensas, sea lo que sea. Te amo pequeña y no me cansaré de decírtelo, nunca.

Vuelvo a ser tu Jimmy y esta vez para siempre. Déjame demostrártelo.

Con todo mi amor:

Jimmy

P.D. Cásate conmigo amor, dame el placer de cuidar de ti y sobre todo de compensarte por todo.

Aquello se estaba convirtiendo en una pesadilla. Ahora que sabía que sí que le estaban llegando las cartas, su temor ya no fue si estaba bien, pues eso ya lo sabía. Ahora su auténtico temor era que no quisiera saber nada de él nunca más.

Y eso es lo que parecía ocurrir.

Con cada carta que mandaba se sinceraba más y más. Nunca había abierto su corazón así a nadie.

¡Nunca!

¿Y de qué le servía?

De nada.

Ella seguía muda, sin dar ninguna señal de vida.

Querida Jennifer:

Ya no sé qué hacer o decir para que vuelvas, o por lo menos para que podamos hablar. Cada vez se me hace más difícil escribirte, ¿sabes por qué? Porque los días se hacen interminables esperando tu respuesta y cuando ésta no llega me desanimo más y más...

Empiezo a dudar y ni siquiera sé si sigues leyendo mis cartas, porque si no, no entiendo cómo puedes seguir sin contestarme. Creo que aunque no merezca nada tuyo al menos podrías decirme algo para así saber a qué atenerme. Te juro que si lo que quieres es no volver a verme no te molestaré más. Pero hay una parte de mí que me dice que siga luchando, que nunca dejarás de quererme y que terminarás perdonándome.

No sé qué hacer, ¿sigo escribiéndote? ¿Voy a buscarte? ¿O dejo todo sin más hasta que vuelvas... si es que lo haces?

Además, cada vez estoy más preocupado, tu estado ya estará muy avanzado y creo que tu lugar está aquí. Ese hijo debería nacer aquí. Me atormenta que pueda pasaros algo estando yo tan lejos.

No quiero ser duro pero también empiezo a preguntarme si dejarás que lo vea cuando nazca, soy su padre y tengo el derecho de saber. Por favor Jenny dime lo que sientes, dime lo que vas a hacer, y sobre todo dime si tengo alguna oportunidad.

Estoy completamente perdido.

Te quiere:

Jimmy

¿Acaso era insensible?

Todo lo que podía hacer ya lo había hecho y nada... ni unas tristes líneas.

¿Cuánto tiempo había pasado? Demasiado para que la rabia y la impotencia al descubrirlo se hubiesen calmado un poco.

Ya tuvo tiempo de pensar en lo que quería hacer, y él tenía el derecho a saberlo para bien o para mal, además, el niño no tardaría en nacer y eso era algo que no se podía posponer.

Su vida era un auténtico infierno y aquellas cartas no le estaban ayudando, sino todo lo contrario... y la hora de terminar con aquello había llegado.

Así que con pesar y tristeza se sentó ante la mesa con la determinación de escribir aquella última carta.

La mano le temblaba al empezar a escribir.

Fue más difícil de lo que pensó, pero era necesario. Una vez que hubo terminado suspiró angustiado.

Se acabó.

Había que poner punto y final, y fue lo que hizo.

CAPITULO XV

El día que llegó la primera carta, a Jenny le dio un vuelvo el corazón... sabía que finalmente la encontraría.

Y a pesar de los sentimientos encontrados no la leyó enseguida sino todo lo contrario.

Estuvo la mañana entera con ella en la mano, sin saber qué hacer, y hasta estuvo dudando de tirarla al fuego o no.

¡No lo hizo!

Horas después, cuando al fin reunió un poco de valor la abrió, y solamente pudo leer el “*Querida Jennifer:*” puesto que la dobló rápidamente. Levantándose de la silla con una angustia que la paralizaba.

Todavía era demasiado pronto. Tenía tanto dolor en su interior que, simplemente ver su letra, la hizo llorar y llorar.

Y llegó la segunda carta...

No fue hasta entonces que se encontró con las fuerzas suficientes para armarse de valor... y leyó la primera... después la segunda...

Una vez...

Dos veces...

Tres veces...

Las leyó y releyó con la cara llena de lágrimas y una gran angustia en el pecho.

—¿Cómo puede decir que me quiere? ¿Cómo después de lo que me hizo?

Y tomó la determinación de no contestarle.

Si realmente estaba tan preocupado se lo tenía de sobra merecido. Así tomaría un poco de su medicina y sabría lo que era sentir la angustia de no saber... lo mismo que hizo él cuando se marchó a su cabaña.

No.

No le contestaría por mucho que quisiera ablandarla con aquellas palabras...

¡Que sufriera!

Era lo que de momento podía desearle.

Y llegó otra más...

La reacción que tuvo con la tercera carta fue de auténtico enfado.

¿Por qué?

Pues sencillamente porque las explicaciones llegaban demasiado tarde.

¿Qué le importaba ahora la vida que tuvo con Karen?

¿Y cómo podía insinuar que iba a la cantina para verla a ella?

De nada le servían sus letras sino para cabrearse muchísimo más... haciéndose a la idea de que si hubiese sido sincero con ella aquel asunto hubiese sido completamente diferente desde el primer día.

Llegando a ser lo felices que ambos se merecían...

Y analizó bien la carta.

Que no le dijera que en realidad Karen estaba viva lo llegaba a entender, (por sus hijos) pero entonces:

¿Por qué tardó tanto en ser el esposo amable y cariñoso que tan feliz la hizo?

¿Por una ridícula promesa en la que la ponía al mismo nivel que a Karen?

Pensar tal atrocidad no lo podía soportar.

—¿Volver junto a ti? Ja, será lo último que haga.

Rompió la carta en mil pedazos, hecha una auténtica furia, y la tiró a la chimenea.

Siguió pasando el tiempo, y a medida que lo hacía, su tripa engordaba más y más...

Y llegó la cuarta...

Le costó bastante admitir que empezaba a impacientarse ante la falta de noticias tuyas, por eso, cuando al fin le llegó una nueva... sonrió. Abriéndola con rapidez.

¡Y algo en su interior empezó a ceder!

No supo si por su desesperación...

O por la voluntad de ir a por ella ante la falta de noticias...

O quizás por la manera en que se refería a ella y al niño con la urgencia de saber si estaban bien...

Pero lo cierto es que, según terminó de leerla, escribió a Laura pidiéndole que le dijese que ambos se encontraban bien.

Inesperadamente, la que finalmente la dejó con un gran dolor emocional, fue la que acababa de leer.

La que le pedía que se casara con él... o más bien la que le suplicaba que se casara con él.

Todo lo que decía en esa carta la desarmó por completo. Haciéndola débil. Y por primera vez desde que estallara la situación en la que se encontraban, hizo que le necesitase.

Necesitaba estar entre sus brazos con tanta urgencia que dolía...

¡Cómo dolía!

Aun así prefirió quedarse en aquel lugar. Debía mantener la mente fría para no dejarse embaucar por unas simples palabras.

Por muy bonitas que fueran.

Llegó la penúltima, y ya por entonces faltaba muy poco para la llegada del bebé.

La leyó y algo se resquebrajó en su interior. Debía de ser justa y admitir que Jim tenía razón al decir que el niño tendría que nacer allí.

Empezando a dudar.

Y en un momento de debilidad, estuvo en un tris de contestarle para decirle que por lo que más quisiera siguiese luchando por ella... que fuera a buscarla con urgencia... y sobre todo que necesitaba que la abrazara...

La rabia y la impotencia hacia mucho que se habían ido, dando paso a la esperanza y al dolor que cada vez se hacía más grande, ya que lo necesitaba mucho. Como el simple hecho de respirar...

Pero en el último momento no lo hizo. Convirtiéndose en una decisión muy difícil, pues estaba convencida de que su único lugar era estar junto a él.

Y los días siguieron pasando...

Hasta que no la abrió no supo que no habría más cartas... aquella era la última.

Se sentó y empezó a leerla con lágrimas en los ojos.

Querida Jenny:

Esta es la última carta que te escribo.

Me gustaría contarte lo que pasa por mi mente en estos mismos momentos, ¿sabes qué es? El recuerdo de aquel día en que me dijiste que te gustaría tener un caballo... era una sorpresa pero ya la tienes. Una yegua esperándote en la cuadra. Hace mucho que te la compré y ahora es tuya.

También pasa por mi mente la primera vez que te tuve entre mis brazos, nunca lo podré olvidar.

¿Y te acuerdas de nuestro primer baile? Me dijiste que te encantaría

volver a hacerlo, pues bien, es el momento si tú quieres. He comprado un aparato mágico por el que sale música, ¿te lo puedes creer? Si vienes bailaremos hasta que te canses.

No te preocupes. No me he vuelto loco, si he comprado todo esto es porque somos ricos. El algodón nos ha hecho ricos.

También me acuerdo del día que llegó Michael, reconozco que estaba muerto de celos, ni siquiera soportaba que nadie te mirase.

Ahora, con esta carta, te digo adiós. Quiero que sepas que me has hecho muy feliz, demasiado para lo poco que merezco.

Tendré que aprender a vivir sin ti. Será duro, ya lo es, pero seguiré intentándolo. Decirte una vez más que lo siento con toda mi alma y que si lo hice, aunque no me creas, fue con la única intención de no hacerte más daño.

Hubo un momento, después de que me dispararan, en que pensé que lo mejor sería decírtelo y así acabar con aquella locura de una vez por todas, pero no lo hice. Me dio miedo y ya no hubo marcha atrás.

Lo siento, es lo único que puedo decirte.

Adiós amor. Siempre te querré y siempre estaré aquí... esperándote.

Tuyo para siempre:

Jimmy

P.D. Gracias por darme los mejores momentos de mi vida.

Desbordada por las emociones que bullían en su interior no pudo dejar de llorar.

Aquella carta ponía fin por su parte... ahora todo quedaba en manos de ella.

Y sus palabras le hicieron comprender que él únicamente se quedaba con los buenos momentos. Los malos para nada importaban y tenía razón.

¿Para qué?

No había marcha atrás y ahora tendría que decidir.

Ya era hora de plantar cara para lo bueno o para lo malo.

Y ella sabía lo que tenía que hacer. Vaya si lo sabía...

Empezó con un:

Querido Jim...

Los días cada vez eran más difíciles. Si las cuentas no le fallaban faltaría un mes para la llegada del bebé. Y él seguía sin noticias sobre Jenny.

Aquello le bastó para saber que se acabó.

Que no volvería a verla...

Que la decisión ya estaba tomada...

Y que había salido de la peor manera posible...

Debía de odiarlo tanto, para querer afrontar el parto ella sola, que se hundió en un pozo sin fondo.

Eso sí... en ningún momento cogió la botella para hacer las penas un poco llevaderas.

No se permitiría mitigar el dolor aunque fuese por un rato, y afrontaría la situación de la mejor forma posible. Aunque no sabía cómo.

La época de la siembra del algodón llegó nuevamente, y aunque las cosas por allí habían cambiado bastante, era él el primero en llegar a la plantación y el último en irse. Necesitaba tener la mente ocupada para no volverse loco, y aunque no tenía la necesidad de trabajar tanto, pues contrató a varios hombres del pueblo, era algo inevitable.

Se podía decir sin ninguna duda que se mataba a trabajar.

Lo de irse a la casa nueva todavía no entraba en sus planes, así que ignorando lo cómodo que sería para todos continuaron en la cabaña.

Un día más cogió su caballo y se marchó camino a sus terrenos.

Al entrar en casa para comer y, como seguía siendo habitual, la buscó con la mirada.

Siempre lo hacía... y siempre lo mismo.

Era difícil asimilar que nunca más la volvería a ver.

Dio un beso a los niños y saludó a Emma.

—Hola Emma, ¿qué tenemos para comer hoy?

—Tu plato preferido. Debes engordar y ya no sé qué hacer para que comas como es debido.

—No empieces a sermonearme —se quejó.

—Sabes que hasta que no me hagas caso seguiré haciéndolo.

Gracias a que Emma estaba allí, sino sí que hubiese sido un auténtico desastre.

Al menos los niños estaban bien alimentados.

En un principio fue ella la que se ofreció a ayudarles, y más tarde, cuando a Jim le parecía que estaba abusando de la amistad que tuvo con sus padres, le ofreció un trato.

Un trato que no pudo rechazar puesto que el dinero le venía muy bien.

Así que empezó a trabajar para él y así todos salieron ganando.

—Te sería mucho más cómodo trasladarte a la nueva casa.

—No.

—¿Y para qué la quieres entonces? Es una casa preciosa y es un pecado no aprovecharla.

—Si la hice fue para empezar una nueva vida con ella, ahora que no está, ¿para qué la quiero?

—Para la comodidad de todos. Los niños no tendrían que levantarse tan temprano, vosotros tampoco, y yo no tendría que coger la carreta.

—No y no, a veces me arrepiento de que estés tan cerca. —Y fue hasta su lado y dio un beso a su arrugada mejilla—. Pareces mi madre.

—Es un honor que me digas eso —rio—, y si lo dices para que me calle no lo haré, sabes que lo único que quiero es lo mejor para ti.

—Lo sé.

Ambos miraron hacia la puerta al escuchar a Michael entrando.

Llevaba algo cogido en la mano.

—Hermanito tengo algo para ti.

—Que bien —dijo cogiendo un poco de pan.

—¿No te interesa? —preguntó socarrón.

—Sea lo que sea puede esperar hasta después de la comida.

—Vale.

Dejó la carta sobre uno de los muebles, y simplemente se sentó ante la mesa. Afanándose en parecer despreocupado.

—Es curioso —dijo.

Jim lo miró esperando a que hablara. Y como no lo hizo empezó a comer tan tranquilo. Despreocupándose de lo que fuera a decir.

No sería muy importante.

—¿Qué es curioso? —Terminó preguntando finalmente Emma que sí que tenía curiosidad.

Michael la miró y le guiñó un ojo a medida que decía:

—La carta.

Dijo como si nada.

—¿Qué carta? —preguntó Jim mostrando una impaciencia que surgió de la nada en el instante en que escuchó aquella palabra.

—La que puede esperar hasta que comas.

Jim dejó la cuchara dentro del plato sin dejar de mirarle.

—¿Qué carta? —Y esta vez lo preguntó con voz seria.

¡No estaba para bromas!

—Esa que te han enviado.

Todos. Absolutamente todos. Dejaron de comer.

¿Sería posible...?

—¡Joder! —Y se levantó con tanta prisa que derramó el agua, mojando toda la mesa—. Te juro que voy a matarte.

Y corrió en su busca. La cogió y la abrió con excesiva impaciencia.

—¿Es de Jenny? —preguntó la pequeña.

Jim miró la carta, la desdobló, y entonces miró a su pequeña sonriendo.

—Sí, es de Jenny.

—¿Y qué dice?

—Primero la leeré yo ¿vale? Os prometo que luego os diré lo que dice.

Sin más se giró y se sentó frente a la chimenea.

Y empezó a leer.

Querido Jim:

Desde que me fui he pasado por muchas etapas.

Incredulidad...

Odio...

Rencor...

Enfado...

Ha pasado mucho tiempo, y muy a mi pesar, me he dado cuenta que tu traición al no confiar en mí no se me olvidará nunca. Jamás podré hacerlo.

¿Cómo fuiste capaz de pedirme que confiara en ti?

¿Acaso lo hiciste tú?

Nunca pidas algo que no puedas dar. Nunca.

Me rompiste el corazón Jim, y lo hiciste de la peor manera posible, y no sé qué hacer. Porque me pregunto cómo puede ser que la persona que me dice que soy la mujer de su vida me haga tantísimo daño.

Hice lo que me dijiste Jim. Me puse en tu lugar y entendí que te inventases lo de Karen por tus hijos.

Hiciste lo correcto, lo que no entiendo y me hace más daño, es el saber que si hubieses querido hubiésemos sido felices desde el primer día.

¿Cómo puedo perdonarte?

Tengo dudas y más dudas.

Pero algo cambió en tu última carta... me recordaste detalles que tenía apartados por todo el rencor que tenía. El tiempo es sabio y sabe poner cada cosa en su sitio.

Voy a intentar perdonarte, y aunque nunca olvidaré... Creo que aún podemos y debemos.

Por nuestros hijos...

Por el que está por venir...

Y por nosotros...

Sobre todo por nosotros...

*Y ahora sé lo que quiero.
Quiero ese café junto a ti en la chimenea...
Quiero que me cures todas las heridas...
Quiero que vivamos en nuestra casa...
Quiero seguir siendo la mujer de tu vida...
Quiero que sigas besándome y abrazándome...
Pero sobre todo quiero bailar nuevamente contigo... si esta tripa nos lo permite.
¡Y quiero confiar en ti!
Pero todavía hay algo que quiero con todo mi corazón.
Lo más importante de todo.
¿Deseas saber qué es?
Quiero...*

—No puede ser —dijo desesperado a medida que le daba la vuelta a la carta—. Aquí falta algo.

Michael lo miró con una mirada cómplice.

—Yo sé lo que es.

No lo haría sufrir. Estaba convencido.

Y se acercó hasta su hermano para anunciarle con un inmenso placer:

—Pero no soy yo el que te lo tiene que decir... y si no me equivoco creo que en este mismo instante esa persona está ahí fuera. Esperándote.

Tardó en comprender lo que aquello significaba.

¿Realmente estaba allí?

Y en dos zancadas se plantó frente a la puerta. Abriéndola de par en par con el corazón encogido.

Y entonces la vio.

Michael tuvo que sujetar a los niños para que no estropearan ese momento que les correspondía a ellos a solas.

Ya habría tiempo para los demás.

—Jenny, ¿de verdad eres tú?

Corrió hasta ella y la estrechó cuidadosamente entre sus brazos.

Estaba embarazadísima, y muy, muy guapa.

Ambos se abrazaron largamente. Ninguno era capaz de separarse.

—Jenny, Jenny, has venido, por fin has venido —decía mientras besaba

su frente, su nariz, su mejilla, sus labios...—. Estás preciosa.

—Estoy gorda. —Rio mientras se secaba las lágrimas.

—Y preciosa, ¿cómo has venido?

—En la diligencia, llegué esta mañana.

—¡Oh amor! ¿De verdad estás aquí? Te he echado tantísimo de menos... sabes que te quiero, ¿verdad?

—Lo sé, por eso estoy aquí, y además porque te necesito más que a nada en este mundo.

—Mi dulce Jenny —le decía acariciando su cara de una forma totalmente embelesada—. Hay tanto de lo que hablar... Todavía no me puedo creer que estés aquí. En casa.

Y al acordarse de algo le dijo:

—Tu carta...

—Sabía que me lo preguntarías —le interrumpió con una maravillosa sonrisa a pesar de lo cansada que estaba debido al largo viaje en la incómoda diligencia. Y mientras lo miraba le dijo—: Cuando la escribí tenía claro el futuro que deseaba y entonces no la pude terminar. ¿Sabes por qué?

—¿Por qué amor?

—Pues por la sencilla razón de que solamente podía decírtelo a ti en persona. Es por ello que estoy aquí Jimmy.

Y ante la impaciencia que él le mostraba a través de aquellos ojos le preguntó:

—¿Quieres saber qué es lo que más deseo por encima de cualquier otra cosa?

—Por supuesto. —Y añadió—: Dímelo por favor. Estoy ansioso por escucharlo.

Entonces una Jenny feliz y pletórica simplemente le dijo agarrada a sus fuertes brazos:

—Lo que más quiero en esta vida es casarme contigo Jimmy. Esta vez para siempre.

Por Dios santo... que bellas palabras...

Y bajó hasta sus labios para besarla suavemente. Tratando de decirle lo muchísimo que la había echado de menos, mientras se hacía a la idea de tenerla allí.

¡Por fin! En el lugar en el que siempre debería haber estado y de donde nunca jamás debería haberse alejado.

¿La razón?

Muy sencillo. ¡¡¡Sin lugar a dudas Jenny era la mujer de su vida!!!

Y sin dejar de besarla la abrazó más fuerte sin ser capaz de soltarla ni por un instante. Aquello seguía pareciendo un sueño, un sueño tan ansiado que lo que más temía en esos instantes era que despertase completamente solo al igual que le había sucedido en innumerables ocasiones.

Pero esta vez no estaba solo. Ninguno de los dos lo estaba.

EPÍLOGO

Jimmy sonrió como un niño y la llevó cuidadosamente hasta el centro de la habitación, tirando suavemente de sus manos. Una vez en el lugar apropiado la soltó, contemplándola con una cara entusiasmada esperando la reacción que iba a tener...

Anhelaba ver sus ojos cuando se los destapara. Y es que, como decían las cartas que se escribieron, había ciertas cosas que ambos deseaban hacer.

¡Esa era una de ellas!

Y en aquel preciso momento era lo que más deseaba.

¡Sin ningún tipo de duda!

A continuación llevó las manos hasta el nudo del pañuelo que le cubría los ojos y le preguntó:

—¿Preparada?

Ella se pegó a su cuerpo al dejar de sentir sus manos.

—¿Jim? —preguntó asustada.

—Estoy aquí cariño. Siempre lo estaré — le susurró con voz tranquila para calmarla, a la vez que quitaba el nudo del pañuelo y dejaba sus bonitos ojos al descubierto.

Jenny miró todo cuanto la rodeaba con un inmenso placer.

—¡Oh Jim! —susurró con los ojos llenos de lágrimas.

Estaban en su nueva casa, donde para su agrado pudo ver que lo que le dijo a través de las cartas era verdad...

Todo estaba en su sitio. Listo para cuando ella llegase.

—Todavía faltan muchos detalles pero ahora que has vuelto lo arreglaremos juntos, ¿qué te parece?

—Es preciosa Jimmy. Gracias.

—Y todavía no lo has visto todo —le anunció encantado mientras la cogía de los hombros para darle la vuelta.

Y entonces lo vio.

—¡Ohhhhhh!

Y fascinada se acercó hasta él.

—¿Esto es...?

—Sí.

—Es precioso.

—Y la razón por la que estamos aquí. —Le aseguró mientras se acercaba a ella—, no sabes cuánto he deseado este momento mi dulce Jenny. No lo sabes bien. Ven, ven conmigo.

La cogió de la mano y, después de poner en marcha el gramófono, la condujo hasta el centro del enorme salón.

Seguidamente, y como si fuese magia, unas suaves notas llenaron la habitación hasta ahora deshabitada.

Y Jimmy, ejerciendo el control de la situación, se giró hasta ella como un auténtico caballero para, después de hacer una leve inclinación, preguntarle en un tono que hablaba por sí solo.

—¿Quieres bailar conmigo?

La respuesta de Jenny se manifestó a través de otra maravillosa sonrisa. Una sonrisa en la que claramente le decía lo mucho que le agradecía sus innumerables detalles.

Y por encima de todo que lo amaba.

—Sí, nada me gustaría más.

Con mucho cuidado Jim se acercó cuanto pudo a su prominente vientre y sin más se dejó llevar por la suave melodía.

¿Y qué hizo Jenny?

Pues simplemente dejarse llevar por los pasos de él entusiasmada. Olvidándose de su avanzado estado.

Había esperado tanto para volver a estar entre sus brazos, que ni siquiera el cansancio iba a poder estropear aquel momento.

¡Nada de eso!

—Te he echado tanto de menos —le confesó un Jim un tanto melancólico—. Jamás podré perdonarme lo que te hice. Jamás. Si os hubiese pasado algo a cualquiera de los dos yo...

—¡Schsss ahora no! disfrutemos de nuestro baile, al fin y al cabo hemos esperado demasiado para ello, ¿no crees? Lo demás ahora no importa.

—Tienes razón preciosa. —Y continuó bailando—. ¿Sabes de lo que me estoy acordando ahora mismo? —sonrió.

—De algo bueno seguro, con esa sonrisa no puede ser otra cosa.

—De nuestro primer baile, ese también fue especial, ¿eh?

—Bueno, teniendo en cuenta que tardamos casi un año en hacerlo, yo diría que sí.

—Jamás lo olvidaré.

—Yo tampoco, gracias a aquella noche conocí a un Jim diferente. Más bien al Jimmy de siempre.

—¿Y?

—Me enamoré mucho más. Me hiciste sentir una mujer con aquellas atenciones que tanto me gustaron. Jimmy...

—¿Si?

—Si he vuelto ha sido por eso. Estoy dispuesta a perdonar todo el daño, ¿y sabes por qué? Porque no soy nada sin ti. Te amo tanto que ni todo lo que me hiciste podrá borrar ni uno solo de los recuerdos que tengo de los dos, cuando al final te mostraste ante mi tal y como eres.

—Y yo estoy dispuesto a compensarte por ello amor. Y lo haré todos los días de mi vida.

Dicho lo cual bajó hasta sus labios y los besó con una ternura infinita antes de añadir:

—Y a ser el marido que te mereces, por eso, y como ante Dios no estamos casados, hay algo que quiero hacer en segundo lugar... —Y ante la sorpresa de la muchacha vio cómo se sacaba un anillo del bolsillo que debería haber comprado hacía un tiempo, y se arrodillaba frente a ella— Jennifer, ¿quieres casarte conmigo?

Ella lo miró encantada.

—Ya sabes la respuesta —dijo intentando sonar divertida.

—Necesito escucharla, esta vez haré las cosas bien.

Y siguió arrodillado, así estaría el tiempo que fuese necesario.

—Sí, quiero casarme contigo señor Montgomery.

—Y esta vez para siempre.

—Para siempre.

OTROS TÍTULOS

TE QUIERO EN MI VIDA

*TE QUIERO EN MI VIDA AYER, HOY Y
SIEMPRE*

EL PASADO SIEMPRE VUELVE

NOTA DE LA AUTORA

Bueno... pues aunque me siga pareciendo increíble tengo que deciros que he conseguido publicar una de mis novelas guardadas en el cajón.

EL PASADO SIEMPRE VUELVE no es una novela cualquiera. Ninguna lo es. Pero ésta en concreto es muy especial. Y si queréis saber el por qué os lo diré... Siempre he dicho que una editorial estuvo a punto de publicar uno de mis escritos... pues bien. EL PASADO SIEMPRE VUELVE es ese escrito que finalmente se quedó en nada. Rompiendo mis ilusiones... hasta el día que vi mi sueño cumplido con la publicación de TE QUIERO EN MI VIDA. Una publicación especial y que guardo en mi corazón con un amor inmenso.

Y aquí sigo, haciendo lo que más me gusta hacer... y todo gracias a vosotros.

Los que seguís leyendo lo que escribo.

Los que seguís ayudándome en esta aventura verdaderamente increíble.

Y los que seguís apostando por mí.

Siempre me voy a acordar de todos y cada uno de los que seguís haciendo que mi maravilloso sueño no sólo se haya realizado, sino que además, se agrande día a día.

Si después de leer EL PASADO SIEMPRE VUELVE os apetece, podéis dejar un comentario en Amazon. Os lo agradeceré muchísimo.

Y ahora toca reflexionar sobre los logros que he conseguido... y toca valorar la importancia de ir a por otro proyecto... Haré cuanto esté en mis manos para seguir intentado que alguien pase un rato ameno y divertido leyendo mis escritos. No voy a parar... o al menos intentarlo.

Mil gracias a tod@s.